



# LA MENSAJERA DE ELPHAME

JANE  
HORMUTH

*Phoebe*

JANE HORMUTH

LA MENSAJERA DE  
ELPHAME



*Phoebe*

Primera edición: octubre de 2017

Copyright © 2017 Yanira Fumero Almeida

© de esta edición: 2017, ediciones Pàmies, S.L.

C/ Mesena,18

28033 Madrid

phoebe@phoebe.es

ISBN: 978-84-16970-46-9

BIC: FRH

Diseño e imagen de cubierta CalderónSTUDIO a partir de fotografía de Stamatoyoshi-Shutterstock

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

*A Linnea, mi pequeña hada perdida, que por fin encontré.*

# ÍNDICE

- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10
- 11
- 12
- 13
- 14
- 15
- 16
- 17
- 18
- 19
- 20
- 21
- 22
- 23

24

25

26

27

28

29

EPÍLOGO

GLOSARIO

AGRADECIMIENTOS

## ESCOCIA, ISLA DE SKYE

### SIGLO XV

La lluvia arreciaba en el exterior de la cabaña cuando unos golpes en la puerta alertaron a Nimue. La sorpresa no la invadió: era una mujer preparada para recibir todo tipo de visitas. Vivía sola a las afueras de la aldea, cerca del comienzo del bosque. Enseguida hizo pasar a una joven cubierta por una gruesa capa de lana. Al momento reconoció a su hija Yvaine, quien arrojaba un bulto envuelto en el tartán de los Mcleod de Harris, clan que dominaba la zona noroeste de la isla de Skye.

La hora de la visita extrañó a la mujer. Nimue no necesitó echarle más de un vistazo al rostro de su hija para saber que algo no iba bien. Junto al fuego y tras servirle un caldo caliente, cogió el bulto de entre sus manos para descubrir el rostro de una niña de unos dos años de edad. Ajena al frío, al largo camino en brazos de su madre y al agua de la lluvia, Aila estaba sumida en el más profundo sueño. A Nimue no se le permitía pasar mucho tiempo con su nieta, por lo que las esporádicas visitas de la pequeña las disfrutaba con deleite. No eran buenos tiempos para personas como ellas, por lo que entendía la renuncia de su hija al don familiar. No lo compartía en absoluto, pero hacía años que había descubierto que el amor de Yvaine hacia su esposo merecía ese sacrificio. En cambio, los dioses le habían hablado, y sabía que el futuro de Aila sería muy distinto. Escondió su sonrisa mientras acunaba a la niña. Comprendió que se avecinaban los cambios que llevaba tiempo esperando.

Nimue pasaba los cuarenta años de edad; su experiencia se dibujaba en las hebras canosas que recorrían su melena, recogida en la nuca. Sus profundos y expresivos ojos verdes, marcados por líneas de expresión, interrogaron con la mirada a su hija. Esta, tras desentumecerse con un caldo, que sorbía de un cuenco cerámico, se encogió incómoda y clavó su mirada en el fuego para comenzar a hablar.

—Lean lo ha descubierto. —Suspiró, cansada de la lucha que se libraba en su interior—. Apenas tiene dos años y no he podido evitar que se dé cuenta. Creí que tardaría varios años más en manifestar nuestro don. A la mañana siguiente de Candlemas la niña apareció en el gran salón; ya la conoces, parlotea demasiado para su edad, aunque a veces no se le entiende del todo, pero ayer expresó con absoluta claridad que el Hada del Invierno la visitó portando una vela con una luz muy bonita, y pidió a su padre ir al bosque a hablar con los espíritus.

—Imagino que Lean no puede temer a su propia hija —respondió con sorna Nimue.

—Madre, ya sabes que él no nos teme, solo quiere evitar que los demás murmuren y nos causen problemas —intentó defenderlo Yvaine.

—Cuando haces referencia a «los demás», te refieres a ese hombre de un solo Dios que repudia la sabiduría de nuestros ancestros y convence a nuestra gente de que escuche a ese tal Cristo y no a lo que la Madre Naturaleza nos dice. —Nimue meneó la cabeza con enfado, incapaz de comprender los acontecimientos de los últimos siglos.

—El padre Damian es un buen hombre, y la palabra de Cristo... Bueno, es inútil hablar de esto contigo. —Yvaine desistió en su intento de hacerle ver la bondad que la nueva religión expresaba.

—Hija, ¿a qué has venido? —la increpó Nimue—. Quiero escucharte decir la verdad.

Yvaine no pudo dejar que sus ojos rasgados se inundaran de lágrimas. Hacía varios años que había decidido ignorar su don e integrarse en la vida del clan. Había acogido con sumisión la palabra del nuevo Dios y se había enamorado perdidamente de Lean Mcleod, *laird* del clan. Aunque este no era un devoto cristiano, nunca entendió la magia que Yvaine manejaba, ni se sentía cómodo ante Nimue y sus predicciones. Todos en aquellas tierras habían crecido escuchando cuentos de hadas, de seres escondidos en los bosques y de personas que conectaban de manera especial con Elphame. Formaba parte de su cultura, y el *laird* así lo tomaba, como pura mitología. Lean creía que el hombre se hacía a sí mismo, que llevaba siglos dominando la naturaleza y que el papel de la mujer desde el punto de vista del padre Damian generaba armonía en su entorno.

Su fuerte carácter se resquebrajó al conocer a Yvaine: se enamoró de ella, pasando por alto su naturaleza feérica. La quiso como esposa exigiéndole a cambio que olvidara su don. Al año de su matrimonio recibieron la noticia del embarazo de Yvaine y rezaron al Señor para que los honrara con un varón que asegurara la línea de sucesión. Nimue rio para sí cuando la pequeña Aila llegó al mundo la noche de Sanheim, una noche tan especial para aquellos que andan entre los dos mundos como ellas. Este suceso supuso que la niña fuera bendecida con una sensibilidad mayor a la heredada por sus antecesoras.

Yvaine, tras el alumbramiento, supo que la vida y la felicidad de Aila corrían peligro si su don era descubierto. Ella tenía el amor de Lean, pero a Aila no le bastaría el amor de sus padres para sacrificar un don tan especial. Intentó engañarse a sí misma ignorando las señales, pero Lean le había dejado clara su opinión. Y ella, por más doloroso que fuera, debía pensar en el bien de su hija. El distanciamiento con su propia madre se debía a la sensación de haberla traicionado y la culpa por no haber sabido encontrar un equilibrio. En aquel momento, sentada frente a ella, pidió comprensión con su mirada, pues sabía que necesitaba más que nunca la ayuda de su madre.

—Lean y yo —Yvaine tragó saliva para continuar con su petición— queremos que cuides de Aila. No es seguro que viva con nosotros. —La ceja que Nimue levantó le recordó que le debía la verdad—. Más bien, no es bueno para el clan que la hija del *laird* tenga poderes que dicen estar relacionados con Lucifer. El padre Damian aconsejó enviarla al convento de Iona. Al parecer, allí pueden curarla y sacar al demonio que lleva dentro. —El bufido de su madre la urgió a terminar—. Pero no lo haremos, no creemos que esté endemoniada, eso Lean no lo piensa. Y aunque no lo creas, quiere a Aila y le preocupa su bienestar; por eso desea que cuides de ella. Todos pensarán que la hemos enviado a las monjas. Lean está convencido de que esto lo acercará al rey Jacobo, quien suele estar acompañado por los obispos de la Iglesia.

—Entiendo, y buscarán varón —afirmó más que preguntó al comprender la situación tanto del clan como de su hija. Un varón no solo aseguraba la línea de sucesión, sino que también tenía menos probabilidades de tener el don—. Está bien, hija, Aila será un regalo para mí, no una carga como lo es para él —respondió Nimue al percibir la turbación y el dolor en su hija—. Nos iremos a las montañas. Desde que te casaste con

Lean Mcleod, las personas de los otros clanes son más reacias a pedirme consejo. Me desvincularé del clan, no perteneceremos a ningún otro. Y así tendremos la protección de todos. Siempre he sabido arreglármelas sola.

—Madre, la idea de que Aila se quedara contigo surgió de la posibilidad de verla cada cierto tiempo. —El dolor de la separación comenzó a aflorar en Yvaine.

—Hija, si es cierto que Aila puede correr peligro entre los tuyos, debes cortar todo tipo de lazos con ella. No te resultó difícil mentir sobre tu madre —terminó por recriminarle Nimue.

Yvaine calló ante la verdad. Los servicios de Nimue solían hacerla viajar por las islas Hébridas y parte de la costa de las Highlands. A la vuelta de un largo viaje acompañando a su madre conoció a Lean Mcleod. A todos se presentó como aprendiz y no como hija de Nimue. Yvaine había heredado los rasgos físicos de su padre, un marinero que murió al poco de nacer ella, lo cual ayudó a que su mentira fuera aceptada. De su madre heredó lo máspreciado que podía darle: el don de viajar a Elphame, y lo había rechazado. Nimue, aunque dolida, aceptó la decisión de su hija y se dejó aconsejar por los espíritus, que la animaban a ser paciente, pues le tenían encomendada una misión: Aila.

—Aila me llamará abuela, pero jamás sabrá de ti —comenzó a planear Nimue—. Pocos son los que saben de nuestra verdadera relación. Aila estará a salvo y yo me encargaré de que desarrolle su don y consiga los objetivos que el destino tiene previstos para ella.

—¿Has... sabes algo sobre...? —Yvaine no quería preguntar sobre la existencia de algo que había negado desde que contrajo matrimonio—. ¿Al Otro lado qué dicen de Aila?

Nimue sonrió con ternura, reconociendo por primera vez en años a su verdadera Yvaine. Era Gente de Astucia, una bruja, y siempre llevaría con ella esa capacidad para conectar con lo natural y lo sobrenatural. Sabía que no podía negar lo que sus sentidos habían percibido.

—Por ahora solo me hablan de una misión —le confesó—. Aila tendrá un gran poder premonitorio, nuestro mundo y el Otro serán mucho más fáciles de franquear para ella de lo que lo son para nosotras. Si la Sabia-que-todo-lo-sabe la visitó en Candlemas, no puede auspiciar otra cosa que algo bueno y maravilloso para ella. Como bien sabes, el camino estará lleno de luz y de sombra, pero yo conseguiré que logre el equilibrio. —Con gran emoción, Nimue se levantó con Aila en brazos y le tendió a su hija el tartán que la envolvía diciendo—: Ahora vete, Yvaine, hija del clan Mcleod de Harris, esposa del laird Lean Mcleod y discípula de la religión de los hombres. Despídete de quien no volverá a ser jamás tu hija.

Las lágrimas rodaron por las mejillas de Yvaine. Se despedía de su verdadera familia. Se prometió que con la sabiduría femenina que las mujeres poseían, tal y como había aprendido de su madre, conseguiría velar por ellas desde la distancia.

# 1

## SANHEIM

### QUINCE AÑOS DESPUÉS...

Aila estaba impaciente por que llegara el comienzo de la estación oscura, esperando el momento en el que las barreras invisibles entre el mundo de los vivos y el de los muertos desaparecen. Su abuela había fallecido más de diez ciclos lunares atrás. Aunque nunca había temido a la muerte y la despedida de su abuela fue solo en el plano físico, Aila llevaba mucho tiempo queriendo hablar con ella. Conocedora de la cabezonería de su abuela Nimue, sabía que no se aparecería ante ella hasta que no se le antojara o hasta que Aila centrara toda la fuerza de sus poderes y la arrastrara al límite de los dos mundos.

En el interior de la cabaña, excavada en la roca de la vertiente sur de la montaña, realizó un círculo mágico alrededor de la mesa de madera que dominaba la estancia. Había preparado el pastel favorito de su abuela, hecho con frutos rojos, escaramujo y miel. Lo sirvió en dos platos, uno para cada una. La sal que había vertido siguiendo el viaje del sol de este a oeste rodeaba la mesa, dejándola dentro del círculo donde se abriría la puerta. En la parte derecha de la mesa colocó un cuenco con agua, necesaria para guiar las emociones. En la parte izquierda ubicó una vela —el fuego, siempre ubicado en el oeste—. Sentada frente a la puerta, encendió la vela en el momento en el que el día dio paso a la noche. Las energías de las corrientes telúricas que recorrían la Tierra fueron captadas por Aila. Gracias a los años de enseñanzas, controlaba a la perfección las fuerzas místicas.

Cerró los ojos e invocó a su abuela Nimue.

—Aquí me tienes, niña testaruda —le recriminó una voz al otro lado de la mesa—. ¡Oh, pero qué buena pinta tiene esto! ¡Sabes cómo tentarme, pequeña!

Aila abrió los ojos y sonrió encantada. Allí estaba Nimue, con su pelo blanco anudado en la nuca, su tez curtida por las inclemencias del tiempo y sus grandes ojos verdes desbordando sabiduría y amor.

—¿Cómo es posible que hayas tardado tanto en visitarme? —le respondió a su vez Aila frunciendo el entrecejo y cruzándose de brazos.

—Aila, necesitas aprender a vivir sin mí —le recordó su abuela, que la observó con detenimiento y una luz especial en la mirada.

—Y lo hago, pero creí que podríamos charlar más a menudo —contestó la joven, apoyando los brazos sobre la mesa.

—No seas testaruda. Anda, cuéntame cómo has llevado el trabajo sin mí —le pidió la anciana, y Aila le relató las visitas que había tenido los últimos meses, los alumbramientos

de los distintos clanes, las ceremonias realizadas para bendecir los campos y a los *sabbats*, los remedios que había elaborado y las plantas que había descubierto gracias a los marineros Mcleod que acostumbraban a servirle suministros.

Mientras Aila hundía una mano entre sus cabellos para sostenerse la cabeza, siguió, divertida, los movimientos de su abuela al saborear el pastel. Sabía que era una ilusión, que una vez se hubiera ido el pastel permanecería intacto. Nimue le guiñó un ojo y levantó la cuchara de madera a modo de advertencia.

—Hoy no he venido porque me hayas llamado con tanta insistencia —le dijo—. Estoy aquí porque necesitas saber algo. —Aila se enderezó y prestó atención—. Los espíritus me habían encargado cuidar de ti y adiestrarte en las artes de la magia ancestral. En cuanto estuviste preparada, mi vida en este mundo ya no tenía sentido, por lo que decidí partir. Sabes que la premonición es tu don más especial, tu habilidad para cruzar de un mundo a otro; conectar con seres mágicos y descifrar sus mensajes te hacen muy valiosa. Y todos los que te rodean pueden servirse de ti para entender la vida y las enseñanzas que las fuerzas naturales designan para cada uno. Tú sabes mantener el equilibrio entre la luz y la oscuridad, pero el mundo está cambiando, y con él, sus costumbres.

—Sí, lo sé. Me has advertido sobre la religión del hombre. He comprobado el temor que despierto en muchos cuando me acerco a las aldeas —comentó con pesar Aila.

—Y no debe ser así. Aila, las mujeres como nosotras estamos destinadas a vivir en las afueras, alejadas y a veces maldecidas por muchos. Salvo tú. No naciste para vivir en soledad.

Aila trazaba garabatos con un dedo en la mesa mientras se apoyaba en un costado y se sostenía la cabeza una vez más. De esta forma escuchaba las palabras que tantas veces le había repetido su abuela. La anotación final hizo que sus ojos rasgados color verde se alzaran y una ceja castaña mostrara su escepticismo. «¿Mi abuela me dice que puedo convivir con las demás personas?», se preguntó. ¿Qué había cambiado para que ella pudiera plantearse la posibilidad de ser aceptada por el resto?

—Sí, Aila. Tu habilidad premonitoria se vuelve confusa cuando se trata de ti, pero escucha bien lo que te digo: en algún momento, no sé bien cuándo, vendrán a por ti.

—¿A por mí? ¿Quién? —Aila se alarmó ante la posibilidad de alejarse de aquel lugar que consideraba no solo su hogar, sino su refugio.

—Tu esposo. —La anciana sonrió ante el rubor que cubrió el rostro de Aila.

—Abuela, eso que dices es imposible —le rebatió Aila, creyendo que su abuela había perdido facultades al habitar en otra dimensión—. Ningún joven se ha interesado por mí.

Nimue rio ante la incomodidad de la joven, pues bien sabía ella que más de un muchacho había quedado prendado de su nieta. Era una joven de mediana estatura, espalda ancha y porte regio. Sus pechos eran generosos y su piel, blanca, y su pelo lacio castaño caía a su espalda cubierto por hebras rubias. En su frente nacían mechones de rebeldes rizos rubios que enmarcaban su rostro. La joven solía trenzarlos a cada lado y atarlos con una cinta en la parte posterior de la cabeza, resignándose a dejar que algunos rizos se escaparan. Nimue comprobó que el último año su rostro había dejado la niñez atrás para mostrar unos

pómulos altos propios de los celtíberos, una nariz pequeña que aleteaba cuando le invadía el mal genio y un mentón cuadrado que se endurecía según su estado de ánimo. Su fuerza y su magnetismo estaban concentrados en sus ojos rasgados, cuyo color verde llegaba a amarillear cuando la magia la poseía. Su boca ancha solía iluminar su rostro con una sonrisa de dientes grandes bien alineados salvo un colmillo algo torcido. Este, más que afearle la expresión, le añadía un hálito travieso a su sonrisa.

El aura de misterio que las rodeaba debido a sus dones, su destierro en las montañas y sus contactos esporádicos con la población de los distintos clanes lograron que Aila apenas supiera cómo relacionarse con los demás. Nimue tuvo que reconocer que en ese aspecto su educación había fallado. Aila podía aislarse más de lo normal y comportarse de manera bastante inusual con sus congéneres. Sin darle demasiada importancia a esto último, Nimue continuó:

—Naciste para llevar una comunidad; la gente acudirá a ti en busca de consejos de todo tipo, ayudarás a muchos y guiarás a otros tantos. Lograrás el modo de que nuestros conocimientos perduren en el tiempo, haciendo frente a las nuevas corrientes del pensamiento del hombre.

—Yo no he visto nada de lo que dices, abuela, no he tenido una sola imagen siquiera. ¿Cómo sabré quién es mi esposo? —le preguntó, confusa—. Muchos hombres acuden a mí para sanarse, pero mis poderes no afinan cuando se trata de mi destino.

—Tan solo debes esperar. Recuerda en qué reside nuestro poder: voluntad, concentración, paciencia y secreto. —Aila lo recitó a su vez con voz monótona—. No te alejes de la montaña, y en momentos de dudas puedes cruzar al Otro Lado y pedir consejo. Los espíritus te guiarán como lo han hecho siempre.

—¿Pero cuándo? ¿Y cómo? —continuó preguntando Aila, asustada con el mensaje de su abuela—. ¿Un hombre vendrá a mí, querrá casarse conmigo y me llevará con él? ¿No es un poco extraño incluso para nosotras mismas? No lo entiendo.

Nimue rio divertida.

—Cariño, no puedo decirte más, porque tampoco lo necesitas. Practica la paciencia, Aila, los espíritus y yo te guiaremos. No estás sola. —Tras entrecerrar los ojos captando la turbación en Aila, concluyó—: Serás feliz, con él serás feliz.

## 2

El clan Mcleod llegó a ser uno de los clanes más extensos de Escocia, y se extendió desde las islas occidentales a la costa oeste. Todos crecían escuchando la historia de cómo los Mcleod, siglos atrás, comenzaron a tener disputas internas a raíz del nacimiento de dos hijos: Tormod y Torquil. Los Mcleod de Harris fueron llamados «los descendientes de la semilla de Tormod». Habitaban el castillo de Duvengan en la isla de Skye, donde Lean Mcleod, padre de Aila, era el nuevo laird. La semilla de Torquil, por otro lado, se expandió por la costa escocesa y creó a los Mcleod de Lewis.

El laird de los Mcleod de Lewis, Alistair, había derrocado a su hermano mayor, Fionnlagh, a petición de su propio clan, hartos de la tiranía de Fionnlagh. Alistair, en la lucha por el poder, asesinó a su hermano, muerte que aún le pesaba. Tomó bajo su tutela a su sobrino Cormag, hijo de Fionnlagh, y lo educó no solo como soldado, sino como su mano derecha. Todos lamentaron la experiencia vivida por el joven Cormag tras contemplar cómo, de la noche a la mañana, había pasado de ser el sucesor de Fionnlagh al sobrino huérfano del nuevo laird. Cormag logró superar la situación adaptándose a su nueva vida en el clan, hasta que llegó su primo Daimh Mackenzie, el hijo menor de Glheanna, hermana pequeña de Alistair y Fionnlagh, muy querida por su clan.

Fionnlagh, sin escuchar las advertencias de los ancianos y familiares, había acordado el matrimonio de su hermana menor con el jefe de los Mackenzie, el temido y odiado Dristan. Esta alianza no logró un compromiso real de Dristan, sino que este utilizó el amor que todos tenían por Glheanna para provocar la ira de los Mcleod con vejaciones hacia la joven. Alistair jamás pudo volver a ver a su hermana, y nunca le perdonó a Fionnlagh los resultados de su locura. De forma esporádica, alguna carta furtiva llegaba con novedades sobre Glheanna, donde la joven hablaba del nacimiento de dos hijos varones y de su vida en su nuevo clan sin concretar si era feliz allí. Ningún Mcleod de Lewis perdonó la ofensa de los Mackenzie, y el odio entre los clanes se perpetuó a través de virulentos ataques.

Tiempo después Alistair dio muerte a su hermano mayor sin hallar bálsamo alguno para hacer disminuir los remordimientos con los que lidiaba día a día. Estos se acrecentaban al ver cómo su madre vivía con la idea de tener una hija vendida y ultrajada junto al dolor causado por la muerte de su primogénito, en quien habitaba el mal.

Alistair Mcleod había centrado todos sus esfuerzos por gobernar con sabiduría, fortalecer sus defensas, llenar las arcas y crear alianzas con los clanes vecinos. La llegada de su sobrino Daimh Mackenzie logró una calma relativa entre ambos clanes, orquestada por el jefe del clan Mathieson. El pequeño territorio que el anciano gobernaba se encontraba entre las tierras de los clanes que habían entrado en conflicto. Glheanna había muerto tras una larga enfermedad; meses después y debido a un accidente la siguió su hijo mayor,

Cayden. Dristan Mackenzie, forzado a realizar nuevas alianzas con otros clanes, decidió repudiar a su hijo menor Daimh, acusarlo de asesinato y como castigo ofrecerlo a los Mcleod como pago por sus ofensas. Meses después contrajo matrimonio con Moira Campbell para afianzar alianzas estratégicas.

Y así fue cómo Alistair consiguió cierta paz para su clan y volvió con Daimh, quien, con apenas diez años, ocupó un lugar entre las filas del ejército de guerreros de los Mcleod. Todos lo acogieron, satisfechos al saber que el hijo de Glheanna viviría entre ellos. Salvo Cormag, a quien le supuso una clara amenaza.

Cormag, tres años mayor que Daimh, se disputó con el joven el puesto de confianza de su tío Alistair. Daimh, lleno de dolor por el rechazo de su padre y la muerte de su madre y su hermano, encontró en las armas un modo de descargar la frustración que lo llenaba. Los celos y desconfianza de su primo Cormag apenas le afectaban. Pronto le cedió el cargo que tanto defendía para divertirse mofándose de él y provocándolo cada vez que le apetecía una buena pelea. El laird vigilaba a sus sobrinos desde la distancia, comprendiendo el miedo de Cormag a ser desplazado y las ganas de sentirse parte de la familia de Daimh. Después de varios años de convivencia, los jóvenes maduraron y encontraron una función dentro del clan: Daimh se formó como guerrero y Cormag, como gestor.

El clan Mcleod de Lewis, siguiendo el curso de los acontecimientos que imperaban en las Highlands, tuvo que aceptar la decisión del rey Jacobo I. Para Su Majestad, el orden y la paz en Escocia comenzaban con las alianzas matrimoniales. Consideró que la unión del jefe Alistair Mcleod con Meribeth Ferguson establecería una buena coalición para hermanar las Lowlands, más moderadas y afrancesadas, con las salvajes Highlands. El matrimonio de conveniencia horrorizó tanto a unos como a otros, pero se llevó a cabo.

Lorna, madre de Alistair, fue la única que mostró cierta compasión por la joven Ferguson. Meribeth apareció en el clan sin conocimientos de gaélico, acompañada por un sacerdote y un monje que la ayudaban con el idioma y las costumbres de las bárbaras Tierras Altas. Tanto el padre Henry como el hermano Albert trabajaban para fortalecer el cristianismo y continuar con la misión divina de evangelizar a los infieles.

Tras más de dos años de matrimonio, los ansiados embarazos no llegaban, y a ello se sumaba la reclusión física y mental de Meribeth. La joven, incapaz de integrarse en la vida del clan, terminó por delegar su función como castellana en Lorna y aislarse en el rezo a Dios. Consciente de su deber de engendrar un heredero, permitía a Alistair visitarla. Por su parte, Alistair solo veía debilidad en ella, se sentía incómodo en su presencia. A su vez, Meribeth lo consideraba un salvaje al que apenas entendía y con quien no compartía nada en absoluto. Una noche, Alistair y Meribeth llegaron a un acuerdo: si lograban concebir un heredero, él jamás volvería a tocarla.

Desde hacía unas semanas habían comunicado un posible embarazo, lo que logró que surgiera cierta complicidad entre ambos al obtener el objetivo que se habían fijado. Él se dedicó a las tareas del clan y ella, a acercarse a Dios. El buen ánimo apareció en ellos, haciendo que el resto de la comunidad respirara tranquila.

Hasta aquella funesta tarde.

Kenza cruzó corriendo el campo de entrenamiento donde sabía que se encontraba el laird. La sirvienta del castillo le comunicó que la castellana padecía grandes dolores, y todo apuntaba a que estaba perdiendo el niño.

—Kenza, ve a buscar a Muriel, me da igual que Meribeth confíe más en Ulla —ordenó Alistair mientras lanzaba su espada a un soldado y se dirigía a grandes zancadas al castillo.

Después de varias horas, por el castillo continuaban reverberando los quejidos y llantos de Meribeth. Alistair recorría el espacio ante la chimenea de un lado a otro sin detenerse mientras pronunciaba toda clase de blasfemias. No le importó expulsar al padre Henry a gritos. El sacerdote comprendió que no era momento de hablarle sobre los designios del Señor y desapareció al instante. Las sirvientas se cuidaban de no pasar por el salón, y Muriel esperaba que el laird asimilara la noticia y la dejara marchar. La sanadora del clan había sido relegada por Ulla, quien se había ganado el favor de la castellana a través de su devoción a Dios. Muriel siempre accedía a ayudar, consciente de que cuando la llamaban se debía a una situación de máxima urgencia. Intentando no amedrentarse ante su laird, enderezó la espalda y agachó la cabeza, esperando permiso para volver a su casa.

—Es de las Lowlands, débil —dijo Alistair, asqueado—. Una mujer así ¿cómo puede ser capaz de engendrar a un hijo robusto y sano como cualquier highlander? —continuó quejándose, incapaz de saber qué hacer con su mujer—. ¡¿Por qué tuve que tomarla por esposa?! ¡Maldito sea el rey Jacobo, y maldito su reinado!

—¡Hijo, ya basta! —le ordenó Lorna hablándole como madre—. Tus rugidos solo asustarán más a la muchacha. ¿Crees que necesita tenerte aquí cual fiera? —preguntó antes de volverse hacia la sanadora—. Muriel, muchas gracias por tu ayuda. El laird te hará llegar su agradecimiento con alguna sirvienta.

—Siento mucho ser portadora de tan malas noticias —contestó la regordeta mujer, cuyo pelo comenzaba a vetearse de gris—; si os sirve de consuelo, mi laird, no parece que se haya dañado nada. Siempre cabe la posibilidad de volver...

—¡Al cuerno con volver a nada! ¿Qué hombre puede yacer con una mujer como ella? ¡Por todos los dioses, es lo más frío a lo que me he acercado en la vida!

—Muriel, puedes marchar tranquila. —Lorna la despidió con su amable sonrisa y su cálida mirada.

Tras dejar pasar unos segundos, se levantó del asiento junto a la mesa que dominaba el otro lado del gran salón. Allí había permanecido sentada mientras observaba a su hijo comportarse como un animal. Se acercó a él. Este frenó su avance al toparse con la menuda figura de su madre.

—Necesitamos ayuda, Alistair —sentenció Lorna—. Esa muchacha jamás se repondrá sin ayuda. Vive atormentada por su situación, y tú no se lo has puesto nada fácil.

—¿¡Que yo no se lo he puesto fácil?! —rugió Alistair, observando cómo su madre apenas pestañeaba—. ¡He sentado a mi mesa al padre Henry, que entre bocado y bocado solo tiene palabras condenatorias para mi gente, he permitido a mi esposa que se recluya en sus aposentos y deje de lado su deber como castellana, he hecho todo lo posible para que se sienta parte del clan, y lo único que he recibido son miradas asqueadas y palabras

desdeñosas hacia nuestras costumbres y hacia mí! ¡Solo le he pedido que engendre un hijo! Luego podrá limarse las rodillas de tanto rezar si así lo desea. ¡Demonios!

—Alistair, si sigues diciendo esas barbaridades, te juro que me subiré a una silla para abofetearte —lo increpó Lorna, sabiendo lo estúpido de su amenaza. No se tomó a mal la risa de su hijo y aprovechó para continuar con su propuesta—: Escúchame bien: hay una mujer que puede ayudarnos. Vive en la isla de Skye. Es Gente de Astucia. Son reconocidas por sus remedios y su conexión con Elphame.

—¿Me hablas de brujas? —Alistair cruzó sus anchos brazos sobre el pecho intentando no reírse.

—Sí, escucha lo que te digo —respondió Lorna con apenas paciencia—. En mis cartas con la castellana de los Mcleod de Harris...

—¿Por qué demonios te cartearas con los hijos de Tormod? —interrumpió el laird.

—¡Eso qué más da en estos momentos, hijo! —se exasperó Lorna—. En sus cartas me comentó que mi vieja amiga Nimue falleció hace más de un año, y dejó a su nieta a cargo de su gran labor. Decía que la joven suele acudir allá donde se la necesite, y creo que nos vendría muy bien la ayuda de un ser como ella. Su sabiduría podría ayudarnos a entender a Meribeth y lograr que los espíritus le prodiguen fertilidad.

—¿Crees en brujas, madre? —Alistair comenzaba a creer en la posibilidad de una solución para su problema.

—Por supuesto, son portadoras de gran sabiduría, y sabes tan bien como yo que en los bosques habitan seres de otro mundo que a menudo nos visitan.

—Me pregunto qué opinaría de esto el padre Henry —comentó Alistair amasándose su rubicunda barba mientras se divertía con la turbación de su madre, que miraba a su alrededor en busca de algún testigo de su confesión.

—Solo quiero que lo pienses. Te casaste por el rito cristiano, hasta que la muerte os separe. No tendrás más remedio que buscar una solución a tu problema, y, en mi opinión, las respuestas no vienen del cielo, sino de los conocimientos de nuestros ancestros —concluyó Lorna, en susurros.

Se alejó con aspecto cansado, decidida a consolar a su nuera y dejando atrás a un laird meditabundo.

—Puedes retirarte, madre. —Alistair sonrió al dar la orden, sabiendo que llegaba tarde—. En la cena espero que me expliques a cuenta de qué te escribes con los Mcleod de Harris.

—Como mandéis, mi laird —le respondió con fingida sumisión sin volverse mientras ponía los ojos en blanco y sonreía al reconocer la broma en su hijo.

Tres días más tarde, Alistair se reunió con sus soldados de confianza y les encargó la misión de ir a por la bruja de Skye.

### 3

Gilmer llevaba varias horas siguiendo a los cuatro jinetes que se adentraban en las montañas más altas. En aquella zona el viento del norte apenas dejaba crecer arboleda alguna, por lo que debía esconderse entre las rocas de las empinadas montañas de la isla de Skye. Hacía dos años que custodiaba la zona por orden de su laird, el jefe Mcleod de Harris. Aunque en un principio creyó que su misión iba a llevarlo a librar grandes batallas o escaramuzas, resultó que consistía en cuidar de una bruja. La decepción y el enfado dieron paso a la conformidad tras conocer a la joven Aila. Aunque le habían advertido de la presencia de los soldados, algo en ellos no le gustaba en absoluto. No transportaban ningún enfermo, tampoco lo parecían; más bien se trataba de hombres fuertes, sanos y con una constitución que hablaba de años de entrenamientos. Tampoco creía ver en aquellos rostros la necesidad de pedir un encantamiento o hechizo. Gilmer se preguntó qué querrían cuatros guerreros consultar a una bruja. Enseguida se volvió para enviar una paloma mensajera al castillo de Duvengan y recibir órdenes.

Daimh, Clarion, Irvyng y Archie llevaban cuatro jornadas de camino con un humor cada vez más sombrío. Cuando el jefe del clan les había ordenado ir en busca de una bruja, creyeron que bromeaba, y cuando nombró a los cuatro más fuertes del clan para hacer de niñas, concluyeron que su laird se había dado un golpe en la cabeza. Sabían que debían atravesar territorios de clanes con los que no tenían buena relación, pero hubieran preferido encabezar una marcha hacia el clan Mackenzie, que volvía a atacar las aldeas de las fronteras, antes que realizar aquel estúpido viaje que bien podía haberse encargado a algún soldado con escasa experiencia.

—Irvyng —llamó Daimh sin apenas separar los labios—. ¿Cuántos calculas que son?

—Desde que nos hemos adentrado en la vertiente sur y nos cubre la arboleda, creo que se han sumado tres más —le comunicó el soldado, de gran tamaño, rubio y con ojos fríos como glaciares.

Era él quien solía acertar cuando salían en busca de intrusos en plena oscuridad gracias a su gran oído.

—Eso significa que estamos cerca —concluyó Clarion—. Tengo hambre.

—¿Te vas a fiar de la comida que te ofrezca una bruja? —le preguntó Archie, sombrío.

—¿Tienes miedo? —se mofó Clarion, cogiendo parte de su *plaid* y ocultando su nariz bajo la tela para sonreír abiertamente, pues el frío primaveral de aquellas tierras seguía siendo intenso.

Recibió una especie de mugido como respuesta. Archie no quería reconocer que, por más que sacerdotes y monjes le hablaran del poder divino de Dios, él se había criado con la firme convicción de que no había un solo Dios, sino tantos como árboles hay en el bosque. Creció escuchando que el sol, la luna y los seres que habitan en la naturaleza podían ser de ayuda o perjudiciales. Sabía que solo la armonía entre la luz y la oscuridad daba paz al hombre. Su madre le había inculcado esas creencias desde muy pequeño, por eso Archie respetaba la labor de la Gente de Astucia, pero no la temía.

Los jinetes comenzaron el ascenso en el momento en el que un joven de gran estatura, de pelo rojizo, apareció entre la maleza espada en mano.

—¿Quiénes sois y qué queréis? Estas son tierras de los Mcleod de Harris y no sois bienvenidos, Mcleod de Lewis —les espetó Gilmer, quien había identificado el broche que cerraba el *plaid* de Daimh.

—Enfundad vuestra espada, chico; hemos venido a buscar a la bruja que mora estas tierras —le respondió Daimh con un tono de voz grave—. Decidnos dónde se encuentra.

Gilmer se sintió ofendido por el apelativo de «chico». Apretó el mentón cuadrado y sus ojos celestes brillaron por la ira. Rondaba los veinte años y su cuerpo se había desarrollado hasta alcanzar una gran estatura que pronto comenzaría a ensanchar. Sabía que era cuestión de tiempo que hombres como Daimh comenzaran a tenerle respeto, una vez hubiera abandonado los restos de la adolescencia que le quedaba.

—Aila aparece y desaparece —contestó, intentando desestabilizar el muro que componían los cuatro gigantes—. No se la encuentra, no se la busca, ella decide.

Archie gruñó. Sabía que el chico estaba jugando con ellos. Gilmer volvió su mirada hacia él y se encontró con unos ojos ambarinos que parecían querer cortarlo a trozos. Supo que no debía seguir poniendo a prueba su paciencia.

—¿Cómo os llamáis? —preguntó Daimh, que comenzaba a exasperarse.

—Gilmer Mcleod de Harris. —Recalcó esto último queriendo diferenciarse de ellos.

—Bien, Gilmer, decidles a vuestros compañeros que pueden salir. No queremos luchar, solo hablar con esa mujer.

El brillo divertido en los ojos del muchacho no pasó desapercibido para ninguno, y fruncieron aún más el ceño. Gilmer estaba solo.

En sus largas jornadas custodiando la montaña donde habitaba Aila, había ideado una estrategia. Solía comunicarse con el castillo de Duvengan a través de palomas mensajeras. Un buen día creyó que diseminar las jaulas por el bosque no solo lo ayudaría a acceder rápidamente a una de ellas en caso de emergencia y enviar un mensaje, sino que realizarían ruidos que podrían hacer sospechar que había más personas escondidas entre la maleza. Así pues, se enfundó la espada a la espalda e hizo una señal para advertirles de que iría a avisar a «sus compañeros». Su vanidad hizo que minutos después apareciera con un

par de jaulas para alzarlas ante los guerreros. Aunque ninguno de ellos movió un músculo, supo que les había sorprendido.

—McLeod de Lewis, podéis estar tranquilos —se mofó Gilmer—. Mis compañeros no os harán nada.

Irvyng sintió deseos de aplastar al muchacho, que lo había dejado en evidencia.

—McLeod de Harris —escupió Irvyng—, llevadnos hasta la bruja si no queréis que cuando decida aparecer os encuentre desollado, como haré con vuestras palomas.

—Tenemos entendido que no necesitamos permiso de nadie para hablar con la bruja —le recordó Daimh—. Podéis hacer dos cosas: haceros a un lado o llevarnos hasta ella. ¡Decidid!

Gilmer se envaró, apretó el mentón y comenzó el ascenso mientras los guiaba hasta la cabaña de Aila. Esta se encontraba casi en la cima, donde el bosque frenaba su avance dejando campo libre a las corrientes del viento. Utilizando las rocas que coronaban esa zona, habían utilizado una abertura triangular para techarla con ramas. El interior se había ampliado excavando en los laterales de piedra. Lo que los guerreros observaron desde el exterior fue una puerta de madera que no sabían hacia dónde llevaba ni cuán grande sería el espacio que habría tras ella.

El joven Gilmer, sin mirarlos siquiera, les ordenó quedarse fuera mientras desaparecía en el interior y cerraba la puerta tras él. Unos segundos después volvía a salir con un cuerno en la mano. Subió con agilidad a una de las grandes rocas que decoraban la zona e hizo sonar el cuerno tres veces. El joven pelirrojo sonrió tras bajar de la roca y se arrebujó en su *plaid* mientras se sentaba en el suelo, ante la puerta de la cabaña. Al percibir los ceños fruncidos y las mandíbulas tensas de los soldados, Gilmer amplió su sonrisa.

—Ya os he avisado, ella aparece y desaparece —les dijo—. Poneos cómodos, Aila puede tardar.

Daimh y los demás desmontaron intentando adivinar si era otra argucia del joven, tal y como había hecho con las palomas, o no. Mientras Archie se encargaba de los caballos, observando todo a su alrededor en busca de señales de la presencia de la bruja, los otros esperaron de pie, alerta y con los brazos cruzados. Daimh calculó que había pasado el mediodía, y tenía intención de recorrer el camino de vuelta hacia el atardecer.

Los ronquidos de Gilmer sorprendieron a los visitantes. Irvyng, el más alto y fuerte de todos, con su melena rubia trenzada y sus ojos azules, miró a Daimh sin comprender nada de lo que sucedía. Comenzaba a contagiarse de la sensación de estar en un lugar verdaderamente mágico donde todo parecía desconcertante. Para empezar, sus oídos le habían fallado, cosa bastante inusual, al igual que lo era encontrarse con un único soldado como defensa de una hechicera.

Muchos habitantes de las distintas aldeas por las que habían pasado no tardaron en advertirles de la importancia que la bruja tenía para todo ellos, y mostraron una actitud defensiva en cuanto los veían aparecer. La incoherencia hizo que Irvyng se preguntara: ¿y solo aquel muchacho para defender el supuesto tesoro de Skye? Bufó meneando la cabeza. A su desconcierto se le sumó el encontrarse esperando a la condenada bruja sin saber si se

iba a dignar a aparecer. Irvyng comenzó a contemplar la posibilidad de que las insinuaciones del chico fueran ciertas. ¿Aparecería de la nada, como por arte de magia?

Clarion, de pelo oscuro y de carácter práctico, se encogió de hombros y reconoció que el muro rocoso que flanqueaba la puerta era un buen lugar para esperar. Así pues, se sentó, estiró las piernas y cerró los ojos. Irvyng y Archie lo siguieron. Daimh decidió rodear la montaña para estirar las piernas y comprobar que la bruja no se escondía en las proximidades.

Sus pasos al volver alertaron a los guerreros. Antes de abrir los ojos ya habían desenfundado su espada.

—Tranquilos. Soy yo —los avisó mientras los hombres se desperezaban y volvían a enfundar sus armas—. Parece que la bruja...

—Se llama Aila —intervino Gilmer, harto de que utilizaran ese calificativo de forma peyorativa—. ¡Llamadla por su nombre! ¡Ya os he dicho que aparecerá!

Cuando Aila escuchó silbar el cuerno de Gilmer, contó las veces y la duración, pues habían inventado un código. Al parecer, Gilmer le advertía de la llegada de forasteros que no eran de fiar. En aquellos momentos terminaba de recoger algunas plantas y se disponía a cazar algo para la cena. Pidió permiso a la Madre Naturaleza para adentrarse en busca de alimento, sacó una flecha del carcaj y comenzó la búsqueda con el arco en mano. El bosque le ofreció una liebre, que cayó ante el flechazo. Cogió el animal, dio las gracias y enfiló el camino de vuelta. Al haber sido advertida de la presencia de visitantes, Aila decidió tomar la vertiente norte y aparecer sobre el tejado de la vivienda. En ese mismo instante cuatro hombres bien armados y de fieras expresiones eran amonestados por Gilmer. Dio varios pasos más y se dejó ver por los visitantes.

Los cuatro alzaron la vista a la vez al escuchar los ruidos de las ramas en el tejado de la vivienda. El impacto fue mayúsculo cuando observaron a una joven de mediana estatura que los miraba con desconfianza envuelta en una capa de lana oscura, con un arco y un carcaj cruzados a su espalda.

—¿Quién de vosotros necesita de mi ayuda? —preguntó la joven.

Clarion, con el buen humor que siempre lo acompañaba, se rascó divertido la nuca. Hizo una mueca como sonrisa y observó cómo sus compañeros seguían perplejos ante la visión de Aila. Sabía que todos esperaban encontrar una mujer enjuta, de mediana edad, rasgos marcados y rodeada de cierto halo tenebroso. En cambio, la joven que comenzaba a bajar rodeando la superficie del tejado, ayudándose de las manos para agarrarse a las rocas, antes que despertar temor despertaba otro tipo de emociones.

—Desearía ser yo —murmuró por lo bajo Clarion con una sonrisa bailándole en los ojos.

Archie fue el único que lo escuchó, y le lanzó una gélida mirada. No era momento para bromas. Todos dieron un paso atrás, para dejarle espacio a Aila. En su descenso, la capa se había abierto dejando entrever una figura delgada cubierta por un sencillo vestido de lana marrón. La cintura estaba marcada por un cinturón de cuero de donde colgaban varios saquitos, ramilletes de plantas y una liebre, enganchados a pequeñas argollas. Todos pestañearon al contemplarlo. Cuando Aila estuvo a su altura, todos admiraron sus ojos

verdes rasgados, que los recorrían con la mirada. La joven tuvo que alzar el mentón para enfrentar aquella muralla de músculos y huesos que se elevaba ante su cabaña. Vestían con un tartán de caza de tonos parduzcos para camuflarse. El *belted plaid* que los cubría era el más utilizado, hecho de dos piezas de lana de tartán ensambladas juntas, enrolladas alrededor del cuerpo y sujetadas con un cinturón. Al dejar a la vista las robustas piernas y musculosos antebrazos, Aila percibió la gran fuerza física de sus visitantes. La muchacha frunció el entrecejo al no recibir respuesta. Se volvió hacia Gilmer arqueando una ceja a modo de pregunta.

—Aila, son guerreros Mcleod de Lewis —le presentó Gilmer, divertido ante la reacción de los hombres—. Dicen que vienen en tu busca, pero tendrás que adivinar qué necesitan, pues parece que las palabras no son su fuerte.

—Nos envía Alistair Mcleod, nuestro laird —habló Daimh, como jefe del grupo, con voz helada y actitud fiera—. Necesitamos que vengáis con nosotros, pues la castellana necesita de vuestra ayuda.

—No suelo viajar tan lejos —respondió Aila sin amedrentarse—. Tendrá que venir ella.

—Eso no es posible, la orden es que debéis acompañarnos —insistió Daimh.

Aila había dejado de realizar largos viajes tras la advertencia de su abuela. Desde entonces solo se trasladaba cuando el enfermo o persona estaba incapacitado para realizar un viaje tan largo. Aquellos tres guerreros tenían un aspecto indómito, y le incomodaban sus miradas penetrantes. El de cabellos oscuros no dejaba de recorrerla con la mirada: encontraba algo divertido en ella. El de cabellos claros como los rayos de sol y ojos de hielo se había ofendido ante su respuesta. El tercer guerrero de ojos ambarinos fulminaba con la mirada a Gilmer, que no disimulaba una risa socarrona. El jefe del grupo parecía incómodo con la situación, pero dominaba su mal humor. Su cabello negro y ojos de un azul muy oscuro tan solo le advirtieron de su naturaleza violenta. En cambio, su voz grave traslucía el esfuerzo que realizaba al mantener sus emociones bajo un férreo control.

Aila suspiró; debía pensar la forma de hacer entrar en razón a aquellos hombres sin ofenderlos, porque no estaba dispuesta a alejarse de allí.

—Pasad —los invitó Aila abriéndose paso hacia el interior. Antes de cruzar el umbral se detuvo y les advirtió—: Sentaos en las sillas, no quiero que me estropeéis el techo con vuestras cabezas.

Los guerreros la siguieron incómodos por el trato poco amable de la mujer. Estaban acostumbrados a despertar temor entre las féminas, y no reconocían aquella forma de mirar tan abierta de Aila. Hasta las chicas del castillo, con las que tenían más confianza, solían mirarlos con más respeto que ella. Al parecer, la joven no los acompañaría de buen grado, y no habían contado con ello.

Daimh contempló cómo habían excavado en la roca para dar forma a la cabaña. A su derecha había una gran chimenea cuya salida de humo descubrió en el exterior. El fuego estaba encendido, pero era débil. A su izquierda habían apuntalado en la roca tablones de madera separándolos de la superficie del suelo unos centímetros. De aquella forma lograron fabricar un camastro lleno de pieles. Otro similar lo encontró frente a la puerta, al otro lado de la mesa de madera tosca que dominaba la estancia. Tomaron asiento tal y

como les había indicado Aila. Menos Gilmer, que se cruzó de brazos y se apoyó en la puerta, vigilante.

Aila colgó su capa de un clavo en la pared rocosa y comenzó a liberar su cinturón de la carga que traía. Mientras colocaba cada cosa en su lugar, de espaldas a los visitantes, comenzó a indagar.

—Mi nombre es Aila —se presentó, a la espera de sus nombres.

Tras la presentación de Daimh, quien nombró a todos, la joven concluyó con que no le gustaba la actitud hostil que albergaban.

—¿Cuántos días lleváis de viaje? —preguntó Aila volviéndose para escudriñar a sus invitados.

—Cuatro y medio —respondió Clarion.

—Imagino que tendréis hambre —comentó Aila mientras se centraba de nuevo en sus labores.

—Lo que tenemos es prisa —contestó Daimh con brusquedad antes de que Clarion se animara a hablar de su apetito.

—Decidme, ¿qué le sucede a vuestra señora? —preguntó Aila, evitando comentar la falta de educación mostrada por su parte.

Los soldados se miraron unos a otros incómodos, pues no sabían cómo explicar el problema de su castellana. Archie tomó la palabra.

—Es de las Lowlands. —Todos encontraron razonable la respuesta y asintieron con gruñidos para reafirmarla.

—¡Ah! —rio por lo bajo Aila—. Poco puedo hacer yo para cambiar eso.

—Bueno, nuestro laird no quiere que deje de ser de las Lowlands —explicó Archie mientras buscaba apoyo en las miradas de sus compañeros.

—Ojalá hubiera remedio para eso —agregó Irvyng; consiguió el mismo gruñido de conformidad del resto.

Aila se volvió antes de desabrochar su cinturón y lanzar exasperada la liebre sobre la mesa, donde los anchos brazos de los visitantes reposaban. Arqueó una ceja y esperó una respuesta lógica.

—Parece que tiene problemas para concebir —aclaró de una vez Daimh.

—Entonces nada la incapacita para llegar hasta aquí —concluyó Aila sentándose junto a ellos y comenzando a preparar la liebre para la cena—. Podéis decirle que estaré encantada de ayudarla, pero me es imposible realizar un viaje tan largo en estos momentos.

—Vendréis con nosotros —sentenció Daimh con enfado.

—No, no iré. —Aila levantó la vista de la liebre y miró directamente a los ojos a Daimh, sin temer la fuerza que desprendían—. Durante la Luna del Fresno varios hombres Mclean solicitaron mi ayuda. No acudí, pues la persona en cuestión podía viajar. ¡Y venía de otra isla! Solo me desplazo cuando se encuentran impedidos. Su señora puede realizar perfectamente un viaje de cuatro días.

—Pues tendremos que llevaros a la fuerza —amenazó Daimh.

—Intentadlo —lo retó Gilmer desde la puerta.

Los cuatro guerreros comenzaron a levantarse para iniciar un enfrentamiento.

—¡Cuidado con el techo, bárbaros! —exclamó Aila recordándoles su premisa.

Su ceño se profundizó cuando observó cómo se envaraban ante sus palabras. Aila no iba a permitir esa actitud hostil en su propia casa, y su mentón se endureció para dejarles clara su postura. La joven mostró confusión al percibir las miradas de extrañeza que recibía por parte de los guerreros. Todos se habían sorprendido ante el genio de aquella joven, que no dudaba en llamarlos bárbaros, sin mostrar el más mínimo respeto hacia ellos. Daimh pensó que la bruja no parecía conocer la sumisión.

—Gilmer, por favor, eso no va a pasar —continuó Aila con voz suave intentando tranquilizarlos—. Recuerda que no podré moverme de aquí antes de que los Donald me traigan lo que les encargué.

—¿Te refieres al barco? —preguntó Gilmer, entendiendo que Aila pretendía hacerlos esperar hasta aburrirlos. No era la primera vez que hacía algo así.

—¿Cuánto tardará? —preguntó Irvyng.

—Unas semanas —respondió Gilmer.

—¡No pienso quedarme a esperar! —explotó Archie.

—¿Estáis familiarizado con mis artes? —preguntó Aila a Archie apoyando sus codos sobre la mesa y acercándose al hombre que tenía a su izquierda.

La joven comprobó que su cercanía lo incomodaba, pero el guerrero de ojos ambarinos no retrocedió un ápice. El hombre asintió.

—Pues no sé si sabréis que la vieja Caillich, protectora de la Naturaleza y los animales en invierno, nos ofreció uno muy duro. Hace unos días celebramos Otara, y la fertilidad surge en Walpurgis. El barco que trae la mercancía llega desde muy lejos, de donde la Dama Verde se extiende durante más tiempo. Sin las semillas y plantas que solicité, poco puedo hacer por vuestra señora.

Aila continuó despellejando a la liebre mientras los hombres reflexionaban sobre las posibilidades que tenían. Daimh sintió deseos de estrangular a la muchacha, cuya actitud pagada de sí misma comenzaba a terminar con su paciencia. No iba a esperar al maldito barco del que hablaba, eso lo tenía más que claro. Tensó la mandíbula mientras rumiaba la decisión que debían tomar.

La joven se apiadó de ellos y les ofreció whisky para calmar su decepción. La mención de la bebida relajó el ambiente. El único que miró con recelo la jarra fue Archie, desconfiando de sus intenciones como hechicera. Aila sonrió por primera vez, divertida, mientras les servía la bebida. Su sonrisa perturbó a todos.

—Archie, os prometo que no se trata de ningún brebaje mágico. —Su sonrisa se amplió al contemplar cierto alivio en el guerrero—. Aunque ya de por sí es una bebida que tiende a dañar el buen juicio.

—Solo se lo daña al que no sabe beber —respondió Clarion, ofreciendo su vaso vacío para ser rellenado de nuevo.

Aila dejó la jarra en la mesa y se volvió hacia el fuego.

—Yo prefiero beber algo más fuerte —repuso Gilmer con autosuficiencia—. ¿Dónde está el licor de Skye?

Aila le señaló el botijo y lo amonestó con la mirada. No quería que provocara a los susceptibles invitados. Los hombres se interesaron por la nueva bebida mientras Gilmer se sentaba junto a ellos logrando que apenas pudieran moverse por lo ancho de sus espaldas. Minutos después Gilmer se despidió.

—Tengo que irme un momento —le informó a Aila—. Estaré de vuelta antes del atardecer. Así te hago el relevo —comentó, haciendo una mueca y señalando con la cabeza a los hombres, que bufaron ante sus palabras.

—Te lo agradecería, hoy lo necesito más que nunca. —Aila le dedicó una de sus sonrisas y le tocó el brazo a modo de despedida.

Todos salieron junto con Gilmer para dar de comer a los caballos y prepararse para pasar la noche. Gilmer les indicó dónde encontrar un naciente donde asearse y se despidió. Daimh fue el único que se quedó en la cabaña sin quitarle el ojo de encima a Aila. Era una joven con un atractivo especial; le llamaban poderosamente la atención sus ojos verdes y la sonrisa que tardó en aparecer. Cuando sonrió a Archie, comprobó el efecto de esta sobre su compañero y sobre el resto. No solo tenía templanza para enfrentarse a cuatro guerreros como ellos, sino que sabía utilizar argucias para vencerlos sin necesidad de armas. No llegó a creerse el argumento del barco, pero sabía que estaba esperando a algo, y no sabía a qué. Mientras saboreaba la fuerte bebida que el joven Gilmer le había servido, siguió con la mirada los movimientos de la muchacha. Aila apenas reparaba en su presencia, parecía sumida en un mar de pensamientos. Daimh pensó que su nombre la describía a la perfección: «isla».

Daimh quedó hipnotizado con su imagen a contraluz, situada frente al fuego. La manera de echarse atrás la melena, su forma de apretar los delineados labios cuando realizaba algún esfuerzo, el pequeño aleteo de la nariz al pensar en algo que no la convencía o la forma de sus manos al agarrar el cucharón que revolvía el estofado lo mantenían aletargado. El embrujo calló cuando sus compañeros volvieron a entrar atraídos por el olor de la comida. Clarion le guiñó un ojo y le hizo señas a Aila, mostrando su buena disposición hacia la muchacha. Daimh negó con la cabeza y lo fulminó con la mirada. No quería juegos con ella, no era una mujer cualquiera: Aila era su misión, y como tal la tratarían. O al menos esos fueron los argumentos que se dio cuando Clarion mostró interés por la hechicera.

Durante la cena Aila comprobó cómo la bebida alcohólica había logrado que los rostros de sus invitados mostraran a los hombres que eran y no a los guerreros que debían aparentar ser. Sus ojos la llevaron a Daimh. Apenas fue consciente de su presencia mientras cocinaba, sumida en el dilema de saber si ya había llegado la hora o si debía comenzar a buscar una excusa para seguir esperando. Hasta que la tarde no diera paso a la noche y se encontrara en el bosque en el instante donde la luz y las sombras se entremezclaban, no recibiría respuestas.

Mientras esperaba, se centró en analizar a los hombres sentados a su mesa. Daimh llevaba la marca impresa de líder, era el más hermético de todos. Apenas pudo ahondar en su persona. Clarion era el más risueño; comprobó que le era fácil reír con sus ocurrencias. Archie resultó ser una persona cercana, llena de bondad y equilibrio; concluyó que era el más reflexivo, aunque la esencia del guerrero impregnaba cada poro de su piel. Cuando sus ojos sondearon a Irvyng, se topó con la solidez de una persona extremadamente fuerte, de carácter desconfiado, con ideas fijas y una fidelidad inquebrantable. Mientras bebían captó cierta debilidad en su salud, algo en él andaba mal. Queriendo calmar su curiosidad, se levantó, cogió la jarra de whisky para servir una nueva ronda y apoyó una mano al descuido sobre el hombro del guerrero.

Sus manos solían ser el canal a través del cual las imágenes germinaban en su mente o los mensajes llegaban a su conocimiento. Una vez supo de dónde provenía el mal, volvió a su asiento. Los hombres seguían charlando, mientras daban sobrada cuenta de la comida servida en la mesa. Ella apenas hablaba, pues se sabía observada por Daimh, y era consciente de su falta de capacidad social. Cuanto menos interviniera, menos opciones de generar animadversión tenía. En el momento en el que Clarion volvió a llenarle el vaso a Irvyng, Aila no pudo contenerse.

—Irvyng. —Lo llamó alzando la mano para evitar que Clarion continuara sirviendo—. No debéis beber más. Os sienta mal.

Todos enmudecieron ante las osadas palabras de Aila. Ninguna mujer en su sano juicio prohibiría algo a un guerrero como ellos. La reacción de Irvyng no se hizo esperar.

—¿Quién os creéis para decirme si puedo o no seguir bebiendo, muchacha? —bramó Irvyng, rojo de ira—. Nunca me ha sentado mal beber.

—Sabéis que sí —insistió Aila, sintiéndose incómoda ante las miradas reprobatorias de los demás. Intentó decirles a través de su expresión que ella lo hacía por el bien del guerrero.

—¿Insinuáis que soy tan débil como esos hombres que no se controlan cuando beben? —Irvyng entrecerró los ojos fulminándola con la mirada, deseando darle una buena tunda por atreverse a dudar de su fortaleza—. No me conocéis para nada, muchacha. ¿Y decís que sois adivina? ¡Ja! —El guerrero arrancó la jarra de las manos de Clarion y se sirvió provocando a Aila.

—Seguid así, Irvyng —respondió Aila, enfadada por su falta de respeto y su obstinado carácter—. Os he dicho el motivo de vuestro mal. Sabéis tan bien como yo que esta bebida no os sienta bien.

—Esta bebida es para hombres —le comentó Daimh, intuyendo que Aila no conseguía expresar lo que de verdad quería—, es imposible que el whisky dañe de algún modo a un guerrero como Irvyng. Estoy seguro de que no habéis querido decir que lo debilita y que no puede beber como el resto de hombres.

—¡Pues claro que he querido decir eso! —repuso Aila, atónita ante el enfado de los hombres.

—No, no lo habéis hecho —insistió Daimh en un tono amenazador acompañado de una seria mirada.

—¿Acaso no hablo el mismo gaélico? —preguntó Aila.

—¡Pues podéis ir al infierno, bruja del...! —bramó Irvyng levantándose mientras Aila abría los ojos de asombro.

—Escuchadme bien. —Se irguió a su vez Aila, echando chispas por los ojos y sorprendiendo a todos con el cambio de color en ellos.

La joven tuvo que elevar el mentón para poder mirar a los ojos al bravucón guerrero. Irvyng comprobó que el verde de las profundidades de la hechicera comenzaba a amarillear.

—Antes de que una flecha o una espada os mate, lo hará esta bebida. Lo que todos llaman Agua de Vida es veneno para vos.

Gilmer rompió la tensión del momento al entrar en la cabaña. Al comprobar que Aila estaba alterada, midió con la mirada a los visitantes. Aila aprovechó para descolgar la capa del clavo de la pared y colocársela sobre los hombros. Necesitaba salir. Necesitaba respuestas. Aquellos hombres la alteraban y necesitaba alejarse de ellos.

—Voy a salir al bosque, puede que me retrase, —informó Aila dando sus indicaciones con rapidez—. Podéis dormir aquí si queréis, el viento arrecia con fuerza.

—Gracias, señorita, pero comprometeríamos vuestra virtud —comentó Archie.

—¿Mi virtud? —Aila se detuvo, extrañada.

Gilmer puso los ojos en blanco al adivinar lo que vendría a continuación. Aila se había educado con las leyes de la Naturaleza y no con las sociales. En más de una ocasión llegaba a parecer de otro mundo.

—Vosotros dormiréis, y yo prometo ser honrada y virtuosa. No temáis, no utilizo la oscuridad para el mal. —Y sonrió para aplacarlos, creyendo que temían agravar la mala fama que acompañaba a su don.

—¿Pero qué demonios...? —comenzó a preguntar extrañado Clarion al no entender a Aila.

—Disculpad —intervino Gilmer antes de girarse a Aila para explicarle la situación—, ellos no hablan de tu honradez como tal, sino de, bueno, de lo que las jóvenes... Ya sabes, que no pueden, en fin... —Comenzó a ponerse colorado al observar la confusión en la mirada de la hechicera—. ¡Del virgo, Aila!

—¡Oh! —entendió por fin—. Solo os he invitado a dormir, ¿entendéis? —Aila se dirigió a los guerreros como si de niños se tratara—. Solo dormir.

—A eso nos referimos: no habrá nadie que atestigüe que solo dormimos con una doncella —le explicó a su vez Archie con impaciencia.

—No os preocupéis por eso; si alguien me pregunta, responderé con la verdad. —Aila creyó que su palabra bastaba para que quien quiera que tuviera intención de meterse en su vida privada despejara sus dudas.

—La chica no está bien —concluyó Clarion, divertido—. Creo que está más para allá que para acá.

—Aila no... —Gilmer quiso defenderla, pero la joven se colocó frente a él para hacerse cargo de la situación.

El joven apoyó un hombro en la pared y meneó la cabeza de un lado a otro, sabiendo que no tenía remedio.

—¿Por qué decís eso? —preguntó Aila con enfado. Ella estaba siendo hospitalaria y a cambio recibía palabras condenatorias.

Daimh comenzaba a divertirse con todo aquello. La muchacha parecía haberse criado en otro mundo, lo cual concordaba con esa capacidad de adivinación que se le presuponía. Dejó bien clara su postura al enfrentarse a Irvyng: su consejo estaba por encima de la hombría del guerrero. Aquello hizo que admirara a la pequeña hechicera. Daimh se dijo que a la joven la acompañaban el genio y la entereza. Poco a poco comenzó a entender que se encontraba con una mujer sobrenatural y sumamente especial. Escondiendo una sonrisa en una mueca, se cruzó de brazos y fue espectador de lo que aconteció entre ella y sus compañeros.

—Pues mira, muchacha, las jóvenes deben mantener su virtud intacta —explicó Archie como quien habla a una niña.

—Una cosa es la virtud de una persona y otra su virgo —quiso aclararle Aila.

—Bueno, llamémoslo como lo llamemos —contribuyó Clarion—, una muchacha debe ofrecer el virgo a su marido, para que este no la repudie. Todo hombre quiere a una doncella sin mancillar, ¿entendéis?

Aila rio con ganas ante sus palabras. Las encontraba completamente absurdas. El recuerdo de una joven Mckinnon del clan fronterizo solicitándole que le devolviera de alguna forma el virgo vino a su mente. Ella creyó que el motivo de la preocupación de la chica era la creencia de no poder concebir, pues insistía en que era importante para su matrimonio. Aila le aseguró que tendría una familia tarde o temprano, que no se preocupara. Ahora entendía lo que le había pedido y el absurdo de la situación. Gilmer observó cómo los guerreros miraban atónitos a la joven, que reía a carcajadas. Aila se secó las lágrimas producidas por la risa y se quedó mirándolos.

—¿Alguno de vosotros está casado? —Los cuatro negaron con la cabeza. Aila continuó—: ¿En serio que no os casaríais con una mujer porque ha copulado con otro hombre? —La pregunta hizo que los guerreros se incomodaran, mirándose los unos a los otros algo confundidos. Aila, divertida, volvió a preguntar—: ¿Habéis visto alguna vez a un animal preguntarle a una hembra si ha conocido macho? ¿Creéis que le importa el virgo para generar una buena descendencia? ¡El animal se fijará en las cualidades de la hembra para procrear, no en si está intacta! —exclamó como si fuera la cosa más obvia del mundo—. ¿O teméis las comparaciones? —Aila sonrió traviesa.

—¡No! —respondieron todos al unísono. Jamás habían tenido una conversación parecida con nadie, aún menos con una mujer. Su actitud así se lo mostró a Aila, que no parecía darse por enterada.

—¿Y cómo saber si los hijos engendrados no son de otro? —preguntó el nervudo Irvyng.

—Solo tenéis que esperar veintiocho días: cuando el menstruo aparece, significa que no hay embarazo —aclaró Aila entrecerrando los ojos y viendo cómo los hombres cavilaban al respecto, incómodos ante la alusión a la menstruación, pues debía ser signo de vergüenza y no un argumento. Cruzándose de brazos, Aila continuó—: Además, deberíais pensar en buscar una esposa fiel que os ame, pues si solo buscáis un virgo, tan solo tendréis una oportunidad para confirmar su fidelidad. El resto de las veces ella podrá conocer hombres, y no sabréis si los hijos serán vuestros o no.

Clarion se rascó confundido la cabeza, aceptando la explicación de la joven y su punto de vista. Los demás volvieron a coger sus vasos y continuaron bebiendo mientras rezongaban; no deseaban continuar con aquella incómoda conversación.

—Os lo dejo a vuestra elección —comentó Aila—. Os repito que podéis dormir aquí, si os place. Solo dormir. —Una idea atravesó a Aila y le causó cierta aprensión—. Yo solo espero que mi futuro esposo no piense como vosotros.

Todos volvieron la cabeza con asombro y fruncieron el entrecejo al ver cómo Aila analizaba la reacción de cada uno de ellos. Siguieron sus movimientos con la mirada, mientras ella no les quitaba ojo de encima; observaron cómo se abrochaba el cinturón de cuero, se ajustaba un saquito, cogía una horca que estaba apoyada en uno de los lados de la chimenea y se echaba la capucha sobre la cabeza. Inmersa en ese ritual, no se dio cuenta de que murmuraba por lo bajo.

—Por favor, abuela, que no sea ninguno de ellos. —Todos llegaron a escuchar claramente la súplica antes de que abriera la puerta y desapareciera tras cruzar el umbral.

Gilmer, intentando normalizar la situación, se frotó las manos, ensanchó una sonrisa y ofreció más bebida.

—La chica no está bien de la cabeza —concluyó Irvyng mientras alzaba su vaso para que le sirviera.

—No es eso, hombre, Aila es especial —la defendió Gilmer, entendiendo la reflexión del guerrero.

—No es de este mundo —afirmó Archie, pensativo.

—Yo solo creo que tendrían que existir más mujeres así —comentó Clarion—. Imaginaos lo divertidas que serían nuestras vidas con ese pensamiento entre las féminas. —Arqueando las cejas y sonriendo ampliamente, hizo reír al resto.

Daimh se excusó pidiendo que le indicaran dónde se encontraba el manantial para acudir a asearse. Una vez en el exterior, se obligó a pensar en cómo convencer a la muchacha para que los acompañara. Nunca habría imaginado que una misión *a priori* tan sencilla se complicara de aquella manera.

## 4

Aila llegó enseguida a la linde del bosque, donde se dejó llevar por las fuerzas telúricas que se extendían sobre la Tierra. Respiró la calma que el refugio de los árboles le ofrecía, y, ayudada por la horca, comenzó a tocar los árboles en busca de espíritus que le permitieran hallar respuestas. Los árboles eran oráculos que brindaban infinidad de mensajes a aquellos que supieran descifrar su lenguaje. El código lo aprendió a través de su abuela, y ella, a su vez, se lo enseñaría a sus descendientes.

Alzó la mirada al cielo, observando el movimiento de las ramas, captando los sonidos de la noche y de los seres que habitaban el bosque. Sus pasos la llevaron hasta un espino de gran tamaño, un arbusto con mucha tradición feérica. Llamó tres veces tocando su tronco, reposó la frente en él y esperó. Nunca sabía cuánto tiempo permanecía buscando, sintiendo y alimentándose de las energías que la Naturaleza le ofrecía. Las voces no tardaron en llegar, y apareció ante ella una Dama Blanca. Aila expuso con sumisión su dilema, y aquella se envolvió en silencio para señalar a lo lejos. Aila se topó con la imagen de una joven, un espíritu que venía del Otro Mundo. Su deber era guiarla, encontrar el motivo de su visita y darle paz.

Daimh volvía del manantial, donde se había bañado en gélidas aguas que lograron que su piel humeara por el contraste de temperaturas. Una vez se hubo vestido con la blusa color azafrán y se hubo envuelto el *plaid* alrededor de la cintura, se dispuso a tomar el camino de vuelta. Al internarse en las lindes del bosque, recordó que Aila había salido y rondaría cerca. Algo lo impulsó a buscarla. Sus pasos, acostumbrados a volverse silenciosos, apenas fueron percibidos por Aila, quien tiempo después apareció ante él. Ella se encontraba de espaldas, sentada sobre un tronco caído, y parecía hablar con alguien. Daimh se acercó para escuchar lo que decía sin hacerse notar.

Aila preguntaba al fantasma sobre su necesidad, pero la aparición movía los labios sin que sonido alguno llegara hasta la hechicera, que continuó interrogándola; Daimh observó cómo el desconcierto se extendía por el rostro de la aparecida, y supo que venía de muy lejos, que no quería estar allí, pero que algo la obligaba a buscar a Aila. De pronto el fantasma la miró directamente a los ojos y pronunció «Daimh». Aila repitió el nombre, animándola a que se le acercara.

—¿Daimh? —volvió a preguntar.

—¿Aila? —Daimh se sorprendió. No entendió cómo la joven supo que él estaba allí, a varios pasos de ella. Se creía uno de los mejores rastreadores de su clan. Aila se volvió asustada.

—¡Daimh! —exclamó sorprendida; dando prioridad al fantasma, lo buscó de nuevo en la negrura, y sin quitarle los ojos de encima a la oscuridad, se dirigió al guerrero—: ¿Qué hacéis aquí? ¡Marchaos!

—¿Con quién habláis? —preguntó Daimh, notando cómo una rara sensación recorría su espalda. No estaba acostumbrado a los misterios de otros mundos.

—Hay una joven, a unos pasos de mí —le susurró sin mirarlo—. Estoy intentando ayudarla; creo que llama a alguien, quiere decirme algo, pero se encuentra un poco perdida. No deseo asustarla.

Aila se levantó lentamente, dio un paso más y tropezó con una piedra. Daimh la cogió del brazo y el fantasma reapareció junto a ellos. Muy cerca. Tan cerca que Aila pudo observar las facciones de la joven fallecida. Tenía una preciosa cabellera castaña, y su tez blanca lograba que sus enormes ojos transmitieran infinidad de sensaciones. El fantasma fijó la vista en el hombre, que a su vez miraba extrañado a Aila. La hechicera alternó su mirada de uno a otro intentando comprender.

Daimh, ajeno a lo que ocurría, se sintió atraído por la bruja. Aila resplandecía; su piel blanca brillaba con los fugaces rayos de luna que atravesaban las nubes. Sus ojos parecían ver infinidad de cosas en plena oscuridad. Deseó besarla, pero las palabras que siguieron lo frenaron en seco.

—Daimh Mackenzie —pronunció Aila, repitiendo lo que el fantasma decía—. Os conoce.

—Soy Meleod —la corrigió Daimh, sin saber cómo podía saber el nombre de su antiguo clan.

—Ella, ella os mira con ternura —le transmitió Aila.

—¿Quién? —Daimh temió preguntarle, pues todo resultaba completamente natural, salvo para él.

No le gustaba recordar su pasado, no quería que la muchacha siguiera hablando. No estaba dispuesto a pensar en lo que estaba sucediendo.

—Glheanna —pronunció Aila con un susurro, buscando respuestas en el rostro de Daimh.

Sintió cómo el hombre apretaba aún más fuerte su brazo y cerraba los ojos. Un temblor le recorrió. Aila percibió la rabia contenida, pero pronto observó cómo la gran barrera hermética que lo había acompañado se resquebrajaba. Escuchó cómo sus dientes chirriaban por la fuerza que su mandíbula ejercía al cerrarse. Aila levantó una mano y le acarició el mentón con ternura, intentando aliviar el dolor que notaba en él.

La joven pudo observar de cerca el rostro del hombre. Tras su barba de varios días había un fuerte mentón; sus labios prometían tiernos besos y sus profundos ojos azules, enmarcados por fuertes cejas, causaban estragos en su interior. Era tan alto que Aila debía levantar la mirada; exudaba fuerza por todos los lados y su magnetismo la cautivaba. No lo había visto hasta ese momento, no así. No se había dado cuenta de la virilidad del guerrero al estar sumida en sus propias cavilaciones. Continuó acariciando aquel rostro, consciente de que la mano que apretaba su brazo era la conexión con la mujer fantasma.

Daimh abrió los ojos, esta vez formando la pregunta que sus labios no querían expresar. Aila captó la señal.

—Me dice que están bien, en paz —susurró Aila, pendiente de cada palabra que Glheanna lograba hacerle llegar, sin apartar la mirada del apuesto rostro que acariciaba—. Sus destinos estaban escritos, debían partir.

Daimh fue consciente de cómo una fuerza sobrenatural lo poseía. Las palabras de Aila lograron desgarrarlo por dentro de tal forma que liberó la furia alimentada de frustración que llevaba años manteniendo a raya. Quería gritar, quería negar lo que le decía, quería exigirles que volvieran a la vida, pero solo estaba Aila ante él, aquella hermosa criatura que lo acariciaba, acelerándole el pulso, revolviendo su interior y provocándole la necesidad de sorber la verdad de sus palabras a través de sus labios.

No necesitaba consuelo alguno: ya no era un niño temeroso que cargaba con la culpa desde que su padre lo expulsó del clan. Había crecido, era fuerte y un gran guerrero que se enfrentaba a todo aquel que osara importunarlo. Esa idea se repetía cuando comenzó a sentir cómo su alma se entibiaba con el contacto de Aila. Sus manos le llevaban un calor jamás conocido, un calor sanador.

Aila no pudo prevenir su reacción. Un animal salvaje como él, con una herida abierta como la que había descubierto, era del todo impredecible. Tardó en darse cuenta de que había elegido una presa, y esa era ella. Daimh tomó el rostro de Aila entre sus manos con violencia, asaltó su boca sin miramientos y la fuerza del impacto hizo que la hechicera se desestabilizara. Daimh la cogió de la cintura con una mano, sin soltar la cabeza de la joven con la otra, hasta que el tronco del espino frenó su avance. Devoró sus labios, logrando que la primera impresión en Aila cediera, y se rindiera al beso.

Aila no pudo controlar deshacerse en el calor abrazador del contacto; una corriente vertiginosa se apoderó de ella en cuanto sus labios se entreabrieron para dejar entrar a Daimh. Las sensaciones no solo físicas que el beso produjo en ella se acentuaron cuando su espalda se posó sobre el arbusto feérico. Saboreando el calor que de él emanaba y el fuego que se encendía en ella, unas imágenes comenzaron a dibujarse en su mente. Aila las reconoció como visiones sobre su propia vida; concedora de su límite en cuanto a la claridad de los mensajes sobre su destino, decidió tomar el rostro de Daimh. El instinto le decía que él tenía la clave. Abrió la boca para dejar que la lengua de Daimh profundizara en ella, mostrándole más imágenes.

*Se encontraba en lo alto de una almena, observando el frondoso bosque que rodeaba aquel castillo. Era ella, una década después. Posó sus manos sobre el muro al querer ver el patio de armas donde Daimh entrenaba con varios soldados. Ella sonreía; sentía que era su lugar, había nacido para estar allí, y el hombre que levantaba la vista hacia ella la llamaba «esposa».*

Daimh se dio cuenta de lo que estaba haciendo; sintiéndose un ser despreciable se separó lentamente de la joven, devolviéndole los pies a la tierra y enfrentándose a una mirada que no solo transmitía asombro, sino reconocimiento. Aila abrió los ojos y recorrió con la mirada el cuerpo musculoso del hombre que la observaba con remordimientos. Sus fuertes brazos, su calor, su rostro de guerrero celta, sus ojos abrasadores... Era el hombre más apuesto que había visto, e iba a convertirse en su esposo.

—Los dioses me sonríen —comentó con una chispa divertida bailándole en los ojos.

—Aquí solo estoy yo, y no suelo sonreír —le contestó Daimh, queriendo volver a su realidad, donde no existiera Aila, ni su magia, ni sus mensajes del más allá, ni la fuerza que lo había impulsado a besarla con fiereza.

Ella amplió su sonrisa, callando su secreto. Recogió la horca, que se había caído al suelo, se envolvió en su capa y sin mirar atrás anduvo el camino de vuelta a la cabaña. Daimh necesitó varias horas más para poder seguirla.

Cuando llegó a la entrada rocosa, el bulto de Irvyng se encontraba arrebuñado a pocos metros de la puerta junto a Gilmer. En el interior la luz de la lumbre logró que sus ojos reconocieran a Archie y a Clarion tumbados en el suelo. Ambos le hicieron gestos a modo de saludo. Eran pocas las horas que se permitían dormir cuando se encontraban en tierras foráneas.

En uno de los camastros excavados se encontraba Aila, de espaldas a él y sumida en el más profundo de los sueños. Daimh se recostó en el otro camastro, cruzó los brazos bajo la nuca y contempló el techo rocoso sin conciliar el sueño. Antes del amanecer observó cómo una sombra sigilosa sorteaba los bultos y salía al exterior. Supo que Aila volvía a buscar mensajes en el bosque; esta vez no quiso seguirla. Su mente y su cuerpo aún no se habían recuperado de lo acontecido durante la noche.

## 5

Aila necesitaba más que nunca despedir la oscuridad y recibir la luz del nuevo día, esa primera luz que le daría la fuerza necesaria para comenzar su aventura. Las señales habían sido claras. Esta vez no se internó en el bosque, sino que subió hasta lo más alto, desde donde podía observar las extensas tierras que la habían visto crecer. El viento, uno de los elementos que ella veneraba, era el encargado del pensamiento, de aclarar ideas.

Refugiada entre las rocas, observó cómo los soldados se ponían en movimiento. Irvyng, tal y como le había advertido, parecía necesitar la intimidad del bosque para controlar los dolores que el alcohol le causaba. Se topó con la figura de Gilmer, que llevaba con él un cubo con leche para el desayuno. Clarion y Archie conversaban mientras atendían a los caballos. Aila identificó la silueta de Daimh, que volvía del manantial cargando cubos de agua. Se volvió a decir que aquel hombre sería su esposo, y una sonrisa insegura apareció en su rostro.

Una vez completó el descenso, aprovechó la oportunidad de tenerlos a todos cerca de la entrada de la cabaña para anunciar su decisión. Los soldados gruñeron con aprobación y comenzaron a recoger, salvo Daimh y Gilmer.

—¿Cómo dices?! —exclamó Gilmer, sorprendido—. ¿Te vas sin esperar la carga del barco de los Donald? —le remarcó el joven.

—Sí, Gilmer. —Aila sonrió, intentando parecer segura de su decisión, pues realmente le daba pavor—. Por favor, en cuanto llegue el cargamento, házmelo saber. —Aila le guiñó un ojo—. ¡Ah! Y no mandes mensaje a los clanes amigos hasta que no haya salido de la isla. Podrás imaginarte cómo se pondrá la vieja Nerys cuando se entere de que no podré llevarle el ungüento para sus huesos.

—Sí. —Gilmer rio—. Creo que movilizaría a los mejores Mcleod para ir en tu busca. —Una idea lo detuvo—. Bueno, pero volverás, Aila. Nerys no tendrá que enterarse, estarás de vuelta antes de su próxima crisis, ¿verdad?

Aila contuvo la respiración, pues notó la mirada de Daimh clavada en ella, y no quería mentir a su buen amigo. Tan solo pudo asentir con la cabeza y forzar una sonrisa antes de poder cambiar de tema.

—¿Crees que los Mcleod querrán prestarme un medio de transporte? Una carreta estaría bien. —Aila lo preguntó para desviar el tema sobre la duración de su marcha.

—Un caballo —intervino Daimh, que sospechaba del cambio de actitud de la joven. Se preguntó si se debería al beso o al fantasma.

No podía creer que un simple beso hubiera hecho cambiar de opinión a la muchacha. Advirtió que rehuía su mirada; apenas le había dirigido la palabra, y, en cambio, parecía dispuesta a acompañarlos, cuando su negativa había sido rotunda hasta última hora del día anterior. Su propuesta logró, al fin, que ella se dignara a mirarlo. Pasó por alto que su mirada no era muy aduladora, sino todo lo contrario.

—Necesito una carreta para llevar todo lo necesario —explicó Aila.

—No, un caballo bastará —insistió Daimh—. Un buen animal soportará la carga de varias bolsas.

Aila lo fulminó con la mirada al no poder exigir una carreta sin desvelar la decisión de no volver jamás. Conteniendo su mal genio, se volvió hacia Gilmer y aceptó la orden de Daimh. Gilmer no fue el único que frunció el ceño al presenciar tanta sumisión. Daimh tampoco entendía el cambio en Aila.

—De acuerdo, enviaré una paloma.

El joven se giró para cumplir su cometido sin poder sacudirse la sorpresa de encima. Esperaba poder llevarse aparte a Aila y preguntarle abiertamente sobre su decisión.

Aila comenzó a recoger sus enseres personales, sus herramientas de trabajo, pieles y varias bolsas con ropa. Los demás apenas percibieron la turbación de la joven al tener que decidir sobre lo que llevar y lo que no; tan solo acataban las órdenes de empaquetar y cargar el caballo que habían enviado los McLeod de Harris.

Daimh temía preguntar a la hechicera por su cambio de opinión. Aunque no sabía el porqué, por fin podrían volver, cumplir su misión y unirse a las emboscadas contra los Mackenzie. Se dijo que Aila debería obrar un milagro con la castellana. No la consideraba una mujer de trato fácil; muchas veces compadecía a su tío Alistair. Pudo adivinar que las creencias de Aila no serían bien recibidas por Meribeth, y aún menos sus ideas. Debía mediar por la muchacha; de lo contrario, nadie la entendería, y se metería en serios problemas. Cuando se encontró cavilando sobre las posibles personas que podrían herir los sentimientos de Aila, estuvo a punto de darse un buen golpe en la cabeza. «¿Qué más te da lo que le suceda a la bruja? —se preguntó—. Tu misión es llevarla al castillo, el resto debería darte igual». Terminó convencido de que aquella tierra estaba completamente embrujada; no solo él deseaba salir de aquel lugar donde todo escapaba a su entendimiento: había visto las mismas ganas reflejadas en el ánimo de sus compañeros.

Cuando todos creyeron que el caballo estaba listo para ser montado, Aila salió cargando con dos bolsas más, un caldero de buen tamaño, la horca y una caja de madera.

—¿A dónde crees que vas con eso? —le espetó Irvyng con malos modos; tan solo le dirigía la palabra para gruñirle, al seguir enfadado con ella. No entendía a la joven, ni su empeño en realizar una auténtica mudanza. Deseaba ponerse en marcha de una vez, con o sin ella.

—Ya es lo último, Irvyng —le contestó Aila sin apenas resuello por el peso de su carga—. No puedo realizar mi oficio sin estas cosas. Si me apuras, debería empaquetar varias bolsas más para concluir con lo necesario.

—Y esas cosas más no serán la puerta y el tejado, ¿no? —preguntó Clarion, divertido—. Casi te has llevado la casa a cuestas.

Todos se trataban ya sin formalidad. Habían captado que con Aila todo era tan sencillo como complicado. Así pues, comenzaron a tratarla con familiaridad, pues ella no parecía seguir las normas sociales.

—Aila, el caballo no aguantará contigo y toda la carga, morirá antes de salir de la isla —le explicó Daimh con dureza—. Decide qué quieres dejar atrás y qué no.

—No puedo, no lo entendéis. —Con cierta frustración, paseó su mirada suplicante por todos los soldados buscando aliados. Estos, implacables, se volvieron, y ella se quedó sola ante Daimh—. Podemos repartir el peso entre todos los caballos. Veo que los vuestros apenas llevan nada.

—Ni hablar —le respondió Daimh—. Los nuestros necesitan ir ligeros, pues debemos cruzar varios clanes hostiles. Si nos encontramos en una emboscada, ten por seguro que tu montura es la que se quedará atrás.

—No serías capaz de eso —le respondió Aila, creyendo que moriría sin todos sus objetos personales y recuerdos.

—Lo sería —afirmó con dureza Daimh, respaldado por los gruñidos de sus compañeros.

Aila creía que iba a poder con el miedo, la inseguridad, la incertidumbre, pero de pronto un profundo pánico la dominó. Aquellos hombres no la entendían, ella no sabía nada de la vida fuera de los tres clanes con los que más relación tenía. Se dio cuenta de que, en cierto modo, los Mcleod, Donald y Mckinnon habían sido sus protectores, aislándola del mundo, dejándola vivir en la más absoluta libertad. «En la más salvaje libertad», se recordó Aila. Ella era mucho más bárbara que todos, o al menos así la verían. Y esos rostros serios, que apenas disimulaban su hartazgo de ella, no serían como sus clanes amigos. Ninguno de ellos la había visto crecer, ni la habían visto jugar a los pies de un árbol riendo y hablando con seres de otra dimensión, mostrando de una forma infantil que no había que temer a los bosques. Todos en aquella isla respetaban a Aila. La hechicera pensó que nunca se adaptaría, que nunca conseguiría hacerse un hueco en sus vidas.

Sin poder evitarlo, comenzó a dar pasos hacia atrás, negando con la cabeza, sintiendo cómo se ahogaba, cómo las lágrimas pugnaban por salir. Daimh frunció aún más el ceño, detectando el pánico en Aila. Alzó un brazo para calmarla, pero fue el gesto que hizo lo que provocó que la joven soltara los bultos que llevaba consigo y corriera hacia el interior de la cabaña. Una vez dentro, cerró la puerta tras ella y colocó un madero como seguro. Los golpes no se hicieron esperar.

—¡Aila! —Era la voz de Daimh—. ¿Qué estás haciendo? Vamos, sal de ahí.

—¡No! —gritó Aila fuera de sí—. No, no puedo acompañaros.

—¡Claro que puedes! —comenzó a exasperarse Daimh, volviéndose hacia sus compañeros y haciendo un gesto de incompreensión. Los guerreros negaron con la cabeza, impotentes, y tomaron asiento entre las rocas gruñendo como siempre hacían.

Pensaron apesadumbrados que aquello parecía ir para largo. Dejaron a Daimh la tarea de lidiar con aquella mujer incomprensible que no parecía estar bien de la cabeza. El guerrero se pasó una mano por el pelo negro pensando qué podía hacer para que la joven se decidiera a acompañarlos de una vez por todas.

—Vamos, Aila —comenzó Daimh, buscando paciencia en donde no la tenía. Su mandíbula se tensó al escuchar la risa ahogada de Clarion al verlo mediar con una puerta usando el tono más razonable que podía utilizar—. Esta mañana parecías muy decidida. ¿Recuerdas?

—¡Sí! Pero ¡no! Es que ya no lo sé. —Los gritos inconexos de Aila se escucharon al otro lado de la puerta.

—Entiende que no es necesario llevar tantas cosas —comenzó a negociar Daimh antes de volverse y fulminar con la mirada a Clarion, quien se arrebuja en su *plaid* muerto de risa—. ¿Cuánto tardarás en curar a nuestra castellana? Unas semanas, no más. Pronto estarás de vuelta.

—¡Aaayyy, dioses de la Naturaleza, dadme paciencia! —El ruego, dicho a voz en grito, de Aila sorprendió a Daimh, que creía estar siendo muy razonable—. ¡No, no puedo ir, es que sois... sois... sois muy malos! ¡Y no os conozco! Y mucho peor: ¡no me conocéis!

En aquel momento apareció Gilmer, que venía de realizar algunas tareas. El joven pelirrojo se quedó atónito ante el escenario: Irvyng parecía aún más furioso de lo normal, Archie afilaba una de sus dagas con actitud resignada, Clarion se secaba varias lágrimas que entendió que eran de risa y Daimh apoyaba un brazo en la puerta acompañado de su frente.

—¿Qué os pasa? ¿Por qué no os ponéis en marcha? —preguntó, y le recibieron con gran alivio resumiéndole la situación en pocas palabras.

Gilmer se prestó a mediar, aun sin comprender por qué Aila se había empeñado en llevar media casa a cuestas cuando normalmente apenas llevaba un par de bolsas para viajes largos. Definitivamente, algo no andaba bien.

Aila, al escuchar la voz de su amigo y confidente, decidió dejarlo entrar, con la condición de que solo él iba a entrar. Una vez dentro, Gilmer cerró la puerta y acompañó a Aila junto a la mesa, donde tomaron asiento. El joven Mcleod de Harris se dio cuenta de lo vacía que parecía la cabaña sin las cosas de Aila.

—¿Qué pasa, pequeña? —le preguntó como si de un hermano mayor se tratara—. ¿A qué vienen estos cambios? Si realmente quieres que esos cuatro de ahí fuera se larguen de aquí, solo tienes que decírmelo, que en menos de lo que canta un gallo tendremos a varios ejércitos para expulsarlos.

Aila comprobó que la sólida presencia de Gilmer lograba que controlara sus miedos. Cuando lo tomó de las manos, ella se vino abajo. Eran muchas las lunas sin intercambiar confidencias con alguien. Desde que su abuela Nimue había partido, ella se había enfrentado al fantasma de la soledad. Cuando en Sanheim su abuela le dijo que debía esperar a su esposo y ser paciente, creyó que estaría preparada para partir, pero no era así. Y sus más profundos temores comenzaron a brotar, no solo a través de las palabras, sino de las lágrimas. Confesó todo a su amigo Gilmer, que la escuchaba con atención.

—Aila, si la vieja Nimue te advirtió de que vendrían a por ti y en la visión que tuviste aparecía el hijo de Torquil ese como tu esposo —comentó con desprecio para animar a Aila—, debes acatar lo que los espíritus te han indicado. Parece ser que el destino te tiene

una gran misión por delante. ¡Aunque menuda faena, anda que mandarte con los Mcleod de Lewis...! Sí que deben de estar necesitados.

Gilmer consiguió que Aila se riera.

—Tienes razón —claudicó el chico—. Debes llevarte todo lo posible. Aunque la noticia de que te casarás con ese Daimh puede sorprenderle en un principio, te aseguro que pronto estará suplicándote que le digas cuándo acontecerá ese hecho—. Gilmer sonrió de medio lado y tomó a Aila de los hombros—. Por ahora, haré todo lo posible para que lleven todo lo que desees en este viaje. Lo que quede te lo haré llegar, te lo prometo.

—Ay, Gilmer —se quejó Aila con lágrimas en los ojos—. Te echaré mucho de menos.

—¡Pues yo para nada! —le mintió Gilmer—. Después de más de un año en esta maldita montaña, espero que el laird me encomiende labores de un soldado y no de una nodriza—. El papel se vino abajo con la risa de Aila, a la que él se unió—. Yo también te echaré de menos. Además, prometo enviarte cada cierto tiempo el pedido que sueles hacer de plantas y demás cosas raras.

—Gracias, Gilmer —le contestó Aila, secándose los ojos y recomponiéndose de nuevo.

Se levantó y cogió el caldero, donde había preparado agua de corteza y hojas de roble. Era un ritual que solía aconsejar a los soldados que recorrían largos caminos. El pediluvio con la esencia de roble no solo prevenía el cansancio de los pies, sino que aportaba seguridad y ayudaba a que el camino estuviera marcado por la protección. Gilmer esperó a que Aila absorbiera las propiedades de aquel importante árbol, al igual que la seguridad, la constancia, el vigor y la fuerza que este ofrecía. Sabía que necesitaría todo eso y mucho más para comenzar su nueva vida.

Cuando Aila volvió a salir, acompañada de Gilmer, los soldados la recibieron con rostros inescrutables que escondían las ganas de que se hubiera decidido a acompañarlos de una puñetera vez. Daimh se adelantó; tras consultarlo con los soldados, habían tomado una decisión.

—Aila, si tan necesarias son tus cosas para el viaje —comenzó a decir Daimh, intentando controlar su mal genio, causado por la falta de habilidad para llevar la situación—, cada uno de nosotros se ofrecerá a llevarte en su montura, y así tu caballo solo cargará con tus cosas.

—¡Oh! —Aila sonrió tan agradecida que todos observaron cómo sus ojos rasgados se iluminaban y la amplia sonrisa aparecía en aquel rostro feérico. Daimh sintió cómo un peso invisible se liberaba de su pecho, y estuvo a punto de sonreír al comprobar que sus compañeros suspiraban de alivio. Todos menos Irvyng, quien juró por lo bajo—. Gracias, sois muy considerados.

Los guerreros Mcleod ya habían colocado los últimos bultos de Aila sobre el caballo; solo debían montar para poder poner rumbo al castillo de Creag, situado en la costa escocesa. Cuando llegó el momento de que Aila montara con alguno de ellos, se produjo cierta tensión. Irvyng montó sin invitarla, espoleando su caballo sin esperar al resto. Archie y Clarion observaron la reacción de Aila, pendientes de que la joven no volviera a

arrepentirse. Daimh se compadeció de ella, pero antes de que la tomara de la cintura, los otros soldados se adelantaron y casi compitieron por ver con quién montaría antes. Ganó Clarion. Aila comenzó a animarse, aunque había esperado poder hablar con Daimh de lo sucedido la noche anterior. Cuando todos estuvieron sobre la montura, se volvieron hacia Gilmer, que estaba ajustando dos jaulas con palomas en la montura de carga. Al saberse observado, se encogió de hombros y se acercó a Aila.

—Te dejo dos de mis mensajeras —le dijo, con la tristeza dibujada en sus ojos azules—. Una para que la mandes en cuanto llegues y la otra por si en algún momento los hijos de Torquil te tratan como no debieran y deseas que vayamos en tu busca.

Aila, emocionada, se deslizó de nuevo del caballo y abrazó con fuerza al alto, joven y pelirrojo Gilmer.

—No habrá nadie en toda esta condenada isla que no te vaya a echar de menos —le susurró mientras le devolvía el abrazo.

El joven alargó más el contacto al ver por el rabillo del ojo cómo Daimh tensaba la mandíbula y taladraba al muchacho con la mirada. «Vaya —se dijo Gilmer—, parece que la vieja Nimue sabía lo que decía, ya se comporta como un esposo celoso».

El contacto tan íntimo y los sentimientos de Aila a flor de piel lograron que una visión llegara hasta ella con suma nitidez. Se apartó un poco y tomó el rostro de su amigo entre las manos. Gilmer se puso serio al ver amarillear los ojos de la joven.

—Amigo Gilmer, lo que nos ha unido sembrará lazos que germinarán en nuestros hijos. —Aila terminó su predicción diciendo—: Siempre estaremos conectados.

—Me acabas de hacer el hombre más desgraciado de la Tierra —se lamentó con sorna mientras la tomaba de la cintura para posarla sobre el regazo de Clarion—. ¿Mi hijo con una de Lewis?

—No he dicho nada de un varón —contestó risueña observando cómo su amigo sufría al pensar en entregar a una supuesta hija a un Mcleod de Lewis.

—Anda, lárgate ya, o haré alguna locura como castrarme o algo parecido —ordenó Gilmer, contento de que lo último que iba a escuchar de Aila fuera su risa fresca como la brisa.

## 6

Aila agradeció el buen humor de Clarion, pues la despedida a su montaña le fue más llevadera. El soldado callaba cuando comprobaba que Aila desconectaba del mundo de los mortales y se alejaba viendo más allá de lo que alguien tan mundano como él podía alcanzar. En los momentos en los que observaba que la joven se retorció las manos con nerviosismo, intentaba darle conversación para desviar su preocupación. En algún punto del camino le preguntó por su extraño cinturón.

—¡Oh! ¿Esto? —preguntó Aila—. Lo uso cuando realizo largos trayectos. Mira, está hecho con el mejor cuero; en estas argollas metálicas cuelgo las plantas que voy encontrando con estas cuerdecitas de aquí, y en esta más grande aseguro el animal que haya cazado. ¡Soy muy buena con el arco! —presumió Aila, percibiendo escepticismo en Clarion. Ella continuó explicando, haciendo caso omiso de la expresión del guerrero—. En los saquitos de aquí guardo semillas, frutos o trozos de corteza para elaborar mis remedios. Y esto de aquí es mi *athame*, fue un regalo de mi abuela.

—Bonita daga. —Clarion alabó la herramienta tras ver cómo la joven la desenfundaba—. Debe de cortar con facilidad.

—No, no. Esto solo lo uso para dirigir energías —explicó Aila—. Para cortar lo que sea que necesite utilizo mi *bolline*. —Aila sacó otra daga de una funda oculta tras la espalda.

—¡Por todos los cielos, vas tan armada como nosotros! —se mofó Clarion—. ¿Y esa piedra que tienes cosida justo en el frente?

—Es una piedra especial, tengo varias y las utilizo en función de la fuerza que necesite —continuó explicando Aila tras reír por el comentario de Clarion—. Se llama sodalita, y protege de accidentes en general, pero también en los viajes. Me ayuda a preparar la mente para adquirir visión interior e intuición.

Mientras la conversación entre Clarion y Aila se desarrollaba a espaldas de Daimh, este se sintió molesto gran parte del camino. Le resultaba agradable escuchar a la joven reír, pero le irritaba que fuera Clarion quien lograra hacer brotar esa espontaneidad en ella. Él solo parecía lograr que frunciera el ceño, saliera corriendo o lo fulminara con aquellos ojos verdes, tan cambiantes como el carácter de su dueña. Su mente recordó el beso, aquel momento primitivo donde sus bocas se encontraron, embargándose de la sensación más arrolladora que había experimentado nunca. Se sacudió las imágenes de la mente, gruñendo al comprobar que se estaba excitando de nuevo.

Antes del atardecer habían recorrido un gran trecho; habían logrado dejar atrás las largas

praderas y colinas sin vegetación. Acamparon en una planicie cerca del inicio de un bosque, a orillas del río Snizort. Nada más bajar de su montura —esta vez había acompañado a Archie—, Aila pidió poder perderse entre la vegetación.

Todos se organizaron para pasar la noche allí. Daimh iría a cazar algún animal, mientras los demás encenderían un fuego y cuidarían de los caballos. Aila, consciente de la animadversión que Irvyng sentía por ella, quiso intentar acercarse al terco guerrero con un obsequio. Este se encontraba de espaldas a ella, buscando entre sus alforjas el pedernal y el eslabón necesarios para hacer fuego.

—Irvyng —lo llamó con timidez. El fiero soldado se volvió con cara de pocos amigos. En su mirada se podía leer la advertencia de que no se acercara ni un paso más a él—. Como sé que debes de estar sufriendo grandes dolores, antes de partir preparé este brebaje.

El fornido y rubio guerrero tensó la mandíbula para volverse sin responder a la joven. Sus compañeros parecían seguir con sus tareas, pero estaban muy pendientes de lo que sucedía. Aila malinterpretó el silencio de Irvyng y continuó explicándose.

—No he utilizado encantamientos como puedas pensar, Irvyng, te lo aseguro. Tan solo contiene un macerado de diente de león. Son hierbas que aliviarán tu dolor.

El guerrero se giró con violencia, cogió el frasco que ella le ofrecía y lo lanzó tan lejos como su gran brazo pudo, lo que dejó a Aila atónita. El frasco se perdió en la pradera. La hechicera tragó saliva, pestañeó para no dejar escapar las lágrimas que parecían inundar sus ojos, cogió su bolsa y se internó en el bosque con la cabeza alta. Todos esperaron a que Aila se hubiera alejado lo suficiente para lanzarle miradas admonitorias a su compañero. Este se envaró, listo para pelear si pronunciaban una sola palabra al respecto. Archie y Clarion menearon la cabeza. Daimh se acercó a él.

—Nada te hubiera costado tomar el frasco y seguir con lo tuyo —le escupió con enojo.

—Nadie me dice si tengo dolor o no, nadie me dice qué debo tomar y qué no, y mucho menos una muchacha tarada como ella. —Irvyng esgrimió sus razones sorprendido por la defensa de Daimh—. ¿Y a ti qué te pasa? ¿Acaso la crees a ella antes que a mí? —Lo retó a romper la confianza que se había fraguado durante años.

Daimh estaba tan sorprendido como su amigo. No le había gustado cómo había tratado Irvyng a Aila. El terco de su compañero era incapaz de ver que la hechicera pensaba estar haciendo el bien, que hablar directamente de un defecto o debilidad y buscar soluciones no lo consideraba digno de vergüenza. La joven tenía una mentalidad distinta a la que había conocido, se comportaba de manera extraña y en ocasiones no lograba entenderla. Pero de algo estaba seguro: en Aila no se podía encontrar maldad. Le recordaba a las hadas de los cuentos que su madre solía contarle cuando era pequeño. Era una joven con una inocencia suprema. Daimh se volvió a decir que no era su guardián, que no debía intermediar por ella y mucho menos enfrentarse a sus compañeros, a los que consideraba hermanos. Cogió sus armas y se internó en el bosque en busca de la cena.

Aila intentó que su marcha fuera lo más digna posible, hasta que supo que ya no estaba a la

vista. Entonces, con la ayuda de su horca, se recogió las faldas y corrió al interior de la espesura para encontrar consuelo. Tanto al amanecer como al atardecer solía llevarse la horca como compañía. Esta simbolizaba la montura de los brujos que cabalgan hasta el *sabbat* y permitía abrir puertas para conectar con la serpiente telúrica. Las fuerzas energéticas que recorrían la Tierra la conectaban con otras dimensiones. Lo que *a priori* todos veían como un palo largo terminado en dos cuernos simbolizaba el Fuego de Astucia, que solía encender para guiarse en la oscuridad.

Una vez allí, sus energías se equilibraron, y calmó el dolor que el desprecio de Irvyng le había causado. Ese simple gesto, en cualquier otro momento, solo le hubiera provocado unas profundas ganas de coger un garrote y estamparlo contra la rubia cabeza. En cambio, en aquellos momentos se sentía sumamente débil. Los seres que habitaban los árboles comenzaron a insuflarle fuerzas; sus pasos la llevaron hasta la orilla del río, donde se introdujo completamente desnuda en el momento en el que el día dio paso a la noche.

Ella solía trabajar con los Cuatro Elementos que reinaban en la Tierra. Sus ancestros los habían ubicado en los distintos puntos cardinales, relacionándolos con las fuerzas que dominaba cada uno. Cuando Aila quería aclarar sus ideas, buscaba las señales en el aire, pues simbolizaba el pensamiento. El Fuego lo utilizaba para la acción, para generar un impulso creador. Acudía al Elemento Tierra para la manifestación de la unión del pensamiento y los sentimientos, donde nivelar todo lo físico. Y el Agua, lo que necesitaba en aquel momento, representaba las emociones: Aila quería mezclarse por unos instantes entre los Espíritus del Agua para equilibrarlas.

De nuevo, el bosque llevó a Daimh hasta Aila, donde pudo atisbar su silueta surgir de las aguas del río. La noche, aunque fría, ofrecía un cielo despejado, por lo que pudo vislumbrar el cuerpo desnudo de la hechicera. El corazón le palpitó con fuerza ante el impacto de la bella imagen. Se escurría la melena mientras el agua se deslizaba por sus curvas, acariciando sus pechos turgentes erizados de frío, sus caderas y sus piernas bien torneadas. La excitación se hizo evidente, por lo que tuvo que obligarse a dar media vuelta y dejar de observar a la joven. Buscó una gran piedra donde poder sentarse y comenzó a preparar el zorro que había cazado para la cena. Así le otorgaría cierta intimidad a Aila antes de hacerse notar. Su excitación se volvió enfado, y toda su frustración recayó sobre el zorro que tenía en la mano. No sabía qué le pasaba con aquella muchacha, pero lograba desestabilizarlo, y esa sensación le enfurecía. Cuando creyó que había pasado un tiempo prudencial, se acercó a la orilla realizando suficiente ruido para advertirla de su presencia.

Aila comprobó cómo su carácter comenzaba a fortalecerse: las aguas le habían canalizado las energías, mostrándole sus capacidades. Entendió que debía estar preparada para muestras de desprecio como la que había sufrido y utilizar su astucia para defender su verdad sin herir y sin generar conflictos. Recordó las palabras de su abuela cuando le decía que la vida en comunidad no resultaba fácil, pues cada persona convivía con su luz y su oscuridad, llegando en la mayor parte de las veces a desequilibrarse. Ella, en las oscuras aguas del río, se había enfrentado a sus miedos. Tras mirarlos de frente, se dio cuenta de que su mayor temor se centraba en el rechazo. Sabía que era distinta al resto, y temía que su don la dañara volviéndose contra ella.

«No va a pasar», se dijo.

«No va a pasar —escuchó—. Solo tu bondad, solo tu don, solo tus conocimientos en las artes más antiguas lograrán que las personas que te rodean te acepten y te amen. Debes continuar; en ti se encuentra la conexión entre las dimensiones. Eres la única que podrá mantener ligados a los seres humanos con la Madre Tierra. Busca el equilibrio —le susurraron—; en ti está la posibilidad de encontrar la felicidad. No la hallarás si te escondes, no la hallarás si dejas de ayudar a la comunidad y no la hallarás si te avergüenzas de ti misma».

De las aguas surgió una Aila fortalecida; se sentía preparada para continuar el camino que los dioses que tejían el destino le tenían preparado, su consecución sería importante para todos. Comenzó a vestirse con la camisola blanca, se sujetó las botas de piel y buscó el vestido de lana azul marino y mangas largas ajustadas por botones. Tras rociar su melena con el tónico de romero y menta, con fines estéticos, cogió un peine de madera para desenredarla. Los mechones dorados que coronaban su frente comenzaron a rizarse. Esta vez no se los ató, sino que se los dejó sueltos. Nutriéndose de la paz que el entorno le ofrecía, su mirada vagó por la superficie de las ondulantes aguas que seguían el cauce del río.

Escuchó ruidos a su espalda y se volvió con sorpresa para encontrarse con Daimh. Aila fue consciente del aura de masculinidad que siempre lo rodeaba y que en aquel momento parecía haberse intensificado. El guerrero se acercó a la orilla, lavó sus herramientas tras haber concluido su trabajo con el zorro y limpió sus manos de restos de sangre. Aila seguía atenta sus movimientos; observó su amplia espalda y deseó volver a ser besada por él. Inmersa en el recuerdo de la noche anterior, se sobresaltó cuando Daimh habló.

—Debes avisar de tus baños —le dijo sin volverse—. Cualquiera de nosotros podría haberte visto desnuda.

—¿Eso también comprometería mi virtud? —preguntó, queriendo provocar al guerrero.

Sabía de sobra que la desnudez formaba parte de un momento íntimo para la mayoría de las personas. Su abuela le había enseñado a amar su cuerpo, a no avergonzarse de sus defectos y a aceptar los cambios que se producen en él. Le advirtió de que esa forma de pensar escandalizaba a la mayoría, por lo que debía tomar precauciones cuando decidía mostrar su desnudez, pues muchos hombres lo interpretarían como una provocación. Además le había enseñado el cuerpo del hombre desde el comienzo, cuando la acompañaba a sanar. Aila tenía amplios conocimientos sobre anatomía y sabía detectar la mayor parte de las dolencias humanas.

—¡Más que eso! —le contestó con brusquedad; tras recordar la conversación sobre su virtud la pasada noche, intentó buscar una explicación para que la joven entendiera el riesgo que corría. Antes de comenzar, escuchó la risa ahogada de Aila. Se volvió para confirmar que ella le estaba tomando el pelo—. Maldita hechicera... —le espetó con mofa mientras observaba cómo Aila dejaba de disimular y se reía abiertamente.

—Tranquilo, mi abuela sí recordó mencionarme la importancia que le dais a la desnudez —le comentó divertida mientras terminaba de peinarse la cabellera y recogía sus cosas.

—Pero se olvidó de instruirte en cómo dirigirte a los hombres. —Daimh había acabado de preparar el zorro, que estaba listo para asar, y se había acercado a la muchacha.

—Claro que no se olvidó —respondió con enfado Aila—. Me enseñó a tratarlos como idiotas.

—Aila, así solo vas a conseguir que todo el mundo se comporte como Irvyng hizo contigo. Debes mostrar respeto.

—He sido respetuosa con vosotros en todo momento —le respondió, dolida—. ¿Cuándo os he faltado al respeto? En cambio, poco os cuidáis de esconder vuestro desprecio hacia mí.

—Llamaste débil a Irvyng.

—No, le dije que la bebida lo debilita —replicó ella poniendo los brazos en jarra.

—Pues es lo mismo —le contestó con rudeza.

—No, no lo es —insistió ella; se quedó a un palmo de Daimh—. Defiende a tu amigo, pero no mientas sobre lo que sucedió.

—Aila, no sé bien cómo demonios te han educado. —Daimh se llenó de paciencia para explicarle la situación a la joven, pues veía que iba a sufrir cuando se enfrentara a la vida en el castillo—. Pero solo los hombres fuertes beben whisky; ordenarle a un guerrero como Irvyng, que ha demostrado su fortaleza en más de cien batallas, que esa bebida no está hecha para él es igual que decirle que es débil. Y eso, Aila, es un insulto grave para cualquiera de nosotros.

Aila pestañeó varias veces, asimilando y comprendiendo por fin lo que le ocurría a Irvyng. Se recordó que debía tener cuidado con ofender a hombres como ellos. Tenían unos sentimientos demasiado tiernos: cuando se les dañaba, respondían con la mayor de las furias. Aila llegó a esa conclusión y supo que no debía pronunciarla en voz alta, pues volvería a herir los sentimientos de los guerreros. Así pues, aceptó la explicación y la tensión cedió de sus hombros.

—Está bien, intentaré no volver a insultar a Irvyng —respondió, queriendo decir «vulnerar sus sentimientos».

—A ninguno de nosotros —le recordó Daimh, complacido por la respuesta.

—A ninguno de vosotros —aceptó Aila.

—Bien, pues tampoco deberás desobedecer nuestras órdenes, y deberás hablarnos con respeto. —Daimh aprovechó la buena disposición de la joven para seguir «instruyéndola».

—¡Oh, bueno! —respondió Aila, intentando no enfadarse con el engreído e insensible guerrero—. Creo que eso me va a costar aprenderlo.

—Pero lo harás pronto —amenazó Daimh, que comenzaba a ver divertida la actitud de la hechicera. Había cambiado la estrategia, evitaba el enfrentamiento.

—Mmm, es posible. —Aila se volvió, pues no pensaba prometer cosa tan absurda, y empezó a recoger la bolsa, que se encontraba a sus pies.

—Lo harás —la aguijoneó Daimh, mostrándose inflexible.

—¡Cuando quiera y con quien quiera! —explotó Aila lanzando su bolsa y enfrentándose a él. «Ya está bien de tanta altivez», pensó.

Lo que descubrió la dejó atónita. Daimh, el hermético guerrero, el hombre de rostro ceñudo y actitud fiera, lucía en aquel momento una sonrisa. Más bien, según observó Aila, una sonrisa de medio lado, y los ojos cargados de diversión. La estaba provocando deliberadamente, y aquella sonrisa estaba logrando que su estómago se revoliera de excitación. Sonrió a su vez atisbando el brillo de sus dientes a través de la barba oscura y vislumbró cómo sus facciones mostraban los vestigios del niño travieso que fue.

Y Aila rio encantada con el cambio.

La oscuridad, los sonidos del agua al fluir, la cercanía de la joven y aquella risa que conseguía aligerarle el pecho hicieron que se creara en torno a ellos un aura de familiaridad jamás conocida por ninguno. En aquel momento eran un hombre y una mujer cuya atracción iba en aumento. Ella dejó de reír y él se mostró serio. Sus rasgos volvieron a ser impenetrables; solo dejó a sus ojos al cargo de mostrar intensas emociones. Alargó una mano hacia Aila para tocarle un mechón húmedo que comenzaba a rizarse. Ella suspiró por la caricia invitándolo a continuar.

Ninguno supo quién había dado el primer paso, pero en el instante siguiente sus bocas se habían encontrado, buscando las sensaciones experimentadas el día anterior. Y hallaron mucho más. Aila aprendió con rapidez cómo acoplarse al ritmo marcado por los labios de Daimh. El guerrero la tomó de la cintura para comprobar la diferencia que existía entre ellos. Su cuerpo menudo, suave y sensual se apretaba contra su amplio tórax, rozando con sus caderas las partes que mostraban su excitación. Cuando los brazos de él la rodearon, Aila aprovechó para abrazarse y tomar su cuello como punto de equilibrio, pues creía que sus piernas le fallarían ante las fuertes sensaciones que experimentaba con su contacto.

El silbido de Archie a lo lejos logró que Daimh comprendiera lo que estaba sucediendo. Su compañero los llamaba en la oscuridad, pues se habían entretenido más tiempo de lo normal. Aila se soltó, confundida, y con timidez comentó:

—Nos echan de menos. Debemos volver.

—Sí. Coge el zorro —respondió Daimh con voz grave—. Yo voy a aprovechar para quitarme el polvo del camino y el olor a animal.

Aila obedeció, y volvió al campamento con la sensación de estar volando y una sonrisa incrédula dibujada en el rostro. Daimh no esperó demasiado a que Aila se alejara para despojarse de su ropa y buscar la frialdad del agua del río para calmar su excitación. ¿Qué demonios le estaba pasando? ¿Por qué la noche conseguía desarmarlo para encontrar en Aila los besos más excitantes que había conocido? ¿Desde cuándo su conciencia le permitía enredarse con una mujer que sabía que solo le daría problemas? En aquel momento se acordó de Lynnet, de la belleza que lograba divertirlo sin provocarle dolores de cabeza. Después de sumergirse en el agua, miró al cielo pidiendo llegar lo antes posible al castillo de Creag y regresar a la rutina de siempre.

Una vez en el campamento, Aila dejó a los hombres preparando el zorro asado para alejarse del círculo de luz que la hoguera producía y dibujar otro como protección. Con disimulo, para no provocar desconfianza, cogió su horca, un saquito con sal y una ramita de hisopo. La horca le servía de guía, la sal lograba neutralizar las malas energías, protegiéndolos, y las ramitas de hisopo, utilizadas a modo de escoba, podían barrer la negatividad. Al realizar el círculo mágico, Aila conseguía mantenerlos seguros dentro de él, pues allí pasarían la noche. Teniendo como guía el movimiento del sol, comenzó a trazar el círculo de este a oeste, llamando tanto a los ancestros como a los Espíritus de la Naturaleza para que los protegieran de los posibles peligros que se escondían en la noche.

Sentados junto al fuego, dieron buena cuenta de la carne asada. Daimh se situó frente a Aila, al otro lado del fuego, alejándose al máximo de ella. Irvyng se situó a su lado sin participar en la conversación y con un manifiesto mal humor. Por último, Clarion y Archie flanqueaban a la joven: al haberse levantado viento, quisieron protegerla del frío haciendo barrera. Ella se había cubierto por una de las pieles que poseía y comía en silencio. Observaba las energías de Irvyng, quien sufría un dolor inhumano sin que nadie se diera cuenta. Salvo ella. En el momento en el que el whisky rodaba por segunda vez, Aila clavó su mirada en la cabeza rubia. Cuando Irvyng levantó la vista para beber del botijo, se encontró con los ojos de ella.

—¿Qué miras?! —rugió.

—La testarudez —contestó ella, impasible.

—Aila... —Daimh intervino, llamándola como advertencia.

—Irvyng Mcleod, semilla de Torquil —comenzó a decir Aila con templanza, y sus ojos rasgados se clavaron en los del guerrero—, tu testarudez es tan grande como tu fortaleza. Sé que el dolor que padeces llega a ser inhumano, pero tú lo escondes con la mayor de las fuerzas, aparentando que nada malo ocurre en ti. Te sigues mostrando orgulloso: cabalgas junto a tus compañeros, peleas y realizas grandes esfuerzos dejando a más de un soldado en desventaja. Solo un gran guerrero, solo un hombre sumamente fuerte puede continuar su vida sin que nadie perciba su padecimiento. ¿Por qué, en el nombre de los ancestros, te empeñas en creer que dejar de beber ese tipo de bebidas te hará parecer débil?

Irvyng dejó a medio camino el botijo con el líquido ambarino en su interior al comenzar a escuchar a Aila. Pretendía beber a modo de provocación, pero sus palabras lo dejaron atónito. El resto de guerreros apenas respiraban, atentos a los que sucedía. El cabello de Aila se había secado; dos únicos mechones rubios se rizaban a ambos lados de la cara, enmarcando sus rasgos y la fuerza de su mirada ante la luz anaranjada del fuego.

—He atendido a más de un centenar de valientes soldados de distintos clanes —continuó diciendo la joven hechicera—. Muchos, al acercarse el momento de una batalla, necesitan embriagarse con cualquier licor para encontrar la valentía y enfrentarse a la muerte. Y no son cobardes por ello. Tener miedo al dolor, miedo a morir, miedo a descubrir un mundo sin familiares y amigos no los hace débiles; en cambio, se les permite engañar esa sensación que les engarrotta la garganta con Agua de Vida. Pero tú, Irvyng,

cuando has demostrado a todo el que te conoce la fuerza y valentía que posees, ¿para qué necesitas esa bebida, qué miedo escondes, cuando no temes a nada? La bebida que tú crees que es para los fuertes no lo es. No demuestras nada bebiéndola. Cuando te veo tomar el veneno que ese botijo tiene para ti, tan solo puedo observar testarudez.

Aila calló, dejando el sonido del crepitar del fuego entre ellos. El orgulloso Irvyng suavizó su mirada, gruñó y pasó el botijo con brusquedad. Nadie se atrevió a hablar durante unos minutos. Irvyng, como si nada hubiera pasado, continuó royendo un hueso de carne. Al comprobar cómo la tensión cedía, todos se acordaron de respirar.

Aila miró a Daimh por encima de las llamas y sonrió tímidamente mientras cogía un trozo de pan de centeno. Él la estaba observando, percibiendo la sabiduría que acababa de mostrar. Ante la sonrisa de Aila, tan solo pudo volverse su cómplice y guiñarle un ojo a modo de aprobación.

—Oye, Aila —comenzó a decir Archie mientras se rascaba la barbilla cubierta de barba rojiza—, hay una cosa que llevo preguntándome todo el día. ¿Qué fue lo que te hizo decidirte? ¿Qué hizo que cambiaras de opinión y nos acompañaras?

—Mmm..., bueno... —Aila, arrebujaada en sus pieles, entrecerró los ojos de forma traviesa mientras pensaba si confesar la verdad o no. Su duda provocó la curiosidad en los soldados.

Paseó sus ojos por los rostros expectantes de Clarion, Archie e incluso Irvyng, quien mostró interés abiertamente. Cuando se detuvo en Daimh, recordó el beso. Aquel maravilloso beso que él le había dado. Recordó su perezosa sonrisa, su forma de acariciarle el pelo, la pasión con la que irrumpió en su boca y la fuerza de su abrazo. A su mente acudieron también las imágenes que el mágico beso, presenciado por las *faes* del bosque, formaron en su mente. Se dijo que no podía perjudicar a nadie si confesaba el motivo de su partida. De todas formas, fue la visión más clara que había tenido en su vida con respecto a su destino.

—La noche de vuestra llegada tuve una visión. —Aila miró directamente a Daimh intentando no sonrojarse.

—¿Y qué viste? —se interesó Clarion.

—Que Daimh sería mi esposo y que viviríamos en un castillo rodeado de un precioso y frondoso bosque. —Aila sonrió abiertamente, mostrando su alivio al haber confesado su secreto—. ¡No voy a volver, por eso quería llevármelo todo! —explicó con entusiasmo.

El silencio, de unos segundos de duración, fue secundado por las fuertes carcajadas de los soldados. Aila llegó a asustarse en un principio, pues no se esperaba esa reacción en ellos: en los días que llevaban juntos jamás los había visto reír de esa forma. Estuvo a punto de contagiarse, pero su desconcierto apenas la dejaba sonreír. Irvyng llegó a recostarse en Clarion, doblado por la risa. Cuando posó su mirada en Daimh, observó que le había hecho gracia pero que comenzaba a sentirse algo turbado por su confesión. Meneaba la cabeza de un lado a otro, sus hombros se sacudían por la risa y arqueaba las cejas con incredulidad mientras seguía comiendo.

—¿Con Daimh?! —continuó preguntando Clarion sin salir de su asombro—. ¿Estás segura, muchacha? —Los espasmos causados por la hilaridad iban cediendo mientras todos buscaban en el rostro de Aila los signos de estar bromeando.

—Sí —respondió Aila, logrando que todas las miradas se centraran de nuevo en ella—. Las imágenes fueron claras.

—Espera. —Archie comenzó a buscar respuestas razonables—. ¿Tú puedes ver el futuro?

—A veces —respondió con sinceridad—. Otras necesito algo de ayuda y son los espíritus quienes me dan el mensaje.

—Y cuando hablas de tener visiones, ¿cómo ocurre, cómo son? —continuó preguntando Archie.

—Pues... —Aila pensó haciendo una mueca con la boca—. ¿Alguna vez habéis soñado algo que a la mañana siguiente lo recordáis como si hubiera ocurrido de verdad? —Al observar cómo todos asentían con la cabeza, respondió—: Pues igual, pero en mi caso ocurre a través de un contacto con un objeto o persona y es inmediato. De pronto aparece en mi mente, como si fuera un recuerdo. Las imágenes no siempre están completas, a veces mi don solo me muestra una parte.

—¿Entonces conoces tu futuro, todo lo que te ocurrirá? —Clarion tomó el turno de preguntas.

—Bueno, en mi caso las imágenes suelen ser menos nítidas, más incomprensibles; mi abuela decía que mi don no se había hecho para mi uso personal, sino que estaba al servicio de los demás. —Tras decir esto, todos ensancharon sus sonrisas, que surgían tras las barbas, encontrando el error en la conclusión de la joven.

—Aila, sentimos decirte que en este caso te has confundido —le informó con condescendencia Archie, esperando que no lo tomara a mal—. Debiste de confundir el mensaje.

—No, en esta ocasión no, pues fue distinta —aseguró Aila al ver cómo todos mostraban su desconfianza—. De verdad, creedme. Mi abuela me visitó en Sanheim y me dijo que mi esposo vendría a por mí; también me habló de mi vida en una comunidad y de la paciencia, que es un defecto que debo trabajar, pero mi abuela me lo aseguró. Aunque sí que es cierto que no llegó a decirme cuándo vendría mi supuesto esposo. Cuando le pregunté, me aconsejó que escuchara a los espíritus —comenzó a explicarse atropelladamente, logrando que el escepticismo aumentara en su audiencia—, y después, cuando llegasteis, fui al bosque, pedí ayuda y apareció Daimh.

—Pero eso no significa nada, muchacha —la interrumpió Irvyng—. Podría haber aparecido cualquiera de nosotros.

—¡No, no lo entendéis! —se quejó Aila abandonando su refugio entre las pieles y moviendo los brazos para hacerse entender entre murmullos, gruñidos y gestos de desconfianza—. Yo choqué contra el tronco de un espino, un árbol con mucha energía feérica, y el contacto con el tronco, sumado al beso de Daimh, hizo que las imágenes...

—¿¡Cómo!?

—¿¡Qué beso!?

—¿La has besado?

Las preguntas se sucedieron con tal rapidez que Aila no supo de quién provenían. Daimh cerró los ojos unos instantes al darse cuenta del lío en el que se había metido. Toda la atención se centró en él. Irvyng lo miraba extrañado; Archie, con sorpresa, y Clarion, socarrón. Al no creer que debía explicación alguna a sus compañeros, se dirigió a Aila. Sentía una profunda culpa al darse cuenta de que la joven había confundido sus besos con algo más. Creyó que se había formado una imagen en la cabeza motivada por sus besos, que no negaba que hubieran sido especiales, incluso demasiado excitantes, pero que no llegaban a hacerle desear contraer matrimonio con ella. Se recalcó a sí mismo que mucho menos lo haría con una mujer harto extraña como era ella.

—Aila, esto... —dudó unos instantes—, creo que, como has dicho, tus visiones sobre tu propio futuro pueden llegar a errar —comenzó a decirle.

—No, no son erróneas, son difusas.

—Las imágenes difusas tienden a errar —replicó Daimh, que empezaba a impacientarse.

—No —volvió a negar Aila haciendo uso de su testarudez—. Si la imagen que veo consiste en ver cómo me caigo, una imagen difusa sigue diciéndome que me voy a caer, pero es posible que no me muestre contra qué me doy o con qué tropiezo.

—¡Está bien, Aila! —terminó por claudicar Daimh con brusquedad—. ¡Pues describe exactamente lo que viste! —le ordenó con rudeza mientras buscaba restos de paciencia.

Aila lo reprendió con la mirada por su brusquedad. ¿A qué venían esos malos modos cuando sabía que se podía comportar de manera más dulce? Se volvió a arrebujar entre las pieles, dispuesta a hacerse entender.

—Yo estaba en una almena —Aila cerró los ojos para recordar los detalles de su visión—; frente a mí se extendía un frondoso bosque que rodeaba el castillo donde me encontraba. Me era muy familiar, parecía llevar habitando aquel lugar muchos años. Era un día claro; escuché ruidos de espadas y me asomé. El color de la piedra del muro donde apoyé las manos era rojizo, anaranjado, y cuando me asomé te vi: estabas ejercitándote con otros soldados. —Su relato era seguido con suma atención por todos, pero en especial por Daimh, que comprobó cómo algo en su interior se contraía—. Eras el jefe; alguien te llamó así cuando te avisaron de que tu esposa estaba observando. Alzaste la mirada y me sonreíste. Y ahí acabó todo.

Aila abrió los ojos, y, al hacerlo, se topó con la intensa mirada de Daimh, que apretaba la mandíbula y parecía encontrarse muy lejos de allí. El guerrero volvía a su hermetismo, se había alejado de aquel claro en el que se encontraban para ser transportado al castillo de Coill, el lugar donde había nacido, el castillo de los Mackenzie. Se preguntó cómo demonios aquella muchacha podía haber descrito ese castillo si nunca había estado allí. Sus amigos no podían saber que Aila hablaba de aquel castillo, pues nunca habían llegado a estar ni remotamente cerca. Todos tomaron las palabras de Aila por invenciones, y él no iba a sacarlos del error.

Clarion encontró algo más interesante en la suela de sus botas e Irvyng se levantó para estirarse. No querían contradecir a la muchacha, pero ninguno creía en la veracidad de su visión. Archie carraspeó.

—Muchacha, Daimh no es el laird de ningún clan, ni lo será —comenzó a explicarle—. Hemos venido a buscarte para que nuestro laird obtenga descendencia, y, en caso de no lograrlo, Daimh tiene un primo llamado Cormag, hijo del anterior jefe del clan, primero en la línea de sucesión. Para que Daimh lograra sucederlo como laird, deberían pasar demasiadas calamidades. Eso, sin contar con que el castillo de Creag está construido en lo alto de un acantilado y sus muros están hechos con piedra gris cubierta en su mayor parte por musgo. El bosque más cercano lo encuentras cruzando una amplia pradera más allá de los campos de cultivo. Lo siento, Aila, pero tu visión no concuerda con la realidad.

Aila buscó la verdad de lo que Archie decía en los rostros de los guerreros. Todos desviaron la mirada sintiendo lástima por ella. No podía ser cierto, ella no estaba equivocada. No iba a dudar de su don, no iba a poner en duda su arte y su capacidad premonitoria. Tampoco iba a generar conflicto con sus compañeros de viaje y su futuro esposo, por más que él no la creyera. Así pues, sonrió, cansada, y se encogió de hombros, comprensiva.

—Y menos cuando dices haber visto a Daimh sonreír —puntualizó Clarion con un bufido—. ¡Daimh no sabe hacer eso!

Archie e Irvyng corroboraron la afirmación de Clarion con gruñidos divertidos.

—Está bien —claudicó Aila—. Es posible que las visiones hayan sido demasiado difusas, o puede que el tiempo nos permita saber si estoy en lo cierto o no.

Todos aceptaron sus palabras. Tras terminar con la cena, se despezaron.

—Ya es tarde, Aila —le recordó Clarion—. Busca tus otras pieles para ayudarte a formar un camastro. Nosotros haremos guardia durante la noche, no debes preocuparte. Cuidaremos de ti mientras duermes.

De nuevo Aila tuvo que sonreír y recordarse que no podía decirles que realmente era ella la que los estaba protegiendo a todos al encontrarse bajo la custodia de los espíritus dentro del círculo mágico que había trazado. Fue a por un par de pieles para ella y para el resto, cogió su palo y, mientras se arrebujaba para disponerse a dormir, lo frotó contra sus dientes. Todos se extrañaron al ver aquel artilugio, pero ninguno se sentía con fuerzas para volver a lidiar con la lógica, ilógica, de la muchacha.

## 7

Poco antes del alba, Daimh observó cómo la joven cogía la horca, rebuscaba entre las alforjas y se escabullía en el interior del bosquecillo.

—¿Qué demonios hará? —preguntó Irvyng, a quien Daimh creía dormido—. ¿Te has dado cuenta de que tu futura esposa tiene un comportamiento muy extraño? —Daimh lo fulminó con la mirada—. Esa chica te traerá problemas con la gente del clan. —Chascó la lengua sintiendo, por primera vez, lástima por Aila.

—Aila no será mi esposa —respondió Daimh—. Acude al bosque cuando se encuentra inquieta y busca respuestas. Si os fijarais, se vuelve más razonable cada vez que consulta lo que quiera que consulte.

Irvyng gruñó con escepticismo, mientras se desperezaba y comenzaba a recoger.

—Pues para no quererla como esposa —intervino Clarion, quien tampoco había estado durmiendo las últimas horas—, parece que la conoces muy bien —se burló su compañero, que recibió otra fría mirada por parte de Daimh y un gruñido de conformidad por parte de Irvyng.

—Yo no besaría a una mujer como ella sin plantearme la posibilidad de tomarla por esposa. —La voz de Archie surgió amortiguada por el *plaid* que cubría su rostro, dejando algunos rizos castaños a la vista.

—No fue un beso importante —respondió Daimh con mal humor—. Todos os habéis tomado alguna licencia con alguna joven no muy adecuada.

—Nunca con una hechicera tan extraña como ella —replicó Clarion.

—Te casarás, amigo —vaticinó Archie—. No por la visión, sino porque ella lo cree así, y lo único que conozco de Aila es su cabezonería.

Irvyng, con su infinidad de matices en sus gruñidos, se alejó lanzando otro a modo de mofa al imaginarse la vida de Daimh junto a la excéntrica muchacha. Daimh no respondió, pero todos sonrieron ante la dura expresión del guerrero al contemplar la posibilidad que Archie le exponía. Se urgió a hablar con Aila y aclarar las cosas. Clarion sonrió y se extrañó por el rumbo que había tomado el rubio y tozudo guerrero.

—¡Ey, Irvyng! —lo llamó—. ¿A dónde vas? El bosque está hacia el otro lado. ¡No tengo ganas de ver tu culo, ve tras un árbol!

—Estoy buscando una cosa —respondió con un gruñido.

—¿Buscas el frasco? —le preguntó atónito Archie.

Irvyng no contestó, tan solo levantó la mano para que lo dejaran en paz. Clarion se volvió hacia Daimh, que hacía una mueca al no reconocer el cambio en Irvyng.

—Estás metido en un buen lío, amigo —le aseguró Clarion, cargando cada una de sus palabras con la seriedad que nunca lo acompañaba—. Si Aila ha conseguido que Irvyng deje de beber y quiera tomar ese brebaje, me temo que te veré casado con ella.

Fue el turno de gruñir de Daimh, que desechó esa posibilidad al instante.

Momentos después, cuando Aila hubo reaparecido en el claro donde habían acampado, esta se llevó una gran sorpresa. No había nadie. Un ruido a su izquierda la alertó de la presencia de Daimh y su caballo. El guerrero afilaba su espada recostado contra un árbol mientras la esperaba.

—¿Dónde están los demás? —preguntó Aila.

—Les ordené que se adelantaran al ver que tardabas en aparecer —respondió con su natural rudeza.

—Lo siento. —Aila percibió el mal humor en el guerrero—. A veces pierdo la noción del tiempo.

Daimh gruñó a modo de respuesta y le hizo un gesto para que se acercara. Aila llevaba el vestido azul marino; se ayudaba de la horca para andar mientras la capa permitía ver el cinturón cargado de hierbas, tubérculos y raíces. Se había vuelto a trenzar los mechones delanteros y los ajustaba en la parte posterior. A plena luz de la mañana, el guerrero apreció ciertos cambios en ella. Su mirada directa transmitía calma, sus pasos mostraban seguridad y su rostro resplandecía de una forma especial. Su sonrisa de disculpa conmovió a Daimh, suavizando su enfado, pues momentos antes se había jurado estrangularla por hacerlo esperar y por tener que aguantar las burlas de sus compañeros. Todos habían coincidido en que «el futuro esposo» de Aila debía aguardar su llegada. Si Daimh accedió, no fue motivado por la presión de sus compañeros, sino por la necesidad de hablar con ella y hacerla entrar en razón. Durante la noche había encontrado la explicación a las visiones de la hechicera.

Una vez sobre su montura y tras escuchar en silencio las enseñanzas de la joven sobre la variedad de plantas que había encontrado y su importancia para distintos males, terminó de ajustar la endemoniada horca de Aila a la montura.

—Siento haberme retrasado —se disculpó la hechicera de nuevo al percibir el mal humor en Daimh una vez se hubieron puesto en marcha—. Prometo no volver a hacerlo, sé que deseáis regresar lo antes posible a vuestro hogar.

Daimh estuvo a punto de reír ante sus palabras; sabía que la joven volvería a perderse: nadie conseguiría que dejara aquella extraña costumbre de salir a hurtadillas e internarse entre los árboles. Por más que ella lo intentara, no tardaría en perder la noción del tiempo. Al no obtener respuesta, Aila elevó el mentón y observó su rostro. Él la ignoró.

—Sigues enfadado —afirmó Aila, intentando comprender la mente de aquel extraño hombre—. Deberías controlar tu mal humor.

—Mi mal humor es asunto mío —le respondió con la vista al frente, tomando fuerzas, pues era momento de comenzar a aclarar los malos entendidos—. Aila, no debes

volver a comentar la visión de la que hablaste anoche. No es bueno para ti; en el castillo no serán tan comprensivos como lo soy yo, se burlarán de ti.

«¡Por todos los Espíritus del Bosque!», se dijo Aila para sus adentros, horrorizada. Si él era comprensivo, ¿qué clase de alimañas la esperaba? Pasó por alto ese aspecto para calmar la preocupación del guerrero.

—¿Te avergüenzas o no crees lo que vi? —preguntó Aila observando aquel mentón cuadrado cubierto por la oscura barba que lograba destacar el azul de sus ojos.

—Aila, no debí besarte, no fue buena idea —respondió Daimh—. ¿Alguna vez te habían besado?

—No así —confesó Aila agachando la cabeza, víctima de la timidez.

—Eso me temía —concluyó Daimh—. Creo que el beso te confundió, y tu mente te jugó una mala pasada.

—No, Daimh; el beso, tu contacto, fue lo que me aclaró las imágenes —insistió Aila: nadie iba a decirle qué había visto y qué no—. El fantasma parecía a punto de desvanecerse hasta que me cogiste del brazo. En ese momento el espíritu conectó conmigo a través de ti..., quería que te diera el mensaje —le recordó Aila, que observó cómo Daimh endurecía el rostro ante la mención de la aparición de su familiar—. Yo había acudido en busca de señales que me advirtieran de si mi esposo estaba entre vosotros. Cuando me besaste, tu contacto y el poder del espino blanco me dieron la respuesta que andaba buscando.

—Aila, no pienso casarme contigo —le recalcó Daimh.

No tenía paciencia para andar con rodeos, ni para tener en cuenta si hería o no los sentimientos de aquella mujer tan insensata. Había elegido las armas, había dejado a su primo Cormag la labor de gestionar e inventar estrategias, por la sencilla razón de que nunca había servido para andar con sutilezas. Su nariz aleteó ante las emociones encontradas que le producía escuchar hablar del fantasma de su madre, pero parecía que la joven no lo entendería hasta que no se lo dijera con claridad.

—Aila, el fantasma de mi madre estaba presente cuando te besé. No viste el futuro, viste un recuerdo de ella. Todos dicen que me parezco al laird del clan Mackenzie. Es probable que captaras uno de sus recuerdos y me confundieras con el guerrero que entrenaba bajo la almena del castillo de Coill; tu descripción coincide con la del edificio de ese clan.

—Eras tú —insistió para hacer entrar en razón al cabeza dura del guerrero. Se esperanzó al comprobar que estaba en lo cierto.

—¡No lo era! —rugió Daimh, harto de Aila—. No tengo intención de casarme con nadie. No sirvo para el matrimonio, las mujeres no traéis más que problemas, y yo no quiero que nada, ni nadie, me distraiga de mi verdadera vocación.

—La venganza no es una vocación. —Aila aún no tenía toda la información sobre la vida de Daimh, pero la presencia de la mujer fantasma parecía querer que desistiera de algo que lo atormentaba. Sus palabras estaban cargadas por el odio hacia algo o alguien.

—No es venganza —respondió con rudeza Daimh apretando la mandíbula, harto de las clarividencias de la joven—. Quiero servir a mi verdadero clan, a los Mcleod.

Aila suspiró cansada. Era duro lidiar con hombres como él. Tal y como le había dicho su abuela, debía entrenar la paciencia. Era demasiado impulsiva. «Ay, abuela — pensó—, ¿de verdad crees que este será el esposo con el que seré feliz?». Le dedicó sus palabras al horizonte. La respuesta le llegó espontáneamente. Daimh se había asustado, la predicción lo había tomado por sorpresa, por lo que Aila entendió que no había sido buena idea decírselo. Se recordó a sí misma que debía tener más cuidado la próxima vez.

El guerrero en aquel momento estaba complacido, pues interpretó el silencio de la joven como una señal que le indicaba que comenzaba a entenderlo todo. Hasta que Aila habló:

—Daimh, mírame.

—No me des órdenes, mujer —le contestó sin desviar la mirada del camino.

La hechicera volvió a intentarlo utilizando un tono más dulce:

—Está bien, pero mírame.

—No me ordenes mirarte, Aila —le contestó Daimh con los dientes apretados, evitando controlar el deseo de lanzarla a la vereda del camino y dejarla atrás—. Debes corregir ese defecto antes de que llegemos o tendrás problemas.

—¿Temes mirarme, Daimh? —preguntó, provocándolo, mientras entrecerraba los ojos.

La actitud del hombre le resultaba infantil. Sonrió al ver cómo su pregunta lograba lo que quería. Daimh bajó el rostro para clavarle su mirada azul y taladrarla con ella. Aila, al verlo, se dijo que más de uno podría echarse a correr ante una persona como él; pero ella tenía que hacerle frente.

—Yo tampoco quiero que seas mi esposo. —Aquello logró que Daimh frunciera el ceño, llegando incluso a molestarse por sus palabras—. No te conozco, no me gusta tu carácter y en ocasiones creo que no lograré entenderte jamás.

—En eso coincidido contigo por completo. —Daimh tuvo que suavizar su semblante ante el absurdo de la joven. Se reafirmó pensando que Aila era una mujer única que podría llegar a desestabilizar los nervios de cualquiera.

—Bien, aunque creo que tengo más razones que tú para repudiarte —le contestó la hechicera, que había tomado confianza y desvelaba su opinión hacia él de manera abierta. Sus palabras estuvieron a punto de hacer lanzar una carcajada al guerrero. Esa mujer solo decía cosas completamente absurdas, se dijo, pero su semblante se mantuvo serio—. Lo que quiero decirte es que no sé en qué momento, ni por qué, decidiremos casarnos en el futuro. Lo único que sé es que será así. Las imágenes fueron claras, era yo quien estaba allí, eras tú quien me saludó. Ya, ya —interrumpió la réplica del soldado; se llevó una dura mirada como castigo por ello—. Tú crees que no, lo entiendo; mi abuela me advirtió de que muchas personas son susceptibles ante mensajes de los ancestros o predicciones. Tú eres una de ellas —el bufido como respuesta de Daimh no frenó a Aila—, por eso quiero que lo olvides. Dejemos que el tiempo nos dé razones para cometer esa locura.

Daimh tuvo que volver a analizar el rostro de Aila, comprendiendo que la verde mirada, que mostraba una absoluta franqueza, ocultaba una mente de lo más enrevesada.

Por momentos parecía la mujer más inocente de la Tierra y, en otros, la mujer más sabia. Las palabras de Aila lograron su cometido: tranquilizar al guerrero. Aunque una chispa de decepción brotó en el interior de Daimh. Llegó a creer que había causado tan impactante impresión en ella que había caído obnubilada ante sus besos, confundiendo la realidad con la imaginación.

—Yo solo le pido al tiempo que me permita llegar a entender cómo funciona tu retorcida mente —le respondió con una sonrisa dibujada en sus ojos que apenas logró curvar sus labios. De igual forma, su expresión encandiló a la joven, que pasó por alto el insulto.

Fue entonces cuando Aila se preguntó por qué no sonreiría; se mostraba tan apuesto cuando sus ojos le sonreían de esa manera... Daimh se relajó lo suficiente para compartir cierto compañerismo con ella, por lo que no dudó en indagar sobre la extraña vida que había llevado.

—Cuéntame, ¿a qué clan perteneces?

—A ninguno.

Daimh se recriminó la idea de creer que podía tener una conversación sensata con ella. Así pues, se preparó para la respuesta.

—Mi abuela me explicó que era mejor para la Gente de Astucia no pertenecer a ningún clan, pues muchas personas dejarían de pedirnos ayuda si pertenecíamos a un clan enemigo. Y nosotras no entramos en conflictos, ni los aprobamos.

—Tuviste que nacer en alguno. ¿Qué ocurrió con tus padres? —preguntó con interés.

—Bueno, mis padres son Mcleod de Harris —confesó la joven.

Daimh percibió cómo sus ojos se oscurecían cuando la miró de soslayo.

—¡Semilla de Tormod! —bufó Daimh.

—No, lo son mis padres —respondió Aila golpeándole levemente con el codo y sonriendo al percibir la burla.

—¿Y por qué te fuiste a vivir con tu abuela? Ni siquiera te despediste de ellos.

—No los conozco —comentó la hechicera con normalidad, sorprendiendo a Daimh por ello—, ni siquiera los recuerdo. Cuando comencé a preguntar a mi abuela, ella me dijo que habían muerto. Al hacerme mayor y dominar el arte de andar entre los dos mundos, los busqué entre los muertos sin recibir respuesta. Cada cierto tiempo los busco de nuevo, por eso sé que aún siguen vivos. El día que me atreví a sondear a mi abuela, ella me contó la verdad. Mi padre cree en las palabras del hombre y rechaza los conocimientos ancestrales. La mayor parte de los hombres y mujeres desconectaron hace mucho tiempo de la Madre Naturaleza. Quedamos muy pocas personas que aún mantenemos esa relación; nos guiamos por ella y hacemos que el mundo mantenga cierto equilibrio. Mi madre también tiene este don, pero ella decidió sacrificarlo para estar junto a mi padre.

—Sacrificó su don y a ti —comentó Daimh, sintiendo lástima por la joven.

—No, a mí me protegió y pensó en mi felicidad. —Repitió con vehemencia las palabras de su abuela al percibir la lástima en el guerrero.

—¿Crees que no hubieras sido feliz al lado de tus padres? ¿Cómo te protegen si no te tienen al lado? —le preguntó, queriendo que fuera sincera consigo misma y criticara la actitud de sus padres.

—Los hombres discípulos de un solo Dios no nos quieren —le explicó Aila—. Ellos hablan de demonios, dicen que nos mueve la maldad y alejan a las personas de los espíritus que habitan con nosotros y sus conocimientos. Mi abuela me llevó con ella porque mi madre veía peligrar mi vida si me quedaba en la comunidad. Mi don es mucho más sensible que el de mis predecesoras, y, según mi abuela, yo había nacido para explotar mis habilidades y ayudar a la gente con ellas. No sé sus nombres, mi abuela insistió en que eso me traería problemas; debía eliminar cualquier vínculo y crearlos muertos para poder cumplir con mi cometido sin que me perjudicara.

—Y vivisteis sin más compañía que la montaña —concluyó Daimh, entendiendo que la vieja Nimue había querido evitarle a Aila sufrir el rechazo de su propia familia y el dolor que algo así producía. Él podía dar fe de ello, y de pronto supo que una joven como ella no se merecía sufrir ningún tipo de desprecio.

—No solo la montaña; también los dioses, los espíritus y los amigos de los distintos clanes que se acercaban a ayudarnos —respondió nostálgica al recordar su vida anterior.

El silencio cayó sobre ellos, mientras por sus pensamientos rondaban recuerdos y vivencias pasadas. Tiempo después Aila creyó que era su turno, y quiso conocerlo mejor. Esperó que el guerrero mostrara su verdadera cara al encontrarse a solas con ella. Recordó el tormento que observó en el bosque la noche de la aparición de Glheanna Mackenzie.

—¿Qué sucedió contigo? —preguntó con sencillez—. ¿Por qué tu madre creyó importante darte ese mensaje? ¿Te resultó de ayuda? —Aila pensó que el hombre no iba a responder, pues pasaron varios minutos hasta que la voz grave del guerrero rompió el silencio.

—Mi madre murió tras una larga enfermedad —comenzó a narrar Daimh con cierto distanciamiento en sus palabras—. Era la hija menor de los tres hermanos Mcleod. El primero, Fionnlagh, murió a manos de Alistair, el segundo. Todos respiraron con alivio tras su muerte, aunque esa responsabilidad cayó sobre mi tío. Su crueldad no tenía límites, al igual que su estupidez. Los Mackenzie atacaban nuestras tierras, y las vecinas, movidos por la avaricia de Dristan Mackenzie. —Aila entendió que era su padre, al que no llamaba como tal—. La fama de la belleza de mi madre se había extendido por todas las Highlands, y mi tío Fionnlagh creyó que los ataques cesarían al realizar una alianza a través del matrimonio de mi madre con Dristan Mackenzie. No solo no cesaron, sino que el ultraje empeoró. Todos los Mcleod que acudieron a la ceremonia fueron expulsados una vez esta concluyó. Todos observaron cómo mi madre era arrastrada al interior del castillo como un animal, para nunca más volver a ver a su familia. Ni siquiera dejaba que se cartearan con ella. A los Mcleod les llegaban noticias de la situación de mi madre a través de conocidos, quienes se encargaban de decir que sufría un maltrato inhumano por parte del jefe del clan. Esto no era cierto del todo, pero formaba parte de la estrategia de los Mackenzie de humillarnos, no solo continuando con los ataques, sino haciendo llegar rumores que provocaban la ira y la

vergüenza entre los Mcleod. Dristan impedía que mi madre se carteara con su familia, pero yo fui testigo de que cuidó de su «trofeo», y llegó incluso a tomarle cierto cariño, pues cuando mi madre murió observé dolor en él. A sus hijos también les tenía estima. Confiaba que Cayden, mi hermano mayor, siguiera sus pasos, y lo entrenaba para que fuera el futuro laird.

—¿Cuándo dejaste de llamarle padre? —preguntó Aila intentando comprender el motivo del odio hacia su padre.

—Cuando él dejó de llamarme hijo —respondió, hermético. Aila deseó que no terminara de desvelarle su historia; por suerte, Daimh no la defraudó—. Mi madre dijo que sus destinos estaban escritos, que debían partir, pues cree que me culpo de la muerte de mi hermano. Ya no lo hago, aunque durante mucho tiempo sí lo hice. Quien me ayudó a entenderlo fue mi tío Alistair. Cayden y yo estábamos familiarizándonos con las espadas. Él me retó a luchar contra él con las más pesadas. En plena lucha yo trastabillé, posé la punta de la espada entre mis piernas y antes de que cayera de espaldas Cayden me cogió de la camisa para sujetarme. Se acercó demasiado a la espada que yo mantenía entre mis manos. La hoja afilada cortó la carne del muslo de mi hermano. Intenté que dejara de sangrar con desesperación, pero fue en vano; en cuestión de segundos Cayden nos dejó. Mi padre no había superado la muerte de mi madre cuando recibió la noticia del accidente. Me culpó por ello y me llamó Mcleod. Meses después me comunicó que me repudiaba; me entregó a mi tío y se volvió a casar en busca de un hijo que fuera digno de él. A mis oídos ha llegado que así ha sido. Moira es su mujer; Brian, su hijo.

—Daimh Mackenzie —pronunció Aila en voz alta. Daimh la tomó con violencia de la barbilla para que lo mirara a la cara: odiaba escuchar ese nombre, que no reconocía como suyo. Aila observó la misma furia que le provocó la noche de la visión—. Tu madre te llamó así.

—Te equivocas. —Daimh soltó la barbilla de Aila intentando calmar las emociones que lo dominaban—. No vuelvas a llamarme así. ¡Jamás!

Aila asintió, acompañándolo en su dolor. No creyó que fuera un buen momento para hacerle ver que su madre no lo veía como un Mcleod; volvió para recordarle que no lo era. Él sería el laird de los Mackenzie y ella, su castellana. La verdad mareó a Aila, pues no se creía capaz de realizar nada tan complicado como lo que los dioses le tenían encomendado. Sintió un cansancio supremo: los últimos días habían agotado sus energías físicas y mentales.

Tras varias horas de viaje sobre la montura, el sueño comenzó a invadirla, impidiendo que se mantuviera erguida. Daimh se compadeció de la joven, la arrebujo en su *plaid* e hizo que apoyara la cabeza contra su hombro. Aila se dejó hacer atraída por su calor y su tierno contacto. Cerró los ojos, para no despertar hasta que se encontraron con el resto de la escolta.

## 8

Todos comenzaron a familiarizarse con las extrañas costumbres e ideas de Aila. Esta volvió a turnarse en las monturas de los distintos soldados con más familiaridad que antes. En una ocasión Daimh observó cómo la hechicera dormía en brazos de Irvyng con placidez. Algo en su interior se removió ante esa imagen, pues comenzaba a sentir cierto instinto protector hacia la joven. O esa fue su explicación. Su mirada se endureció e Irvyng ensanchó una sonrisa de medio lado al ver cómo Daimh parecía molesto. Lo provocó estrechando el abrazo mientras arrebujaba a Aila en su *plaid*. Daimh intentó controlarse, pues se dijo que nadie entendería su reacción. A pesar de todo, ordenó a Aila cabalgar con él el resto del camino. Ella no quiso preguntar el porqué, pero le complació su decisión. Aunque Daimh continuara hermético y no percibiera interés en ella, tenía el poder de tranquilizarla con su mera presencia.

Los días que siguieron fueron de relativa calma. Hasta que se acercaron al territorio del clan Mckinnon.

—¿Estás seguro de que es buena idea? —preguntó Archie a Daimh.

—No tenemos otra opción que dejar que hable ella —repuso el líder del grupo, poco convencido—. No quiero llegar ante mi tío para informarle de que debe sumar un clan enemigo más a su lista. El viejo parece preferir hablar con la muchacha antes que con nosotros. Irvyng ya se encargó de cabrearlo lo suficiente.

El aludido gruñó en desacuerdo sin añadir nada más. Los cuatro highlanders esperaban a cierta distancia a que Aila intercediera por ellos. Cruzaban los brazos sobre el pecho, mantenían las piernas separadas y no le quitaban el ojo de encima al anciano.

Aila tuvo que sacar a relucir su mal genio para evitar que se desencadenara una batalla entre los guerreros Mckinnon, a quien conocía de sobra por bélicos, y sus compañeros de viaje. Lo único que logró sonsacar a Daimh fue que al atravesar el territorio del clan, casi una semana atrás, tuvieron ciertas diferencias con algunos Mckinnon por una oveja desaparecida. Aila no quiso indagar más, pues suponía que sus compañeros de viaje habían dado buena cuenta de la oveja para saciar su apetito. El anciano balsero encargado de llevarlos a la otra orilla se negaba a transportarlos, y estaba decidido a avisar a los miembros de su clan.

El viejo Owen conocía a Aila desde niña, y se sorprendió al verla acompañando a los intrusos. La joven le explicó rápidamente su decisión de ayudar a la castellana del clan Mcleod y la necesidad de no generar conflictos. Owen aceptó no dar el aviso, pero le advirtió de que en la fortaleza defensiva del otro lado esperaban la vuelta de los forasteros.

Por ello acordaron que esperarían en la orilla hasta que la oscuridad de la noche les permitiera rodear el castillo sin ser vistos. Aila olvidó informar a los guerreros de su acuerdo, sumergiéndose en una agradable conversación con su viejo conocido Owen Mckinnon. El anciano aprovechó la presencia de Aila para consultarle por varios males y pedirle consejo.

A lo lejos, los soldados comenzaron a impacientarse, sin dejar de ser conscientes de que cualquier conflicto podría retrasarles la vuelta. No se hubieran comportado con tanta sumisión de haber estado en tierra; por ese motivo su tensión aumentaba por momentos. Nada podían hacer sin la ayuda del balseiro. Mientras esperaban, observaron cómo Aila se acercaba a una de las alforjas que colgaba de la montura de carga, sacaba varios objetos y volvía junto al anciano. Poco después se sentaron sobre una piedra y continuaron conversando mientras Aila empezaba a hacer uso de un pequeño palo que se introducía en la boca.

—Ahí está otra vez —comentó Archie—. Me preguntó para qué querrá ese palo, no parece comérselo.

—Yo también me lo pregunto, pero prefiero ignorarlo —contestó Clarion—. Aila puede ser agotadora con sus razonamientos.

—Es para los dientes —contestó Irvyng—. Yo le pregunté la pasada noche. Dice que si se frota esa ramita por los dientes después de comer y se enjuaga con agua de menta y no sé qué hierba más, los mantiene sanos. Asegura que su abuela murió con casi todos los dientes en su boca.

Todos se quedaron impresionados por dos cosas. La primera, por la explicación sobre el palo; la segunda, por la amistad que se había fraguado entre Aila e Irvyng. El rubio guerrero había pasado de tener una animadversión completa hacia la joven a tenerla como consejera. Se había vuelto su protector, y pocas veces permitía que se burlaran de ella en su presencia. Por supuesto, ninguno de ellos quiso ser víctima del mal genio del rubicundo guerrero haciéndole notar esa diferencia.

—Muchacha, no sé si lo estás haciendo deliberadamente —le comentó Owen—, pero la paciencia de tus amigos se está terminando.

—¡Oh! ¡Por todos los astros! —exclamó Aila, y se volvió con una tímida sonrisa de disculpa en el rostro—. Debí avisarlos.

El viejo Owen cumplió con su palabra; atravesaron las aguas al atardecer y llegaron al otro lado con la oscuridad de la noche.

El territorio del clan ocupaba una península situada frente a la isla de Skye. Tomaron rumbo al sur, bordeando la costa que los llevaría a la fortaleza de los Mcleod. Viajaron a lo largo de la noche, montando el campamento una vez sobrepasaron el primer puesto vigía al día siguiente.

Aila comenzó a sentir cierta ansiedad ante la proximidad del final de su viaje. Pronto se enfrentaría a un mundo desconocido para ella. Sus sentidos, altamente sensibles, la alertaban sobre peligros cercanos y ambientes tóxicos. Nada más llegar, Aila se excusó pidiendo permiso a Daimh para alejarse. Los soldados parecían más relajados; bromeaban entre ellos con espontaneidad dejando atrás la cautela. Estaban en casa. Mientras

acomodaban a los animales, preparaban el fuego y arreglaban la carne de varias liebres que habían cazado, no repararon en los ojos inquietos de Aila.

Daimh, en cambio, sí lo hizo. Cuando se acercó para comunicar su intención de alejarse, este la tomó del brazo para que no rehuyera su mirada escrutadora.

—¿Todo bien?

—Sí —respondió Aila forzando una sonrisa; ante el escepticismo del guerrero, explicó—: Necesito prepararme para mañana. Tardaré un poco más de lo habitual.

—Si tomas esa dirección, te diriges al norte —le señaló Daimh, recordando cómo la joven había recurrido a las aguas del río la primera noche, surgiendo de ellas una joven más serena—. Te encontrarás un riachuelo; si sigues su curso hacia el este, te llevará a una pequeña fuente. Nosotros tomaremos el agua de otro lado, nadie te molestará.

—Gracias —contestó la joven, agradeciendo la comprensión mostrada por Daimh.

Desde su última conversación, donde llegaron al acuerdo de esperar, su relación se había relajado. La conexión que existía entre ambos se fortaleció tras la decisión del guerrero de llevarla consigo sobre la montura. Aila se había relajado entre sus brazos mientras dejaba que le descubriera el nuevo paisaje escocés. Ella, por su parte, le describía las energías que desprendía cada zona por la que pasaban. Aila percibió cómo algunos hilos invisibles comenzaban a conectarlos de una manera profunda, sensible y cómplice.

En aquella ocasión Aila necesitaba realizar una conexión aún más fuerte de la habitual. Quería aclarar la razón por la cual percibía aquellas sensaciones que la alertaban sobre el devenir. Tomó todo lo necesario de sus alforjas y se escabulló entre la maleza. No notó que los hombres que la habían acompañado hasta allí la siguieron con la mirada, preocupados. Todos, de manera individual, habían llegado a la misma conclusión: Aila tendría problemas con algunas personas del clan, con la castellana en primer lugar. Daimh se prometió protegerla y ayudarla a adaptarse a las costumbres del clan. Después de escuchar su historia, había entendido lo sola que estaba en el mundo.

Aila disfrutó del baño. Aunque las heladas aguas le llegaban a cortar la respiración, el contacto con la naturaleza comenzó a relajarla. Una vez estuvo vestida y con el pelo oliendo a romero, trenzado en la espalda, y abrigada con la capa oscura sobre sus hombros, buscó un claro, donde un roble le indicó que se encontraba en el lugar idóneo para realizar su ceremonia. Este árbol solía ser tenido en cuenta para multitud de trabajos mágicos y ceremonias, pues estaba asentado en el suelo con raíces fuertes y poderosas que transmitían permanencia y resistencia. La horca, compañera de Aila, mantenía un pequeño fuego encendido entre sus cuernos. La joven trazó en el suelo el símbolo conocido como la Pisada de la Bruja, cuyo dibujo representaba el mundo y sus secretos camuflados en cinco sencillas líneas entrecruzadas.

Una línea vertical dividía la zona de luz dejándola a la derecha y la de sombra, a la izquierda. La elección de esta división se debía al tránsito del Sol: el astro comenzaba a dar luz por el este y desaparecía por el oeste. Una X se superponía colocando los elementos del Agua y Aire en la zona de la luz, dejando al Fuego y a la Tierra en la parte que encarnaba la oscuridad.

Cuando se dispuso a trazar el círculo mágico clavando su horca como eje central, sintió cómo conectaba con la Madre Naturaleza a través de las fuerzas que recorrían su cuerpo. En ese instante, mientras la horca seguía irradiando luz, se volvió de espaldas a ella enfrentándose a la oscuridad que la rodeaba. La joven hechicera comenzó a trazar con sus pasos un círculo siguiendo el curso natural del sol, de este a oeste. Eligió este sentido para hacer La Ronda, pues era la dirección necesaria cuando quería trabajar el crecimiento, la construcción o la sanación. Aila notó cómo su piel se erizaba por la conexión intensa que experimentaba. Sus pasos la volvieron a colocar mirando al norte.

—En el nombre del cielo —dijo mirando sin ver, situándose en el cruce entre fronteras mientras se tocaba la frente—. Y de la Madre Tierra —se tocó el ombligo—, la oscuridad y el brillo —continuó, tocándose primero el hombro izquierdo y luego el derecho diciendo—: Y del poder y la sabiduría de todo lo sagrado —dijo, concluyendo el saludo.

Buscando las líneas que había dibujado en el suelo, se situó en el punto donde se encontraba el primer elemento.

—Levantaos, Espíritus Rojos. Poderes del fuego ardiente, permaneced a mi lado. — Buscó el siguiente punto y continuó su llamamiento—: Levantaos, Espíritus Blancos. Vosotros, poderes de la abundante Tierra, permaneced a mi lado. —Y el siguiente—. Levantaos, Espíritus Verdes, que los poderes de las neblinosas aguas sean conmigo. — Concluyó en el último punto—: Levantaos, Espíritus Negros, que los poderes de los vientos de la medianoche sean conmigo.

Después de estas llamadas a todas las direcciones, Aila se volvió hacia la horca, donde prendía la llama. Sus ojos rasgados se alzaron hacia las ramas del roble, clavándose en las profundidades de la mirada de una lechuza. Percibió que su abuela se le estaba apareciendo en forma de ese animal. Valor, templanza e inteligencia fueron las claves que le enviaba para continuar con la misión que le habían encomendado. La voz de su abuela se introdujo en su mente.

*Necesitarás valor para hacer frente a la oscuridad que hallarás en algunas personas, templanza para medir tus actos antes de llevarlos a cabo, inteligencia para usar la Sabiduría de los Ancestros cuando sea necesario y fuerza de espíritu para superar las pruebas que en el camino encontrarás. Tu juventud e inexperiencia te acompañarán en el mundo del hombre, donde no serás bien recibida. Aila, recuerda también que no debes temer a nada, pues eres un ser portador de la sabiduría ancestral; solo tú podrás guiarlos, solo tú tienes el valor de adentrarte en la oscuridad para hallar la luz.*

Agradeció el mensaje, volviendo al mundo de los mortales con energías renovadas. Comprobó que tenía lágrimas en los ojos y deseos de conocer el devenir. Saludó a los Espíritus de los Cuatro Elementos tras obtener sus bendiciones y así cerró las puertas que habían sido abiertas.

Minutos más tarde volvió junto a los Mcleod, quienes se habían sentado alrededor de un gran fuego donde asaban la carne, que lanzaba un olor que hizo salivar a la joven. Cogió una de sus pieles y se acercó a ellos para acomodarse junto al fuego. Su rostro mostraba el cansancio debido a la falta de sueño, unido al esfuerzo que el viaje al Otro Lado le había supuesto. Andando como una autómatas, aparentemente más dormida que despierta, se

sentó arrebujiándose entre la piel que la cubría y buscó comida. De forma involuntaria se situó junto a Daimh, tan próxima que su rodilla reposó sobre el ancho y duro muslo del guerrero. Todos fueron conscientes de su elección, pero evitaron mencionarlo.

A Daimh le complació tenerla cerca. Bajo todas aquellas capas de pieles parecía muy pequeña. Con su mirada aún sumida en sus pensamientos, observó la serenidad que el hermoso rostro transmitía. Sus ojos rasgados, después de varios bocados, lograron conectar con ellos, los mortales, abriéndose por la sorpresa.

—¿Pero qué habéis hecho? —preguntó espantada, pues apenas los reconocía—. ¿Dónde están vuestras barbas?

—Es por la castellana, dice que le damos miedo con ellas —le explicó Archie—. Le parecemos salvajes con nuestras ropas y barbas.

—Accedimos a afeitarnos siempre que estuviéramos en el castillo —continuó Clarion—, pues no le pareció buena nuestra propuesta sobre el *plaid* —comentó con la chispa que siempre le bailaba en los ojos cuando se reía de una situación.

—¿Qué propuesta? —preguntó Aila, curiosa.

—Cuando nuestro laird, en presencia de ella, nos comentó su petición, le contestamos que si tenía problema con vernos cubiertos por barbas y tartanes, estábamos dispuestos a despojarnos de todo por ella. —Gruñidos burlones acompañaron la explicación de su amigo—. Imaginarás la cara de nuestra señora cuando algunos comenzamos a soltarnos los cinturones y broches...

—¡Pero la desnudez entre vosotros no está bien vista! —les recordó Aila, contagiándose de la risa.

—Por eso mismo lo hicimos —explicó Irvyng—. Queríamos mostrar nuestro desacuerdo, pero no podíamos negarnos directamente.

—Alistair tuvo serios problemas para llamarnos al orden y controlar los gritos histéricos de la castellana —continuó relatando Clarion con su habilidad para hacer reír—. Finalmente lady Meribeth accedió a vernos con nuestras ropas si aparecíamos a cara descubierta.

—Qué petición tan extraña la de vuestra señora —pensó en voz alta Aila.

—Es de las Lowlands. —Irvyng creyó que era la explicación lógica a todo lo que concernía a su castellana.

Los demás apoyaron el razonamiento de su amigo con gruñidos como asentimiento. Continuaron charlando mientras Aila recorría con la mirada aquellos rostros. Todos estaban bien rasurados menos Irvyng, quien, a pesar de tener las mejillas descubiertas, se había dejado una perilla rubia siguiendo su carácter testarudo. Aila calculó que pasaban la veintena, y apreció la apostura de todos ellos. Aunque los rejuvenecía, no llegó a apreciar la disminución del aspecto salvaje que la castellana intentó eliminar. Cuando sus ojos recayeron en Daimh, su corazón dejó de latir unos segundos. Tras la barba se escondía un fuerte mentón y una boca ladeada a modo de sonrisa que dejaba sin respiración a Aila. La verdadera impresión llegó cuando Daimh cruzó su mirada con la de ella: sin la presencia de la oscura barba sus ojos parecían más grandes y su mirada, más intensa. La verdadera

sonrisa la encontró en ellos, en el brillo divertido que sus ojos mostraban. El guerrero observó cómo ella se mordía el labio, y percibió cierto anhelo en su expresión. La joven giró el rostro dejándolo con su perfil enmarcado por rizos dorados que se soltaban de la trenza que recogía su melena. Hasta Daimh llegó el olor a romero que el pelo de Aila desprendía, y sin poder evitarlo deseó llevársela al bosque para volver a besarla. Se castigó por pensar así, tratando de convencerse de que pronto sería responsabilidad de su tío y no suya.

## 9

Aila entró montando su propio caballo en el castillo de Creag, refugio de los Mcleod de Lewis. Después de una agotadora discusión, Daimh no pudo rebatirle que al estar en sus tierras no iban a necesitar salir huyendo dejando sus pertenencias atrás. Todos se repartieron los bultos de Aila para que la joven pudiera entrar en su nueva vida con dignidad. Entendieron que era importante que Aila no apareciera como una mujer frágil entre los brazos de ellos, sino fuerte y segura, tal y como debía mostrarse de ahí en adelante.

Bordearon la costa vislumbrando la fortaleza gran parte del camino. Esta se erigía sobre un acantilado que desafiaba al mar. Habían aprovechado la muralla natural que ofrecía la costa para situar el castillo. Era de piedra gris, y la humedad la oscurecía. Desde la distancia se podía observar cómo la aldea se distribuía a las afueras de la muralla diseminada por la pendiente que realizaba el terreno. Había sido construida con muros de piedra y tejados de paja. Los campos de cultivo comenzaban a pocos metros de las viviendas cuando el terreno formaba una planicie. La barrera natural del bosque hacía de cerco.

Aila estaba situada en el centro de la comitiva cuando atravesaron los campos de cultivos. Ante ella, Daimh cabalgaba junto a Archie. A su espalda, la seguían Irvyng y Clarion. Muchos agricultores los saludaron, y a lo lejos se podía observar cómo algunos soldados se reunían en lo alto de la muralla cercana a la barbacana, que en aquel momento se encontraba abierta. Cuando llegaron a la altura de las cabañas que formaban la aldea, escucharon comentarios de todo tipo.

—¿Esa es la bruja?

—Es Gente de Astucia.

—Mirad, ya ha llegado la hechicera.

—¿De verdad ayudará a nuestra señora?

—Me la imaginaba distinta, es muy joven.

—Parece un hada del bosque.

Irvyng gruñó satisfecho al ver cómo Aila se mantenía erguida, con la espalda recta y mirando a los ojos a aquellos que le daban la bienvenida. Lo que nadie vio fue la corteza de roble que mantenía apretada en su mano. Cogió un trozo la noche anterior, pues aportaba protección, seguridad y bienestar.

Los cascos de los caballos resonaron con fuerza bajo la barbacana, la cual estaba flanqueada por dos torres de vigía. Desde allí dieron la bienvenida a los guerreros que la acompañaban. Una multitud de personas los escoltaron.

De pronto, Aila observó cómo el terreno había sido allanado. En un primer momento se encontró en el patio principal. A ambos lados se extendían las caballerizas. A su izquierda atisbó el humo de una chimenea que pertenecía a la herrería y sonrió con ilusión ante su descubrimiento. A su derecha las construcciones cerraban un poco más el espacio; el resto de caballerizas se encontraban junto a los corrales y las viviendas de los guerreros y sirvientes del castillo.

Cruzaron una segunda muralla con un camino de ronda salpicado por aspilleras. Aila comprobó que se encontraba en el patio de armas. La torre del homenaje donde residía la familia del laird era una construcción de planta rectangular. Altos ventanales tapiados con vidrieras situaban la planta baja. Ventanas con forma de arcos apuntados ubicaban la segunda. En las esquinas delanteras dos torreones circulares le aportaban robustez al castillo. Una construcción de menor tamaño se encontraba anexa en su parte derecha. A su izquierda Aila se encontró con un edificio aislado con techo a dos aguas coronado por una cruz. Recordó que era allí donde los creyentes en la fe católica acudían a orar. Hizo una mueca al no entender cómo preferían pedir consejo en una construcción hecha de piedras por el hombre antes que en plena naturaleza, bajo un árbol o en un lugar con fuerzas telúricas.

Un joven soldado la ayudó a bajarse del caballo y quedó atrapado en los ojos verdes de la joven cuando esta le sonrió agradecida. Aila, con los sentidos listos para captar cualquier tipo de sensación, se relajó al no percibir maldad entre las personas que se acercaban. Subió las escaleras, que la llevaron a un vestíbulo donde otros dos soldados custodiaban la entrada. No los hicieron esperar. La única entrada se encontraba a su izquierda. Subió los dos escalones que permitían el acceso al gran salón. El golpe de malas vibraciones que recibió tras poner un pie en aquel recinto casi logró que se cayera hacia atrás. Irvyng le clavó un dedo en la espalda para que recobrara el equilibrio, y de esta manera Aila pudo seguir los pasos de Daimh y Archie.

Sin perder detalle de todo lo que la rodeaba, observó que la entrada estaba situada en la misma pared que la chimenea más enorme que jamás había visto. Calculó que podrían asar un caballo en aquella apertura. Entendió que era necesario encender un gran fuego para caldear la fría construcción de piedra. En aquel momento una gran cantidad de brasas calentaban varias piezas de animales. Se situaron en línea: Daimh y Archie a la derecha de Aila; Irvyng y Clarion, a su izquierda. Al otro lado de la chimenea se extendía en paralelo una mesa de madera alargada. Tras ella esperaban sentadas tres personas en sillas ricamente labradas.

Aila identificó al laird nada más verlo. Era un hombre de gran estatura y anchas espaldas que vestía como un highlander más. La autoridad se percibía a través de su postura y su mirada. Lucía una barba cobriza y pelo aleonado rubio ceniza atado en una cinta en la nuca, y tenía ojos azules. Le dio la bienvenida y agradeció su disposición a prestarles ayuda. Una ceja interrogante se alzó tras recorrerla con la mirada y posarla en la dama sentada a su izquierda. Aila esperó que la castellana no fuera aquella mujer menuda de cabellos veteados de gris, pues hacía años que la fertilidad la había abandonado. Suspiró

aliviada cuando la presentaron como Lorna Mcleod, madre del laird. Aila, al observarla con detenimiento, se dijo que sus rasgos le recordaron al fantasma de Glheanna. Algo que perturbó a la joven cuando los cálidos ojos pardos de la señora se cruzaron con los suyos fue la profunda tristeza con la que cargaba. Tristeza y cansancio extremo fue lo que percibió en ella. Le devolvió la sonrisa, intentando transmitirle esperanza a través de ella.

El laird continuó presentando al hombre situado al otro lado de un asiento vacío. Era Cormag, el sobrino del laird, primo de Daimh. Su actitud altanera y su sonrisa divertida le dijeron a la joven que no confiaba en su don y su capacidad para ayudarlos. Pasó por alto la actitud del hombre, cuyos rasgos se asemejaban a los de su tío Alistair, aunque se diferenciaba en los oscuros ojos negros.

—La castellana no ha podido recibirlos, sus oraciones no pueden ser interrumpidas —comentó con rigidez Alistair sin ocultar su enfado—. Por favor, acompañad a mi madre. Ella os indicará dónde os hospedaréis el tiempo que dure vuestra estancia en el castillo.

Aila obedeció siguiendo los pasos de la mujer, que ascendía por una escalera situada a la derecha del gran salón. Dejó a los soldados, y ahora amigos, poniéndose al día con las novedades del clan. Una vez en el piso superior, Lorna se volvió para tomarla del brazo con gesto cariñoso.

—¡Cuánto me alegro de que hayas decidido venir! —le dijo, midiendo su entusiasmo para no ser oída—. Ordené que te prepararan una de las mejores habitaciones. Mándame a buscar si necesitas cualquier cosa —le comentó mientras recorrían los pasillos de la segunda planta, iluminados por antorchas colgadas de la pared.

Aila, un tanto aturdida, intentaba memorizar el camino para poder orientarse. No podía dejar de lado la sensación de ahogo que el ambiente le procuraba. Era un lugar cargado de energías negativas. Entendía la desesperación que transmitía la mujer que la acompañaba. Lorna abrió una puerta explicándole que había elegido la estancia circular que pertenecía a uno de los torreones por sus vistas.

—Conocí a tu abuela Nimue, y recuerdo la importancia que le daba a la naturaleza —comentó la mujer, que vestía con los colores de su clan, con un tartán sobre un vestido gris—. Por esta ventana de aquí podrás observar el bosque que se extiende a lo lejos, al otro lado de los campos de cultivo. Este otro lado te mostrará el mar. Aquí podrás realizar tu trabajo sin que nadie te moleste.

Aila se asombró por el espacio inmenso que le habían cedido. Dio vueltas sobre sí misma y vio dos mesas de madera, una frente a otra, con un montoncito de pergamino, tinta y pluma. Su mirada también recayó en un mueble lleno de estantes y el hueco de la chimenea en la única pared que no era circular. El espacio que tenía en su cabaña apenas sobrepasaba la mitad de aquel. Una puerta de madera conectaba con el dormitorio que Lorna le mostró. Aila tuvo que pestañear al entender que dormiría sobre un mullido colchón hecho de paja que en aquel momento cubría un gran tartán Mcleod.

Cualquiera hubiera considerado la estancia austera, pero no Aila, acostumbrada a su cabaña excavada en la piedra. Un gran arcón dominaba la pared opuesta a la que se encontraba; sobre él, un candelabro de hierro portaba varias velas. Asombrada, se acercó a la ventana situada frente a su cama, con vistas al patio de armas. Se volvió para dar las gracias a la mujer, que colocaba unos leños en la chimenea situada al lado de la puerta.

—Por esta otra puerta accedes al pasillo —le indicó Lorna tomando el pomo para salir de la estancia—. Al atardecer cenaremos en el gran salón. Alistair quiere presentarte y darte la bienvenida. —Por sus ojos pardos cruzó un pensamiento que la hizo dudar unos segundos—. Estoy segura de que Meribeth nos acompañará.

—Gracias, es mucho más de lo que me esperaba —le confesó Aila sonriendo.

—Te pareces tanto a tu madre que cuando te vi creí haber retrocedido en el tiempo. Tienes sus mismos ojos y esa sonrisa que te hace tan hermosa —le comentó Lorna, sonriendo ante los recuerdos sin advertir la sorpresa en el rostro de Aila.

—¿Conocisteis a mi madre? —preguntó, deseosa de saber algo sobre ella.

—¡Oh! —Su pregunta sobresaltó en cierta manera a Lorna, que recordó que debía guardar el secreto—. Sí, fue hace mucho tiempo, cuando acompañaba a Nimue en sus viajes. Debía de tener tu edad la última vez que la vi. Antes de casarse y decidir, en fin, como ya sabes..., olvidar su don.

—Sí, lo sé —contestó desilusionada—. Imagino que no volvisteis a saber nada de ella, ¿no?

—No, querida —dijo Lorna—. Nimue tan solo me contó que había decidido vivir con tu padre como una más del clan.

Aila quedó sumida en sus pensamientos cuando Lorna cerró la puerta tras ella. Cuando llamaron a la puerta de lo que sería su zona de trabajo, se sacudió los recuerdos de encima y comenzó a indicar a los soldados dónde colocar los bártulos que habían subido.

Tiempo después recordó la visita obligada que debía realizar antes de hacer cualquier otra cosa. Presentaría sus respetos al herrero. Decidida, salió de sus aposentos y buscó la salida. Cuando cruzó el salón se encontró con varias mujeres que preparaban las mesas para la cena. Habían colocado dos más realizando una U para poder acoger a todos los invitados. No prestó atención a las miradas curiosas de las mujeres, ni a las señas que se hacían ni a las palabras que susurraban. Aila tenía demasiada prisa por salir de allí. Una vez en el patio de armas, intentó acordarse del lugar donde había visto la herrería.

Daimh salía de las caballerizas, donde había hablado con los soldados que acudieron a la última expedición en la frontera. Los ataques de los Mackenzie eran cada vez más seguidos y más violentos. Comenzaba a preocuparse por las noticias que llegaban desde los clanes amigos. Parecían indicar que su padre había enfermado y que el clan estaba siendo dirigido por su hermanastro Brian. El joven Mackenzie seguía los pasos de su antecesor con más maldad si cabía. Sus ojos siguieron el andar de una muchacha cuya cintura estaba rodeada por un peculiar cinturón. Aila parecía estar perdida.

Con el ceño fruncido, Daimh se acercó a la joven.

—¿A dónde crees que vas? —preguntó con brusquedad, haciendo que Aila diera un brinco por la sorpresa—. El bosque está muy lejos para tus escapadas.

—Ya no eres mi guardián, Daimh McLeod —le recordó Aila, colocando las manos sobre las caderas para enfrentarse al huraño guerrero—. No puedes prohibirme nada. Ya no.

—No salgas de la fortaleza —le prohibió Daimh, furioso por la inconsciencia de la joven. Se dijo que no podía estar protegiéndola de sí misma en todo momento.

—Hoy no saldré. —Aila le respondió en un siseo, dándose cuenta de cómo algunos se paraban a observarlos—. Pero debo presentar mis respetos al herrero.

—¿Al herrero? ¿Por qué demonios le debes respeto al viejo Ian? —le preguntó separando las piernas, cruzándose de brazos y esperando la respuesta típica de Aila, que, como de costumbre, se saldría de toda lógica. Tuvo que confesarse a sí mismo que la idea de tener que separarse de ella y no verla durante la mayor parte del día le crearía cierto vacío.

—Es el que trabaja con el fuego, Daimh —le respondió como si fuera la cosa más lógica del mundo—. ¡No puedes ser tan ignorante, en el nombre del Sol! —se quejó, con lo que logró una mirada reprobatoria por parte del guerrero—. El fuego es uno de los elementos básicos para realizar mi trabajo. Los Espíritus del Fuego están relacionados con la creatividad, la energía vital y nuestro propio espíritu. Aporta coraje y valentía, enciende nuestra pasión y nuestro entusiasmo.

—¿Y eso crees que hace Ian? —se mofó Daimh mientras realizaba un gran esfuerzo por no cargársela al hombro y encerrarla en el torreón. Pensó para sí que esa mujer no sabía lo peligrosa que podía llegar a ser para sí misma—. Deja a Ian en paz, Aila. Te aseguro que no te entenderá. No sabrá darte eso que dices.

—Daimh, ¿te haces el tonto? —le preguntó Aila cruzándose de brazos al igual que él mientras entrecerraba los ojos en busca de la lógica a todas sus preguntas.

—¿Qué me has llamado? —Daimh comenzó a enfadarse por la desfachatez y falta de respeto de Aila.

—No te he llamado nada, Daimh, no empieces —le advirtió Aila, cansada de la susceptibilidad del guerrero—. Te he preguntado si te estás haciendo el tonto, porque solo un idiota creería que yo le pediría a un herrero que hablara con los Espíritus del Fuego por mí. Voy a presentarme ante aquel que transforma la materia, ante la persona que ejerce el oficio más respetable que existe. El herrero convierte un material duro como la roca en algo flexible para darle la forma que él desea y que su obra resista los cambios del tiempo. Las herraduras, escudos, clavos, rejas, llaves, incluso tu espada, están forjados por él. Trabaja con el fuego y transmuta la materia en lo que desees. Tal y como he hecho con el laird, debo presentarme ante el herrero a rendir mis respetos. Es muy posible que tenga que pedirle algún favor a lo largo de mi estancia aquí.

Aila se dio media vuelta dejando plantado a Daimh en medio del patio principal. Muchos los observaban, siendo testigos de cómo la joven le hablaba exasperada, sin contener su mal humor, sin mostrar sumisión alguna. El agravio empeoró cuando fue Aila quien dio la conversación por finalizada. Daimh no iba a permitir que la hechicera lo ninguneara. Nadie osaba hablarle así. Nadie salvo esa muchacha que nada sabía de normas y buen comportamiento. El guerrero endureció la mandíbula y la llamó con voz atronadora.

—¡¡Aila!!

La joven se volvió para fulminarlo con la mirada. Se encontraban en la parte donde habitaban el servicio y los soldados. Alguna cabeza se asomó por las ventanas y varios soldados se detuvieron para entender qué ocurría. Aila no quería protagonizar una escena pública, y no entendía la razón por la que Daimh parecía creerla capaz de encolerizar o molestar a esas personas.

—¡Ven aquí! —le ordenó. Ella no se movió ni un ápice, con lo que obligó a Daimh a ir a por ella, tomarla del brazo y con la mandíbula tensa decirle—: No vuelvas a dejarme con la palabra en la boca, yo te diré cuándo debes retirarte. Cuando te dé una orden debes obedecerme, a mí o a cualquiera de los hombres del clan con más autoridad. ¿Me has entendido? Ya no estamos en Skye.

—Haz el favor de soltarme —le contestó Aila, igualmente enfadada e intentando zafarse de la mano de hierro, sin conseguirlo. Tuvo que acoplar sus pasos a las zancadas de él—. Eres el hombre más bruto que he conocido. Solo obedeceré cuando sea razonable. Deberías trabajar tu sensibilidad, pues te enfadas con demasiada rapidez ante tonterías. Suéltame ya, tu misión ha concluido conmigo, así que déjame tranquila. Yo sé cómo arreglármelas. —Ante el silencio del guerrero, insistió—: ¡Daimh, debo ir a ver al herrero!

—Es a él a donde te llevo, bruja testaruda —le contestó Daimh, dando gracias en su interior por no tener que soportar más a la joven. Se prometió que esa sería la última vez que la ayudaba. Se dijo que debía acompañarla para intervenir en el caso de que el herrero la tratara como a una loca. Un pensamiento furibundo cruzó su mente para advertirle de que esa muchacha se metería en líos. Con un tono resignado, explicó—: Estabas yendo en sentido contrario.

Aila continuó trotando a su lado con el ceño fruncido, sin protestar. Antes de entrar en la fragua, se arregló la manga que se había arrugado y se irguió mostrando la mayor dignidad posible. Daimh le indicó quién era el herrero; la joven saludó y presentó sus respetos. El hombre tenía el torso desnudo al trabajar con altas temperaturas. Tan solo vestía con el kilt y un delantal de piel para protegerse de las chispas. Era un hombre corpulento, con una barriga prominente; rondaba los cuarenta años, se recogía el pelo en la nuca y sus ojos habían reparado en la peculiar belleza de Aila. La reacción del herrero sorprendió a Daimh, pues hizo llamar a su hijo con urgencia.

—El honor es mío, señorita —repuso el herrero—. Ven, hijo. —Un joven delgado que apenas pasaba la década se acercó—. ¿Recuerdas las historias de la abuela? —El chico asintió—. Aila es Gente de Astucia. No te dejes engañar por su apariencia, es una mujer conocedora de los misterios del Otro Mundo y de este. Mujeres tan sabias ya no quedan. Debes sentirte afortunado: todos han olvidado la importancia de nuestro oficio menos Aila. La Gente de Astucia y los herreros nos entendemos, pues ellas forjan las almas de las personas y las moldean, y las ayudan a evolucionar, encontrando una función para cada una. Al igual que nosotros lo hacemos con el hierro. Aila, mi familia y yo seremos tus siervos.

Daimh estuvo a punto de estamparse la cabeza contra la pared. No podía creer que aquel hombre de fiero carácter que parecía ladrar más que hablar estuviera alabando el oficio de Aila. La joven se volvió con una sonrisa triunfal, mostrándole que el que había tenido un comportamiento fuera de lugar era él y no ella. Cuando la conversación comenzó a alargarse, se excusó para terminar de hacer la ronda.

—Aila, no debes entretenerme —le recordó—. Yo tengo que continuar con mis cosas.

—¿Es una orden? —le provocó, recordando el estallido de ira de antes y mostrando su desacuerdo con su autoritaria manía de amonestarla.

—Lo es —aseguró Daimh fulminándola con la mirada mientras se cuadraba cuan alto era.

Dejando a Aila con la réplica en la boca, salió de la fragua. La joven apretó la mandíbula y su pequeña nariz aleteó, mostrando su enfado.

—No debes hacer enojar a Daimh —le aconsejó el herrero—. Todos lo temen. Debes tener cuidado con su mal genio, puede llegar a ser imprevisible.

A Aila le sorprendió que todos temieran a Daimh, sobre todo porque todos lo habían visto crecer. Ella llevaba unos días con él y ya había descubierto que era un hombre noble con profundas heridas que escondía tras una coraza de acero. Sonrió con picardía pensando que ella había sido la única en presenciar la ternura que había en él. Por supuesto, entre su trabajo en aquellas tierras estaba el de ablandar su carácter y lograr que dejara de ofenderse por nimiedades. Le daba demasiada importancia a ser respetado, llegando en muchas ocasiones al absurdo. Sin contar esa manía de someter a la mujer o que esta le mostrara suma obediencia. La joven meneó la cabeza ante las ideas de los hombres nacidos en comunidad.

Con un encogimiento de hombros volvió a concentrarse en el herrero y su hijo. Conversaron largamente sobre los utensilios que necesitaría, pues se había dejado varios atrás. Ian le recordó la cita que tenía en el castillo y poco después sus pasos la llevaron hasta allí. Al recordar el ambiente viciado que en él había, se dijo que debía preparar varias recetas, entre ellas la infusión de menta y alcanfor. Necesitaba purificar el castillo cuanto antes.

Al entrar, comprobó que ya se congregaba un buen número de personas en el gran salón. Tuvo suerte, pues cuando ella entró, la familia del laird aún no había llegado. En cuanto estuvo en sus aposentos, Aila reparó en las palomas que Gilmer le había dejado. Se dirigió hacia la mesa con el pergamino, la tinta y la pluma. Decidió que no podía postergar su mensaje. Tomó asiento y escribió en una pequeña tira de pergamino que iría enrollada en la pata del animal.

«He llegado bien. Por aquí tengo mucho trabajo, pero hay personas amables y de buen corazón. Creo que me adaptaré sin problemas.

Firmado: Aila».

Tras abrir la ventana y dejar que la paloma volara rumbo a la isla de Skye, la joven se dispuso a reunirse con los miembros del clan que la esperaban. Esa misma noche se arrepentiría de las palabras escritas a su amigo Gilmer.

## 10

El bullicio era ensordecedor cuando comenzó a bajar los escalones. La chimenea había sido rellena de leña: un gran fuego iluminaba gran parte del salón. En las paredes había antorchas y del alto techo colgaba una gran lámpara repleta de velas, cuya cera caía sobre la piedra y no en las cabezas gracias a la organización de las mesas. Estas estaban repletas de personas que hablaban y reían. En uno de los brazos próximos a la escalera se habían sentado los soldados del clan. Observó a algunas mujeres entre ellos, y las identificó como sus esposas. Entre el grupo descubrió a sus compañeros de viaje.

En la mesa presidencial situada frente a la chimenea reconoció a Alistair. A su izquierda se sentaba Cormag junto a un anciano que supuso que era algún consejero. A su derecha identificó con facilidad a Meribeth, la esposa del laird, que se encontraba al lado de un hombre vestido con sotana que escudriñaba a los presentes con altivez en la mirada. La imagen de la castellana llamó su atención, pero no pudo observarla mucho tiempo más, pues Lorna había ido en su busca. Le indicó que se sentaría junto a ella en la mesa que formaba el brazo opuesto al de los soldados. Allí la presentó a los comensales más cercanos. Entre ellos se encontraban varios capitanes de barcos, comerciantes acompañados de sus mujeres y ancianos que formaban el consejo del clan.

Lorna tomó asiento a su izquierda; frente a ella estaba un monje al que todos llamaban «hermano Albert» y a su derecha, una anciana llamada Muriel, que realizaba labores de partera y sanadora en aquel lugar. Muriel resultó ser una mujer muy agradable, conocedora de las propiedades de las plantas y seguidora de los conocimientos ancestrales. Mantuvo una animada charla con ella; Aila supo que tenía una aliada y que Lorna la había sentado a su lado por esa misma razón.

La comida se repartió entre infinidad de bandejas, y varias sirvientas servían las bebidas. Aila no tenía apetito. Nunca se había encontrado entre una multitud sin apenas entender una palabra por el ruido. El bullicio y el ambiente negativo le cerraban la garganta. De pronto se encontró recordando los días en su cueva y las noches que había pasado junto a los guerreros Mcleod en medio de la naturaleza. Su mirada vagó por la mesa de enfrente en busca de alguna cara amiga. Clarion y Archie se encontraban de espaldas a ella, Daimh hablaba con otro soldado e Irvyng gruñía como de costumbre mientras miraba su vaso. Aila clavó sus ojos en él, atenta a lo que bebía el guerrero. Este, como si lo hubiera llamado en voz alta, la buscó hasta encontrarse con su mirada. Dio media vuelta al vaso para mostrarle que estaba vacío. En ese mismo instante una joven cargada con dos jarras le ofreció bebida. Aila leyó en los labios de la chica la palabra «whisky» y observó cómo el gigante de pelo rubio negaba con la cabeza. La joven acercó la otra jarra invitándolo a cerveza. Irvyng levantó una ceja hacia Aila a modo de muda interrogación. Ella asintió mientras el guerrero hacía señas para que le llenara la copa de cerveza. Irvyng le guiñó un

ojo con complicidad. Aila sabía que la cerveza que solían elaborar era baja en alcohol debido al poco tiempo que le dedicaban a la fermentación, por lo que permitió al guerrero disfrutar de ella tras haber notado mejoría con su remedio.

Mientras continuaba recorriendo con su mirada el atestado salón, se topó con la imagen de la castellana y decidió centrar su atención en ella. Admiró las ricas telas que lucía; se dio cuenta de que su vestido de tosca lana no llegaba a la altura de los vestidos de las mujeres sentadas a la mesa. Sacudiéndose la vanidad herida de encima, observó el rostro de la castellana. Aunque su boca mostraba desdén, sus ojos decían otra cosa. Aila intentó conectar con ella e identificar el aura de la joven. Su piel extremadamente pálida le dijo que solía pasar demasiado tiempo recluida. Sus ojeras hablaban de tormentosas noches sin dormir. Su mirada escurridiza señalaba que se encontraba ante una mujer debilitada y su espalda demasiado tensa indicaba que no se sentía cómoda.

Observó cómo sus ojos se agrandaban por el pánico que la voz de su marido le provocaba y cómo agachaba la cabeza, que cubría con un velo. Este finalizaba en una diadema forrada con la misma tela del sobreveste color escarlata, bordado en oro, que lucía esa noche. Ante sus ojos se fue desvelando la relación fría y la falta de comunicación y comprensión que entre los señores existían. Meneó la cabeza ante la falta de sensatez.

El frío la recorrió cuando sus ojos se toparon con el hombre rechoncho, calvo, de gran barriga y ojos oscuros escondidos bajo unas anchas cejas que se hallaba sentado junto a la señora del castillo. Lorna siguió la mirada de Aila y le susurró.

—Es el padre Henry —le informó—; es el consejero de Meribeth. Ella es muy devota de la fe cristiana y recurre a él para hallar consuelo.

La negatividad y mala energía que Aila recibió de él lograron que apartara la mirada, incapaz de soportarla sin intoxicarse con ella. Era un tremenda locura que aquella oscura persona pudiera guiar a alguien. La hechicera pensó que solo llevaría negatividad y oscuridad a quien lo acompañara. De pronto su mirada recayó en el monje, sometido completamente a la voluntad del padre Henry. La sensibilidad de la joven para percibir estados de ánimo y almas oscuras y malignas llegó a su cénit. Aila necesitó respirar varias veces, pues las náuseas que le provocaban aquellas personas acabarían por producirle el vómito.

Lorna, que estaba pendiente de la joven y de su bienestar, pidió a una de las sirvientas que le indicara al laird que debía recordar presentar a Aila. Cuando el mensaje llegó a Alistair, que llevaba varias horas bebiendo y cuyos ojos se notaban achispados, este se levantó; su movimiento captó la atención de toda la audiencia.

—¡McLeod de Lewis! —comenzó haciendo un llamamiento para que callaran—. Hoy nos acompaña una persona muy especial para el clan. Una mujer cuya fama de sanadora traspasa fronteras. Aila, nieta de Nimue, ayudará a mi esposa. Por favor, Aila, levantaos. — La joven obedeció ignorando las miradas especulativas, centrándose en el laird.

Durante la cena Daimh había observado el desconcierto en ella; se compadeció de su aspecto, por momentos desamparado, hasta que fue llamada por su tío, y el guerrero pudo observar la transformación en ella. Daimh se sintió orgulloso de la muchacha al ver cómo no se dejaba intimidar y se mantenía dignamente erguida, mostrándose a los demás con orgullo a pesar del escepticismo que existía entre los presentes.

—Todos confiamos en que podáis curar a Meribeth de su mal, con el fin de poder darme un heredero sano. Esposa —llamó Alistair a la castellana—, ya que esta tarde no pudisteis recibirla, ahora podéis darle la bienvenida. Ella es la única esperanza que os queda. Aila, aún no os he escuchado comentar nada sobre el trabajo que os hemos encomendado. ¿Seréis capaz de realizar vuestro cometido? ¿Trabajaréis para ayudar a Meribeth?

—¿Reconoces esa mirada? —le preguntó Clarion a Archie.

—Ajá —afirmó el otro—. Todos conocerán a Aila de un momento a otro.

—Mi laird, agradezco vuestra invitación; siento un gran honor al poder seros de ayuda —comenzó diciendo Aila con voz clara—, y repito «seros de ayuda» porque, por lo poco que he podido observar, creo que el mayor problema lo tenéis vos, y no ella.

El murmullo de comentarios se alzó como una ola. Clarion se volvió para apoyar los codos en la mesa e intentar calmar la hilaridad que comenzaba a atacarle. El soldado estaba convencido de que la muchacha iba a alargar su lista de anécdotas con bastante rapidez. Archie lo ayudó a controlarse con varios codazos. Daimh se levantó de su asiento, en el lado opuesto a Aila, pues se había sentado como un soldado más.

—Aila. —La llamó a modo de advertencia para que callara. La joven respondió con una mirada resuelta que le indicó que no iba a retractarse—. Tío Alistair, Aila no ha querido decir lo que te ha parecido escuchar.

—Sí lo he hecho.

—¡Aila! —volvió a reprenderla Daimh con dureza.

—¿Sí lo habéis hecho? —preguntó Alistair, que aún no entendía qué ocurría y de qué demonios hablaba aquella muchacha.

—Sí, laird —volvió a intervenir, sin darse cuenta del brillo que iluminó los ojos de Meribeth—. Creo que deberé comenzar por vos.

—Estáis equivocada, muchacha; yo no soy quien debe engendrar, no soy yo quien ha fallado —le rebatió Alistair mostrando su mal genio, similar al que había conocido en Daimh.

—Laird Alistair, vuestra esposa no engendrará temiéndoos como os teme —explicó Aila, haciendo acopio de todas sus armas para que la comprendieran.

—¿Pero qué tontería es esa? —bramó Alistair ofendido.

—Aila, la esposa del laird no puede temerlo. —Daimh intentó que Aila entrara en razón explicándole cómo funcionaban las cosas.

—¿Y por qué no? Es obvio que así es.

—¡Esto es inaudito! —exclamó Alistair buscando la mirada de su madre. Lorna se encogió con una sonrisa.

—Tío Alistair, Aila tiene problemas a la hora de convivir con nuestras costumbres. —La defendió a pesar del enfado que mostraba la joven por contradecirle—. No sabe que es un insulto decirle al laird que su esposa lo teme. —Haciendo hincapié en sus palabras,

clavaba la mirada en Aila, rogándole en silencio que se diera cuenta de lo que suponían sus palabras—. Aila, diciendo que Meribeth teme a su esposo, estás dando a entender que el laird no es capaz de ofrecer la seguridad y confianza suficiente que un marido ofrece a su mujer.

—Daimh, gracias por aclarar el asunto —contestó Alistair recriminándole a su madre la llegada de la bruja con su mirada—. Aila, podéis disculparos ahora.

—Os pido que me perdonéis. —Aila se expresó de forma mecánica, sin entender muy bien por qué debía fingir.

—No está pidiendo disculpas de verdad —le susurró Clarion a Archie.

—Claro que no, si aún no se ha enterado de en qué ha fallado —replicó el otro.

—Espera, que allá va otra vez —le avisó Clarion divertido.

—Ahora, si me permitís, quisiera aclarar el malentendido. —Alistair asintió con la cabeza, complacido—. Yo no os he insultado, solo he respondido a vuestra pregunta. Vuestra esposa os teme; si no sois capaz de verlo, tendremos que trabajar también vuestra percepción, que anda un poco despistada. Y con esto no creo estar ofendiéndoos, sino todo lo contrario: intento ayudaros a ver la realidad tal y como es. Y juraría que los demás también lo ven así, pero ninguno de ellos parece tener agallas para decíroslo. —Las últimas palabras fueron dirigidas a Daimh.

Alistair admiró el valor de la joven, no solo por enfrentarse a él, sino por plantar cara a su sobrino. Si no le hubiera insultado dos veces seguidas, se habría reído a carcajadas.

—Habéis llegado esta tarde, apenas habéis cruzado palabra conmigo y aún menos con mi esposa. ¿Me podéis explicar de dónde sacáis la conclusión de que mi mujer me tiene miedo? —preguntó conteniendo su ira, intentando ponerse al nivel de la lógica de la extraña muchacha. Aila percibió cómo una vena se inflamaba en la sien del jefe del clan, pero no creyó conveniente pedirle que se calmara—. Si yo le ordeno que no me tenga miedo, ella obedecerá.

Aila tuvo serios problemas para evitar reírse ante lo absurdo de las palabras del laird. Al comprobar que todos apoyaban con gruñidos tal afirmación, tuvo que concentrarse en buscar una respuesta que lograra hacer entrar en razón a la manada de bestias que la rodeaba.

—Laird Alistair, vuestra mujer os rogó que vuestros hombres se afeitaran y dejaran de vestirse con el *plaid*, pues le parecían salvajes y le causaban pavor. —Aila utilizó un tono que apenas ocultó su sensación de hablar con una persona con cierto retraso mental—. ¿Creéis que solo hablaba por vuestros hombres?

—Sí —contestó Alistair comenzando a sentirse azorado.

—¿Acaso la castellana tiene que acostarse con vuestros hombres? ¡Debe acostarse con vos, por todos los dioses! —exclamó, logrando que las mujeres se sonrojaran y varias voces se alzaran de nuevo.

El bullicio que encendió sus palabras apenas le permitió entender lo que la gente decía. Solo fue consciente de la mirada furibunda de Daimh. Decidió continuar con su explicación.

—No hay que ser muy inteligente para saber que debéis ser el primero en afeitaros la barba para que vuestra mujer no os tema. Tengo alguna que otra opinión más sobre la razón por la que vuestra esposa os tiene miedo, pero...

—¡No! ¡Ya basta! —bramó Alistair—. Si ella hubiera querido que me afeitara, no habría dudado en decírmelo.

—Si estáis tan seguro de lo que decís —replicó Aila enarcando las cejas ante la cabezonería del laird—, entonces me iré mañana mismo: si no tenéis a bien escuchar mis consejos, de poco os servirá mi ayuda.

—¿Os atrevéis a desafiarme!? Idos si queréis. —Daimh cerró los ojos mientras suspiraba cansado—. ¡Nunca ruego nada a nadie! —volvió a rugir Alistair—. ¡Y mucho menos lo haré a una mujer como vos, que osa faltarme al respeto delante de mi propia gente!

Aila le mantuvo la mirada al jefe Mcleod, con el mentón firme, las aletas de la nariz abiertas y sus ojos verdes echando chispas. Aila no estaba dispuesta a permitir que le faltaran al respeto, pues era él quien se estaba comportando de forma ofensiva y no al contrario.

—Tío Alistair —intervino Daimh, sin saber por qué demonios lo hacía—, Aila no pretende que le ruegues nada. Quizás el ruego provenga de otra persona, quizás haya alguien que quiera que Aila continúe con nosotros y que intente ayudarnos.

—¿Y quién me rogaría algo semejante? ¡Madre, abstente de hablar, pues no pienso volver a escucharte! —dijo Alistair al ver que Lorna comenzaba a tomar aire para dirigirse a él.

—Yo te lo ruego. —La voz de Meribeth se alzó temblorosa. Todos se sorprendieron al escuchar su voz por primera vez. El padre Henry se acercó para susurrarle algo. La castellana negó con la cabeza mientras su rostro se cubría de rubor—. Aila, si mi esposo accede a escuchar lo que queréis decirle, yo os ruego que os quedéis.

Alistair se encontró ante la argucia de su esposa. Sin desacreditarlo públicamente, le daba a entender que Aila había acertado. Unas horas antes se había negado a recibir a la joven, pues entendía que, al formar parte de otra de sus imposiciones, no haría esfuerzo alguno para aceptar ayuda de la hechicera. Ahora que la bruja se había puesto de su parte y se había enfrentado a él, parecía haberse ganado el interés de Meribeth. La castellana dejaba en sus manos el acuerdo. Si accedía a escuchar a Aila, ella querría que se quedara. Si la joven solo iba a tratarla a ella, prefería que se fuera. Tras demorarse unos minutos pensando en lo que hacer, paseó su mirada por todos los presentes, que esperaban su respuesta.

—¡Sea! —aceptó, escuchando el murmullo que levantó su respuesta—. Oiré lo que tengáis que decirme. A cambio, Meribeth os atenderá cuando lo creáis oportuno. Si os doy otra oportunidad no es porque me hayáis hablado como lo habéis hecho, es porque mi esposa así me lo ha pedido.

Todos suspiraron satisfechos. Alistair tomó asiento desplomándose sobre la gran silla de madera con enfado. Daimh hizo lo mismo cogiendo su copa para vaciarla y evitando lanzársela a la joven que al otro lado del salón prestaba atención a las palabras que Lorna le

dirigía. Al verlas creyó que su abuela tendría un duro trabajo por delante si quería evitar que Aila se metiera en problemas. Volvió a pedir más vino mientras buscaba fuerzas para enfrentarse a las miradas de sus compañeros. Ninguno había entendido su intervención en defensa de la bruja de Skye. Por supuesto, Clarion estuvo encantado de explicar el motivo, que logró hacer reír a todos.

—La joven cree que Daimh será laird de algún clan y ella su esposa. Nuestro amigo siente que debe protegerla para no herir sus sentimientos. —Las carcajadas no se hicieron esperar—. Llegó a decir que en la visión Daimh le sonreía. ¡Imaginaos la ocurrencia!

Tras vaciarse las bandejas repletas de viandas, la música comenzó a sonar y muchos se levantaron para bailar, desinhibidos por los litros de alcohol que había corrido por las mesas. Los ancianos, el sacerdote y el monje, junto a la castellana, fueron los primeros en despedirse. Aila se había sumido en sus pensamientos, que giraban en torno a su deseo de regresar a su hogar, sin darse cuenta de que se había quedado sola en la mesa. Una joven sirvienta se aproximó a ella y se sentó a su lado. Esta poseía un rostro enmarcado por rizos cobrizos, ojos azules y una voluptuosa figura.

—Hola, mi nombre es Kenza —se presentó, sacando un pañuelo del escote para secarse el sudor de la frente—. Trabajo en el castillo sirviendo en todo lo que necesitan. Así que me veréis por aquí a menudo —le explicó sonriente. Aila indagó en las vibraciones que desprendía la muchacha y suspiró aliviada al no encontrar maldad. Parecía ser sincera—. El jefe me ha mandado deciros que podéis acercaros y tomar asiento a su lado. Quiere hablar con vos. —Al ver cómo la duda cruzaba el rostro de Aila, la animó—. Lo habéis hecho bien. Creo que habéis despertado interés en todos, y el laird es un hombre de palabra. Ahora que no habrá nadie escuchando, podéis haceros entender mejor. Recordad que ha prometido escucharos.

La joven se levantó y puso los ojos en blanco antes de tomar fuerzas para terminar de recoger el salón y continuar sirviendo a los invitados. Aila volvió el rostro en busca del laird, que la esperaba clavándole la mirada por encima del borde de una copa. Anduvo con movimientos regios, que algunos captaron de reojo, disimulando la tensión que le provocaba la llamada del jefe del clan.

—Laird —saludó Aila con aparente aplomo.

—Sentaos —le ordenó el laird. Aila obedeció aceptando la copa de vino que el jefe del clan le ofrecía—. Ahora decidme, muchacha, en qué consiste vuestro don.

—Soy Gente de Astucia. Algunos nos llaman brujas, hechiceras, curanderas, sanadoras —enumeró Aila, percibiendo que el mal humor de Alistair se había transformado en voluntad para entenderla—. Mi familia es portadora de un don especial. Somos capaces de conectar con otras dimensiones, saltar las barreras y caminar en busca de la sabiduría que los espíritus que conviven entre nosotros pueden aportarnos. Soy la mensajera de Elphame.

—¿Os referís a los muertos?

—No solo a los muertos, también a los seres que habitan en la vegetación, en las llamas, en el agua o en el viento. Mi abuela me enseñó a interpretar las señales de los elementos, conectar con la Madre Tierra, conocer las enseñanzas de los cielos, el tiempo y el sol, todo con el fin de ayudar a las personas a evolucionar, a encontrar el equilibrio entre

la luz y la oscuridad. En definitiva, a vivir en armonía. Estas enseñanzas se han ido perdiendo con el tiempo debido a las nuevas doctrinas que han surgido del hombre.

—Mi madre me dijo que erais especial. ¿En qué? —volvió a preguntar posando su azulada mirada en la hechicera, observando con interés cómo la inocencia y la sabiduría se entremezclaban de una forma fascinante en ella.

Comenzaba a entender el comportamiento de su sobrino hacia Aila. Sonrió para sí: la joven tenía una capacidad innata para hechizar con su loca inocencia a todo aquel que se detuviera a conocerla.

—Yo, además de mis conocimientos haciendo remedios, ayudando a fertilizar campos y comprendiendo los misterios de la naturaleza, también tengo visiones. Muchas, sobre el futuro.

—¿Y qué habéis visto en mi esposa? ¿Qué os han dicho los dioses sobre mí? —preguntó Alistair, intentando creer en ella.

—Las visiones nos las domino, solo aparecen —le explicó Aila, sintiéndose poco a poco más cómoda ante el laird—. Mis manos suelen canalizarlas; también los objetos pueden provocarlas, pero no me he servido de eso para darme cuenta de vuestro problema.

—¿Ah, no? —respondió sarcástico. Entendía que la joven no se encontraba tan desconectada del mundo como parecía. Tuvo que reconocer para sus adentros que sus observaciones eran ciertas. Su lucha con su mujer se había concentrado en hacerle entender que no debía temerlo. Por supuesto, Aila no captó el matiz de la ironía.

—Claro que no, hasta un ciego puede darse cuenta de que vuestra esposa está aterrorizada —replicó Aila, sorprendiéndose ante la falta de perspicacia del laird. Este endureció la mirada, pero no quiso asustarla: ahora sabía que la necesitaba.

—Decidme algo que no sepa —le contestó—. Llamad a los dioses y preguntadles cómo me ayudaréis.

—¿Ahora? —preguntó sorprendida Aila—. No sé, debería prepararme.

—¡Ahora! —ordenó Alistair, haciendo que la joven diera un respingo.

Sus ojos no salieron de su asombro cuando Aila se atrevió a fruncir el ceño y ofenderse por su tono de voz.

La hechicera supo que era la única oportunidad que se le presentaba para llevar a cabo su cometido. Debía cumplir con lo que los dioses le habían ordenado, su don era más que necesario en aquel castillo, no podía negar su ayuda. Comenzó a analizar las sensaciones que había recibido desde que había llegado e intentó darles forma. Tomó aire soltando los amarres de sus sentidos. Sus ojos la llevaron a la copa vacía del laird. Le serviría como improvisado caldero, símbolo del vientre de la Dama Verde. Era el origen y el destino, la fuerza y el cambio. El caldero donde se vertían las emociones o las peticiones con las que tenía que trabajar era símbolo de la regeneración, el recipiente en cuyas profundidades la Dama Verde destilaba la esencia y la inspiración de las usanzas. Aquella copa podía ser utilizada por Aila para ahondar en las sensaciones. Sería el caldero que necesitaba, pues ella lo consideraba el corazón de su magia. Los restos de vino que habían tocado los labios del laird reflejarían parte de la oscuridad que lo acompañaba. Dejó que

sus ojos se perdieran en el líquido rojizo del interior. Debía identificar la sombra del laird para ayudarlo a enfrentarse a ella y lograr que dejara de vivir en la oscuridad.

Le llevó varios minutos; el laird la miraba con desconcierto. Una vez hubo encontrado las palabras, la joven clavó su mirada en Alistair, mostrando el cambio de color en sus ojos. Parecían amarillear por momentos, según observó el jefe del clan. La verdad le heló la sangre.

—Estáis rodeado de oscuridad —comenzó Aila—; entre estas paredes quedan restos de odio, locura y temor. La muerte vaga por los pasillos, se introduce en vuestro lecho y os atormenta en sueños. Cargáis con la muerte del último laird de los Mcleod, y no podréis dar vida si os aferráis a ella. La muerte no puede dar vida, no es lo natural. Vuestro hermano llevaba tiempo llamándola, abrazando el mal, campando en la oscuridad y disfrutando del dolor ajeno. No había equilibrio; estaba perdido y todos lo sabíais. Vuestra mano solo fue el arma ejecutora que liberó a Fionnlagh de su tormento. Él sigue aquí, viciando el aire que respiramos, pues vos no lo dejáis marchar. Desprendeos de la culpa y la rabia; de otro modo no podréis evolucionar. Caminad hacia la luz y encontraréis la paz.

Alistair tragó saliva, pues la boca se le había secado. Levantó un brazo para pedir más vino sin quitarle el ojo de encima a Aila, que esperaba que la información fuera procesada por la mente del laird.

—¿Y mi hermana? —preguntó con voz ronca.

—Ella marchó en paz hace mucho tiempo, Glheanna no está aquí —le comunicó con una sonrisa, recordando a la joven del bosque—. Acudió a mí para dejar un mensaje para Daimh. Solo eso; después volvió a partir.

Alistair cerró los ojos con el fin de aliviar el escozor que sentía en ellos. Aila le permitió unos instantes para recomponerse mientras dejaba que su mirada vagara por el salón, fijándose en los bailarines que danzaban frente al fuego al ritmo de la música.

—¿Y qué pasa con Meribeth? —volvió a preguntar el laird sacudiéndose la tristeza y compartiendo cierta camaradería con Aila después de que la joven ahondara en su interior—. Acepto, y solo ante vos, que podéis llevar parte de razón. Ahora, no me negaréis que es una mujer sumamente difícil. Anda todo el día rezando y hablando con el padre Henry.

—¿Por qué permitís que ese hombre la aconseje? —le preguntó a su vez haciendo gala de su desconocimiento del mundo.

—Porque es un sacerdote —le explicó, sonriendo ante su ignorancia.

—Cuando un hombre y una mujer se eligen como compañeros, prefieren confiar al otro sus dudas y temores, antes que a una tercera persona. ¿Es posible que exista una relación íntima entre ese sacerdote y su esposa? —Aila se acercó a él mientras formulaba la pregunta, que logró que la furia volviera a invadirlo. Tuvo que pestañear al comprobar que la joven no pretendía ofender, sino que realmente se planteaba esa posibilidad.

—¿Aila, a cuántos sacerdotes habéis conocido? —preguntó divertido.

—A ninguno —le contestó con manifiesta repulsión.

—Ya entiendo. —El laird se estiró rascándose la barba mientras se recostaba sobre el asiento apoyando un codo sobre la mesa y repantigándose divertido—. Los sacerdotes consagran su vida a Dios y no toman mujer alguna.

—¡Eso es ir contra natura! —exclamó la joven con el ceño fruncido.

—Pues Dios no lo cree así, y ellos tampoco —le respondió Alistair encogiéndose de hombros—. Por eso no creo que el sacerdote mantenga una relación íntima con mi esposa. Además, ella es fría como el hielo en el lecho —concluyó, terminando por confiarle sus secretos a la joven, a la que apenas conocía.

—No es fría, laird —le amonestó Aila ignorando la expresión fiera que mostró Alistair al contradecirlo. Aila supo de quién había heredado Daimh aquella testaruda sensibilidad masculina. Continuó explicándose—: Ninguna mujer podrá mostrar calidez si está envuelta en tristeza, temor y desesperación. Ella no es feliz.

—Eso ya lo sé. —El recordatorio de sus fallos le hizo hablar bruscamente—. Ninguno quisimos este matrimonio, fue impuesto por el rey.

Alistair le contó todo lo sucedido y los acuerdos a los que había llegado con su esposa con respecto a la descendencia. Aila comprendió todo, y una chispa traviesa brilló en su mirada al percibir que aquella extraña pareja podía entenderse mejor de lo que creían. Habían logrado concebir cuando ambos se habían olvidado de sus obligaciones y habían llegado a un acuerdo clandestino.

—¿Por qué sonreís, muchacha? —le preguntó Alistair—. ¿Qué os parece tan divertido?

—No es diversión, es esperanza —le respondió, enigmática—. Sé cómo ayudaros, laird Mcleod.

—¿Qué haréis conmigo, pequeña bruja? —preguntó divertido, hablando con familiaridad con la peculiar mujer.

—Para empezar, afeitaros la barba. —La pícara sonrisa de Aila logró que el laird lanzara una carcajada.

Daimh temió por la conversación que su tío y Aila mantenían. Se dijo que poco podía hacer para evitar que Alistair la echara a patadas. Era una mujer sumamente testaruda, con un carácter horrible y un razonamiento insufrible. Escuchaba en silencio las conversaciones que se desarrollaban en torno a él sin apenas prestar atención, hasta que unas manos recorrieron sus hombros y una voz conocida le llegó en un susurro.

—Soy toda tuya, Daimh Mcleod. Llevo todo el día queriendo tenerte solo para mí.

—¡Lynnet, ven aquí, preciosa! —Daimh agradeció la presencia de la joven, que sabía que sería la única capaz de devolverle el buen humor—. ¿Me has echado de menos?

La tomó de la cintura y la deslizó hasta sentarla sobre sus muslos. Lynnet hacía honor a su nombre: «ninfá». Su melena rubia, sus ojos celestes y su rostro parecían haber sido esculpidos por los dioses. Su cuerpo esbelto se redondeaba en los lugares donde los hombres perdían la razón. Su madre había pedido al laird que su hija sirviera en el castillo con el fin de que la joven lograra casarse con un soldado y alejarla de los censurables comportamientos que comenzaba a tener. Se había criado en el pueblo cercano al puerto

que el clan poseía a unas millas de allí. La belleza de la joven no escapó a la mirada de la mayoría de los soldados cuando llegó al castillo de Creag.

Muchos fueron los que se acercaron a seducirla. Ella, consciente de su físico, explotaba su sensualidad para cazar un marido. Mientras coqueteaba con varios hombres, sus ojos angelicales no dejaron de vigilar a Daimh, calculando la forma de ganarse al hermético guerrero. Cuando este le planteó la posibilidad de yacer con ella sin responsabilidades, ella aceptó, concedora de su poder de seducción. Era cuestión de tiempo que Daimh la tomara por esposa, de eso estaba segura.

Aila continuaba charlando con el laird animadamente cuando sus ojos se toparon con la escena que se desarrollaba a su izquierda. Una espectacular belleza rubia abrazaba a Daimh mientras reía en su regazo. Tardó en reconocer el ardor que le produjo aquella imagen en su interior. Su rostro se volvió escarlata debido a la turbación que se apoderó de ella. El enfado, el dolor y la sensación de sentirse ultrajada apenas la dejaron tomar aire con normalidad.

El cambio en la joven fue percibido por el laird, que siguió la dirección que los ojos rasgados de la joven le indicaban. Entrecerró los ojos especulando sobre el tipo de relación que había nacido entre ella y su sobrino. Se solidarizó con los sentimientos heridos de la joven y sonrió con lástima. Tuvo que reconocer que Aila intentaba ignorar a los amantes, que se prodigaban caricias, susurros y miradas cargadas de lujuria clavando sus ojos en las llamas de la chimenea.

—Celos —escuchó que le decía Alistair.

—¿Cómo decís? —preguntó Aila despistada.

—Lo que sentís se llama celos. —La sonrisa que se dibujaba en el rostro del jefe del clan la puso furiosa—. No eres la única que puede ver la realidad que a otros se les escapa. —Y le guiñó un ojo, lo que terminó de desatar la furia en ella.

Aila no pudo evitar fulminarlo con la mirada, pues ella nunca se había reído de los sentimientos de nadie, tal y como le parecía que estaba haciendo el laird con ella. Era cierto que ver a Daimh, su futuro esposo, abrazando a otra mujer mucho más bella que ella le había escocido. Tuvo que reconocer que estaba siendo víctima de los celos, sí, admitió para sí enfadada. Y la ira la inundó cuando pensó que la gente de aquel lugar era demasiado irrespetuosa con el prójimo; no le gustó percibir la burla en Alistair. «No busques conflictos en batallas que no te aportarán nada», se aconsejó.

Aila se irguió y se obligó a mostrar la calma que debía mantener. Inspirando hondo, sonrió mientras se levantaba y se despedía con amabilidad ignorando las últimas palabras del jefe del clan. Rodeó la mesa eligiendo apostar pasar por detrás de la pareja, que se mantenía ajena al mundo. Antes de que Aila se levantara, Daimh estaba pendiente de escuchar las prometedoras palabras de Lynnet. El brillo de una piedra en el cinturón de la hechicera al acercarse hizo que levantara la mirada para toparse con la figura de Aila, que avanzaba con felina seguridad. Sus miradas se cruzaron, y Daimh sintió en ese instante que era el blanco de la ira de la joven, que le lanzó un dardo verde tan fugaz como un destello. Tan pronto reconoció el enfado en Aila, el odio en su mirada se esfumó para mostrar frialdad, dejando a Daimh con la sensación de estar haciendo algo mal. Cuando sus ojos se

entrecerraron desafiando a la joven a mencionarle la maldita visión, Aila apartó la mirada y pasó por su lado con indiferencia.

Daimh habría deseado que Aila le hubiera montado un número delante de todos antes que saborear la sensación de haberla herido. Esa mujer tenía la habilidad de atormentarlo, llegando a límites insospechados. Gracias a Lynnet, las horas que siguieron lograron borrarle momentáneamente los rasgados ojos verdes y los deliciosos besos de Aila.

Solo momentáneamente, pues al dormir soñó con ella.

# 11

Como de costumbre, Aila fue al encuentro de la luz del amanecer después de tan intensa noche. Sacando su lado práctico, se dijo que Daimh no tardaría en darse cuenta de que estaban destinados a amarse. Ella había detectado la atracción que entre ellos existía. Sus labios se lo habían hecho ver. Así pues, olvidó el tema y se centró en su misión. Rebuscó entre sus cosas en busca del cinturón que solía utilizar cuando comenzaba una larga jornada haciendo trabajos mágicos. Su abuela había mandado confeccionar para ella un cinturón de piel de cerdo, con grabados celtas que rodeaban a varias piedras con alto poder mágico. Colocadas formando un rombo, se podía observar en la parte superior una melanita, cuya oscuridad poseía el poder para la adivinación y la conexión con la sabiduría femenina. En la parte inferior, una crisocola, que aportaba facilidad para la meditación y las relaciones conflictivas con los demás. Aila acarició la superficie turquesa pensando en lo que le depararía el siguiente día. A la izquierda, un pulido jaspe rojo la protegería y le aportaría energía y fortaleza. A la derecha del rombo quedaba la epidota, cuyos tonos verdes su abuela le decía que le recordaban a sus ojos. Esta piedra ampliaba su percepción psíquica y reducía el estrés y el trauma.

Con semejante compañía energética se deslizó por los pasillos, cruzó los dos patios y convenció a un soldado para que la dejara salir de la fortaleza. Sus pasos ligeros descendían la pendiente, deseosos de llegar al refugio que le ofrecería el bosque. Sus pulmones se hincharon para respirar en libertad cuando se internó en él. Tiempo después, cuando los primeros rayos de luz mostraban la penumbra del nuevo día, Aila cruzó la línea del final de la arboleda topándose con varias figuras que comenzaban su trabajo de labranza. Todos la saludaron corteses mientras la joven recorría el camino de vuelta. Sonrió al comprobar cómo el soldado que le había permitido salir lanzaba un suspiro de alivio al saber que estaba de vuelta. El hombre no quería ser el responsable de haber permitido que algo malo le sucediera a la excéntrica invitada del laird.

Cuando entró en el salón se dio cuenta de que todo volvía a estar como el día anterior. Las dos mesas habían desaparecido dejando la mesa principal rodeada por sillas, destacando la del laird sobre las demás. Aila tuvo que cuadrar los hombros para dar los buenos días a los que se sentaban en la mesa al sentirse envuelta por el enrarecido ambiente. Lorna la saludó desde un extremo y le señaló un asiento a su vera para que tomara el desayuno. Alistair, en el centro de la mesa, hizo un ademán con la cabeza mientras escuchaba a Cormag, sentado a su izquierda, enumerarle las tareas para el día. Daimh se encontraba en el lado contrario al de Aila y Lorna. El guerrero masticaba pan de centeno y recorría a Aila con la mirada, una mirada fría, cargada de furia mal contenida. Estaba convencido de que la hechicera había hecho oídos sordos a su prohibición. La joven enarcó una ceja, inmune a su ceño fruncido y su expresión feroz.

—¿De dónde vienes? —le preguntó sin miramientos, mostrando su mal humor.

—¿Con quién dormiste anoche? —respondió Aila realizando otra pregunta incómoda.

El silencio cayó a plomo sobre todos, mientras los dos se medían con la mirada lanzándose todo tipo de recriminaciones. La carcajada de Cormag rompió la tensión que se palpaba ante la osada pregunta de la joven. Ninguno contestó, ya que conocían la respuesta del otro. Él le había prohibido salir del castillo; ella no iba a obedecer a alguien que había dejado claro que no le importaban sus sentimientos.

Daimh se levantó con violencia y se despidió mascullando por lo bajo. Aila sonrió con dulzura como si no hubiera ocurrido nada extraño y comenzó a solicitar a Lorna lo necesario para empezar con la limpieza energética del castillo. Alistair analizó la situación un tanto sorprendido por la actitud de su sobrino. La noche anterior había pensado que Aila, como tantas jóvenes, se había quedado prendada de Daimh. Lo que nunca imaginó fue que Daimh se presentara como defensor de la joven, y, lo que aún era más desconcertante, con derechos sobre ella. Los ojos de Aila se cruzaron con los suyos y sonrieron.

—¡Oh, vaya! —exclamó Aila divertida—. ¿Ya os ha visto la castellana? Me veo en la obligación de deciros que os rejuvenece estar sin barba.

—No, aún no me ha visto —respondió con cierto azoramiento, volviendo a indicarle a Cormag con un ademán que continuara poniéndole al día.

—Recordad buscar un hueco para conversar con vuestra esposa —le recordó Aila llevándose unas uvas a la boca mientras seguía la conversación de los hombres con atención.

Tanto tío como sobrino la miraron como si una niña hubiera dicho algo gracioso propio de su edad y continuaron sin prestarle mayor atención. Aila irguió su espalda, molesta, y frunció el ceño.

—Mi querida niña —le respondió Lorna con dulzura tomándola de la mano para que dejara de taladrar con la mirada al laird—. Los hombres saben cuánto tiempo le dedican a cada cosa. No es bueno dar a entender que el laird descuida a su esposa. No está bien visto que las mujeres se entrometan en asuntos de hombres, y menos aún en los de un laird.

—Entiendo. —Aila volvía a toparse con la barrera de las costumbres absurdas. Alzando la voz, preguntó—: ¿Ni tan siquiera cuando el esposo lleva ignorando a su mujer más de dos años? ¿Cuánto tiempo hay que esperar para hacérselo notar?

—Está bien, Aila —le respondió Alistair con brusquedad dándose por aludido—, en cuanto acabe Cormag, tú y yo tendremos una conversación seria sobre tu puesto en este clan.

El tono que utilizó hubiera echado a temblar a cualquiera. Cormag la miró con lástima, pues su tío no iba a tolerar la insolencia que había mostrado desde que llegó. Se alegró al menos de estar lejos cuando le diera su merecido. En cambio, Aila no percibió amenaza alguna, y le guiñó un ojo a Lorna, satisfecha, mientras buscaba algo más que llevarse a la boca. Lorna meneó la cabeza al contemplar la inocencia en Aila.

Cuando Alistair hubo dispensado tanto a madre como a sobrino, le ordenó que se acercara. La observó con la resignación reflejada en su cara, pues de dos cosas estaba convencido: la primera, que sabía que llevaba razón; la segunda, que existían las hadas y que la muchacha había sido criada por ellas. No había otra explicación para su extraña conducta.

Acordaron que era necesario quitarle el poder al sacerdote como consejero y lograr que se crearan ciertos lazos de confianza y seguridad entre la pareja. Aila tuvo que lidiar con la tozudez del laird cuando le sugirió que confesara alguna preocupación a su mujer sobre su función como jefe del clan. Por supuesto, el orgullo del laird fue de nuevo herido al sugerir que podía tener problemas con el manejo del clan. Lo convenció diciendo que, si le hacía ver que su opinión iba a ser considerada, lograría que a su vez ella compartiera sus dudas y temores. Otro punto que tuvieron que discutir trataba los encuentros íntimos. Él no creía necesario interrumpirlos cuando el fin que perseguía era procrear. Ella no solo le recordó que la había calificado de fría, sino que le explicó que debía construir una pequeña amistad para que se ofreciera a él sin dudas, temores o aversión. Le advirtió de que era fundamental que ambos se encontraran en armonía para lograr concebir. Tras terminar de hablar sobre los aspectos que debía trabajar Alistair, Aila sacó un papel. Le solicitó los ingredientes que había apuntado en la lista de cosas que le gustaría que le trajeran los barcos que poseía el clan tras su viaje a Aberdeen. Alistair aceptó y la despidió.

Horas más tarde, mientras terminaba de vaciar sus alforjas y ordenar sus pertenencias en la estancia del torreón, tocaron a la puerta. Lorna le comunicó que todo estaba listo para comenzar. Esa mañana había seleccionado el vestido verde de cuello cuadrado y se había recogido la lacia melena en la coronilla dejando que los rizos de su frente camparan a sus anchas.

Aila había solicitado, entre otras cosas, ayuda de las mujeres de confianza de Lorna para limpiar el ambiente viciado y tóxico en el que vivían. Tomó lo que ella había preparado para las tareas y acompañó a Lorna al salón. Allí se encontró con un grupo de mujeres que la esperaban impacientes. La viuda que ejercía el papel de castellana fue presentándolas una a una.

Sheena era la cocinera del castillo. Una robusta mujer de gran tamaño, pechos generosos, pecas y pelo oscuro ensortijado. Su hija Aunia la ayudaba en las tareas de la cocina; era la viva imagen de su madre, pero con la juventud de los veinte años. Reconoció a Kenza, la joven pelirroja que se había presentado la noche anterior, y admiró con la luz del día su belleza. Junto a ella se encontraba Sloene, otra sirvienta, una joven de mediana estatura, pelo oscuro y mirada asustadiza. En último lugar volvió su mirada hacia la sanadora Muriel, con la que había entablado conversación durante la cena y había asistido a Meribeth en el aborto.

—Gracias por ayudarme en esta tarea —comenzó a decir Aila—. He solicitado tu ayuda, pues el castillo está cargado de negatividad y malos espíritus. He visitado vuestro bosque, y debéis estar agradecidas a la Dama Verde por otorgaros tan variada naturaleza. Allí pude recolectar varias hierbas necesarias, y las que no he podido encontrar las aportaré de mis reservas. Sheena, por favor, necesito realizar una infusión con hisopo; he calculado

que serán necesarias unas diez tazas. Vierte dos cucharadas por cada taza. Cuando la mezcla haya reposado unos instantes, la echarás en los cubos del agua con la que fregaremos el suelo de todo el castillo. Sloene, no temas —intentó tranquilizar a la muchacha, que pedía ayuda a su Dios—, nada de lo que hago perjudica a nadie. Esta hierba es protectora y evita la entrada de energías negativas que vician este condenado castillo. La sal también nos ayudará a combatir la negatividad. Con los sacos de sal que he pedido deberemos echar un puñado en las esquinas y a lo largo de la puerta de entrada. Necesitamos concentrar toda la ayuda que la naturaleza nos ofrece para equilibrar las energías. He traído conmigo Agua de Marte, que aportará protección, para salpicar las ventanas y puertas. Es un agua muy poderosa para las limpiezas espirituales. Por último, durante los siete días que vendrán, fumigaremos todas las estancias con una infusión de hojas de abedul y menta.

—No en todas —replicó una voz desde lo alto de la escalera. Meribeth descendía con la misma elegancia que una reina—. La herejía no entrará en mi dormitorio. Si mi esposo os ha permitido realizar vuestros encantamientos en el castillo no puedo negarme. En cambio, en mi dormitorio no aceptaré la presencia de nada ni nadie.

Aila intentó captar los verdaderos sentimientos de la mujer, pero la poderosa aura oscura del padre Henry se lo impidió. El hombre mostraba todo el apoyo a su señora obsequiándole miradas recriminatorias. Aila ocultó su mal genio, pues la personalidad tan débil de la castellana podía rechazarla. Ya había ideado la forma de acercarse a ella. Como siempre, debía tener paciencia y confiar en que el jefe realizara el primer movimiento.

—Has traído el pecado a esta noble casa, jovencita —le espetó la voz siniestra del sacerdote, de mirada oscura y aura tenebrosa—. Anoche fuimos testigos de tu mala conducta. Eres un alma perdida que no sabe nada sobre el papel que debes desempeñar entre los hombres. Los designios de Dios no pueden ser ignorados, tu castigo te espera si no haces nada para no sufrir en las llamas del infierno.

—No le temo al fuego —contestó Aila—, no le temo a su Dios, pues solo existe en la mente de los hombres. Su fe sigue las palabras de un mortal. En cambio, yo traigo conmigo la sabiduría heredada de los ancestros, su poder y su verdad.

—¡No niegues el nombre de Dios, niña temeraria! —exclamó el padre Henry tomando del brazo a la escandalizada Meribeth—. Vamos, mi señora, aquí solo la contagiarán del pecado, como el vicio, la lujuria y la vanidad. El Señor se encargará de mostrarle el bien y el mal a esta pobre mujer.

Impidiendo que Aila replicara, la extraña pareja se alejó, tomando rumbo a la capilla situada en el exterior. Todas observaron la mirada especulativa de la hechicera, que no perdía detalle de las ricas telas que ambos lucían.

—¡Qué bonitos son los vestidos de la señora! —exclamó Aila volviéndose hacia ellas con una amplia sonrisa—. Cosa curiosa que me acusen de vanidad, cuando lucen tan estupendos ropajes, ¿no creéis?

Muriel escondió una carcajada ante la respuesta de la joven. Llevaba mucho tiempo apartada de todos por defender el poder de las plantas y adorar a varios dioses. La sanadora se alegró al saber que había llegado alguien para llevarles algo de cordura a todos. Los rostros de las demás expresaron su animadversión hacia los forasteros, pues tanto Meribeth

como el padre Henry no habían logrado ser del todo aceptados en el clan. Ninguna de ellas pronunció palabra, acostumbradas como estaban a obedecer y no opinar sobre el gobierno del mundo: habían sido educadas con la nueva religión sin dejar de creer en la vieja. Aila creyó que esa mezcla de creencias la ayudaría a llevar a cabo su misión. Lo que sucedió a continuación jamás lo hubiera esperado. Kenza dio varios codazos a Muriel hasta que la mujer de más edad se lanzó a hablar.

—Aila, llevo tiempo enseñando a Kenza a conocer plantas y remedios, así como a asistir partos —comenzó a explicar la regordeta mujer—. Creo que sería bueno para ella aprender de ti. Si no te importa.

—¡Pues claro que no! —contestó con entusiasmo—. Estaré encantada de enseñarte todo lo que deseas, Kenza. Creí que me enfrentaría a una multitud de Meribeths. —Todas sonrieron ante sus palabras—. Me alegra saber que aún permanecen vivas las antiguas creencias, aunque sean ocultadas al resto.

Con una nueva ayudante y varias mujeres con ganas de colaborar, comenzaron con las tareas.

Aila trabajó con las mujeres codo con codo, además de preparar varios trabajos para expulsar los malos espíritus que habitaban aquel lugar. Comprendió que su fuerza se vería mermada mientras Meribeth no le permitiera limpiar sus aposentos y continuara llevando con ella al ser tan oscuro del padre Henry. Por ello, decidió realizar un círculo protector que canalizara las energías positivas hacia el interior creando un flujo de entrada y salida. El bosque le había ofrecido ramas de espino blanco. Contenta por la ofrenda del árbol de las *faes*, comenzó a colgar las pequeñas ramas que repelían a los espíritus malignos en distintos lugares del castillo.

Acompañada de su horca salió al exterior. Se acercaba la hora de comer, y Sheena andaba metida en la cocina dando órdenes a las sirvientas. En el pozo situado a pocos metros de la entrada, se topó con la figura de la amante de Daimh. Aila se acercó a ella con intención de aclarar la situación.

—Hola —la saludó, intentando no ser arisca y mostrándose lo más cercana posible.

—Hola —le respondió la joven tras volverse mientras sacaba un cubo con agua del pozo—. ¿Necesitáis más agua para fregar los suelos? —preguntó solícita.

—No, solo me he acercado para conocerte. —Aila se sentó en el muro circular del pozo colocándose de frente a Lynnet mientras la trataba con confianza.

La joven le sonrió. Observó las bellas facciones, el brillo de su tez blanca y la rubia cascada de rizos que caía sobre su espalda. Aila entendió por qué Daimh la prefería antes que a ella. «En su misma situación yo no me elegiría a mí», aceptó para sí.

—Mi nombre es Lynnet. —La joven se presentó tuteándola a su vez—. Y tú eres Aila. Todos hablan de ti y de tus poderes. Espero que consigas que la señora cambie.

—No solo estoy aquí por ella —le comentó Aila, queriendo ser sincera—; también he venido por Daimh.

—¡Oh! —La joven endureció las facciones, la recorrió de arriba abajo y le lanzó una sonrisa despectiva—. ¿Y qué piensas hacer con él?

—Nos casaremos y me llevará lejos de aquí —le respondió, resignada a su sino, aceptando la reacción de la joven como normal.

La hechicera pensó que nada podía hacer ella si al final iban a terminar juntos.

—¿Eso te ha dicho? —preguntó Lynnet cruzándose de brazos, molesta por la actitud de la bruja.

—No. Se lo he dicho yo —le contestó Aila inspirando hondo para encontrar una explicación sencilla para la joven, que parecía dura de entender, pues había lanzado una carcajada ante su respuesta. De nuevo volvía a percibir que la miraban como si viniera de otro mundo—. A ver, Lynnet, los dioses así lo quieren. Tuve una visión, y el fantasma de mi abuela también lo vaticinó. Creí que era necesario avisarte con tiempo, antes de que te hicieras ilusiones.

—¡Estás loca! —exclamó Lynnet entre alarmada y asustada por las palabras de Aila.

—Cree lo que quieras, sé que por aquí es importante el virgo —le comentó, haciéndole entender que era por su bien—. ¡Yo no le veo relevancia alguna, la verdad! Supongo que es algo que hace tiempo entregaste, y no te critico por ello, pero quiero que entiendas que tus esfuerzos para casarte con Daimh serán inútiles y que no me gustaría que sufrieras.

—No sé por qué demonios crees que Daimh va a casarse contigo al escuchar tus tonterías o las de tu abuela. Lo más seguro es que consigas que salga corriendo. No sabes cómo piensa, no tienes ni idea de cómo es Daimh. Yo sí, Aila, y espero que no impidas que él me tome por esposa.

—No lo hará, Lynnet, escucha lo que te estoy diciendo —replicó Aila, cansada de la cabezonería de la joven. Los dioses lo querían, qué más daba lo que ellas desearan, intentó expresarle con su encogimiento de hombros—. Yo no oí hablar de ti hasta que te vi anoche. Él no te mencionó en todo el viaje, ninguno de sus compañeros lo hizo. Cuanto antes lo asumas, antes podrás seguir tu camino. Si quieres, puedo hablar con los dioses para que me ayuden a guiarte.

—¡Aléjate, bruja! —Lynnet cogió el cubo evitando mirar a la cara a la joven hechicera, pues comenzaba a tenerle miedo.

Antes de que la sirvienta pudiera darse la vuelta, Aila la tomó de la muñeca, consciente de que no lo había hecho bien y que la joven no había entendido nada. Aila se preguntó con cierto cansancio por qué todo el mundo parecía hablar un idioma distinto al suyo. Creía hablar con claridad. Antes de encontrar una respuesta, el contacto con la joven le habló de Lynnet. El mensaje escapó de sus labios. Lynnet intentó zafarse, pero algo en la mirada de Aila la detuvo. Sus preciosos ojos celestes se agrandaron cuando percibieron que la joven se había alejado de ella sin necesidad de soltar su mano.

—Naciste en la costa, los dioses te dotaron de belleza, pero tu padre logró vaciar tu interior —barbotó Aila—. Para él fuiste una imagen vacía, nunca recayó en tu alma. Se aprovechó de tu juventud y energía para nutrirse. Cuanto más infeliz eras, mejor se sentía. Él te deseaba, y la oscuridad lo dominó. Tu madre te salvó de él, pero no pudo salvarte de ti misma. Si buscas amor, no des tu físico a cambio; si buscas respeto, no te ofrezcas sin

condiciones; si buscas la felicidad, solo la hallarás cuando tú seas feliz. No eres una mujer bella, eres mucho más que eso. No dejes que apaguen tu luz.

Lynnet se encontró con las mejillas empapadas en lágrimas mientras observaba cómo los ojos de Aila volvían al color verde después de convertirse en oro líquido. Se soltó con fuerza y corrió al interior de la cocina. Aila sintió lástima por ella. Recordó que debía continuar con su trabajo y entró de nuevo al castillo. Una vez hubo purificado las estancias donde trabajaría y dormiría, colocó ramitas de hinojo colgadas de las puertas para evitar que los espíritus que aún rondaban el castillo no entraran en su refugio personal. El hinojo lograba paralizar el paso de estos creando una fuerte barrera.

Una vez más, Aila se olvidó del paso del tiempo, sumida en los remedios que comenzó a preparar en el torreón.

## 12

Alguien tocó a la puerta. Aila respondió tras volver a la realidad. Kenza atravesó el umbral portando una bandeja con comida.

—¡Oh! ¡Cielos! —exclamó Aila, pues se había dado cuenta de que no había bajado a almorzar—. Seguro que te envía Lorna. Agradécele de mi parte que se haya tomado tantas molestias.

—No me envía Lorna. —Kenza le contestó risueña y con una sonrisa pícaro—. Me envía Daimh.

—¡Me cuesta creerlo! —bufó Aila, sorprendida por el detalle del guerrero.

—Sí, las palabras que pronunció no fueron muy amables, pero terminó ordenándome que te subiera algo de comer. —Kenza no quiso continuar hablando de Daimh, pues algo que hervía en un caldero de la chimenea le llamó la atención—. ¿Qué es eso?

—Estoy preparando una ayudita para alguien —le contestó, misteriosa, sin querer desvelar el padecimiento de Irvyng.

Kenza la acompañó durante un buen rato. Mientras Aila comía, ella se paseaba por la estancia preguntándole qué era cada cosa y para qué la usaba. Aila observó en ella una habilidad especial para detectar propiedades en las hierbas. Enseguida conectaron y dejaron pasar el tiempo mientras Aila comenzaba a instruirla.

La primavera empezaba a ofrecerles días más soleados, por lo que Daimh andaba solo con la falda, el morral y el torso desnudo tras haber hecho ejercicio. Daimh se dio cuenta de que Aila no había bajado a comer, y a punto estuvo de ladrar al creer que la joven había vuelto al bosque habiéndoselo prohibido con vehemencia. Se dijo que debía hablar seriamente con los soldados que montaban guardia. Tras un largo día de entrenamiento subió al camino de ronda cercano a la barbacana en el muro externo. Cuando se encontró con los soldados, les ordenó que a partir de ese día no dejaran salir de la fortaleza a Aila sin su consentimiento. Les advirtió que la hechicera solía adentrarse en el bosque al alba y antes del atardecer.

—¿Entonces es cierto eso que dicen? —preguntó el más joven.

—¿Qué dicen? —preguntó con voz tensa.

—Que la tomaréis como esposa porque ella así lo vaticinó. —Que especularan sobre él y Aila desató la furia en Daimh.

—¡No pienso casarme en la vida! —rugió—. ¡Y dejaos de andar con habladurías! ¡Parecéis viejas aburridas!

Los soldados se molestaron ante tal arranque de mal humor, pero algo a su espalda les había llamado la atención. Lynnet se encontraba tras él con los ojos azules agrandados por la sorpresa. Se acercó a la joven, la tomó del brazo y la apartó de los soldados, fulminándolos con la mirada.

—Daimh, Aila ha venido a hablar conmigo —le confesó la joven.

—¿Y qué te ha dicho? —preguntó con violencia; estaba harto de escuchar hablar de Aila—. Juro que la mataré, juro por lo más sagrado que antes de que termine la semana acabaré con ella. —Comenzó a pasearse como un oso enjaulado, y terminó por estampar su puño contra la piedra de la muralla.

Había encontrado a una joven que lo satisfacía en la cama y le permitía continuar con su vida solitaria de guerrero. Ahora parecía que Aila se estaba esforzando por lograr sacarlo de quicio llegando a meterse en su vida íntima. Su mal genio asustó a Lynnet, pero su curiosidad pudo más que el desconcierto por la reacción del guerrero.

—Me ha dicho que os casaréis y os iréis —continuó relatando la joven—. Me aconsejó que dejara de perseguirte, porque no has considerado tomarme por esposa.

—Lynnet, no pienso casarme con esa bruja —le contestó Daimh apretando la mandíbula al ver cómo su vida comenzaba a desestabilizarse por culpa de la condenada hechicera.

—Eso le dije, que era ridículo que te casaras porque su abuela y no sé quién o qué más se lo habían dicho. —Daimh tuvo que mirar al cielo en busca de autocontrol para no salir corriendo en busca de Aila—. Pero también habló de mí, de mi vida y de lo que debía hacer. Daimh, sus ojos se transformaron, se volvieron amarillos. Me asustó muchísimo. No me gusta esa mujer.

—No te preocupes. —Daimh se volvió hacia la joven y la abrazó. Lynnet aprovechó para acurrucarse, pues eran pocas las ocasiones que podía encontrarse entre sus brazos—. Aila es distinta, es medio hada, medio mujer, vive entre dos mundos, pero tiene buen corazón.

—Daimh, no me gusta. —Lynnet levantó su bello rostro y clavó su mirada en la de él—. Es una hechicera, es capaz de realizar algún embrujo para que te enamores de ella. Si ella así lo quiere, no dudará en utilizar su poder para atraparte. Ten cuidado, Daimh.

Aquellas palabras paralizaron por un momento al guerrero. ¡Y un cuerno que Aila iba a utilizar sus conjuros para atarlo! De eso se iba a encargar él. Tomó de los hombros a Lynnet para apartarla de su camino: estaba decidido a acabar con tanta estupidez. Ya le daba igual si dañaba los sentimientos de Aila. No iba a permitir que dominara su vida por una absurda visión. Lynnet se asomó para ver cómo descendía por las escaleras. Cuando estuvo a su altura, aprovechó para preguntarle:

—Cuando dijiste a los soldados que no ibas a casarte en la vida no era cierto, ¿verdad?

Daimh lanzó un rugido cuyo eco tardó en desaparecer. Se juró que ya no iba a hablar con ella, sino que directamente la colgaría. Lynnet, desconcertada, no supo si tomar esa respuesta como una afirmación o no.

Aila se encontraba sola cuando los porrazos en la puerta hicieron que su corazón diera un brinco. Daimh entró hecho una furia en el torreón. Se detuvo a dos pasos de la entrada, cerrando con un portazo atronador. El guerrero se topó con la imagen de Aila, con el pelo recogido en un desaliñado moño en la coronilla y sus rubicundos rizos enmarcándole la cara. Tenía las manos en alto, sosteniendo una pequeña cuerda. Sus ojos rasgados lo recorrieron de arriba abajo. Daimh percibió cambios en la estancia, cambios realizados más allá de los muebles y objetos de Aila. Le resultó más luminosa, la luz de atardecer le otorgaba calidez, y uno parecía sentirse más relajado allí, respirando los distintos olores de las plantas y hierbas con las que trabajaba.

Pero Daimh iba a necesitar algo más que una dulce sensación y la visión de un rostro atractivo para calmar su furia.

—Hola, Daimh —lo saludó Aila con voz suave, ignorando por completo la furia mal contenida del guerrero—. Ya que estás aquí, ¿te importaría ayudarme a hacer llegar esta cuerda al otro lado?

—¿¡Para qué has tenido que hablar con Lynnet!? —preguntó apretando la mandíbula y vertiendo su ira a través de su mirada.

—Para ayudarla —le contestó con cansancio.

Estaba completamente agotada del esfuerzo psíquico y físico realizado durante el día. No tenía ganas de discutir con Daimh sobre lo mismo. Apoyó una cadera sobre una mesa de trabajo y suspiró a la espera de la reacción del guerrero.

—¿Ayudarla a qué?! —preguntó con brusquedad—. Deja de meterte en mi vida, Aila, o te juro que saldrás volando por la ventana. ¡Ya está bien de decir tonterías e inventar historias!

Su enfado no parecía tener límites, pues la calma con la que ella le hablaba y la pasividad con la que recibía sus amenazas lograban enfurecerlo más aún. Aila se masajeó la nuca descubierta y colocó una mano en su cadera. Tras unos segundos, Aila se recordó que debía dejar de observar aquel rostro tan fiero que le aligeraba el corazón y el torso desnudo, pues lograba que su pulso se acelerara. Tomando aire, se centró en lidiar con la lógica oxidada del guerrero.

—Daimh, dime la verdad. ¿Habías pensado en algún momento casarte con Lynnet?

—No, demonios, ya te dije que no pretendo casarme con nadie —contestó tras dudar unos segundos.

—Pues Lynnet sí lo espera —le respondió Aila—. Eres una persona muy ruin si te enfadas porque he intentado ayudar a una muchacha que pierde el tiempo contigo.

—No lo has hecho por ella —le recriminó Daimh dando un paso hacia la hechicera. En su mirada azul llameaba el desprecio—; lo has hecho por ti, porque sigues empeñada en

casarte conmigo, porque sigues creyendo que tú y yo tenemos un futuro en común. ¡Y ya está bien! Es hora de que lo entiendas ¡No va a pasar!

—Daimh, ven, acércate —le ordenó Aila.

—No me des órdenes. —La brusquedad con la que le habló hizo que Aila apretara el mentón y fuera ella quien se acercara a él.

Tuvo que levantar la cabeza cuando se plantó a pocos centímetros de él, acogida por su calor. Sus ojos rasgados ahondaron en los suyos. Daimh se perdió en las profundidades verdes de Aila.

—Dime, mirándome a la cara, que esto que sentimos no es cierto —lo desafió.

—Aila, no intentes...

Su protesta quedó suspendida en el aire al notar cómo las pequeñas manos de la joven lo tomaban del cuello, se ponía de puntillas y buscaba su boca. Las barreras alzadas con furia fueron derribadas por los tiernos labios de Aila. Su contacto ablandó su entereza logrando que sus manos le rodearan la cintura para acercarla a él. El beso se profundizó con una sensual danza. Sus respiraciones mostraban la excitación que iba dominándolos por momentos. Daimh agarró con fuerza los glúteos de Aila para aproximarla a su dureza, escondida bajo el kilt. La pasión arrolladora que el beso les provocaba no les hizo darse cuenta de que los pasos de Aila retrocedían por la fuerza que Daimh hacía por abordarla. Sin ningún tipo de miramientos y sin separar los labios que los mantenían subidos en la ola de pasión, Daimh levantó a la joven para sentarla en una de las mesas. Sus manos comenzaron a acariciar las piernas de Aila, mientras esta respondía moviendo las caderas contra él en busca de alivio. Daimh tomó el rostro de Aila entre sus manos mientras ella le rodeaba las caderas con sus piernas. Devoró el suave cuello de la joven, despertándole gemidos de placer.

Sin saber cómo, el sonido de la paloma mensajera que aún se hallaba en la estancia hizo que Aila se detuviera. Alzó una mano para frenar el avance enloquecido de Daimh. El guerrero aún reposaba sus manos sobre su cuello cuando sus miradas vidriosas se encontraron.

—Entre nosotros hay algo —la voz de Aila sonó grave y sensual—, algo sumamente poderoso que va en aumento. Si deseas engañar a Lynnet, hazlo, pero a mí no podrás negarme nada.

—Me provocas, Aila —contestó Daimh—; tienes la maldita manía de sacar lo peor de mí, y parece que te gusta verme así. No puedo casarme con alguien que logra enfurecerme en todo momento. Esto que sentimos, muchacha inexperta, es lujuria. Nada más que eso.

—Amor y odio, frío y calor, luz y oscuridad —comenzó a enumerar Aila—. El mundo consiste en encontrar el equilibrio. Nosotros no nos soportamos, pero nuestros cuerpos responden con rapidez ante el contacto —le expuso Aila—. No sé si la razón de nuestro matrimonio será la lujuria o el amor. No lo sé. Pero que hoy esté aquí, contigo, no es casualidad, Daimh. Estábamos destinados a encontrarnos —concluyó Aila, lamentando que no se diera cuenta de los intensos sentimientos que despertaba en ella.

Daimh le tomó el rostro y posó sus labios sobre la frente de ella, evitando observar el dolor que sus palabras producían en la muchacha.

—No entiendes nada del mundo real, pequeña hada perdida —le respondió—. No creo en la certeza de tu visión, eso es todo.

—Te recordaré estas palabras, Daimh —contestó Aila cerrando los ojos mientras intentaba no gritarle lo necio que era.

Daimh se separó, a duras penas, acariciando por última vez su suave piel e impregnándose del aroma a romero de su pelo. Aila mantuvo la cabeza gacha; sus manos agarraban el borde de la mesa y sus pies se balanceaban en el aire. Daimh se detuvo al observar la burbujeante mezcla que llenaba un caldero colgado en el fuego de la chimenea.

—Eso que cocinas... ¿no será para un hechizo? —preguntó inseguro.

—Tranquilo, no conozco remedio para la tozudez —le contestó Aila sin levantar la vista del suelo.

La puerta se cerró, esta vez con suavidad.

## 13

Aquella misma tarde Aila se preparó para salir a despedir el día en el bosque. La penumbra lograba que las formas se volvieran grises. Sin más ornamentos que su capa y la horca, llegó al portón de entrada. En aquella ocasión, el soldado que había recibido órdenes expresas de Daimh le impidió salir. Indignada, no desistió, y trató de negociar con el soldado.

—Imposible, tengo permiso del laird —mintió Aila.

—Las órdenes directas de Daimh son tomadas como las del laird —le contestó desconfiando de la muchacha—. Id dentro y aclarad el problema.

—No puedo. No tengo tiempo —le contestó, exasperada—. Si no me dejáis pasar, me obligaréis a hacer algo terrible. —Los ojos de Aila se entrecerraron al observar al soldado con atención—. Me obligaréis a haceros daño. —El soldado se mofó de su amenaza—. Realizaré un conjuro y os crearé impotencia de por vida.

Por fin logró que el soldado se planteara abrir el portón. Cuando una sonrisa comenzaba a dibujarse en el rostro de la hechicera, alguien la interrumpió.

—¡Deja de amenazar a los soldados con la impotencia! —La voz atronadora de Daimh sonó brutalmente brusca y desconcertantemente cercana—. Mi orden fue clara. Nada de salidas al amanecer ni al atardecer. Saldrás cuando pueda hacerlo el resto de habitantes del castillo.

—¡Daimh, déjame en paz! —Aila, tras sobreponerse de la sorpresa, se había girado y lo fulminaba con la mirada—. ¡Sabes que necesito salir!

—Si quieres despedir el día como tú dices, sube al camino de ronda que da al oeste. No pienso repetirte que no puedes salir sin permiso. —La respuesta de Daimh no daba opción a replica.

Después del encuentro que había tenido con él hacía unas horas, sus órdenes lograron sacarla de sus casillas. Sabía que Daimh se estaba cobrando su conversación con Lynnet. Y peor aún, fue consciente de que tenía todas las de perder. Ante la impotencia solo pudo hacer una cosa, lanzar un rugido cual fiera mientras desandaba el camino hacia el patio de armas.

—¡Abuela, ¿de verdad!? —increpó a la nada, descontrolada por la rabia—. ¿¡Tan segura estás de que me hará feliz!? ¡¿Él!? Cada día que pasa lo creo menos, ¡te lo juro!

Aila no se dio cuenta de que Daimh la seguía de cerca, con sus ojos clavados en su pequeña figura y una media sonrisa en los labios al escucharla exclamar fuera de sí. Cuando entró en el vestíbulo, casi sin aliento, Aila percibió a Daimh a sus espaldas.

—Cuando vuelva, no quiero enterarme de que has estado amenazando a los soldados, ¿me has entendido?

—¿Te vas?

Daimh frunció el ceño, molesto al comprobar el alivio en la muchacha tras escuchar hablar de su partida.

—Me voy a las fronteras del norte, pero no por mucho tiempo —le contestó con una amenaza encubierta. El semblante de Aila comenzó a formar una pregunta que él contestó antes de que lo hiciera ella—. Los Mackenzie han incendiado algunas cabañas; hemos notado un aumento en el número de ataques.

—¿No habían pactado la paz?

—Es Brian, mi hermanastro. Hay quien dice que el viejo está enfermo y que su hijo quiere seguir sus pasos, con más violencia, si cabe —le explicó mientras observaba cómo Aila rebuscaba en una de tantas bolsitas colgadas de su peculiar cinturón—. ¿Qué puñetas...?

—Toma, es corteza de roble. —Aila le entregó un trozo de corteza—. Te protegerá; llévala contigo, ahí en tu morral.

—No necesito tu magia.

Aila lo miró sin fuerzas.

—Me he dado cuenta de que aquí, cuando hablan de magia, hablan de algo malo —le respondió con pesar, mostrando vulnerabilidad mientras jugueteaba con el trozo de corteza—. ¿Magia es lo que hace que de una semilla pequeña y dura salga una planta que se convierte en un árbol que da frutos? ¿Magia es que el sol salga todos los días por el lado opuesto al que se marchó? ¿Magia es que del choque entre el pedernal y el eslabón prenda la hierba seca?

—No, eso no es magia —respondió Daimh, entendiendo el rumbo de los pensamientos de Aila.

—Pues lo mío tampoco lo es —contestó la joven alargando la mano y ofreciéndole el trozo de corteza de roble—. Ten cuidado, Daimh —le pidió Aila sin querer recordarle que si su padre estaba enfermo, quien debería ocupar su lugar era él y no su hermanastro.

Daimh tomó su ofrenda desconcertado, pues a pesar de la rudeza con la que solía tratarla, la joven parecía olvidarlo con facilidad y mostraba una sincera preocupación por él. Conmovido, guardó el objeto en su morral. Cuando quiso agradecerse, Aila había desaparecido.

En los días que sucedieron a la marcha de Daimh, Aila se centró en su labor con el laird y sus acercamientos a la castellana. Siguiendo su consejo, Alistair se obligaba a conversar con Meribeth una vez al día. Aila tenía que suavizar el mal humor del jefe del clan cuando la castellana no le hacía fácil la tarea. Además, con la ayuda de Lorna, Kenza y Muriel fue logrando adaptarse a la vida del clan. Aila consiguió permiso para salir al amanecer y al

atardecer por parte del laird. Le explicó que eran importantes esas horas, sobre todo la de la mañana, para recoger las plantas, raíces y hongos necesarios para restablecer sus reservas.

Muriel se ofreció a prestar su jardín y su cabaña, que colindaban con los campos de cultivo, para que Aila no solo cultivara plantas medicinales, sino para que atendiera a las personas de la aldea que necesitaran de sus servicios. No se hizo esperar la reacción de los seguidores del padre Henry ante la aceptación de las artes de Aila. Entre ellos se encontraba Ulla y su séquito de mujeres, que rechazaban la presencia de la joven hechicera y se hacían eco de los mensajes del sacerdote. La mujer, de mediana edad, delgada, con nariz aguileña y ojos de ratón, hacía correr toda sarta de rumores maliciosos sobre los remedios curativos de Aila y sus consejos.

La joven decidió no molestarse ante las malignas miradas que le lanzaba cada vez que se cruzaba en el camino de Ulla. La mujer era viuda desde hacía una década y habitaba en su cabaña sin compañía alguna, pues sus hijos vivían en la aldea del puerto, a unas millas del castillo. La soledad que rodeaba a la mujer fue llenada con las palabras del Señor traídas por el padre Henry. El sacerdote logró ocupar las horas de Ulla nombrándola sanadora y modelo a seguir en el clan. Aquel pequeño poder dentro de la comunidad otorgado por el padre Henry estaba siendo amenazado por Aila. La joven se ofreció a instruirla en las hierbas medicinales y conocimientos sobre la naturaleza femenina y la maternidad. Ulla le respondió escupiéndole todo tipo de improperios y mostrando a Aila la exhaustiva labor que el padre Henry había realizado en ella.

Por lo general, en las horas que pasaba en la cabaña de Muriel solía recibir las visitas de los aldeanos. Allí atendía toda clase de males ayudada por Kenza. La joven no solo se había convertido en su ayudante, sino también en su amiga. Durante las horas de la tarde se encontraba en el castillo, donde recibía la visita de sus habitantes, en su mayoría soldados. Mientras atendía las heridas y hematomas, resultado de las horas de entrenamientos, Aila preparaba ungüentos, aceites y brebajes que aliviarían los males de los habitantes del clan. Al amanecer muchas mujeres acompañaban a Aila al interior del bosque. Cada vez eran más las figuras que con discreción acudían a dar la bienvenida al sol mientras conectaban con la Madre Naturaleza. Todas volvían a sus labores con sus espíritus en armonía y sonrisas en los rostros que mostraban paz. La mayoría de aquellas mujeres ocultaban sus escapadas, quedándose al margen por temor a recibir palabras condenatorias por parte de los habitantes afines a la religión cristiana. Aila no preguntaba nombres, ni esperaba respuesta alguna por parte de las mujeres que la rodeaban para acompañarla mientras hablaba con la Dama Verde. Ella se conformaba con saber que la luz invadía con sutileza los hogares intoxicados por el sacerdote.

Nada de lo que ocurría se le escapaba al padre Henry, que enviaba al hermano Albert a traerle las novedades del día. La amenaza de Aila comenzó a enfurecer al sacerdote, lo que se traslucía en las palabras condenatorias que susurraba a la castellana. Esta, siempre presta a escuchar sus lecciones divinas, se dividía entre las dos corrientes. Por un lado, su marido comenzaba a tratarla con respeto, parecía interesarse por su opinión y lograba, poco a poco, que se encontrara cómoda en su presencia. Había agradecido que se afeitara la barba, y observaba con disimulo las duras facciones de su esposo. Ya no le parecían tan terroríficas: cada día que pasaba lo contemplaba con más detenimiento. Ya no rehuía su mirada, y esto le permitió descubrir cualidades antes desconocidas. Reconoció la bondad, el valor y la astucia en él. Cuando parecía que su ánimo cambiaba, el padre Henry le

recordaba que todos en aquel lugar estaban siendo hechizados por Aila. Y la terrible idea de estar siendo seducida por el diablo frenaba su cambio de opinión sobre su esposo y sobre la joven que parecía estar ayudándolos.

Durante la cena Aila observaba los avances del laird con Meribeth, y percibió que la castellana seguía siendo víctima del miedo y la desconfianza. Lorna le había informado de que en unos días el padre Henry debía viajar para realizar las visitas necesarias por las aldeas y clanes de alrededor. Le comentó que muchos esperaban para ser bautizados o deseaban recibir el santo sacramento del matrimonio. Al parecer, había escasez de hombres de Dios por aquellas tierras. Y Aila dio gracias por ello.

Una mañana aconsejó al jefe del clan que invitara a pasear a su esposa a caballo, lejos de las murallas del castillo de Creag, para intentar de esta manera que la naturaleza, a través del aire limpio, los tímidos rayos de sol y la fragancia de la vegetación, relajaran la tensión que existía entre ellos. KENZA andaba cavando en el jardín junto a Aila y Muriel cuando se topó con la imagen del jefe del clan y su esposa. Las llamó, divertida, resaltando la rigidez en la castellana. Aila tuvo que aceptar que Meribeth no accedía a realizar aquel paseo con buena disposición, pero recordó que la noche anterior había preparado un hechizo como ayuda. Sonrió al recordar cómo el laird se había escurrido por el castillo hasta llegar al torreón donde se encontraba su estancia para trabajar.

Pasaba la medianoche cuando Alistair se encontró con la joven. Tomó asiento frente a Aila, en una mesa que había sido colocada ante al fuego de la pequeña chimenea. Ella lo recibió con una sonrisa tranquilizadora.

Aila había preparado la mesa donde realizar el hechizo siguiendo las reglas básicas de la brujería. Dibujando mentalmente la Pisada de la Bruja, ordenó el lugar de trabajo colocando un cuenco con sal en el centro. A la izquierda de este, una vela esperaba ser encendida, y a su derecha dispuso varios cuencos con distintos ingredientes. Cuando Alistair golpeó con los nudillos la puerta, Aila ya había invocado a los Espíritus de la Naturaleza.

Con voz suave comenzó el ritual frente al laird. Tomó su *athame* y con su punta escribió sobre la cera de la vela, desde la mecha hacia dentro. Alistair leyó:

«Deseo el amor de Meribeth, mi esposa».

Levantó una ceja mostrando su desacuerdo. Aila se encogió de hombros luciendo una sonrisa pícaro.

—Al amor lo acompañan la fidelidad, la pasión y el respeto —le explicó—. ¿Por qué no pedir algo más que lujuria?

Un gruñido como aceptación fue lo único que recibió del jefe del clan. Aila le entregó la vela para que fuera él quien la encendiera.

—Alistair Mcleod, encended la vela que simboliza la sinceridad y fe eterna que poseéis en cuerpo, mente y alma —rezó Aila comenzando el ritual—. Encended la vela que se avivará para ayudaros a ganar el amor de Meribeth Mcleod, vuestra esposa.

Una vez la colocó sobre la mesa, le indicó que tomara del primer cuenco su contenido y lo vertiera en el que contenía la sal, situado en el centro. Alistair aceptaba las órdenes de la joven sentada frente a él. Esta llevaba el pelo suelto, que caía lacio a su

espalda, salvo por los rizos que rodeaban su rostro y que brillaban ante la luz de la vela. Su mirada transmitía serenidad y dulzura. El laird reparó en el extraño colgante que ocupaba el hueco entre el nacimiento de sus clavículas. Insertado en una cavidad de tosco metal, observó una piedra blanquecina casi transparente apenas pulida. Se trataba de cristal de cuarzo. Aila lo utilizaba para aumentar su poder, pues amplificaba las energías y aumentaba la capacidad mental reparando el aura. Alistair, embrujado por las fuerzas invisibles que lo rodeaban, continuó vertiendo las semillas que le había indicado.

—Son semillas de espino blanco. Favorecen el matrimonio, la fidelidad, la salud y las energías positivas —comenzó a explicarle Aila—. Ahora tomad el capullo de rosa que encontraréis en el siguiente cuenco; apretadlo entre vuestras dedos hasta que una gota de su jugo caiga sobre la sal. La rosa activa el amor, la juventud y la belleza: con ella intento alejar el dolor y la tristeza y ayudar a recobrar la alegría mediante el equilibrio —continuó explicando Aila antes de recitar—: Fuerza femenina, irradia aquí tu luz, implanta la semilla del amor dentro de los corazones de Alistair y Meribeth Mcleod, ayúdame en mi trabajo —solicitó Aila—. Es momento de tomar el cuenco con el cardamomo, que logra la atracción, el deseo sexual y el anhelo del otro —continuaba explicando Aila mientras observaba cómo el laird seguía sus instrucciones—. Aquí está el fuego del amor atrayéndoos mutuamente, llenándoos los corazones y cobrando fuerza diariamente. Así es. Hecho está.

Alistair se recostó en la silla nutriéndose de la paz que lo rodeaba. Cuando levantó su mirada hacia Aila, esta metía sus manos en el cuenco y mezclaba los ingredientes, murmurando algo por lo bajo. Una vez hubo terminado, le indicó que debía mantener la vela junto al cuenco toda la noche hasta que se consumiera. A primera hora de la mañana debía tomar agua y frotar su cuerpo con la sal aderezada del resto de ingredientes. Por último debía aclararse con el agua y dejar que su cuerpo se secara sin ayuda de tejidos.

Él así lo hizo.

Aila esperaba impaciente la vuelta de la castellana para comprobar los resultados del hechizo y los avances de Alistair la mañana que había salido a pasear con Meribeth. Por esa razón, Aila se había sentado junto a Lorna, que remendaba unas prendas frente al hogar. Allí las encontró Fenella, hija de uno de los ancianos del consejo del clan Mcleod. La mujer rondaba los treinta años, recogía su melena rojiza en la nuca y su mirada verde mostraba cierto titubeo. Llevaba del brazo a su padre, un hombre alto, de pelo y barba blancos que miraba a su alrededor observando el gran salón con desconcierto.

—Mi querida Fenella, pasad —los saludó Lorna—. ¿Cómo te encuentras, amigo Mervin?

El hombre correspondió al saludo sin contestar a la pregunta.

—Hoy no tiene un buen día —le respondió azorada Fenella. La mujer no dejaba de lanzar miradas a Aila—. Cada vez son más raros los buenos momentos.

—Esta es Aila, habrás escuchado hablar de ella. —Fenella asintió y saludó a la joven—. Aila, esta es Fenella. Su padre formó parte de nuestro consejo hasta que un buen día decidió dejarnos para ir a vivir a la aldea del puerto junto a su hija y su marido. Mervin Mcleod, os presento a Aila.

Mervin saludó con la cabeza y se mantuvo firme. Aila no pudo conectar con el aura del hombre, y supo que venían a buscar consejo. Fenella enrojeció ante la vergüenza que sintió por la actitud de su padre y se disculpó.

—No os preocupéis —le dijo Aila—. No es la primera vez que me topo con este mal.

—¡Gracias al cielo! —exclamó Fenella—. ¿Conocéis la cura?

—¿Podemos tomar asiento al otro lado, Lorna? —preguntó a su vez Aila, que quería observar al anciano con tranquilidad.

—Por supuesto, querida niña, sentaos en las sillas de la mesa al fondo —respondió Lorna—. Llamaré a Kenza para que os lleve algo de beber.

Y así, se encontraron los tres a solas en el gran salón. Cruzaron la estancia hasta sentarse en las sillas de madera. Padre e hija frente a Aila. Fenella comenzó a relatarle la historia de su padre. Su decisión de dejar el consejo la tomó varios años atrás al comprobar que comenzaba a desubicarse con frecuencia. Aunque poseía seis hermanos, ella era su única hija, por lo que lo acogió en su casa.

—En la aldea corrió el rumor de vuestra llegada. Todos hablan de vuestra habilidad para sanar —le comentó Fenella—. Por eso pensé que seríais nuestra última esperanza. Mi padre no siempre me reconoce, muchas veces habla de épocas pasadas y apenas recuerda dónde estuvo hace unos instantes. Parece que va a peor.

—Y lo seguirá haciendo, me temo —respondió Aila con sinceridad.

Aila tomó la mano del anciano, buscándolo, llamándolo, intentando lograr que regresara para conversar con él. Los ojos oscuros del hombre se posaron en el rostro de Aila; una chispa de reconocimiento se encendió en ellos.

—Buenas tardes, Mervin —le susurró Aila, formando una cariñosa sonrisa—. ¿Cómo ha ido el viaje? —le preguntó, sin referirse al trayecto que habían realizado hasta el castillo.

Fenella observó la reacción de su padre llevándose una mano a la boca para no interrumpir aquel momento.

—Duro, niña, duro y pesado —le contestó Mervin con su voz gastada por la edad.

El hombre volvió a recorrer con su mirada el gran salón, esta vez recordando cada objeto y cada momento vivido entre sus muros.

—¡Ah, el castillo de Creag! Esta vieja caja de piedras ha atesorado recuerdos durante siglos. Los míos y los de todos.

—Mervin, me gustaría ayudarte —le contestó Aila.

—Sé qué eres, niña. —Mervin la miró con ternura, logrando que Aila comenzara a notar cierto escozor en los ojos. Siempre le resultaba difícil guiar a personas en aquella situación; mantenerlo allí podía con sus fuerzas psíquicas—. Me has traído de vuelta porque solo tú podías rescatarme. Una mensajera de Elphame.

—Mervin, tu espíritu está perdido, cada vez te alejas más. —Aila continuó hablando mientras escuchaba cómo Fenella rompía a llorar—. No puedo rescatarte para siempre, su fuerza es mayor que la mía. Si continua así, logrará dejar este mundo sin salir totalmente de tu cuerpo. Comenzarás a olvidar el presente para vivir en el pasado. Tus ojos dejarán de mostrar lucidez para llegar a mirar sin ver. Ante ti comenzarán a desfilar momentos reales y ficticios. Hasta que un buen día tu voz no recuerde hablar, tus manos no recuerden el movimiento y tus piernas no sepan a dónde ir. Tu espíritu se alejará, dejando tras de sí la sombra de ti mismo. Eso es inevitable, pues tu hora de partir parece extenderse en el tiempo.

—Eso me temía. —El anciano suspiró con pesar.

—Pero puedo hacer una cosa, Mervin —le contestó Aila pestañeando mientras preparaba la despedida mirando a Fenella. Al levantar la vista, observó que tanto Lorna como Kenza se encontraban a su lado; les sonrió con sus ojos anegados de lágrimas—. Aquí está tu hija Fenella.

—¡Oh, Fenne! ¿Cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que te vi? —se lamentó Mervin—. La última vez que te vi de verdad, como ahora —aclaró el anciano abrazando a su hija—, porque sé que desde el día que me acogiste en tu casa no te has separado de mi lado. Te he echado de menos, a ti y a todos. —El llanto de Fenella se intensificó.

—Por favor, padre, por favor —le rogaba, sin saber qué.

—Fenne, mi niña querida —le dijo Mervin—. Antes de volver a perderme quiero que sepas que agradezco tu amor. Cuando definitivamente deje este mundo velaré por ti, como lo has estado haciendo tú por mí. Despideme de tus hermanos y de mis nietos. Diles que espero que sirvan al clan como lo hice yo y que continúen siendo leales, fieros y honorables Mcleod de Lewis.

—Se lo diré.

Aila observaba la escena luchando para mantener a Mervin entre ellos. Poco a poco su poder se fue debilitando. Sus lágrimas corrían por sus mejillas sin freno, sus ojos lloraban por un hombre cuyo corazón parecía no querer alejarse de los suyos, logrando que la mente abandonara el cuerpo donde latía.

—Mervin, Fenella —los llamó Aila colocándose de rodillas ante el anciano, que mantenía abrazada a su hija—, ha llegado el momento, mis fuerzas no lograrán retenerlo mucho más tiempo.

—¿Morirá ahora? —le preguntó con espanto Fenella.

—No, no de inmediato —le contestó Aila—. Lo que voy a hacer es que su espíritu entienda que ha llegado su momento, que debe romper los lazos que lo unen a la Tierra y partir en paz. El tiempo que tardará en realizarlo no lo sé.

Fenella asintió, comprendiendo. Sus manos intentaron frenar el torrente de lágrimas. Observó cómo Aila tomaba las manos de su padre, cómo sus ojos ahondaron en los del anciano y cómo el flujo de energía los aislaba a ambos. Lorna tomó por los hombros a Fenella consolándola, emocionada ella también con la despedida de Mervin. Kenza no le quitaba el ojo de encima a Aila, absorta en la escena y en lo que ocurría ante ella. Los

hombros del anciano comenzaron a sacudirse, el llanto en Mervin se hizo evidente en pocos segundos. El anciano guerrero lloraba como un niño. Así se mantuvo interminables minutos hasta que elevó sus ojos oscuros en el mismo momento en el que las emociones lo abandonaron. Tan solo la paz se apoderó de él, pues así su rostro lo decía.

Aila, exhausta por el esfuerzo mental y emocional, descansó el rostro sobre las rodillas del anciano, cuyo kilt secaba sus lágrimas. Todos los presentes se quedaron conmocionados. Minutos más tarde la realidad se impuso de nuevo. Lorna acompañó a Fenella y a Mervin al exterior para despedirlos. Kenza ayudó a Aila a sentarse de nuevo sobre la silla. La abrazó e intentó insuflarle fuerzas, pues percibió su agotamiento. Recordó la bandeja que había traído con agua fresca y le sirvió un poco. A Aila le tembló el pulso al beber.

Y así fue como Daimh la encontró en el salón. Con los ojos hinchados por el llanto, la tez pálida y el cuerpo sin energía. El grupo de soldados que entraron con él, entre ellos Irvyng, se sintieron incómodos. Daimh los hizo salir a todos. Irvyng fue el único que no obedeció. El guerrero rubicundo mostró sincera preocupación al acercarse.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Daimh con voz gélida, deseando encontrarse con aquel que había dejado a Aila en semejante estado.

—¡Oh! —exclamó Kenza al darse cuenta de la presencia de los soldados—. ¡No es nada! No os preocupéis. Es solo que no se encuentra muy bien.

Aila solo tenía fuerzas para respirar y mantener su organismo vivo. Cuando Daimh la tomó de la barbilla para que levantara el rostro hacia él, creyó que era una alucinación. Sus sentidos pronto le dijeron que Daimh e Irvyng estaban preocupados por ella. Eso le hizo sonreír débilmente para mostrarles que se encontraba bien y darles la bienvenida.

—Solo necesito descansar. —Kenza tradujo el balbuceo de Aila al intentar que sus labios logran articular dichas palabras.

Aila sintió cómo Daimh la tomaba en volandas; a su lado la voz de Kenza parecía explicarle lo sucedido, mientras notaba el calor del guerrero. Daimh se puso en movimiento, llevándola, según dedujo, a su dormitorio. Aila continuó escuchando a Kenza, que parecía andar mientras hablaba entre jadeos intentando ajustar su paso al de los guerreros. Sí, guerreros, en plural, pues Aila escuchó los gruñidos de Irvyng junto a ella.

Al segundo siguiente todo se volvió negro.

## 14

Cuando Aila despertó, sus ojos se abrieron desorientados, mirando alrededor achicándose al notar su dolorido cuerpo. Emitió un quejido. Su mente, un tanto aletargada, logró regenerar la realidad. Unos ruidos en la estancia donde se encontraba su zona de trabajo la alertaron de la presencia de alguien. Kenza apareció en el umbral portando una pequeña montaña de ropa doblada. Sonrió al comprobar que ya se había despertado.

—Buenos días, dormilona —la saludó, continuando con sus andares rápidos, sus ojos risueños y su rizado pelo cobrizo cayéndole a la espalda—. Todos nos preguntábamos cuándo ibas a despertar.

—Siento no haber avisado de que me podía ocurrir esto —se disculpó Aila saliendo de la cama—. ¿Qué guardas en esos arcones?

—¡Ay! —exclamó Kenza—. Tengo tantas novedades que contarte que no sé por dónde empezar.

Aila alzó una ceja interrogante mientras buscaba ropa que ponerse. Kenza se adelantaba a sus movimientos acercándole lo necesario.

—Puedo sola, Kenza, ya estoy mejor —le dijo Aila, un tanto molesta por tantas atenciones.

—Empezaré por ahí —respondió Kenza, que comenzó a estirar las mantas de la cama—. De ahora en adelante ya no serviré más en el castillo, me han nombrado tu sirvienta.

—No quiero sirvientas.

—Bueno, pues tu cuidadora, porque creo que así es como me ve Daimh —replicó Kenza, sonriendo al haber captado la atención de Aila—. Ni te imaginas cómo se puso al verte en tan mal estado. Cuando el laird volvió de su paseo con su esposa... Recuérdame que te hable de ella, porque la verdad es que...

—Kenza, detente y termina de contar una cosa para explicarme la siguiente. —Aila había terminado de peinarse el cabello y comenzaba a atarse los mechones delanteros en la parte posterior cuando intentó guiar los pensamientos de Kenza.

—Ay, sí, me centro. —Se sentó sobre la cama y continuó—: Daimh se enfadó al saber que el laird te había permitido salir y entrar cuando se te antojaba, pues había desautorizado una orden suya. Después exigió una escolta para cada una de tus salidas furtivas y ordenó que yo te sirviera, no solo como aprendiz, sino también como acompañante. Creo que Meribeth dijo algo como «doncella». Y ahora empiezo a contarte las novedades de nuestra castellana —continuó, sonriendo, pero se detuvo al comprobar

que Aila fruncía el ceño y no le prestaba atención—. ¿Qué es lo que te extraña, amiga? Como si no supieras que Daimh está prendado de ti...

Su comentario atrajo la atención de Aila y logró hacerla reír.

—Puedes reírte, amiga mía —le contestó con autosuficiencia Kenza—, pero yo creo en tu visión. Se hará realidad, estoy segura.

—Él no, y nunca ha mostrado interés en mí. Le molesto, le hago enfadar —contestó Aila suspirando con pesar.

—¿Y qué más razones necesitas? —Kenza sonrió con picardía—. Nadie había visto tan encolerizado a Daimh antes de tu llegada, lo que significa que le importas. De lo contrario, no hubiera salido en tu defensa y tampoco ordenaría a nadie que te siguiera allá a donde fueras.

—Visto de esa manera... —aceptó Aila sin convicción. La joven entendía que el interés en una persona empezaba por intentar ser agradable y no gritarle o taladrarla con la mirada ante cualquier comentario o supuesta ofensa—. ¿Qué más tenías que contarme?

—¡Ah, sí! —Kenza se carcajeó ampliamente, saboreando el chismorreó—. Todos hablan del cambio en lady Meribeth. Deberías haber estado en la cena. No solo pudimos ver cómo conversaba sonriendo, sino que pudimos escuchar su risa. En más de dos años que lleva con nosotros no habíamos podido ver sus dientes. El padre Henry quedó olvidado en su esquina mientras Meribeth prestaba atención, yo diría que divertida, a lo que fuera que le decía su esposo. Sloene, la encargada de servirles, nos comentó que se encontraba cerca cuando el laird le habló de sus soldados y sus hazañas a modo de presentación. Y la novedad no llega hasta ahí. Esta mañana he recibido la orden de comunicarte que lady Meribeth desea verte en cuanto despiertes.

—¿En serio? —Aila se había sentado al lado de Kenza, asombrada ante los resultados que por fin parecían observarse.

Cuando se enteró del interés de Meribeth en querer reunirse con ella, dio un salto y salió hacia su zona de trabajo sin tiempo que perder. Debía prepararse para acercarse a ella. Kenza la siguió. Aila detuvo su avance al toparse con varios bultos desordenados en la estancia.

—Esto era lo que me faltaba por contarte —respondió Kenza a su muda pregunta—. Ha llegado una carreta de la isla de Skye. El Mcleod de Harris que la ha traído dice que viene de parte de un tal Gilmer. Aquí tengo su carta. Creí que no te molestaría que empezara a ordenar tus cosas mientras dormías. Te he guardado en el arcón de tu dormitorio los vestidos que te envían. ¡Son preciosos!

—¡Gilmer! —exclamó Aila al recordar a su querido amigo. Comenzó a esquivar las alforjas rebuscando en el interior de alguna que otra—. Kenza, por favor, léeme en voz alta la carta mientras me preparo para ir a ver a Meribeth.

—Yo, esto... —Kenza se quedó desconcertada.

—Ay, lo siento, Kenza —se lamentó Aila—, no recordaba que no sabías leer. Espero que en el tiempo que pasemos juntas me permitas enseñarte a leer y a escribir.

—¿Lo harías? —preguntó esperanzada la joven pelirroja.

—Claro, ¿por qué no? —repuso Aila—. Mi abuela me llevaba a la aldea más cercana cuando era pequeña para que un maestro escribano me enseñara. Creo que es muy útil. Sobre todo para hacer listas, clasificaciones de hierbas y plantas, enviar mensajes... —enumeró Aila, deteniéndose ante una reflexión—. Una de las cosas que no entiendo de los cristianos es por qué todos creen en lo que un hombre dijo y lo puso por escrito pero solo unos pocos pueden leer—. Aila se encogió de hombros sin mostrar mayor interés por el tema, continuando con sus labores.

Se limpió el rostro vertiendo en el agua varias gotas de una solución hecha con estragón, cebollino, orégano y perejil. Esta mezcla, que solían traerla en barcos mercantes desde el Mediterráneo, generaba éxito y crecimiento espiritual. Buscó en una caja de madera donde guardaba sus piedras más codiciadas en colgantes o insertadas en cinturones. Se abrochó el cinturón con las cuatro piedras que le insuflarían valor y equilibrio y abrirían su mente para captar las energías. Además escondió bajo la manga de su mano izquierda una pulsera de cuero con una turmalina negra que absorbería la negatividad gracias a su gran poder y su superficie llena de ranuras. La caja llena de piedras poderosas había sido heredada por varias generaciones, y su variedad iba aumentando a medida que iban descubriendo nuevos minerales. La cerró con decisión. En cuanto estuvo lista, Kenza le indicó cómo poder llegar a los aposentos de Meribeth.

Aila aún no se había repuesto de las fuerzas que había utilizado para ayudar a Mervin, por lo que pidió a los dioses que le permitieran mantener a raya las energías negativas y tóxicas con las que se toparía en la estancia de Meribeth.

Una vez se sintió preparada, recorrió los largos pasillos del castillo y tocó en una puerta de madera. La voz de Meribeth la hizo entrar. Aspiró hondo, pues, como suponía, el ambiente estaba cargado de oscuras energías.

La sala donde se adentró tenía dos ventanales que miraban al mar. Estaba ricamente decorada por muebles labrados, tapices colgados de las paredes con personas de rodillas llorando mientras miraban al cielo y alfombras que cubrían el suelo de piedra y alejaban el frío. Sus pies pisaron con cuidado mientras se acercaba a la chimenea, en la que habían prendido un fuego. La castellana esperaba sentada con los pies reposando en un pequeño taburete forrado de tela que permitía calentar sus pies mientras los mantenía en alto. Aila tomó asiento en una silla de madera en cuya superficie estaba colocado un cojín que hacía el reposo más cómodo.

En aquella ocasión Meribeth no lucía tocado alguno. Su cabello había sido recogido en una elaborada trenza suelta a su espalda. Llevaba un vestido azul marino, con un sobreveste del mismo color con mangas acampanadas. Aila admiró la belleza que se escondía tras el miedo y la tristeza de la castellana. Su pelo castaño oscuro era abundante; su frente despejada dejaba al descubierto unos ojos almendrados color caoba y una piel que no hablaba de muchas primaveras. Su rostro ovalado guardaba mucha información para Aila. La hechicera comprendió que la negatividad no surgía de la mujer, sino que la rodeaba, robándole la energía, dejándola a merced de la tristeza y la desesperación. Una tímida sonrisa curvó sus labios y sus ojos expresaron cautela. Aila supo que no confiaba en ella.

—¿Os encontraréis mejor? —le preguntó Meribeth—. Todos nos hemos preocupado por vuestro estado de salud.

—Podéis dirigiros a mí con familiaridad, mi persona no merece tanta atención —le pidió Aila, intentando llevar algo de luz a su interlocutora—. Me encuentro bien, gracias. —Aila sonrió esperando que Meribeth se acostumbrara a su presencia—. ¿Y vos, cómo os encontráis? ¿Puedo ayudaros en algo?

—No, creo que no —respondió Meribeth con premura, mostrando frialdad para no dejar traslucir el miedo que Aila le producía—. Solo quería agradecerte lo que has hecho con mi esposo —dijo, pasando a tutearla, como Aila le acababa de indicar—. Parece que tu embrujo ha logrado que Alistair se esfuerce en ser más atento conmigo.

—No lo he embrujado. —Aila rio ante sus palabras, desconcertando a Meribeth con su espontaneidad y aparente alegría—. Tan solo se ha rasurado la barba y ha escuchado mis consejos. Debo decir que no obedece a todo lo que le digo, es un hombre de fuerte carácter y algo testarudo, pero al menos coincide conmigo en la importancia que tenemos las mujeres en el clan.

—¡Eres muy osada! —la riñó Meribeth—. No deberías alzar tu voz sobre la de ningún hombre, tampoco es bueno alardear de soberbia cuando es algo que una mujer debe corregir. No digas que mi esposo no te obedece cuando es el jefe del clan y todos debemos obedecerlo a él. ¡Y menos aún comentas defectos de ese tipo, por el amor a Dios! Una mujer no tiene nada que aconsejar a un hombre, ellos saben cómo llevar las riendas de sus vidas y las de sus esposas. Nosotros somos meras acompañantes, madres de sus hijos y esposas que cumplen con sus deseos. Hemos nacido para obedecer y aceptar los designios del Señor.

—Milady, perdonad que os contradiga —se aventuró Aila sin dejar de mantener una actitud tranquila para no resultar una amenaza—. No me considero soberbia si al hablar intento usar la razón para lograr que mi opinión sea tenida en cuenta. Si alzo la voz es posible que sea porque lucho contra el orgullo de los hombres que no toman en cuenta a las mujeres, ignorando la importancia que tenemos como guías y consejeras. Nadie me hará callar cuando tengo la certeza de lo que es correcto y de lo que no. Si me agradecéis el cambio de vuestro esposo, sabed que se debe a que es un hombre honorable y justo. Cuando me senté a su lado, pudo ver más allá de mí, escuchó mis palabras y encontró la verdad que había en ellas. De ahí, de la inteligencia del laird Alistair para valorar mis consejos a pesar de ser mujer, obtenéis los resultados que tanto os agradan.

—Hablas sin reparos, hablas creyéndote poseedora de la verdad y de todo conocimiento —le recriminó Meribeth expresando su enfado—. Muestra más respeto, muchacha. Desconozco de dónde vienes ni quién te ha criado, pero desde luego apenas te ha rozado la palabra de Cristo.

—Al buen juicio de mi abuela le debo tal fortuna —contestó sonriendo sin ofenderse, pues creía una bendición no haber escuchado nada de aquel hombre. Meribeth parpadeó sin comprender. Su curiosidad logró que su enfado menguara—. Milady, hablo como poseedora de conocimientos tan antiguos que nadie recuerda quién los comenzó. No creo saberlo todo, hay muchos misterios que aún quedan por resolver. Nuestros ancestros fueron dejando su legado generación tras generación. Hace mucho tiempo el ser humano dejó de escuchar a la Madre Tierra, perdiéndose entre sus fuerzas. Algunos, como yo o mi abuela, mantenemos una relación estrecha con los astros, los elementos y la naturaleza en general. Sé interpretar las señales que nos envían constantemente, pero que la mayoría

ignora. Somos guías, ayudamos a la comunidad no solo espiritualmente, también en los cultivos y con los animales. No observéis en mí solo mi juventud. Nací en Sanheim, la noche donde los mundos se acercan, donde las barreras caen para acercarnos el más allá junto a las energías que portan los espíritus. Los dioses me dotaron de la habilidad para la adivinación y la conexión con Elphame. Ellos me guían, ellos me dicen cómo avanzar en mi vida, cómo llevar luz a los demás.

—El demonio te habla, debes alejarte de él. —Meribeth la miraba horrorizada; su voz tembló al pronunciarse.

—No mi señora, el demonio lo inventaron los cristianos —le respondió, intentando mostrarle la verdad—. En el mundo convivimos a merced de la luz y de la oscuridad. Los demonios que vosotros decís solo son muestra de un desequilibrio. No hay que temer a la oscuridad, pues sin ella no sabremos apreciar la luz. El miedo no es bueno, milady, nos obstaculiza, nos impide avanzar. La Dama Verde y los seres que en ella habitan deben encontrar la paz y la armonía. Vos, milady, sois portadora de un gran poder que ningún hombre en la Tierra podrá negaros por más que se empeñe.

—No poseo poder alguno, Aila —le respondió—. Soy una simple mujer, hija de Eva, que lleva su pecado a cuestas.

—No sé si esa Eva fue vuestra madre o habláis de otra cosa, tampoco sé cuál fue su pecado —le respondió Aila, provocando un amago de risa en Meribeth, a quien la falta de costumbre no permitió que explotara. Aila continuó sonriendo a su vez—, y creo que si la condenaron por contradecir la palabra de algún hombre, debería estar orgullosa de ser su hija. Tal y como piensan los hombres de hoy en día, entiendo que lo hiciera. De cualquier modo, creo que deberían haberos dicho que tenéis el don de dar la vida, ese es vuestro poder. ¿Existe algo más maravilloso, más poderoso? Todas llevamos una pequeña diosa dentro, somos demasiado valiosas para que nos escondan y nos silencien. Todas poseemos una sabiduría innata, que se demuestra al albergar en nuestros vientres pequeños seres, alimentarlos y darles forma durante nueve ciclos lunares. La Madre Naturaleza nos recuerda nuestro poder con el menstruado cada veintiocho días. ¿A quién debéis respeto, a quien os debe respetar? ¿De verdad creéis que no tenéis nada que aportar, que no sois inteligente y capaz de generar un buen juicio como cualquier hombre?

—A tus palabras no le faltan lógica —le respondió Meribeth, que comenzaba a entender las creencias de Aila—, pero te aventuras demasiado al pretender creer en las mujeres como seres superiores.

—Y no lo pretendo. Ellos son nuestros compañeros, avanzamos a la par. Ninguno encima de otro, respetándonos y admirando las cualidades que cada uno posee. —Aila entrecerró los ojos y, adelantándose, preguntó—: ¿No creéis que el mundo sería menos violento si pudiéramos formar parte de los consejos?

Meribeth no contestó, pero el brillo que Aila captó en su mirada le bastó como respuesta.

—¿De dónde provenís? —preguntó Aila tras pasar varios segundos en silencio.

—Soy del..., bueno, pertenecía al clan Ferguson —se corrigió Meribeth—. Soy la octava hija de catorce hermanos y hermanas.

—Vuestra madre es muy fértil. —Le sonrió a modo de cumplido: aportaba más esperanza a la empresa de Aila.

—Sí, murió poco después de yo partir. —Meribeth agachó la cabeza para evitar que Aila observara su dolor—. Alistair no me permitió visitar a mi familia, ya sabes, desde que nos casamos no pertenecemos a nuestro clan de origen. Debemos olvidarnos de ellos.

—Cosa harto injusta —repuso Aila, mostrándose en desacuerdo con esas costumbres.

—No, no quiero que pienses que mi esposo fue injusto —dijo, intentando defender lo indefendible y comprendiendo al instante que estaba ante una persona con poca capacidad para juzgar a los demás y gran capacidad de comprensión—. Bueno, quería decir que recibí un duro golpe al poco tiempo de llegar a las Highlands, y sufrí al no poder consolar a mis hermanas pequeñas.

—Entiendo, no queréis decir que vuestro esposo fue injusto aunque lo penséis —le contestó Aila con una sonrisa traviesa.

Meribeth alzó su rostro para contradecirla, pero se rindió ante la hechicera. Sintió que podía confesarse abiertamente con ella, pues no la condenaría, aunque estaba convencida de que el alma de aquella muchacha ardería en el infierno. Sin saber por qué, comenzó a relatarle su vida en el clan Ferguson, donde ayudaba a su madre, cuidaba de sus hermanos menores y se formaba para participar en la corte, hasta que el rey decidió que su vida se reduciría a vivir en un rincón de las Highlands.

—Por lo que contáis, vuestra vida estaba llena de actividad —comentó Aila—. ¿A qué se deben tantas horas de oración aquí en el clan?

—Al principio me recliné al no conocer el gaélico —confesó con pesar—, después por no saber qué podía aportar. Lorna lleva muy bien las tareas, yo venía de un lugar donde las costumbres no eran..., bueno, eran más refinadas.

—Lady Meribeth, cualquiera que haya tenido opción de entrar en esta estancia ha tenido que darse cuenta de la necesidad que tiene el castillo de Creag de vuestro buen gusto —la animó Aila—. No creo que al laird le importe que decoréis el salón. Jamás se me habría ocurrido forrar ese taburete para calentar los pies cómodamente ante el hogar.

—¡Esto no es idea mía! —exclamó Meribeth divertida—. Mi padre lo compró en Francia.

—El clan posee barcos, deberíais pedir que os traigan objetos de Aberdeen —le propuso Aila—. Estoy segura de que mostrando una de vuestras sonrisas, el laird Alistair será incapaz de resistirse a vuestras peticiones.

La hechicera logró que la castellana terminara por romper a reír. Su risa resonó ligera y logró que en su interior comenzara a diluirse la tensión.

—Aila, eres incorregible. —Meneó la cabeza de un lado a otro—. ¿Quieres que use artimañas femeninas que provoquen la lujuria en mi esposo para que me complazca?

—¿Y qué hay de malo? —replicó Aila.

—Es pecado, por el amor a Dios —le contestó horrorizada sin dejar de divertirse.

—¿Eso os lo ha dicho ese sacerdote que no toma esposa? ¿Qué puede saber él si ha renegado de su propia naturaleza? —Meribeth se llevó las manos a la boca sin poder creer lo que escuchaba—. Sentir deseo hacia otra persona y disfrutar del acto de amor no puede ser pecado. La Dama Verde es sabia, nos ha dotado de un cuerpo que disfruta de las caricias. Si no lo hubiera querido, no nos lo habría proporcionado, ¿no creéis?

—¡Hablas de cosas prohibidas, Aila! —Esta vez no la recriminó, solo la miraba con asombro.

—Sí, prohibidas por los hombres, que prefieren ahorrarse el esfuerzo de tratar a sus mujeres con amor, dedicarles tiempo y complacerlas en cuerpo y alma. —Aila comenzó a exasperarse al hablar de tanta estupidez—. Es mucho más fácil pensar en sí mismos y olvidarse del bienestar de su compañera. Pero está bien, si no queréis utilizar vuestra belleza, tendréis que utilizar vuestra inteligencia. Sí, esa que los hombres no creen que poseemos —ironizó Aila—. En mi opinión, seducir al propio esposo debería ser visto como un juego divertido y no como una argucia femenina. Deberíais preguntarle al laird qué opina al respecto. Él podrá deciros si le gustaría que usarais artimañas femeninas o no.

—Moriría antes de plantearle tal cosa a Alistair. —Meribeth se sonrojó hasta la raíz del cabello.

—Está bien, dejaremos que surja con naturalidad —claudicó Aila. Tras sopesar uno segundos si debía continuar, dijo—: Me gustaría hablaros de Lorna.

—¿Qué ocurre con ella?

—Es una mujer que puede aparentar que no le ocurre nada; posee mucha bondad y antepone sus pesares a los de los demás. Su vida no ha sido fácil. Pensad en el dolor que sintió al perder el bebé que había engendrado y nunca conoció. —Meribeth se entristeció ante el recuerdo—. Ahora recordad que Lorna ha sobrevivido a dos de sus hijos. Es algo que le pesa en el corazón, e intenta continuar con su vida sin pedir consuelo. Está agotada de tantas emociones, solo desea el bien para sus gentes y, por supuesto, para su familia. Debería estar tranquila, realizar tareas menos arduas y dejar de lidiar con hombres cabezotas como los que la rodean. Se merece encontrar algo de paz. ¿No creéis que podéis hacer algo para aliviarla del trabajo? Estoy segura de que, si mostráis interés, os enseñará el manejo de las tareas y podréis realizar los cambios que deseáis en el castillo. Me parecéis una mujer con buen juicio, creo que el clan os necesita. —Aila observó que Meribeth aceptaba sus consejos sin irritarse; sus ojos parecían ver la realidad desde otro punto de vista, y percibió que la confianza en sí misma, antaño perdida, volvía a ella.

—Claro, si está en mi mano, ayudaré a Lorna. —Comenzó a titubear—. Pero no creo que sea capaz de interceder entre Daimh y Cormag. Son hombres fieros, no podría dirigirme a ellos con familiaridad. Y tampoco me atrevería a cambiar las costumbres de la cocinera y su hija.

—Sheena y Aunia.

—¿Cómo dices?

—La cocinera se llama Sheena y su hija, Aunia. —Aila comprobó que el pánico comenzaba a nublar el entendimiento de la castellana. «Tendría que ir más despacio», se dijo—. Daimh y Cormag deben ser asunto del jefe. No debéis preocuparos. Aprovechad el

tiempo que pasáis con vuestro marido para que os presente al servicio y los niños que habitan dentro y fuera de la fortaleza. Creo que os tomarán cariño enseguida. Al igual que erais muy querida por los Ferguson, aquí también lo seréis. Si, tal y como me habéis dicho, enseñasteis a leer y a escribir a vuestros hermanos, es posible que os encontréis cómoda enseñando a los Mcleod. Kenza está deseando aprender a leer y a escribir.

—Aila, ¿no deberías estar hablándome de cómo concebir y poder dar un heredero al clan? —preguntó Meribeth con suspicacia, entrecerrando sus ojos y mostrando la sobrada astucia que poseía.

—Es posible —se encogió de hombros—, pero no creo que tengáis problemas para concebir. Con sinceridad os digo que si dejáis de tener miedo a vuestro esposo, comenzáis a disfrutar de su presencia y lograréis distraeros realizando labores que os permitan ser feliz y ayudar a los demás, tarde o temprano la maternidad llegará.

—Amaos los unos a los otros —recitó Meribeth.

—Sabias palabras.

—Lo dijo Jesús Cristo —sonrió con picardía la castellana.

—Pues debería haberlo dejado ahí —replicó Aila al verse pillada alabando la religión de los hombres.

Meribeth rio de nuevo.

—Me comprometo a participar de la vida del clan a cambio de que conozcáis la palabra de Cristo.

—Accedo —contestó Aila tomándolo como un desafío y sonriendo al saberse triunfadora.

Por un lado, conocería de una vez qué hizo y dijo el tan afamado Cristo. Por otro, obtenía la oportunidad de mantenerse cerca de Meribeth para paliar la negatividad que el padre Henry vertía sobre ella.

Continuaron charlando hasta que Kenza llamó a la puerta para pedir ayuda a Aila. Una mujer de la aldea se había puesto de parto.

Aila se despidió dejando tras de sí a una Meribeth menos temerosa y más crítica, gracias a la luz que comenzaba a adentrarse en su mente.

Una luz llevada por Aila.

## 15

Aila continuó con su nueva rutina. Había llegado a un acuerdo con los soldados que la escoltaban al amanecer y al atardecer. Ellos la acompañaban hasta las lindes del bosque y se comprometían a no preguntar por las sombras ocultas bajo los tartanes que se deslizaban al interior del bosque. Solicitó que sus escoltas fueran personas de confianza como Clarion, Archie e Irvyng. Al parecer, Daimh creyó que eran suficientes como para sumarse también él. La desilusión inundó a Aila. Desde su llegada Daimh se había distanciado de ella, apenas cruzaban palabras; era evidente que el guerrero la rehuía.

En su incursión a la frontera, Daimh no solo había tenido que lidiar con las amenazas de los Mackenzie, también tuvo que batallar con el recuerdo de Aila. Noche y día le atormentaban su imagen, su preocupación por posibles problemas entre la gente del clan, su constante anhelo por saborear de nuevo sus labios o el deseo de volver a observar aquellos ojos verdes que amarilleaban según su estado. Eran demasiadas las cosas que no permitían que se olvidara de ella. Las palabras de Lynnet, que en un principio desechó como ridículas, poco a poco fueron calando en él. ¿Estaría en lo cierto y estaba siendo víctima de los hechizos de Aila? No quería aceptarlo como una posibilidad real, por lo que se convenció de que su relación con ella debía terminar. Creía que no le hacía bien a Aila y que ella tampoco le hacía bien a él. El impacto que sufrió al verla en aquel estado fue decisivo para tomar la firme decisión de alejarse. Hasta el momento solo su servicio al clan centraba su atención en cuerpo y alma. Se había fijado como proyecto vital proteger a los Mcleod de los Mackenzie. Hasta que conoció a Aila y se sumó la angustia de proteger a aquella cándida mujer que con su noble corazón pretendía cambiar el mundo. Un mundo corrompido, lleno de maldad, donde reinaban la traición y la violencia.

En sus horas de ejercicio su cuerpo lograba calmar sus ansias de seguirla. Sus ojos parecían detectar su presencia desde el momento en que aparecía en su campo de visión, y se irritaba por ello. Le molestaba sobremanera toparse con el bamboleo de sus caderas cuando salía de la forja del herrero, no soportaba que su estómago diera un vuelco cuando le sonreía desde la distancia preguntándole con la mirada el motivo de su distanciamiento, se enfurecía al no poder impedir que soñara con sus ojos y creía que debía fustigarse por excitarse ante el olor a romero que estaba irremediabilmente ligado a ella. Observaba desde la distancia cómo se alejaba hablando con desenvoltura con los compañeros que la escoltaban al bosque. Algo se estremecía en su interior cuando la risa espontánea cargada de luz llegaba hasta él. Cada día que pasaba se sentía más hechizado, y la rabia de sucumbir a su magia lo mantenía sumido en un mar de sentimientos encontrados.

Por su parte, Aila seguía su rutina, ocultando su tristeza. Desde que Daimh apenas le dirigía la palabra, se había dado cuenta de sus sentimientos hacia él. No podía entender que

el hombre más bruto, insufrible, malhumorado y cabezota del mundo fuera el único que despertara en ella el anhelo de encontrarse entre sus brazos y ser besada como solo él sabía.

Intentó centrarse en su trabajo en el clan, donde iba siendo aceptada. Nadie quedó indiferente ante los cambios en la actitud de lady Meribeth. Cada vez con más frecuencia se la veía acompañada de Lorna, participando en las tareas de organización del castillo y redecorando el salón, volviéndolo más acogedor. Los niños empatizaron con ella enseguida. Muchas tardes se la podía encontrar ante el hogar del castillo contando cuentos a los pequeños. Aunque continuaba dedicándole varias horas al día a la oración junto al padre Henry, buscaba tiempo para comenzar a enseñar a leer y escribir a Kenza. La joven pelirroja, con su espontaneidad habitual, le propuso que construyera una pequeña escuela y enseñara a leer y a escribir a los niños del clan. Aunque la propuesta fue desechada desde el principio, no se le escapó la ilusión que la idea había despertado en lady Meribeth.

Meribeth comenzó a destinar sus vestidos de ricas telas y elaborados bordados a las cenas, prefiriendo lucir vestidos más sencillos bajo el tartán de los Mcleod, de tonos amarillos y negros. Aquel gesto logró que todos la reconocieran como su señora no solo de palabra, sino de corazón. Por primera vez desde que había llegado, se dignaba a lucir los colores del clan. Aila seguía con emoción los avances de Meribeth y reía ante las confidencias que compartía con Kenza y Lorna.

Días después, Kenza animó a Aila a ponerse los vestidos que le había enviado desde Skye su amigo Gilmer. Aila aceptó lucirlos solo en las cenas, después de que Kenza esgrimiera el mejor argumento posible: tentar a Daimh. La joven pelirroja comenzaba a destacar por su memoria y por su habilidad como sanadora, pero sobre todo por su perspicacia. No podía más que enfurruñarse cuando observaba el anhelo en Aila y las esquivas miradas de Daimh cuando ella aparecía. Desde que se había convertido en la ayudante de Aila, ya no servía en las cenas, y ocupaba un lugar a su lado. Desde allí podía presenciar las conductas de las personas que se reunían todas las noches en el salón.

Lo que a Aila le pareció una noche de celebración el día de su llegada, con el tiempo comprobó que en las cenas todos en el castillo tenían por costumbre reunir a una multitud de personas. Todos los invitados pertenecían al clan. Muchos soldados como Archie, Irvyng y Clarion empezaron a sentarse en la mesa de Aila y Kenza. Poco a poco, aquellos que habían sido curados por ellas o llevaban tiempo queriendo conocer a la joven hechicera se sumaban a sus compañeros sentándose en la mesa contraria. Todos salvo Daimh, que comenzaba a sentarse de espaldas a todos en el lado que era originariamente de los soldados. Kenza captó los comentarios que intercambiaron Archie e Irvyng en una de las cenas.

—No le servirá de nada huir, es el destino —comentó Archie.

—No sé si es el destino o no, pero estoy deseando que ocurra de una vez para que nos deje en paz —contestó Irvyng con un gruñido—. Me tiene harto con su mal humor.

Kenza comprendió que no era la única que captaba la atracción que existía entre su amiga y el sobrino del laird. Los ojos de Aila, después de intentar ignorar a Daimh, terminaban por dirigirse a la espalda de este, y su sonrojo aumentaba cuando Lynnet

aparecía para sentarse a su lado. La joven belleza tendía a apoyarse en él mientras compartían confidencias. El día que Kenza logró que Aila se pusiera uno de sus vestidos nuevos, maquinó para que de una vez por todas Daimh se dejara de tonterías. Para ello necesitó contar con la ayuda de los amigos del guerrero.

—¿Me ayudaréis?

—Qué peligro tenéis, Kenza —respondió Clarion—. Pero claro que os ayudaremos; no debe de faltar mucho para que la castellana quede encinta de nuevo y Aila regrese a su isla. Tenemos que intentar que Daimh le dé una buena razón para que no abandone el castillo. Nos gusta tenerla por aquí.

—¡Perfecto! —aplaudió Kenza—. Pero sed discretos.

Nunca creyó que varios elementos lograrían ablandar la firme decisión de Daimh Mcleod.

Kenza seleccionó el vestido color violeta, pues había aprendido que aquel color representaba la transmutación, el cambio. Aila quedó algo abrumada al no estar acostumbrada a lucir telas tan bonitas. El sobreveste tenía un escote cuadrado rodeado por un bordado dorado de símbolos celtas. Las mangas, ligeramente acampanadas, también lucían un bordado igual. Kenza trenzó varios mechones de pelo, entrelazándolos entre sí, logrando un peinado que despejaba la frente de Aila. Cuando ocuparon sus asientos, la hechicera observó algunos cambios. Para comenzar, Daimh se encontraba en la mesa contraria, pero esta vez frente a ella. No se le escapó la sensación de estar siendo observada por él. El juego de Kenza comenzaba a hacerle gracia, pues era quien le narraba la reacción del hermético guerrero. Ella, por orden expresa de su amiga, no podía dirigirle ni una sola mirada.

Irvyng, Archie y Clarion habían organizado el complot que se desarrollaría en la mesa de los soldados. Buscando algunos aliados más, ocuparon los asientos que daban la espalda a la mesa donde se ubicaba Aila. Otros tantos soldados se encargaron de ocupar sus anteriores puestos haciendo reír a las jóvenes de la mesa, entre las que se encontraban Aila y Kenza, y conversando con ellas. Ninguno contó con que tal organización desplazaría al hermano Albert y a Lorna, haciendo que estos tuvieran que acompañarlos en la mesa con Daimh. Alistair y Meribeth, cada vez más compenetrados, observaban con curiosidad la escena que se representaba ante sus ojos haciendo discretos comentarios.

Daimh no pudo evitar sentarse en el lugar que siempre había ocupado, como tampoco pudo evitar que sus ojos siguieran a Aila. Tuvo que tomar un buen trago de su copa de vino cuando notó el calor que su silueta, destacada por aquel tejido violáceo, y su melena suelta decorada con trenzas provocaban en él. Su mandíbula se tensaba al no poder dominar su mirada, que siempre terminaba por recaer en ella. Nunca la había visto tan bella: su sonrisa brillaba traviesa, aquel colmillo algo torcido lo torturaba y el sonido de su risa se le clavaba como espinas. Irvyng tomó la tensión que la imagen de Aila generaba en su amigo como señal para comenzar con el juego.

—Me la voy a quedar —comentó.

—Está tan bonita que hasta Irvyng quiere quedársela —se mofó Clarion dándole un codazo a Archie.

—No sé, amigo —participó Archie tras echar un vistazo a su espalda y comprobar que Aila estaba entretenida prestando atención a alguna anécdota—, creo que hay más de uno interesado en ella.

—Ya he dicho que me la voy a quedar yo —volvió a afirmar Irvyng.

Los dientes de Daimh rechinaban mientras daba buena cuenta de la comida, servida por una seductora Lynnet. Tras engullir con mal humor los bocados de pollo, notó que comenzaban a sentarle mal. No podía evitar escuchar la conversación de sus compañeros, que le causaba cierta indigestión. No sabía si hablaban en serio o no, pues ninguno parecía reparar en su presencia. Desde su vuelta apenas se relacionaba con el resto, solo se acercaba a sus amigos para comentar asuntos del clan.

—Irvyng, querido —intervino la mujer de un soldado, aliada de Kenza—, me temo que hay alguien que se la llevará antes que tú. Por lo que he podido escuchar, un tal Gilmer de los Mcleod de Harris ha sido quien le ha enviado tres vestidos, a cada cual más bonito.

—Y por lo que se ve, sabía bien sus medidas —bromeó Clarion, haciendo que todos rieran e Irvyng gruñera fingiendo estar contrariado—. Nosotros conocimos a Gilmer.

—No es mal hombre —repuso Archie.

—Dirás «mal chico», apenas tenía barba —se quejó Irvyng, ofendido.

—Cierto —aceptó Archie—, y si mal no recuerdo, Aila aún conserva la paloma mensajera en sus aposentos. No ha querido ponerla con las nuestras.

—Ya os lo había dicho —intervino de nuevo la mujer, insistiendo en su teoría—: Aila ya tiene el corazón comprometido. Si guarda esa paloma no es para mandar que la vengan a buscar en cuanto termine aquí, sino más bien como recuerdo.

—No se irá —volvió a gruñir Irvyng. El guerrero se giró para mirar a Aila como quien se asegura de que la montura está bien y tras asentir continuó—: Pero como el estúpido ese siga haciéndola reír, será el primero en salir volando lejos de ella.

Daimh intentaba que aquellas palabras no le afectaran, pero una furia visceral se estaba apoderando de él. ¿Aila con Gilmer? La imagen de la despedida de ambos vino a su memoria. Recordó que aquel abrazo no fue nada fraternal. Dejó el plato medio lleno al no poder seguir tragando nada sólido; el nudo que lo engarrotaba no se lo permitía. Cuando Irvyng terminó de confesar su intención de tomar a Aila como esposa, comprendió que su amigo no estaba bromeando, pues parecía decirlo muy en serio. Quiso mandarlo callar, pero se recordó que su interés de la última semana se había centrado en el entrenamiento y en Lynnet. No podía ladrarle todo lo que su boca le pedía, pues en ningún momento había mostrado interés en Aila.

Lorna, creyendo que su nieto, sentado a su lado, conseguiría reventarse todas las muelas de tanto apretar la mandíbula, lo tomó de una mano para que le prestara atención. Debía alejarlo de aquella maliciosa conversación que no era difícil de adivinar que tenía como objetivo lograr que Daimh declarara sus verdaderos sentimientos. Aunque se estaba divirtiendo con las argucias de aquellos jóvenes, se compadeció de su nieto. Cuando este le clavó sus oscuros ojos azules, ella le sonrió.

—Creo que hay algo que debes saber.

—¿De qué hablas, abuela? —le preguntó Daimh, debatiéndose entre si seguir atento a los detalles de los pretendientes de Aila o a lo que su abuela quería decirle.

—Hasta ahora he mantenido el secreto —le comentó Lorna, posando su mirada en el otro lado del salón. Cuando Daimh siguió la dirección que le marcaba, se topó con Aila. Se giró hacia su abuela con el ceño fruncido. Tenía toda su atención—. Prométeme que no se lo contarás a nadie, aun menos a ella.

—Lo prometo —contestó Daimh con rapidez.

—Como sabrás, todos en el clan hemos oído hablar de la visión de Aila. —Un gruñido cansino surgió de la garganta de Daimh—. Unos lo creen imposible, pues no tienes opciones de ser el laird del clan, y menos posibilidades de serlo de los Mackenzie.

—Abuela Lorna, ¿qué crees tú? —preguntó Daimh intentando que la tranquilidad con la que parecía sopesar las palabras no acabara con su poca paciencia.

—No importa lo que yo crea, querido —le contestó, desechando esa idea—. Lo que pasa es que no me engañas, Daimh, sé que te sientes atraído por Aila. Te conozco bien. —Rio por lo bajo al escuchar el bufido de su nieto—. Y como creo que tus sentimientos son tan nobles como son los de ella hacia ti, creo que debes saber que mantengo correspondencia con la madre de Aila. —Daimh había estado a punto de levantarse del banco para alejarse de todos ellos cuando las últimas palabras de su abuela lo detuvieron—. Es posible que la visión de Aila se tratara del castillo de Duvengan, pues es la hija de Lean e Yvaine Mcleod de Harris. El jefe del clan.

Daimh se quedó petrificado ante aquella revelación. «¿Hija del jefe de un clan?», se preguntó conmovido.

—Y Aila lo desconoce...

—No, por eso no dejo de pensar en lo cierta que puede llegar a ser esa visión si la tomaras por esposa y un buen día los Mcleod de Harris se quedaran sin líder. Si sientes algo por esa muchacha, no luches en contra. Deja que los dioses nos muestren el camino. ¿Quién puede imaginar a dónde nos llevará?

Lorna se levantó con cansancio; los huesos cada vez le dolían más, cada año que pasaba solía esperar con ansias el calor del verano. Al percibir que el padre Henry, el hermano Albert y Meribeth comenzaban a abandonar el salón, aprovechó para dar las buenas noches a su nieto y retirarse ella también. Si sus amigos continuaban hablando sobre los pretendientes de Aila, Daimh no lo supo. Su mente estaba cavilando mientras digería la valiosa información que su abuela le había ofrecido. Sus ojos recayeron en Aila mostrando un brillo distinto, entendiendo la elección de sus padres de alejarla de la vida del castillo para otorgarle una existencia donde poder explotar su don. En aquel momento la joven apoyaba un codo en la mesa mientras reposaba una mejilla en una mano. Daimh admiró cómo sonreía, siempre de aquella forma cargada de pureza.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por los sedosos cabellos rubios de Lynnet al ocupar el asiento de su abuela. Esta le lanzó provocadoras promesas a través de su ardiente mirada. Lynnet se enfadó al comprobar que Daimh apenas reparó en ella y al presenciar cómo Daimh clavó sus ojos en Aila. La ninfa apoyó los codos sobre la mesa, fulminó con la mirada a la bruja y aprovechó para recordarle a Daimh que estaba siendo hechizado.

Aquello hizo que Daimh se esforzara en complacer a Lynnet, intentando que la joven dejara de temer por la competencia de Aila.

La hechicera observó la imagen de Daimh conversando con Lynnet. Con aquella joven Daimh mostraba tener más paciencia, y Aila siempre trataba de paliar la sombra de los celos que despertaba en ella. Las punzadas de dolor lograron que desviara su atención hacia la gran chimenea, donde se encontraba el laird junto a su sobrino Cormag. Intuyó que le comentaba las últimas novedades sin darse cuenta de que Alistair lanzaba miradas furtivas hacia la escalera por la que se había marchado Meribeth. Aquel joven lograba ser la sombra de su tío la mayor parte del día. Tan enfrascado estaba en su discurso que no apreció que la atención de su interlocutor se había esfumado. Cormag por fin decidió volver a la mesa para tomar un trago después de un duro día. Y Aila se sorprendió al captar la orden implícita en el gesto del laird, que le indicaba que se acercara a la chimenea. La joven habría jurado que en cuanto hubiera terminado de escuchar el parte de Cormag, iría tras su esposa.

—Aila —la saludó Alistair, tomando sus muñecas tras la espalda—. Meribeth quiere que la visitéis esta noche.

—Qué buena señal, mi señor —se alegró Aila. No pudo evitar abrir mucho los ojos en busca de la razón por la que el laird dudaba mientras se alargaba el silencio.

—¿Debo ir? —preguntó carraspeando mientras escondía su duda tras su ceño fruncido.

—Podéis hacerla esperar y despertar así su anhelo con un toque de indiferencia —le sugirió en vistas de que no parecía muy convencido de acudir a la cita.

—¡No soy de piedra, Aila! —exclamó Alistair, que llevaba días alelado con su esposa, ofreciéndole besos que encendían a ambos, pero que continuaba sin recordar los consejos de Aila.

La joven rio incomprensiblemente ante su rugido.

—Id, pues. En una semana celebraremos Walpurgis. Debéis ir entrenándoos para el día de la fertilidad.

Aila se mordió el labio para evitar lanzar una carcajada ante el alivio que observó en el laird. Alistair dio media vuelta sin despedirse. Aila se dirigió a la mesa sumida en sus pensamientos y contenta por ver que el trabajo que estaba realizando con esa pareja parecía llevar la felicidad a muchos. Decidió que esa noche brindaría con whisky a la salud de Alistair y Meribeth. No percibió que Cormag tomaba asiento a su lado ni que Daimh se daba cuenta de ello. En el salón apenas quedaban unos pocos formando pequeños grupos.

—Esta noche estáis preciosa —le dijo Cormag.

—Gracias. —Aila agradeció el cumplido tras beber el ardiente licor y sin mirarlo a la cara.

—Parece que habéis obrado un milagro —continuó el gestor del clan repantigándose en la silla y bebiendo de su copa mientras recorría el salón con su mirada. Cuando Aila por fin lo miró, arqueó las cejas con inocencia—. Todos hablan de los cambios en lady Meribeth y en la promesa de un futuro heredero. Al parecer, todo gracias a vuestra magia.

—No me gusta cómo utilizáis por aquí la palabra «magia» —le contestó Aila captando las energías de Cormag, siempre tan escurridizo para ella. Se cruzó de brazos y los apoyó sobre la mesa girando el rostro para observar a su interlocutor, sentado a su derecha—. Ojalá la Dama Verde colme de fertilidad a lady Meribeth.

—Ojalá —respondió Cormag sonriendo. Aila observó las mismas facciones de Alistair en el rostro casi dos décadas más joven que él. En los ojos de Cormag no brillaba el azul, sino el negro, que le otorgaba una profunda mirada—. La Dama Verde y vos.

—Si estoy aquí es para ayudar al laird y a la castellana —respondió Aila intentando ahondar en él.

Cormag desvió con rapidez su mirada, posándola en los presentes. El hombre había heredado la altura de su tío, pero sus espaldas no eran tan anchas como las de Alistair por falta de trabajo al aire libre. Los ojos de Cormag captaron la mirada de Daimh al otro lado del salón. Su primo parecía estar interesado en la hechicera, y Cormag sonrió al saber que su cercanía molestaba a Daimh. Decidió jugar al juego de siempre: la provocación. Se acercó a la mesa, apoyó sus codos en ella, tal y como Aila hacía, y se aproximó a la joven luciendo una sonrisa seductora. Daimh no pudo ver si Aila lo correspondía, pues ante el acercamiento de Cormag Aila había vuelto a apoyar la mejilla en la mano para mantenerle la mirada.

—Por lo que he oído, os mueven otros motivos —comentó Cormag—. ¿Es cierto eso que dicen de que Daimh será laird algún día?

—El tiempo nos dirá, por ahora nada hace presagiar algo así, solo mi visión —respondió Aila, que comenzaba a captar sensaciones. Supo que el interés de Cormag en ella era falso.

—¿Lo decís por mi primo? ¿Creéis que no está interesado en vos? —preguntó, y chascó la lengua—. No miréis, pero en estos momentos os puedo asegurar que está ardiendo en deseos de patearme el culo por osar estar sentado a vuestro lado. Pobre Lynnet, nada tiene que hacer ante una hechicera tan bella como vos.

—No me engañáis, señor. —Aila aprovechó la cercanía para cerciorarse de lo que sus sentidos le decían.

Las palabras de Cormag la habían desconcertado unos segundos, pues era consciente de que Daimh le lanzaba miradas, pero en ningún momento captó otra cosa que no fuera enfado. El mismo enfado que llevaba días mostrando. Cormag no le gustaba, y la verdad que estaba descubriendo en él se deslizó entre sus labios.

—No entraré en vuestro juego. Estáis dominado por la envidia, es lo que mueve cada uno de vuestros pasos. Si hoy estáis sentado aquí, creyendo provocar los celos en vuestro primo, se debe a que la bella Lynnet ya ha yacido con vos, por lo que os complace que Daimh utilice vuestras sobras. Yo os supongo un reto. No solo por el interés que creéis que despierto en vuestro primo, sino porque queréis averiguar si eso que comenta la gente es cierto. ¿Teméis por vuestro puesto a la derecha del laird? ¿O hay algo más? ¿Buscáis en mí algún remedio para aliviaros?

—Estaría encantado de aliviarme con vos. —Cormag había tensado la sonrisa tras las palabras de Aila, pero necesitaba silenciarla, pues comenzaba a desestabilizar la seguridad tanto tiempo trabajada.

Inclinó la cabeza con lentitud, sin importarle la sorpresa que su mensaje había provocado en la joven. Esta no sabía si tomarlo como un halago o como un insulto. Ella en ningún momento había querido ofrecerle ese tipo de alivio. Le ofrecía alivio a su tormento.

Sus labios se encontraban a pocos centímetros de los de Aila en el momento en el que una daga se clavó con violencia en la madera de la mesa, lo cual hizo que ambos dieran un respingo ante la sorpresa. Cuando volvieron el rostro, el mango del arma se balanceaba debido a la fuerza y la precisión con las que se hundió. Aila se topó con Daimh, que se había levantado con furia tirando el banco donde estaba sentado mientras abría y cerraba las manos, controlando la ira que se extendía por cada fibra de su cuerpo. Lynnet había lanzado una exclamación y lo agarraba del brazo. La carcajada de Cormag logró que Aila hallara al dueño de la daga, que, para su sorpresa, no era Daimh.

Todos murmuraban sobre la reacción de Irvyng, quien había lanzado su daga desde el otro lado del salón y se aproximaba con el entrecejo fruncido. Su enorme figura se cernió sobre ellos, dejando pasmada a Aila. Arrancó la daga después de inclinarse hacia Cormag, clavarle su mirada helada y enseñar los dientes.

—No vuelvas a acercarte a ella, porque la siguiente vez que te atrevas, mi amiga no se clavará en la madera, sino en tu maldita cabeza. —Apretando la mandíbula mientras abría mucho los ojos y mostraba su violenta naturaleza y su poca cordura, alzó la daga para presentarle a «su amiga». Y juro que no he errado el tiro en años —concluyó, para advertirle de que había incrustado la daga justo donde quería.

Aila, asustada por la violencia que percibió en Irvyng, sintió cierto alivio cuando el guerrero suavizó su mirada cuando la posó en ella.

—Aila, ve a dormir —le ordenó con un movimiento de cabeza.

En esta ocasión, Aila no quiso discutir, consciente del límite al que se estaba llegando en aquel momento. Se levantó, cruzó el salón y se recogió las faldas para subir las escaleras con saltos presurosos. No miró a nadie. Sentía cómo la sucesión de acontecimientos la mantenían alterada, necesitaba salir de allí.

Irvyng se alejó seguido de uno de sus rugidos. Al volver junto a la mesa donde lo esperaban sus amigos, el rubicundo guerrero se irguió en toda su estatura arrojando una gélida mirada a Daimh.

—Es la última vez que te salvo el culo —le dijo—. No volveré a molestarme en velar por tus intereses. Si decides despreciar el regalo que los dioses te han concedido, no seré yo el que impida que otro se lo lleve. ¡Abre los ojos de una vez, maldito imbécil!

## 16

A la mañana siguiente Aila cumplió la promesa que le había hecho a Meribeth. Se reuniría con el sacerdote para conocer la religión que todos profesaban. Kenza la ayudó a preparar las energías y la sustituyó en las labores como sanadora en la cabaña de Muriel. Había comentado con ella lo ocurrido la noche anterior, sorprendiendo a Aila con su conclusión. Daimh por fin había abierto los ojos sin poder evitar que Lynnet montara en cólera. El guerrero la alejó del salón, y aquella mañana Lynnet se había presentado en la cocina con los ojos hinchados por el llanto. Sheena, la cocinera, llevaba tiempo señalando a la joven su mala conducta y sus falsas ilusiones; por su parte, la joven siempre le había respondido con altivez. Cuando apareció después del amanecer, Sheena le sonsacó la verdad. Daimh le había dejado claro que nunca había pensado tomar esposa y que nunca había dicho lo contrario. El rumor llegó a Kenza siguiendo el recorrido de siempre: Aunia, la hija de la cocinera, se lo contó a Sloene, y la sirvienta a Kenza. Por extraño que le pareciera a Kenza, Aila no estaba contenta con todo lo acontecido, y se despidió lamentando el sufrimiento de Lynnet.

—Se lo advertí, a los dos —le confesó a Kenza—. Hice todo lo posible para ayudarla.

Poco después se reunió en el gran salón con Meribeth, que lucía una tez más brillante, unos ojos inundados de alegría y una sonrisa satisfecha. «Bien hecho, laird Alistair», pensó Aila para sus adentros. Se alegraba de que al menos ella hubiera pasado una buena noche. Juntas se dirigieron a la capilla, construida a un lado del patio de armas.

Horas más tarde se desató el huracán. Aila explotó.

Daimh, tras discutir con Lynnet y hacerle ver que no tenía derecho alguno sobre su persona y que él no albergaba pretensiones de contraer matrimonio con ella, no concilió el sueño. La joven gritó desesperada que estaba siendo víctima de un hechizo, que no se daba cuenta de la fuerza del encantamiento que Aila extendía, cual bruma, entre todos los habitantes del clan. Las lágrimas se secaron para mostrar la frialdad que sus ojos vacíos de emociones mostraban. Le dijo que se arrepentiría de su decisión y lo maldijo por alejarla de su lado.

El guerrero creía estar al límite de sus fuerzas mentales. Ya no sabía qué pensar de Aila y de sus poderes. Sus amigos se mostraban molestos por su falta de interés en ella. Irvyng le plantó la verdad en la cara. Ella le esperaba, sin recriminaciones, sin condiciones. En cambio él se había recluso, negando una atracción más que evidente y unos sentimientos que no terminaban de fraguarse.

Desde el comienzo, no le había dado opción, se había negado en rotundo a creer en un futuro junto a ella, repudiándola sin contemplaciones. La noche anterior su abuela le había revelado la verdad sobre los orígenes de Aila, había observado el interés que mostraba más de un soldado por ella, lo que había llegado a romper su autocontrol al ver cómo Cormag se atrevía a besarla. Su fiel amigo Irvyng fue más rápido que él al lanzar la daga. Daimh se había levantado dispuesto a saltar sobre su mesa y cruzar el salón para apartar a su primo de Aila.

Y aquel instinto protector, aquel sentimiento de pertenencia que la joven le provocaba lograron que Daimh se enfrentara a sí mismo. Ligeras sospechas de estar hechizado aumentaban su cautela, pues jamás hubiera creído que lady Meribeth y su tío se entendieran como parecían hacerlo. Todo gracias a Aila.

Cerca del amanecer, como siempre, salió a hacer la ronda. Atisbar la figura de la joven culpable de su tormento y verla atravesar el portón acompañada por Archie terminó por generarle la urgencia de salir de allí. Tomó un caballo y se alejó a todo galope. Al igual que Aila, buscó el refugio del bosque para aclarar sus ideas. Aquella irónica necesidad arrancó una carcajada en Daimh. Sintió que el bosque lo llamaba para verse momentos después mostrando rendición a los espíritus que lo rodeaban. Sin dudarlo, se arrodilló ante los dioses para aceptar su destino.

Horas después, hacia el mediodía, cruzaba de nuevo la barbacana de entrada del castillo. Dejaba atrás el arco que conectaba el patio de armas con el patio exterior cuando se topó con la furia desatada de Aila. Sus oídos captaron el eco de la voz de la joven, que resonó en el interior de la capilla. La voz del sacerdote se elevó sobre la de ella cuando Aila salía en tromba por la puerta del santo edificio. La seguían un padre Henry tan fuera de sí como la hechicera y una Meribeth espantada que, con la boca abierta, apenas podía evitar mostrar su asombro. Mientras que los dos últimos detuvieron su paso, Aila continuó lanzando todo tipo de blasfemias e improperios. Su rostro, arbolado por el enfado; su pelo flotando tras su espalda y su mentón, que mostraba su mal genio, la acompañaron mientras se alejaba a grandes pasos de la capilla.

—¡No aguanto más! —gritaba a la nada—. Mi paciencia se ha agotado. ¡Torturadores, infames, mentirosos, manipuladores! ¡Eso es lo que son! —continuaba gritando—. ¡Me voy, me voy de aquí, donde la estupidez campa a sus anchas! ¡No voy a permitir que me insulten! ¡Y mucho menos que me castiguen! ¡Locos, depravados! —Daimh se había detenido sobre su caballo intentando entender a qué se debía la reacción de Aila. La hechicera estuvo a punto de estamparse contra su montura cuando alzó la vista y su ira dio paso a la desesperación—. ¿Y ahora tú también!? Hombre insensible, testarudo y... y... —Las lágrimas comenzaron a pujar por salir de los verdes ojos rasgados.

Aila rodeó el caballo para continuar su huida sin destino, evitando que Daimh la viera llorar. Las lágrimas que este observó en los ojos de Aila lograron hacer sangrar su interior. Le dolía enormemente verla llorar, sobre todo cuando parecía tener parte de culpa. Dio la vuelta a su montura para seguir a la joven, que continuaba gritando entre lágrimas.

—¡Estoy harta! Por todos los espíritus, es que queréis acabar con mi cordura, no puedo más... —se quejaba Aila.

El guerrero lanzó un profundo suspiro, consciente de que no podía dejarla marchar. Aila, en su apresurado andar, fuera de sí, no escuchó al caballo de Daimh comenzar el trote. Sin detener la montura, Daimh se acercó por detrás, la tomó de las axilas y la alzó con facilidad para posarla sobre sus muslos. Aila solo pudo lanzar una débil exclamación al ver cómo volaba por los aires. En cuanto se supo segura, fulminó con la mirada a Daimh.

—¿Qué te ha pasado hoy, pequeña hada perdida? —le preguntó Daimh, mostrando una de sus extrañas sonrisas y una tierna mirada antes de azuzar al caballo y salir a todo galope.

Aila volvió a quedar atrapada en los azules ojos que le sonreían. La dulzura que percibió en la grave voz de Daimh terminó por hacer desaparecer cualquier resquicio de autocontrol que conservara. Aprovechando el impulso del caballo, se abrazó al guerrero y lloró con amargura.

Minutos después, cuando se habían alejado lo suficiente del castillo de Creag, Daimh redujo la velocidad y condujo al animal hacia el sur. Desde hacía semanas pensaba que el lugar al que se dirigían iba a gustarle a Aila. No se lo había sugerido por no alentar esperanzas en ella. Daimh no sabía cómo consolar a Aila, como tampoco sabía qué le había ocurrido con el padre Henry. Decidió darle tiempo, intentando no sonreír al ver cómo Aila se recomponía secándose a manotazos las lágrimas vertidas y lanzando veneno por su mirada, que seguía cargada de rencor.

—¡Están locos, Daimh! Ponen todo del revés, y lo peor de todo es que poseen ejércitos y se sientan al lado de nuestro rey —se explicó Aila, igualmente enfadada pero enfocando su ira hacia el padre Henry y su Iglesia—. No entiendo cómo aceptan esa religión horrible que solo pretende que las personas vivan con temor, pendientes de la ira de un tal Señor —añadió, esperando hallar algo de comprensión por parte de Daimh.

—¿Qué hacías con el padre Henry? Ya te habían advertido de la diferencia de creencias que existía entre vosotros.

Aila lo miró de soslayo; al ver que no la reñía con la mirada ni mostraba su habitual enfado, respondió más confiada.

—Si entré en esa capilla fue porque se lo había prometido a lady Meribeth. —Esperó unos segundos mientras intentaba frenar el rumbo de sus revueltos pensamientos—. Nada más poner un pie en aquel templo del horror sentí cómo las malas energías me rodeaban. Ni las piedras más poderosas que me acompañaban consiguieron aislarme de aquella sensación. Las figuras que tienen en altares muestran una profunda pena y miedo. ¡Mujeres tristes que miran al cielo pidiendo perdón! ¡Es angustiante! Cuando me acerqué y vi a un hombre crucificado sentí escalofríos. ¿Por qué representan la tortura? ¿Por qué se empeñan en decir que ese hombre murió por nosotros y que debemos recordarlo así, víctima de la barbarie? Ese hombre no murió por mí, murió porque no gustaba lo que decía. ¿O qué sé yo? Se proclamó hijo de dios, bueno, de ese Dios —bufó Aila—. Pues menudo padre le vino a tocar... Eso sí no hablamos de la virgen que dio a luz a un niño. ¡Seamos serios, los hombres esos tienen un problema con la cópula y el virgo de las mujeres! ¿No crees que es un poco raro que vean con malos ojos al acto que tiene como resultado la vida?

—Entiendo que puedas verlo así —le respondió Daimh, familiarizado con la lógica de Aila, tan distinta al resto—. Ellos deciden optar por el celibato, al igual que las monjas.

—¿Las monjas? Esas mujeres son las más inteligentes. Mandan al cuerno eso de obedecer al hombre o algo así. ¿Cómo era? —Aila comenzó a alterarse a medida que recordaba las doctrinas de la Iglesia. Hacía aspavientos sin darse cuenta de que lanzaba algún que otro tortazo al pecho de Daimh, que aguantaba estoicamente—. Son los primeros en hablar de un demonio, de Satanás. ¡Es mentira! ¡Es todo una invención! —continuó Aila, intentando analizar las absurdas enseñanzas de la religión católica—. ¡Pero si los primeros que adoran a la muerte son ellos, que rezan a un hombre clavado en una cruz! Y me dice que yo me quemaré en el infierno y que camino entre las tinieblas. ¿Yo? ¿Cuándo me han visto recrearme en una escena llena de dolor y sufrimiento? Yo me refugio en la naturaleza, adoro al astro Sol, que irradia luz, busco respuestas en el fuego, el viento y el agua. ¡No me gusta el dolor ni lo deseo para nadie! El sacerdote ese está ciego y sordo si no ha comprendido que soy sanadora. Trato de sanar a la gente, no de matarla. — Esa idea dio paso a otra cuestión de más gravedad para ella—. ¡Pero claro! Qué se va a esperar de mí. Yo, mujer, que debo someterme al hombre por lo de la Eva y el Adán esos. —Algo la detuvo, y se volvió para interrogar a Daimh—. ¿Tú crees eso que dice el padre Henry de lo que dijo ese Dios a Eva?

—Aila, me temo que no soy un buen cristiano y que no he prestado nunca mucha atención a lo que dice la biblia; no sé latín y de pequeño me gustaba estar metido en peleas más que en la oración —le respondió con sinceridad—. Mi madre mezclaba las creencias antiguas y nuevas, no sé a qué te refieres exactamente.

—¡A la mayor estupidez jamás dicha! —le respondió Aila—. Que nosotros sepamos, ¿quién da la vida en esta Tierra? ¿Quién? —insistió en que respondiera.

—Las mujeres.

—¿Pues por qué carajo todos piensan que fue un Dios, un único Dios masculino el que creó al hombre? —preguntó exasperada mientras Daimh intentaba apartar el codo de la joven, que se le clavaba en el abdomen al poner los brazos en jarras—. Le dije claramente al padre Henry que estaba muy confundido y que probablemente fuera una diosa la que hizo tal cosa. ¡Pero la estupidez de ese hombre no quedó ahí! ¡No, señor! Me dijo que el Dios ese había creado al hombre primero. ¿Y sabes de dónde salió Eva, esa pobre mujer? —Las fosas de su nariz volvían a aletear. Apretando el mentón ante el enfado y alzando las manos, se respondió—: ¡De la costilla de Adán! ¿Pero qué mentecato puede aceptar eso? No hay que ser muy astuto para que la historia resulte un tanto extraña. ¿De una costilla? ¡Por favor! Y es que luego culpan a la pobre Eva de pecar, de caer en la tentación. Daimh, la historia es una clara venganza hacia la mujer, digan lo que digan, eso es lo que opino. No voy a dejar de pensar lo contrario, aunque ese hombre oscuro y lleno de maldad me haya dicho que debería fustigarme por pecadora, por no someterme a los hombres y atribuirme la capacidad de decidir sobre el resto ¡Llegó a darme una pequeña fusta, Daimh! ¡Quería que me autolesionara! ¡¿Y yo soy el demonio?!

Ante aquel relato Daimh deseó estar frente al sacerdote para meterle la fusta por el trasero. Se le erizaba el vello al pensar en ver a Aila con la espalda magullada. Se recordó que debía calmarla y no sumarse a su enfado. La joven hundió los hombros, desinflándose por momentos al ser consciente de que luchaba contra un gigante.

—Ay, Daimh —se lamentó Aila—, lo peor de todo es que ahora entiendo por qué las mujeres se comportan como lo hacen. Desde pequeñas les enseñan que su vida se la

deben a los hombres, que son castigadas por el supuesto pecado original que dicen que cometió Eva. Llevan toda la vida escuchando el castigo de ese único Dios: «Multiplicaré los dolores de tu preñez, parirás con dolor, desearás a tu marido y él te dominará». —Aila citó aquellas palabras, que se habían grabado a fuego en su memoria y que la hacían saltar como si estuvieran aplicando hierro candente sobre su piel—. Cuando escuché esa barbaridad, cuando observé cómo lady Meribeth la aceptaba sin rebelarse ante la maldad, estallé. No pude más y me alejé de todos. No puedo vivir en una comunidad que acepta esas palabras. La mujer no está obligada a desear a su marido si este la maltrata. En nuestra cultura, la gente que habitaba esta tierra antes de la llegada del hombre de un solo Dios acepta los matrimonios de un año y un día. Si alguno de los dos no está de acuerdo, puede romper ese lazo. Quieren cambiar el orden natural de las cosas para alejarnos de la sabiduría ancestral y someternos. Dominarnos a todos y humillar a la mujer, que debería ser venerada. Jamás aceptaré que me dominen, Daimh, jamás.

—Creo que eres indomable, Aila; dudo que exista un hombre capaz de doblegarte —le comentó Daimh, socarrón.

—Desde que me conociste llevas intentándolo. —Le lanzó aquella pulla dispuesta a plantar cara; no contó con la respuesta.

—Es cierto, Aila, es lo que nos enseñan. Después de escucharte, de conocerte y de ver que lady Meribeth se ha convertido en una buena esposa gracias a que mi tío no la domina, sino que la respeta, admito que estaba equivocado. La comunidad necesita a más mujeres como tú.

Aila entrecerró los ojos para captar las nuevas sensaciones que advertía en el guerrero. Parecía estar en paz, algo le decía que ya no luchaba consigo mismo.

—¿Quién sois? ¿Dónde está el hombre estúpido que hubiera gruñido y me hubiera sermonado por alzarle la voz? —preguntó Aila mientras se mordía el interior de la mejilla para evitar sonreír.

—Sigue aquí, te juro que no se ha ido a ninguna parte —le respondió Daimh, haciendo una mueca por sonrisa—. Solo te estoy dando una tregua; después hablaremos de los insultos que me lanzaste delante de todo el clan. Tendré que pedirle la fusta al padre Henry y darte unos azotes por ello.

Aila rio ante el vano intento de Daimh de mostrar una dureza que no le correspondía. Descubrió que no era tan irreflexivo como pretendía aparentar. De pronto, observó cómo el guerrero suavizaba sus facciones para mostrar una verdadera sonrisa. Escucharla reír logró que Daimh se relajara, dejando que el brillo divertido que llenaba su mirada se extendiera por una vez por su boca. Sonrió solo por Aila, solo para Aila. La joven sintió que su pecho se aligeraba al ser el motivo de aquella demoledora sonrisa. Inspiró hondo para no echarse a su cuello y besar sus labios, pues su atractivo había llegado a su punto más alto. Se preguntó qué sería aquella sensación tan visceral que le provocaba ese hombre. Intentó disimular sus sentimientos suavizando a su vez sus facciones.

Algo más tranquila, sin la furia que la había hecho explotar, volvió su rostro hacia el paisaje. Se habían acercado a la costa y comenzaban el descenso hacia una cala donde la arena se acumulaba y el fuerte oleaje era frenado por las rocas, que se introducían cual barreras naturales en el mar.

—¿Por qué me has traído aquí? —preguntó Aila con los ojos brillantes al sentir la brisa marina acariciar su rostro—. Es precioso.

—Recuerdo que en el viaje de vuelta me hablaste de los elementos —le explicó Daimh, satisfecho al saberse culpable de la paz que mostraba Aila—. Sé que el agua es importante para ti en momentos de confusión. Pensé que sería un buen refugio para fortalecerte y volver a enfrentarte a todo y a todos como has hecho hasta ahora.

—¡Oh! Gracias, Daimh. Un baño con sal es perfecto para eliminar las energías nocivas. Es lo que necesito con urgencia —le agradeció Aila ofreciéndole una encantadora sonrisa—. Estás a punto de convencerme de que no eres tan estúpido e insensible como creía.

—Aila, no tientes a mi paciencia. —La voz grave y el tono que utilizó el guerrero, antes que atemorizar a la joven, hicieron que estallara en carcajadas.

—Daimh, sé que el padre Henry me haría arder en una hoguera, tal y como amenazó, si muestro mi cuerpo ante un hombre que no es mi esposo. Entre otras cosas, porque despertaría algo tan horrible como la lujuria —se mofó la hechicera—. ¿Qué harás mientras me baño? ¿Me acompañarás, alma pecadora?

La visión que su mente creó al imaginarse metido en las aguas de la playa junto a Aila logró que su miembro viril diera su opinión sobre la propuesta. Un nudo se colocó en su garganta, impidiéndole reír como realmente quería. El padre Henry tenía razón en una cosa: Aila era la tentación en persona.

—Creo que, por el bien de los dos, me tumbaré sobre la arena y no despegaré los ojos del cielo hasta que estés completamente vestida de nuevo.

—No pienso copular contigo. —Aila se deslizó del caballo, divertida ante la turbación de Daimh. Mientras se deshacía del calzado, comentó—: Solo sería un baño inofensivo.

—¿Inofensivo? Si supieras lo que se me pasa por la mente, no verías tan inofensivo ese baño —le contestó Daimh clavando su mirada azul sobre ella, mostrándole el deseo que había dejado de disimular.

Aila se sonrojó ante la percepción de tan intensas sensaciones; inclinó la cabeza a modo de comprensión y esperó a que se acomodara. Daimh cumplió su promesa: se tumbó boca arriba sobre la arena dejando que el caballo vagara por la playa. Aila se zambulló en las aguas frías y cristalinas de la playa, purificándose mientras pedía a los dioses que la sal que cubría su cuerpo la protegiera de las vibraciones tóxicas que se habían adueñado de ella.

Cuando sus labios se volvieron de color violeta, las yemas de los dedos se arrugaron y su cuerpo comenzó a tiritar, decidió que era hora de salir. Se secó con la camisola y se cubrió con el vestido verde que llevaba esa mañana. Tardó en avisar a Daimh: necesitaba sentarse en la arena, recibir los tímidos rayos de sol que la primavera le brindaba y meditar sobre lo acontecido.

Daimh la descubrió sentada a pocos pasos de él. Se acercó por detrás, se sentó tras ella rodeándola con sus piernas y brazos, arrebujándola en el *plaid* que desenrolló de su hombro. La joven se dejó caer hacia atrás mientras ambos miraban al horizonte. Daimh fue

invadido por una paz que hacía tiempo que no experimentaba y que ni siquiera recordaba. Sin romper el silencio y acompasando sus respiraciones, Daimh posó levemente su barbilla sobre la cabeza de ella. Aila inspiró hondo, sintiéndose completamente protegida por la fuerza del guerrero. Su boca dio voz a sus pensamientos.

—Ojalá pudiera cubrir de sal el castillo como lo he hecho con mi cuerpo. Ni te imaginas la fuerza que contiene para eliminar las malas energías y tenerlas bajo control. He intentado de todo, pero no se me ocurre cómo alejar esa asfixiante sensación que habita entre esas paredes.

—Es posible que pueda ayudarte —le contestó Daimh, haciéndole cosquillas al recibir su respuesta cerca de su oreja.

Aila se arrebujo complacida; en cuanto volvieran a la fortaleza se lo recordaría. No quería terminar con aquella conexión tan frágil que los mantenía unidos. Allí, alejados de todos, habían llegado a derribar las barreras que habían alzado, dejando que la armonía los inundara. Aila pronto comenzó a necesitar respuestas. Necesitaba mirarlo a los ojos para saber la verdad. Era consciente del cambio producido en él: ya no estaba enfadado, ya no le gritaba y, para su sorpresa, trataba de consolarla con su abrazo. La razón no le importaba, solo quería saber si iban a darse una oportunidad. Estiró unos instantes aquel momento, hasta que giró levemente la cabeza para encontrarse con la intensa mirada azul de Daimh.

—¿Qué es lo que..., bueno, tú y yo...?

—No me preguntes, Aila, pues aún no sé qué responder —la interrumpió Daimh.

Ella aceptó su respuesta; debía seguir esperando, pero esta vez con Daimh. Ambos debían ser pacientes hasta que supieran qué era lo que los uniría en el futuro y si aquella agradable sensación que los embargaba al encontrarse juntos sería la responsable de su decisión.

Una vez en el castillo, Daimh no quiso alejarse de la joven. Sin saber por qué, todo parecía haberse normalizado tras haber admitido la atracción que Aila ejercía sobre él. Volvieron a sus labores después de comer algo de forma apresurada. Antes de despedirse, le dijo que iría a buscarla a su torreón en cuanto terminara algunas tareas. Aila asintió, notando cómo su estómago revoloteaba al ser la destinataria de la inusual sonrisa de medio lado que el guerrero le dedicó.

Antes del atardecer abrió la puerta de su zona de trabajo para encontrarse con Daimh. Este cargaba con un pequeño saco que contenía sal.

—Coge todo lo que necesites o con lo que trabajas para crear protección —le ordenó, ya sin furia, ya sin tensión, solo con la costumbre de quien lleva mucho tiempo dando órdenes.

Aila cogió la horca, su cinturón, una ramita de espino blanco y una bandolera de cuero y siguió a Daimh por los pasillos del castillo. En el ala oeste, Daimh abrió una pequeña puerta situada en una de las esquinas. Aila la cruzó con facilidad; el guerrero tuvo que agachar la cabeza. Una vez dentro, se encontraron en un hueco que tenía como descansillo una empinada escalera de caracol. Hacia abajo se hallaban las mazmorras; hacia

arriba, los escalones que los llevarían a la parte superior del castillo. Daimh tuvo que empujar con fuerza la portezuela que les permitía el acceso al techo de la fortaleza. Aila comprobó que no era un lugar transitado por los habitantes del castillo.

El viento le azotó la cara cuando dio varios pasos admirando las vistas. Entendió lo que Daimh le ofrecía. Si ella era capaz de crear una capa invisible de protección, el mejor lugar sería aquel. El techo bajo el cual todos convivían.

Daimh cerró la puerta tras él, apoyándose en el muro mientras presenciaba cómo Aila realizaba su trabajo. La joven decidió crear un círculo de protección dibujando la Pisada de la Bruja antes de que el umbral del día y la noche llegaran al punto de encuentro. Sacó de la bandolera una tablilla junto a una piedra que Daimh identificó como espato de Islandia. Se sorprendió ante los conocimientos de Aila en cuanto al uso de aquella piedra que los antiguos vikingos utilizaban como brújula en los días nublados en medio de la mar. Cuando la hechicera situó el norte, comenzó a trazar cinco líneas que cubrían la superficie del castillo, y, cuando finalmente completó un círculo que rodeaba el símbolo de la Pisada de la Bruja, Daimh observó cómo Aila parecía estar muy lejos de allí. Un escalofrío le recorrió la espina dorsal al comprobar que su pelo agarrado en la nuca, su tartán y su camisa de lino se movían empujados por el viento, mientras que el vestido de Aila solo se movía cuando esta lo hacía: estaba completamente aislada por una barrera invisible, lo que dejó al guerrero estupefacto.

Aila utilizó una rama de espino blanco como vara central para enfocar la energía que comenzaba a fluir y concentrarla en aquel punto concreto. Preparándose para conectar con Elphame, Aila comenzó la Ronda trazando el recorrido que realiza el sol de este a oeste. Situándose en los extremos de cada línea, empezó a llamar a los espíritus que representaban a cada elemento. Realizó el mismo ritual que la vez que se refugió en el bosque, el día antes de llegar al castillo. Cuando el sol dio paso a la oscuridad de la noche, Aila sintió la presencia de los seres que protegerían la fortaleza. Dando las gracias, completó el rito.

Las ráfagas de viento que volvieron a mover su melena y su ropa indicaron a Daimh que todo había terminado. El guerrero no había movido un músculo, pendiente de cada señal, cada sensación y cada cambio que se producía en la hechicera. Cuando Aila se acercó a él con una sonrisa complacida en los labios, Daimh se conmovió en lo más hondo de su ser al contemplar a la muchacha, que paseaba entre varios mundos portando una gracia natural y totalmente fuera de lo común. No pudo menos que sentirse afortunado por conocer a alguien como ella.

—¿Ya estamos a salvo, pequeña hada perdida?

Aila sonrió en la penumbra reconociendo para sus adentros que estaba enamorada de Daimh. Se dijo que esa sensación que su cercanía, su mirada y su voz despertaban en ella solo podía llamarse amor. Y esa revelación dio paso a la aprensión, pues solo él podía llegar a herirla en profundidad.

## 17

La misma tarde que Daimh y Aila se encontraban sobre la superficie del castillo, Cormag y el padre Henry se reunían en la capilla.

—Esa bruja está logrando que muchos me miren con desconfianza —se quejaba el sacerdote, enfurecido por la intromisión de Aila en su misión como evangelizador—. Con lo que me ha costado que todos me tomen como su guía espiritual... —se quejó—. Los tiene a todos hechizados. ¡A todos! ¡Es hija del demonio!

—Lo sé, pero poco me importa si solo anda poniendo cataplasmas a la gente —contestó Cormag—. Lo que me preocupa es que consiga que lady Meribeth se esté acercando a mi tío y mantengan una buena relación. Vuestro trabajo se centraba en impedir la posibilidad de un heredero.

—¡Es culpa de la bruja! —insistió el padre Henry—. Hay que expulsarla de aquí, o, mejor aún, asesinarla.

—¿Asesinarla? —le preguntó con enfado Cormag, harto de reacciones absurdas—. ¡No sea estúpido, padre! Daimh no le quita el ojo de encima y la mantiene vigilada en todo momento. —Desechando las protestas con una mano mientras se paseaba de un lado al otro del altar, Cormag se enfrentó al sacerdote, que se encontraba sentado al no soportar estar mucho tiempo de pie debido a su barriga y al peso de la sotana—. Escuchadme bien: cuando volváis a realizar vuestra visita a otros clanes, debéis hablar con Brian Mackenzie y su madre. Hasta ahora no han servido de mucho sus ataques, no sé qué demonios intenta ese crío. Tendré que hacerme cargo de su empresa, pues el cambio en Meribeth nos urge a quitarnos a mi tío de en medio. Y rápido, pues no creo que podamos volver a envenenar a la castellana con Aila cerca. ¡Y no quiero herederos!

—¿Y qué habéis planeado? —preguntó el sacerdote, conocedor de la habilidad como estrategia del gestor del clan.

—Por lo que me habéis contado, los Mackenzie no están dispuestos a tener como laird a un niño como Brian y menos aún con su madre gobernando junto a su amante, un tal Evander —comenzó a explicarse Cormag—. Somos los únicos que podemos dar una solución a sus problemas. Daimh es el siguiente en la línea de sucesión, y muchos soldados Mackenzie no lo han olvidado. Si le ofrecemos a Daimh a cambio de la cabeza de Alistair, él quedará libre de competencia y yo quedaré libre para volver a tomar lo que es mío por derecho. Nadie sospechará que estoy detrás de sus muertes, pues siempre me quedo como responsable cuando mi tío deja la fortaleza. Culparán a los Mackenzie de todo. Por eso, debéis insistirle de la necesidad de un gran ataque que logre que mi tío se desplace hasta la frontera.

—Como es mi costumbre, hablaré con Moira. Ella sabe cómo hacer entrar en razón a su hijo —aceptó el sacerdote cavilando—, pero quiero algo a cambio.

—¡Ya lo tengo en cuenta, una maldita bolsa de monedas de oro! —le espetó Cormag.

—Y algo más. —La doble papada ascendió mientras sus ojos se cargaban de malicia—. En cuanto los soldados partan hacia la frontera, dejarás que juzgue a Aila por brujería. Me encantará verla morir.

—¿Cuándo pensáis marchar? —preguntó Cormag, aceptando el acuerdo.

—La maldita bruja quiere celebrar el endemoniado día de la fertilidad —comentó asqueado—. ¡Es el día de la lujuria y el pecado! No puedo irme hasta después de esa fecha. No pienso dejarle el camino libre.

—¿No saldréis antes de una semana por un estúpido día? —preguntó Cormag con enfado—. No, partiréis en unos días. Me da igual si es Walpurgis, Sanheim o el solsticio de invierno. Partiréis cuanto antes, necesito ese acuerdo con urgencia.

Cormag dejó que el sacerdote tronara varios minutos más hasta que se quedó convencido de que tenía al sebososo del padre Henry de su lado.

## 18

Los días parecían fluir con tranquilidad, alegría y buenas vibraciones. Daimh comenzó a sentarse cerca de Aila compartiendo mesa en las cenas junto a los demás habitantes del castillo. Sus amigos y compañeros de batalla aprobaron el cambio de actitud en un mudo asentimiento. Sus tareas diarias los mantenían ocupados la mayor parte del tiempo, pero siempre compartían sonrisas o saludos cuando se cruzaban. No hubo más avances, no hubo más caricias, solo disfrutaban de una buena amistad y dejaba que sus sentimientos maceraran como Aila hacía con sus remedios.

Pronto, todos quisieron participar de la organización de la fiesta de la primavera llamada Walpurgis. Los matrimonios nuevos, las doncellas en busca de esposo, parejas sumidas en la monotonía y los hombres que cultivaban los campos, todos esperaban con ansias la llegada del buen tiempo para realizar ritos de fertilidad y de purificación. Era momento de recoger los frutos, disfrutar de la abundancia de ellos y agradecer a la Dama Verde su plenitud, bondad y generosidad.

Kenza y Muriel acompañaron a Aila en busca de un lugar en el bosque donde poder celebrar tan esperado día. Intentando captar las corrientes telúricas que recorrían las tierras Mcleod, Aila encontró el lugar idóneo. A varios minutos andando desde la fortaleza, había que serpentear entre los arbustos hasta llegar a un claro que la sabiduría había rodeado de pinos. Aila, conocedora de las señales, supo que esos pinos protegían de los espíritus y fantasmas malignos. Observó que crecía algún que otro espino, arbusto que conectaba con Elphame. En definitiva, aquel claro era el ideal para celebrar Walpurgis sin molestias o malas energías. Pidió al bosque el tronco de un árbol. Después de mucho rastrear, localizó uno vacío, pues era bien conocido que todos los arboles vivos estaban habitados por seres: tenían vida. Desde el momento que estos lo abandonaban, el árbol quedaba vacío, inerte. Mujeres como Aila sabían detectar la diferencia.

Varios hombres del clan talaron el árbol, colocando el tronco en el claro elegido para la celebración. Utilizaron sus ramas buscando muchas más por la zona para encender una gran hoguera. El fuego era símbolo de vida, la fuerza que empuja la energía, incita al movimiento y a la acción. Aquella noche se danzaría alrededor del tronco alzado y se quemaría todo lo nocivo en la hoguera. En la aldea también se realizaban preparativos. Comenzaron a cargar carretas con barriles de bebida y comida. Todo para una celebración donde la embriaguez, la alegría, la danza y la sensualidad se expandirían por todos los rincones del bosque.

El padre Henry había tenido que partir, pero no sin antes condenar a todos los que acudieran a la fiesta de la depravación, la lujuria y el culto a Satanás. La mañana de Walpurgis Aila se contagió del frenesí que invadía el castillo. Todos parecían percibir las cálidas sensaciones que los dioses fumigaban por el ambiente. La hechicera había hablado del acicalamiento para Walpurgis, generando una divertida excitación en muchas mujeres, que se reunieron en el patio de armas para participar del ritual. Todas recolectaron pétalos de las rosas que Muriel cultivaba alrededor de su cabaña, llevando consigo un cuenco con agua donde dejar los pétalos durante la noche. Una vez colocado ese cuenco en cada ventana, volvieron para hacer coronas de flores y coser las tiras de telas para adornar el Palo, mientras compartían novedades, reían y cantaban.

La hiedra fue la protagonista, pues todas escucharon con atención a Aila nombrar las propiedades y leyendas de esa planta. Muchos niños se acercaron a oírlas también. Todos se sentaban alrededor de una gran mesa colocada en el patio de armas y cubierta por plantas, retales y todo tipo de enseres para realizar el trabajo.

—No solo es una planta muy bella; la hiedra guarda una magia muy especial —decía Aila—. Es una planta muy protectora; tan solo debemos fijarnos en que su hoja no muere. Podemos diferenciar las hojas nuevas de las viejas por su color. ¿Veis? —Aila alzó dos hojas con verdes de distintas tonalidades—, esta inmortalidad puede sernos de ayuda. En su elaborado crecimiento, cubriendo paredes, fabrica una semioscuridad que permite que habiten seres de otros mundos, hadas y duendes que protegerán el lugar donde la hiedra crezca. Si hoy nos colocamos coronas hechas con estas hojas, se debe a su poder para favorecer el amor y el matrimonio. Es símbolo de la felicidad. Cuando termine la noche podéis colocar estas coronas en la puerta de vuestras casas para llevar la felicidad a ellas y así tener buenas energías cerca de vuestros seres queridos.

—Yo suelo jugar con un duende, pero mi mamá me dice que no es verdad y que no existen —interrumpió un niño de no más de cinco años con un pelo rubio platino y enormes ojos grises—. Se enfada si hablo de los duendes, porque dice que son malos, que los trae el demonio, y me dice que me aleje de ellos.

—Ven acá, pequeño —le pidió Aila para sentarlo sobre sus faldas. Las mujeres se miraron unas a otras expectantes, pues sabían que la madre del niño era una seguidora de Ulla—. Tu mamá hace mucho tiempo que dejó de ver a esos seres que nos acompañan, nos cuidan y nos ayudan en momentos de dificultad. Si no los puede ver, es difícil que entienda que pueden estar ahí. Muchas personas olvidan que los niños pequeños como tú son capaces de ver más allá de este mundo y pueden conectar con hadas, duendes o, como dicen algunos, el pueblo tranquilo. No debes temerlos; con el tiempo desaparecerán para ti, aunque nunca dejarán de estar ahí. Crecerás y tus preocupaciones serán otras, como convertirte en un gran guerrero. ¿Es eso lo que quieres, ser un gran guerrero Meleod? —le preguntó Aila, que sonrió ante el asentimiento del niño—. Estoy segura de que serás un temible guerrero y tendrás la ayuda de tus amigos para siempre.

—¿Aunque no los vea como mi madre?

—Aunque no los veas, ellos velarán por ti —le respondió Aila.

En aquel momento Daimh observaba de lejos la escena mientras recorría el paso de ronda de la muralla interior, y se detuvo a contemplarla. La imagen de Aila, rodeada de las

mujeres del clan con un pequeño en su regazo, formaba la visión de una castellana ejemplar. Aquella idea removió algo en su interior, pues era la primera vez que advertía esa cualidad en ella. Hasta el momento solo la consideraba una inocente criatura salvaje, incapaz de convivir en una comunidad por sus extrañas ideas. En los últimos días todo parecía haberse normalizado. Se alegró al saber que Aila era aceptada por su gente y que la joven había logrado hacerse un hueco en el corazón de todos. Incluso en el suyo. Esta última idea la desechó con rapidez: no quería sentirse más vulnerable de lo que ya se sentía. Enamorarse de Aila no entraba en sus planes. Desearla, por otro lado, era inevitable.

El hermano Albert, mano derecha del padre Henry, mantuvo al redil más cercano y devoto en la aldea. Todos observaron con miradas reprobatorias la marcha de la mayor parte del clan hacia el interior del bosque. El monje, de estructura delgada, hombros hundidos y mirada escurridiza, mantuvo vivo el mensaje del padre Henry. Hacia el anochecer, cuando todos parecían dormir y la luz anaranjada de la gran hoguera iluminaba las copas de los árboles a lo lejos, el monje se acercó furtivamente para observar de cerca la gran fiesta pagana.

Kenza había convencido a Aila para que se pusiera el vestido amarillo con el sobreveste verde, que realzaba el color de sus ojos. Las mangas acampanadas del sobreveste se ampliaban a la altura del codo y dejaban ver la camisola amarilla, que le llegaba hasta la muñeca. El escote cuadrado realzaba el esbelto cuello de Aila. Kenza le dijo que como guía en aquella noche tan especial debía aparecer como la más bella. Se roció con agua de romero y se colgó al cuello un cuarzo rosa incrustado en metal. Era la piedra para el amor y la amistad que quería extender a todos. Necesitaba llevar armonía a su alrededor ayudada por los espíritus que durante la mágica noche la acompañarían. Para terminar, Kenza trenzó pequeños mechones de su melena desde las sienes hasta la coronilla, despejando su frente y mostrando sus rasgos celtíberos. Sus mechones más rebeldes escaparon para rizarse como siempre lo hacían.

Aila conectó con suma facilidad con la Madre Naturaleza. La gran hoguera tenía varios metros de altura, el Palo de Walpurgis que se alzaba durante la luna del Sauce esperaba rodeado de cintas y todos los presentes aguardaban con ansia la llegada de la oscuridad. Las mujeres, con ojos brillantes y sonrisas alegres, mantenían sus coronas de hiedra. Los hombres, siempre más comedidos, recorrían con la mirada a las mujeres, captando la belleza en ellas.

Alistair y Meribeth, situados frente a la multitud, acompañaban a Aila. El laird hizo guardar silencio y le cedió la palabra a la joven.

—Bienvenidos a esta noche mágica, donde celebramos el gran festival de la primavera —empezó a decir Aila—. Todos hemos sido testigos de cómo la Dama Verde se ha extendido por nuestras tierras, haciendo brotar de nuevo la vida tanto en plantas como en cultivos y animales. Hoy celebramos la fertilidad, donde los instintos naturales de hombres y mujeres se sentirán con más fuerza. Bebed y comed, saciaos en todos los sentidos, honremos el renacimiento de la primavera y la llegada de la luz a nuestras vidas. Hoy nos acompaña el Hombre Verde, que representa a los Espíritus del Bosque que despiertan del sueño traído por el invierno. Danzad alrededor del Palo, hacédle la mayor ofrenda que poseáis: vuestra alegría y vuestras ganas de vivir. Cortejaos los unos a los otros ante su presencia. Vuestra alegría procurará fertilidad y, con esta, el nacimiento.

Renaceremos en esta noche como lo hacen nuestras praderas cubriéndose de flores, renaceremos como los pájaros que vuelven a acompañarnos con sus trinos y los animales que producen ruidos avisándonos del inicio de esta nueva etapa. El fuego nos alumbrará, nos insuflará fuerzas y quemará todo aquello que queráis desterrar de vuestras vidas. Hoy es el momento para un nuevo comienzo. Que los dioses nos bendigan y nos aporten armonía. ¡Bienvenidos a la noche de Walpurgis!

Todos lanzaron vítores. Abrieron los barriles, tocaron gaitas y tambores y sirvieron los ciervos que habían cazado. Reían y hablaban desperdigados alrededor de la gran hoguera. Aila paseaba entre la gente recibiendo agradecimientos, saludos afectuosos y buena conversación. Cada poco alguien le alcanzaba un cuenco con comida y otro con bebida. Ella también se contagió de la alegría que allí reinaba, siendo cómplice de muchos romances incipientes. En un momento dado, muchos decidieron acercarse para quemar trozos de corteza donde Aila escribía con su *athame* lo que hombres y mujeres querían quemar en la hoguera. Enfermedades, malos momentos, tristeza, muerte, desamores... Ella lo hacía con sumo placer pidiendo equilibrio para todos ellos.

Daimh estaba al otro lado del claro, siguiendo con la mirada a Aila cada poco tiempo. La joven reinaba en aquel lugar, llevando luz propia a todo aquel que le brindara su sonrisa. El whisky, la música y el calor de la hoguera comenzaron a derribar las barreras de la cautela. Clarion y Archie se habían decantado por seducir a las más que dispuestas jóvenes aquella noche, donde el sexo no generaba ataduras; tan solo permitía disfrutar de los placeres terrenales que se celebraban abiertamente. Daimh rio junto a Irvyng, que se mofaba de la falta de habilidad para bailar de sus amigos. Estos tomaban la cinta que les correspondía y seguían a las jóvenes en el baile alrededor del Palo. Trenzaban y destrenzaban el tronco del árbol rodeándolo con risas, miradas y comentarios provocadores.

La noche fue consumiendo tabúes, miedos y vergüenzas y fue mostrando los sentimientos reprimidos durante tanto tiempo. Daimh buscó a Aila por el claro, temiendo por un momento que hubiera aceptado la invitación de algún hombre para escabullirse al interior del bosque, tal y como muchos hacían. La encontró sentada junto al fuego sobre unas pieles. Se abrazaba las piernas con las manos y clavaba los ojos en las llamas, observando lo que solo ella podía ver. Kenza reía a su lado mientras coqueteaba con algunos soldados. Observó cómo Clarion alejaba con un manotazo a unos cuantos para aproximarse a ella y susurrarle algo al oído. Kenza frunció el ceño y le dio un codazo: parecía que no la iban a seducir con facilidad. «Otra vez será, amigo Clarion», pensó Daimh al levantarse para probar suerte con su hechicera.

Repitiendo el momento de la playa, rodeó a Aila y se sentó tras ella flanqueándola con sus piernas y envolviéndola con sus brazos. La joven giró ligeramente el rostro para saber quién era y se relajó al reconocerlo. Aila quiso llorar al tenerlo cerca de nuevo. Adoraba aquella sensación de abrigo. Sus pulmones parecían a punto de estallar; al no poder albergar tan dulce sensación, se conformó con recostar la espalda contra su pecho. Un hormigueo recorrió su cuerpo cuando su oreja fue acariciada por la respiración del guerrero. Sus ojos regresaron al fuego, al que pidió la fuerza necesaria para soportar ese tormento.

Kenza se volvió hacia ellos con naturalidad sin mostrar sorpresa ante la íntima postura de ambos. Animada por Clarion, comenzó a hacer comentarios sobre las distintas parejas que se escabullían en silencio para amarse en la oscuridad de la naturaleza. Rieron y bebieron largo rato sin dejar de hablar y narrar lo que sucedía a su alrededor. Aila y Daimh participaron con alguna observación jocosa. Y así continuaron largo tiempo más. Hasta que sin darse cuenta se habían quedado solos. Varios grupos reducidos y diseminados por el claro mantenían la fiesta en pie.

Daimh alzó un dedo para realizar el recorrido desde la clavícula de Aila hasta la sien, pasando por el cuello. Un suspiro brotó de los labios de la hechicera, que gozaba de sus caricias. Aila inclinó la cabeza y apoyó la mejilla sobre el brazo de él para ofrecerle su cuello sin reparos. Daimh llegó a su sien, donde tomó un pequeño rizo que escapaba de las trenzas.

—Me gustan estos rizos, indomables, como tú —le dijo, con un susurro que la anestesió.

Aila sonrió como respuesta, atenazada por la impresión que le causaba el poder que Daimh ejercía sobre ella. El guerrero inclinó la cabeza para besar la curva de tez blanca expuesta ante él. Sin apenas separar sus labios de la piel de Aila, susurró.

—Te deseo, Aila. —Su confesión la desarmó.

—Así lo percibo, Daimh —le contestó, apreciando cómo su corazón latía al escuchar una confesión más profunda, más acorde con lo que ella necesitaba oírle decir—. Tu deseo es igual al mío. La noche permite que esta emoción abrasadora nos domine. —Sus palabras fueron interrumpidas y sus ojos se cerraron cuando los labios de Daimh se posaron sobre su piel, esta vez más cerca de su oreja.

—Pues rindámonos a él —le pidió Daimh—. Los dioses te mostraron nuestros destinos ligados en el futuro.

—Nunca lo has creído. —La joven rio por lo bajo, embriagada por la dulce sensación que el deseo provocaba en su entrepierna—. Solo me deseas, Daimh.

—Nunca lo he negado —le respondió—, pero tú misma hablaste de dejar que las cosas fluyan, de descubrir la razón por la cual los dioses enviaron ese mensaje.

Aila se removió entre sus muslos para poder mirarlo a la cara. Daimh no dejó que se alejara y la mantuvo entre sus brazos y piernas. La hechicera mostraba cierto dolor cuando posó sus rasgados ojos verdes sobre los suyos. Algo la perturbaba, algo mezclado con el deseo. Aila le acarició el mentón mientras sopesaba algo. Daimh esperó a que la extraña muchacha se atreviera a decirle lo que parecía no querer hacer.

Aila había aceptado la profunda atracción que Daimh le provocaba. Estaba atada a él en cuerpo y alma. Reaccionaba ante su contacto y suspiraba por sus besos. Su alma pedía percibir la verdad de los sentimientos del guerrero, necesitaba saber si la correspondía a pesar de silenciarlos. Como siempre, las revelaciones sobre su propia vida no le estaban permitidas. Aila aspiró el aroma masculino de Daimh cuando acercó su mejilla a la suya. Creyó que se le quemaba la piel de la frente cuando la posó sobre el cuello del hombre. El calor que exudaba la piel sobreexcitada del guerrero la atrajo cual imán. Amoldó su cuerpo al de él, y respiró su olor acariciándolo con la nariz, avivando sin quererlo las llamas

internas que querían abrasar su cordura. El contacto de piel contra piel, aliento contra aliento, las hormigueantes caricias al rozar sus rostros, la electrizante energía que los unía, todo en su conjunto, de forma silenciosa y lenta, les produjo una excitación apenas contenida.

La joven notó cómo las manos que la mantenían cerca aumentaban su presión ante su gesto. Aila cerró los ojos, intentando frenar las oleadas de pasión que comenzaban a invadirla. Las fuerzas que recorrían su cuerpo clamando saciarse conseguían que quisiera revolverse desatando la pasión que guardaba a duras penas bajo control. El suspiro que emitió por su esfuerzo excitó a Daimh, que contenía las ganas de alzarla y llevarla al bosque sin contemplaciones. Aquella sensual cercanía había logrado que las emociones callaran a la razón. La hechicera rodeó con una mano el lado contrario del cuello donde reposaba su frente y acarició la nuca del guerrero, lo que aceleró su pulso mientras Aila escuchaba la dificultad que parecía tener para tragar.

—Esta noche quiero que seas mío, quiero recibirte y no recordar dónde empieza mi cuerpo y dónde lo hace el tuyo, solo esta noche, Daimh —le susurró Aila tras discernir sus propios deseos—. Mañana no mencionarás lo ocurrido, mañana nada nos atará, mañana no hablaremos del destino.

—Aila, lo que pase esta noche lo cambiará todo —le contestó Daimh, incapaz de prometer lo que sabía que no podía ignorar.

—No, solo te quiero esta noche —le respondió Aila con firmeza al tiempo que se alejaba de sus brazos y se ponía en pie ante él.

Daimh percibió el intenso frío que la distancia de sus cuerpos produjo. Frunció el ceño, confundido e insatisfecho. Levantó el rostro para recorrer la silueta de Aila contra el fuego. Una silueta oscura, muy femenina, que le prometía una noche de pasión a cambio del olvido.

—Me adentraré en esa dirección, contaré veinte pasos y esperaré. El hombre al que reciba solo obtendrá la pasión y el deseo que ha despertado en mí. Lo que ocurra en la oscuridad, cuando nuestros cuerpos desnudos sacien la sed del otro, debe quedar entre la vegetación que nos acoja. Cuando volvamos a salir, no habrá nada que nos una, nada que nos obligue a permanecer junto al otro, nada que nos impida volver a ser Aila, la mensajera de Elphame, y Daimh, el hombre que entrega su cuerpo y su alma a su clan.

El guerrero siguió con la mirada la silueta que se movía a contraluz. Sus ojos fueron incapaces de abandonar la oscura figura que con andar felino y gracia natural se deslizaba frente a la hoguera rodeando las pieles donde estaba sentado. Observó cómo se adentraba en el bosque sin mirar atrás. De nuevo la lógica de Aila lo confundía. Después de llevar semanas lidiando con sus propios sentimientos hacia la joven, deseaba dejarse llevar y que el resultado de todo lo transportara a un futuro junto a ella, aceptando de una vez la verdad que los dioses le habían revelado. Recordó el enfado en ella cuando se negaba a creerlo, sin entender el cambio de parecer. Ahora todo había cambiado: la hechicera lo liberaba de la carga que el destino le había impuesto y le ofrecía su cuerpo con el único propósito de saciar su deseo. Tras meditarlo unos segundos, se levantó con decisión. Honraría a la Dama Verde y el día de Walpurgis haciéndole el amor a Aila. Y que los dioses se apiadaran de él, porque estaba a merced de los deseos de una hechicera.

Aila creyó estar haciendo lo correcto. No quería obligar a Daimh a permanecer a su lado por culpa de su visión. Amaba a Daimh y quería que se entregara a ella por voluntad propia, para amarla el resto de sus días. Aila estaba decidida a no conformarse con menos. Salvo esa noche, donde solo esperaba deseo carnal y ofrecer lo mismo que recibiría en igual medida. Pronto escuchó cómo alguien se abría paso por la arboleda. Cuando vislumbró la imponente silueta de Daimh aparecer ante ella, sonrió.

El guerrero no tardó en tomarla entre sus brazos y buscar su boca. El beso se ahondó en cuestión de segundos como si se fustigaran mutuamente por haber permanecido tanto tiempo alejados. Aila se puso de puntillas para agarrarse al cuello del guerrero mientras este aprovechaba para tomar sus glúteos y acercarla a su dureza. Tras varios minutos de ardientes besos y caricias, notaron que las ropas comenzaban a estorbar. Daimh dio un paso atrás. Sin dejar de mirar a Aila, empezó a deshacerse del tartán, de la camisa y de sus botas. Extendió la gruesa tela sobre el suelo y esperó sobre ella a que Aila se acercara.

La joven se mordía el labio admirando el cuerpo desnudo de Daimh. La noche le ofrecía débiles rayos azulados provenientes de la luna que lograban que sus ojos atisbaran sus rasgos. El guerrero la aguardaba preparado; su gran tórax subía y bajaba debido al esfuerzo que hacía al contenerse, sus piernas separadas eran fuertes y homogéneas. Con los ojos clavados en el cuerpo que la deseaba, Aila se quitó las babuchas terminadas en punta y desanudó las tiras de su vestido con una lentitud que mantenía hipnotizado a Daimh. Con suavidad tomó el borde del sobreveste y se lo deslizó por los hombros, consciente de la intensa mirada de Daimh, que sentía cómo se le hacía un nudo en la garganta al observar los movimientos que la joven realizaba con los hombros para liberarse de la ropa. El sobreveste ya se encontraba por el suelo cuando le llegó el turno al vestido amarillo que se ajustaba al cuerpo. El dolor de la pasión golpeó al guerrero al presenciar cómo la tela resbalaba descubriendo la piel de Aila. Cuando por fin vislumbró sus pechos, creyó ser víctima de la más tentadora de las torturas. Ella se mostraba inalcanzable, suspirando en la distancia, acompañada de la fuerte respiración del guerrero, que la animaba a continuar. Aila tuvo que tomar los bordes del vestido haciendo un esfuerzo para sobrepasar sus caderas. Daimh cerraba y abría las manos para no arrancarle las prendas de una vez. Cuando sus pantorrillas aparecieron entre el montón de telas, Daimh volvió a mirar al rostro de Aila, que reflejaba su liberación.

Ella se acercó y posó una mano sobre su firme pecho. Él, a su vez, llevó su mano a la cintura de ella comenzando el ascenso hasta sus pechos plenos. Aila posó la frente bajo su mentón y exhaló un débil suspiro al ser recorrida por las firmes manos de Daimh. Sus bocas se volvieron a encontrar, esta vez con menos urgencia, saboreando cada instante. El lento movimiento de sus lenguas los sumió en la más absoluta embriaguez, donde sus cuerpos se abrazaban, tocando allá donde deseaban, luchando por ver quién lograba dar más placer a quién. Pronto se encontraron sobre el tartán, donde sus cabezas quedaron a la misma altura, y Aila se deleitó con los besos que Daimh dejaba sobre su piel. El guerrero adoró cada rincón de su cuerpo: su cuello esbelto, sus firmes clavículas, sus pechos, su terso estómago y el núcleo donde se condensaban todas las corrientes de deseo de Aila. Los gemidos que arrancó a la joven con sus besos y caricias lo urgieron a unirse a ella.

Aila abrió sus muslos ofreciéndose a él, contoneándose al adelantarse a la danza que iban a representar y logrando que sus suspiros anhelantes ordenaran a Daimh cubrir su

cuerpo con el suyo. El guerrero volvió a sorber de su tierna boca su esencia, permitiendo que su miembro viril buscara la entrada húmeda de la joven. Sus corazones dejaron de latir unos segundos cuando sus sexos se encontraron, y gimieron al unísono. Daimh embistió tomando el cuello de Aila con una mano y agarrando con la otra su muslo para hallar la entrada hacia su interior. En el momento en el que notó cierta resistencia y ella dio un respingo, supo que Aila era virgen.

En cuestión de segundos Daimh se preguntó cómo una virgen como ella se había mostrado sin pudor, se había ofrecido sin compromisos, además de conocer la anatomía de su cuerpo con exactitud cuando tomó su miembro entre sus manos. Cuestionó la habilidad que mostró al acariciarlo para alentar su deseo y cómo sabía que sus piernas guardaban el lugar donde culminar en el éxtasis. La respuesta fue igual de veloz. Porque no estaba ante cualquier mujer, porque Aila era única y con ella todo parecía sencillo y complicado a la vez.

—Aila, eres virgen —le dijo Daimh, aún sorprendido al haberse olvidado de que la manera de pensar y de relacionarse con los hombres no significaba que practicara el sexo con ellos.

—¿Y qué mejor día que en Walpurgis para dejar de serlo? —respondió Aila mordiendo el labio inferior mientras su sonrisa seductora animaba a Daimh a continuar.

Daimh pensó que, si bien conocía la poca importancia que Aila le daba al virgo, jamás hubiera creído que le prestaba más valor al día en el que lo perdía que a la persona con quien lo hacía. Antes de que su orgullo varonil se sintiera ofendido, los besos de Aila al invadir su cuello lo llevaron de vuelta a la realidad. El ronroneo de ella, sus pechos rozando los suyos y su boca lamiendo sus labios encendieron a Daimh. El guerrero comenzó a mecerse dentro de ella, deslizándose en su humedad, embistiendo con movimientos constantes y certeros. Apretó los dientes, esforzándose por no terminar antes de tiempo. Disfrutaba del placer tan primitivo que experimentaba al acompañar a la joven en su orgasmo. Aila movía sus caderas para recibir a Daimh, nadando entre olas de placer que subían y bajaban y que la alejaban de la realidad. Solo estaban ellos dos. Aila tomó la boca de Daimh con violencia, desatada por la pasión, succionando para pedirle en silencio que terminara vertiendo el jugo de su orgasmo dentro de ella. Daimh así lo hizo, rindiéndose ante la diosa que tenía debajo.

Una vez volvieron a ser conscientes de la noche, de sus ruidos, del frío y del olor a primavera, cubrieron sus cuerpos con el tartán. Atrapados en su interior, Daimh acercó el cuerpo extasiado de Aila al suyo, abrazándola con ternura. Dormitaron juntos, saciados y prodigándose perezosos besos y caricias.

Horas más tarde Aila despertó con la cabeza acurrucada bajo el mentón de Daimh y rodeada por sus firmes brazos. Se sintió resplandecer ante la cercanía del guerrero dormido. Con cautela al principio, con algo más de audacia después, dejó que su mano recorriera el cuerpo de Daimh: sus muslos duros como el acero, su espalda tersa, su tórax y su fuerte mentón. Aquel mentón que solía endurecerse por su mal genio. Un gruñido surgió del gigante que la mantenía presa. Ella sonrió traviesa y asaltó al guerrero colocándose a horcajadas sobre él. Se inclinó para besar aquella torturadora boca que parecía no conocer la acción de sonreír, pero cuyos besos lograban hacerla languidecer.

Daimh no había logrado dormirse, pendiente del pequeño cuerpo que se encontraba relajado entre sus brazos. Dejó que la joven deslizara sus manos sobre su cuerpo, excitándolo irremediamente. Cuando ella se colocó sobre él, no entendió cómo podía reaccionar con tanta urgencia. Guió a la hechicera, que comenzó a danzar sobre él, descubriendo a Daimh nuevas formas de amar. Ella había llevado las riendas desde el principio; no le importaba que fuera Aila quien marcara el ritmo del acto. La silueta de la hechicera, sus eróticos movimientos, sus gemidos y el tacto de su piel entre sus manos obligaron a Daimh a explotar en su interior, preso de un deseo incontrolable. Se sentó para terminar con las últimas embestidas que culminarían con el orgasmo de Aila. Cogió aquel cuerpo extenuado y volvió a cubrirlo con suma delicadeza. Esta vez sí concilió un sueño reparador, como hacía años que no experimentaba.

El amanecer los encontró en el mismo lugar. Abrazados. Daimh, boca arriba. Aila, acurrucada a un costado abrazando al guerrero con su brazo y su pierna. Los dos se sonrieron con miradas somnolientas.

—Dime que puedes recibir el día aquí, conmigo —le pidió Daimh en un ronco susurro besándole la frente.

No sabía qué hacía la joven en sus escapadas al amanecer, solo esperaba que encontrarse en el bosque bastara. Aila rio por lo bajo mientras asentía con la cabeza y se apretaba contra él. Un sonido sobre sus cabezas interrumpió el beso que Aila iba a recibir. Juntos alzaron las miradas para observar un cuervo posado en una rama sobre sus cabezas.

—Mira quién nos viene a despertar. Un mensajero de Elphame —susurró risueña—. Son aves que guardan profundos misterios, guardianes de recuerdos ancestrales.

—Estoy seguro de que viene a castigarme por yacer con un ser de Otro Mundo —comentó Daimh mirando con desconfianza al cuervo.

Sus palabras habían logrado que Aila riera por lo bajo.

—No, hombre desconfiado —le contestó—, es un animal muy sabio: cuando se acerca de esa manera durante largo tiempo, nos indica que posee un mensaje que nos afecta —continuó explicando Aila mientras entrecerraba los ojos e intentaba conectar con la mente de aquel mágico animal—. Siempre es señal de buen augurio. Viene a por ti, Daimh.

—Nos augurará algo a los dos, pues tú también estás aquí.

—Mmm..., no. —Aila hizo una mueca con la boca analizando el movimiento de la cabeza del cuervo—. Se dirige a ti. Parece que nuestro amigo quiere avisarte de tu buena fortuna.

—Ya entiendo —respondió Daimh acariciando el muslo de Aila que reposaba sobre él—. La buena fortuna de tenerte a mi lado.

Asaltó la boca de Aila sin reparos, ella se abrió a él y volvieron a hacer el amor.

## 19

Tras Walpurgis, todo se desarrolló con normalidad. Daimh seguía sin entender la razón por la cual Aila no quería volver a hablar de su noche juntos, por lo que decidió aceptar sus condiciones. Kenza había compartido confidencias con Aila, y se había quedado igual de extrañada al ver cómo su amiga parecía cómoda con la amistad del guerrero sin pretender algo más. Después de mucho divagar, entendió que Aila estaba tan enamorada de Daimh que no quería sufrir, y que prefería ser ella la que pusiera distancias antes de que lo hiciera él. Kenza se encogió de hombros al creer que no perdía nada por esperar y lograr de una vez por todas que aquel hermético guerrero se declarara igualmente enamorado.

La calma que se había adueñado de todos los habitantes del clan, sin contar con la congregación seguidora de la doctrina de la Iglesia, acabó con la llegada de un grupo de guerreros. Como todas las mañanas, Aila y Kenza se encontraban en la cabaña de Muriel atendiendo a los enfermos que desearan un remedio a sus males. Varios Mcleod escoltaban a cuatro soldados Mackenzie. Kenza identificó al grupo de soldados montados a caballo sin darse cuenta de cómo afectaba la noticia a la hechicera. La información aturdió a Aila; la hechicera sintió un golpe invisible en el pecho y sus ojos comenzaron a escocerle. La energía que desprendía el grupo de guerreros provocó visiones difusas. Muriel, la anciana sanadora, la ayudó a sentarse sobre la tierra, donde la joven apoyó sus manos y esperó con paciencia a que Aila se recobrar.

—Vienen a por Daimh. —Expulsó el mensaje con un jadeo—. Glheanna, ella lo sabía. A Daimh le ha llegado la hora, deberá enfrentarse a su propia oscuridad.

Todo sucedió con demasiada rapidez. La extraña sensación de Aila venía acompañada de la fuerza que llevaban consigo los acontecimientos. Tras la entrada de los soldados, el consejo del clan Mcleod fue llamado al castillo de Creag. Cormag y Daimh fueron aceptados en la reunión, donde escucharon con gran atención las novedades.

Dristan Mackenzie había fallecido.

Daimh se había posicionado tras su tío, no había tomado asiento y su rostro se mostraba inescrutable. Se agarraba las muñecas a la espalda, con las piernas separadas, sin posar su mirada sobre los hombres que lo llamaban Mackenzie. Apretaba la mandíbula para controlar el instinto más salvaje que lo incitaba a matar a los hombres del clan enemigo. Se repetía una y otra vez, como ecos en su mente, que no era un Mackenzie.

Aquel recordatorio obsesivo se detuvo al escuchar la petición de los soldados. Habían venido para presentar sus respetos a quien ellos consideraban el laird del clan Mackenzie. Los cuatro guerreros le ofrecieron parte del ejército Mackenzie, que estaba dispuesto a dar la vida por él, por su legítimo puesto en el castillo de Coill, como laird del clan. A partir de aquel momento, según dijeron, acatarían las órdenes de Daimh.

Aseguraron que no iban a seguir permitiendo que Evander, Moira y su hijo Brian continuaran dirigiendo a sus gentes. Su hermanastro parecía haber heredado el carácter sádico de su padre. Apenas era un chiquillo y ya había llevado a la muerte a más de una veintena de soldados en ataques sin justificación alguna.

Alistair siempre esperó ese momento. Se enorgullecía de haber tenido la posibilidad de educar a Daimh. Ahora veía que por fin se haría justicia con su sobrino. Por ello, estaba dispuesto a ayudarlo para que lograra ocupar el lugar para el que había nacido: ser el laird del clan Mackenzie. Despidieron a los soldados invitándolos a víveres y descanso mientras el consejo se reunía para tomar una decisión.

Nadie pudo entrever emoción alguna en Daimh. Todos quisieron saber qué pasaba por la cabeza del guerrero, pero este se mantuvo en silencio mientras se debatía sobre su vida y la repercusión para el clan Mcleod. Aunque su rostro petrificado, su mirada vacía y su firme postura aparentaban indiferencia: en su interior se estaba desarrollando una batalla infernal. La mezcla de emociones —odio, rencor, miedo, furia y dolor— mantenía atenazado al guerrero. Llevaba años renegando de sus orígenes, se había imaginado muriendo en el castillo de Creag después de servir toda una vida como Mcleod formando parte del consejo del clan. No se sentía un Mackenzie, por más que escuchaba la palabra «legítimo» o «sucesor». Aquel puesto era para su hermano Cayden; él ya no estaba entre ellos. En las tierras que lo vieron nacer nada le quedaba. No sentía el más mínimo deseo de luchar por gente a la que llevaba años deseando aniquilar. Abrumado, se preguntó qué hacer.

En la ebullición de ideas, recuerdos e imágenes que saturaban su mente, la visión de Aila se coló para guiar sus pensamientos. Recordó el beso en la isla de Skye, el mensaje en el que tantas veces insistió la joven: «Tu madre te llamó Daimh Mackenzie». La voz de Aila, sus ojos visionarios y los consejos que le había dado sin esperar que fueran aceptados se plantaron con fuerza en su interior. Confirmó la idea que llevaba tiempo rondándole la cabeza: la necesitaba. Aila era la única que podía guiarlo en la oscuridad que comenzaba a confundirle.

Todos concluyeron que para el clan Mcleod era una buena noticia que alguien como Daimh fuera el laird de los Mackenzie. Acabarían con las luchas y ataques y llegarían a formar una alianza que los haría fuertes frente a los demás clanes. Todos se volvieron hacia Daimh en busca de su renuente respuesta. Este los recorrió con la mirada, posándola en cada uno de los rostros que formaron parte de su educación como persona y soldado. Sin decir una sola palabra, incapaz de responder, salió del gran salón con paso firme, dejando tras de sí las miradas interrogantes de los hombres del consejo. Alistair era el único que sonreía.

—¿A dónde irá?

—No debemos agobiarlo, es una gran decisión.

—Espero que no se dirija a acabar con la vida de esos soldados. Ya sabéis que no razona cuando ve ese tartán.

—No va a matar a nadie, mis queridos consejeros —los interrumpió Alistair—. Va en busca de su castellana. Aila sabía que esto ocurriría. Su visión era acertada y todos nos reímos de ella.

Sentado a su derecha, como siempre lo hacía, Cormag intentaba disimular su enfado y su frustración. Debía frenar aquella locura, debía utilizar la nueva situación para dar el golpe que llevaba años deseando dar. Cuando todos se retiraron, esperó a encontrar un buen momento para reunirse con el padre Henry. No habían contado con la escisión tan evidente del clan Mackenzie. Brian Mackenzie era el único que podía matar a su tío sin que él se manchara las manos. Si, como decían, Daimh iba a ocupar su lugar como laird y Meribeth se quedaba embarazada, nunca podría ser jefe del clan Mcleod. Le urgía ponerse en contacto con Brian e informarle de la necesidad de no dejar pasar la oportunidad que se les presentaba. Si Daimh decidía luchar, Alistair lo acompañaría con su ejército. Cormag se quedaría cuidando del castillo esperando que en el camino los Mackenzie atacaran, acabando con la vida de ambos.

Aila llevaba semanas visitando a Maisie, una joven que vivía en la aldea, y todo apuntaba a que tendría un parto difícil. Por ese motivo, la hechicera iba todos los días a su cabaña. Allí charlaba con ella y trataba de conectar con la criatura que habitaba en su interior. Su marido, Kendrick, trabajaba como labrador; ambos eran jóvenes y se habían casado por el ritual cristiano hacía un año. La madre de Kendrick era fiel devota de la religión cristiana y criticaba duramente a su nuera por dejar que Aila se acercara a ella. Maisie se había negado rotundamente a dejar que la asistiera Ulla, la mano derecha del padre Henry, cuyo odio hacia la hechicera iba en aumento. Aila intentaba insuflarle ánimo a pocas semanas de terminar su estado de gestación. La tranquilidad que Aila le transmitía y su forma de prepararla para un parto difícil lograron que la tomara más como amiga que como sanadora.

La pequeña cabaña estaba ordenada y limpia y olía al cocido que en el hogar hervía. Maisie era una mujer inquieta, de delgada figura y con una prominente barriga. Recogía su pelo castaño en una trenza y sus ojos grises se rasgaban hacia abajo, generándole una expresión de eterna nostalgia. Aila escuchaba a Maisie relatarle sus molestias mientras esta se levantaba y volvía a sentarse. La joven embarazada captó movimientos fuera de su cabaña y se aproximó al ventanuco a mirar.

—Aila, alguien te espera fuera —le informó.

Cuando Aila miró a través del cristal, vio a Daimh conversar con el alto y pelirrojo Kendrick. Percibió la tensión en el guerrero, y con gesto resignado se despidió de Maisie y salió de la cabaña. Daimh clavó sus ojos en ella en cuanto la vio aparecer. Aila le lanzó una mirada interrogante mientras se despedía de la pareja. Había estado buscándola por todo el castillo y la aldea, hasta que Kenza le indicó la cabaña donde podría encontrarla. Estaba desesperado por hablar con ella. Cuando observó cómo Aila se acercaba luciendo el vestido azul marino que usaba para el trabajo, su eterna sonrisa y su mirada pícaro, supo que se mofaba de la urgencia que detectaba en él. La muy condenada no tardaría en recordarle que ya le había advertido de lo que sucedería. Intentando no enfadarse con la única persona que podía ayudarlo, tensó la mandíbula y endureció su mirada.

—Ven a hablar conmigo.

Daimh dio la orden volviendo a las malas formas de antes, escudándose en su mal genio y olvidando que Aila no toleraba esa conducta. Daimh comenzó a andar hacia la

derecha para dirigirse hacia el camino de entrada a la fortaleza, dando por hecho que Aila lo seguiría. Esta decidió tomar el camino contrario, desafiándolo sin palabras. Daimh se volvió, furioso, y tuvo que pedir paciencia a los dioses al ver la figura de Aila alejarse.

—¡Aila, ahora! —gritó.

La joven se detuvo, se giró en redondo, cruzó los brazos y apoyó su peso en una cadera mostrando el mismo enfado que él. Daimh claudicó con una sola petición que bastó a Aila.

—Por favor.

Aila acompañó a Daimh en silencio; montó en su caballo sin preguntar, esperando que fuera él quien iniciara la conversación. Desde el momento en que sus manos se tocaron, la hechicera percibió las tumultuosas emociones que dominaban al guerrero. Se compadeció de él.

—Llévame a la playa, Daimh —le pidió con suavidad.

Él desvió el rumbo que había tomado el caballo, para ubicarse sobre la arena minutos más tarde. Aila sabía que no podría hablar sin que Daimh desfagara la fuerza que lo mantenía engarrotado, atrapado en el hermetismo de siempre. Cuando estuvieron sobre la arena, uno frente a otro, la joven acortó las distancias en silencio. Desabrochó el cinturón que mantenía sujeto el *plaid* del hombre. Daimh la miraba con un deseo salvaje: su cercanía y su olor lo excitaban. Cuando ella le quitó la camisa de lino, se rindió a la suave sensación del contacto de Aila sobre su piel. En pocos minutos se encontró completamente desnudo. Aila lo miró con aquellos ojos verdes que mostraban el mismo deseo que él por ella. Habían pasado varias semanas desde su encuentro en el bosque, y desde entonces no habían vuelto a intimar. Cuando Daimh quiso tomarla entre sus brazos, Aila lo frenó. La hechicera mantuvo la excitación del guerrero a raya, pues ella no podía darle el alivio que necesitaba, y, muy seria, se colocó a su espalda mirando al océano y le besó el hombro.

—El mar te calmará. El mar logrará que halles la primera palabra a la cual le sucederá el resto —le susurró—. Ahora no puedes hablar, no puedes decidir. Deja que él rompa esta sensación que te endurece aislándote del resto, dejándote sin emociones. Los dioses te guiarán. Cuando salgas de esas aguas, podrás decirme lo que te ocurre, antes no.

Daimh se volvió hacia ella, la tomó del rostro sin miramientos y besó su boca con ardor. Aila estuvo a punto de desestabilizarse al toparse con la fuerza de las emociones que el beso le transmitió. Su cuerpo ardió como respuesta, quedando a merced del guerrero. Con el mismo ímpetu con que la tomó para besarla, la soltó para girarse y dirigirse hacia el océano. Aila tardó varios minutos en normalizar su respiración, intentando concentrarse en las vibraciones que las fuertes pisadas generaban sobre la arena. Se sentó mirando la mancha oscura de Daimh entre las aguas, intentando tranquilizar a su instinto.

Sintió que algo no iba bien, ni sus sentimientos ni la sensación que la golpeó cuando llegaron los Mackenzie... El viento llevaba mensajes confusos que mantenían a Aila en estado de alerta.

Tiempo después Aila se tumbó sobre la arena, dejando que el susurro de las olas, los calientes rayos de sol y la calma del lugar la llevaran a un ligero sueño. Cuando sus ojos se abrieron, se tropezaron con el guerrero vestido y sentado a su lado. Mantenía su mirada

azul sobre el mar. Esperándola. Cuando la joven se desesperó, se quitó la arena de la mejilla y se sentó cerca de él, que la recibió curvando sus labios con pereza, más en una mueca que en una sonrisa. Aila se sentó tan cerca que sus muslos y brazos permanecían en contacto. El olor a salitre del pelo mojado de Daimh y su piel fresca cuando buscó su mano y este la agarró con fuerza le mostraron señales que indicaban que el guerrero estaba preparado.

—Quieren que sea el laird —comenzó a decir Daimh con su voz grave, despojada de tensión—, el laird de un clan que siempre he odiado, el jefe de un clan que siempre he querido aniquilar. Mackenzie. La rabia que me provoca ese nombre no me permite ser su líder. Soy un Mcleod.

—La rabia no te la provoca tu gente —respondió Aila—. Esa rabia te la provoca tu padre. Nadie más; ningún escudo, ningún tartán, nadie más que tu padre. El que te hizo tanto daño al culparte de la muerte de tu hermano y repudiarte cuando habías perdido a tu madre hacía tan poco tiempo. Ella vino a decírtelo. No lo olvides. Ama a los Mcleod, pero no reniegues de tu procedencia Mackenzie. Han venido a por ti, porque te quieren con ellos. Es hora de que a los Mackenzie los guíe un buen líder, como lo eres tú.

Daimh le relató la conversación con los soldados foráneos y su propuesta. Ese mismo día debía responder. A la mañana siguiente marcharía rumbo a las tierras del norte. Los Mcleod se aliarían y lucharían por él. Aila aspiró con fuerza y pidió a los espíritus claridad para ofrecerle el consejo más acertado, pero sus sentimientos hacia Daimh no lograban aclararle las ideas. Él no la tomaba de la mano como compañera, como amante y como dueña de su corazón. Estaba allí como amigo, la buscaba como mujer que conectaba con Elphame. Le pedía consejo y guía para tomar una decisión. Y aquello le causó a Aila un profundo dolor. Algunas lágrimas comenzaron a llenarle los ojos; escondió su rostro en el hombro de él evitando que la viera tan vulnerable.

El guerrero acababa de aceptar su sino, y en él estaba la muchacha que se sentaba a su lado. Daimh posó sus labios sobre su cabeza y abrió los brazos para acercarla a su pecho y sentirla más cerca, dejando que buscara refugio bajo su mentón.

—Ha llegado la hora, pequeña hada perdida —le dijo Daimh—. Es el momento que estábamos esperando. Aila, te necesito a mi lado. Eres la única que me entiende y me guía. Quiero que vengas conmigo. ¿Quieres ser mi castellana, la esposa que me observará desde lo alto del castillo de Coill, mientras entreno en el patio de armas y mis soldados me avisan de tu presencia para alzar la mirada y sonreírte?

Aila creyó, al escuchar esas palabras, que tomaba un puñal y lo deslizaba desde la base de su garganta hasta su ombligo. Daimh le pedía que fuera su esposa porque su visión así lo había dicho. No era suficiente para ella. Ella quería su amor, no quería conformarse con menos.

—Daimh, ha llegado el momento de explicarte algo —comenzó a decir Aila separándose de su abrazo, enfrentándose a los ojos azul oscuro que pertenecían al hombre que amaba—. Cuando los hilos del destino se tejen, marcan los pasos a donde nos llevarán nuestras decisiones. Cuando los dioses nos muestran el futuro, nos están dando a elegir, a deshacer alguna que otra puntada tejida en nuestra vida para reconducirla, o si las fuerzas que nos guían así lo quieren y estamos conformes, continuar sin cambiar nada.

—No quiero cambiar nada, si tu visión está en lo cierto, saldremos vencedores y seré laird —le rebatió Daimh.

—Sí, lo serás, de eso estoy segura —le respondió Aila—; pero nada hace pensar que me necesitas a tu lado. Nada nos indica que deba ser yo la castellana.

—Pero tú estabas allí, Aila, tú me has dicho en más de una ocasión que nuestro futuro está entrelazado y que debía aceptarlo.

Daimh estaba totalmente desconcertado; la tomó del mentón para que lo mirara a la cara, intentando escudriñar su interior.

—Henos aquí, Daimh —le contestó Aila, reuniendo todas sus fuerzas para no desvelar sus propios sentimientos—. ¿Esto que nos une no es más que suficiente para creer que debíamos conocernos? Te estoy ayudando, mi misión ha consistido en hacerte llegar el mensaje de tu madre. Advertirte de que no debes seguir sintiendo odio y que tu futuro está al frente del clan Mackenzie. En cuanto a mí, bueno, no siempre son claros conmigo. —La joven se encogió de hombros sonriendo con picardía antes de decir—: Ya confesé una vez que las imágenes se vuelven confusas, ¿no es cierto? Es posible que en la visión yo me asomara para verte, pero los espíritus no me señalaron si estaba acompañada o no, podría encontrarme junto a tu esposa, y por ese motivo creí serlo. Ellos te decían «laird» y hablaban de tu esposa. En ningún momento me llamaron a mí directamente «castellana».

—Aila, ¿me estás diciendo que llevas atormentándome con tu visión, mortificando a Lynnet y haciéndome enfadar por una premonición de la que no estabas del todo convencida pero asegurabas estarlo?

Daimh entrecerró los ojos con lentitud mientras rememoraba todas las disputas con la condenada bruja que tenía delante. El desconcierto llegó a su punto álgido para pasar por una creciente ira y finalizar en una absoluta hilaridad. Las carcajadas surgieron al ver cómo Aila forzaba una sonrisa que le daba el aspecto de una auténtica pilluela. Ella asintió, aceptando su culpa.

Daimh se frotó los ojos haciendo esfuerzos por calmarse tras el ataque de risa. Meneó la cabeza de un lado a otro absolutamente derrotado ante las argucias de Aila. Siempre lograría sorprenderle con su forma de pensar y comportarse. Lo que más lamentaba era verse incapaz de imaginar una vida sin ella. Si fuera otra mujer, se la llevaría auestas y la obligaría a casarse con él, pero con ella era diferente. Con Aila podría acabar muerto antes de que finalizara la ceremonia si lo hacía sin su consentimiento. Sus ojos sonrieron hasta ladear su masculina boca.

La joven esperó que Daimh desatara del todo su sonrisa, brindándole con palabras la cura que terminara con su tormento. Creyó que el guerrero confesaría un amor similar al suyo, pero los segundos pasaron mientras intentaba descifrar la mirada de Daimh. Se convenció de que no podría vivir suspirando una eternidad por un hombre que no la amaba. Obligándose a ser realista y a no buscar algo que no existía en el guerrero, se sacudió el pesar de encima e interrumpió el hilo de sus pensamientos. Se levantó con rapidez y realizó una reverencia con teatralidad.

—En estos momentos, Daimh Mcleod, futuro laird Mackenzie —comenzó a decir con solemnidad, luciendo un brillo divertido en su verde mirada a la vez que abría los brazos—, os libero de tenerme como esposa. Sois libre de centrar vuestras fuerzas en la

empresa que los dioses han preparado para vos. Sed el laird del clan Mackenzie. Id sin más carga que la de vuestra espada.

Aila puso los brazos en jarras y hundió los hombros; una sonrisa cansada apareció en su rostro. Su voz suave, cargada de intenciones, volvió a surgir de ella.

—Siempre que lo necesites acudiré en tu ayuda, lo prometo.

Daimh por fin le brindó una de esas extrañas y esporádicas sonrisas suyas que dejaban sin aliento a Aila. El guerrero se levantó a su vez.

—Me pregunto si algún día lograré entenderte —le dijo, acariciando su rostro.

La hechicera sabía que era incapaz de ver lo enamorada que estaba de él, por lo que respondió con su rotunda y habitual sinceridad:

—Lo dudo. Eres demasiado estúpido.

## 20

Daimh volvió con la firme decisión de ponerse al frente de los soldados que le pedían que fuera su líder. Tenía la opción de pedir a Aila que conectara con el espíritu de su padre, pero después de zambullirse en las frías y saladas aguas del mar, supo que no lo necesitaba. No quería saber nada del hombre que lo rechazó como hijo: se había dado cuenta de que debía reconciliarse consigo mismo y separar sus sentimientos. Era consciente de que su decisión beneficiaría a los Mcleod, por los que siempre había querido morir. Era un clan pequeño cuya alianza con un clan mayor como los Mackenzie les aportaría estabilidad.

Después de reunirse con los soldados Mackenzie y conocer la situación real del clan y los desvaríos de su hermanastro, se organizó una fiesta en el gran salón. Todos querían celebrar la fortuna que rodeaba a ambos clanes al lograr la paz que desde hacía décadas les había sido negada. El entusiasmo contagió a todos los habitantes, incluyendo a Aila. Se vistió con un vestido granate, se lavó el rostro con agua de rosas que había preparado en Walpurgis y se peinó el cabello recogiendo sus mechones delanteros, como tenía costumbre.

Cenaron y bebieron con gran algarabía: celebraban la llegada de la paz y la despedida a los guerreros que harían la guerra. La incongruencia solo la vio Aila, que se preocupaba por el bienestar de los soldados que partirían hacia la frontera del norte. Después de pasar la tarde preparando agua de roble, recolectando cortezas y explicándoles cómo realizar el ritual para beneficiarse de la fortaleza y protección de aquel mágico árbol, la joven se sintió más tranquila.

La música comenzó a sonar en el gran salón, cuya chimenea brindaba luz y calidez al lugar; los tapices que Meribeth había mandado colgar y las esteras que había repartido por el suelo lo hacían acogedor. Las personas que reían mientras danzaban llenaban la estancia de buenas vibraciones. Daimh y Aila no tuvieron tiempo de volver a intercambiar palabras a pesar de compartir mesa. Poco después de vaciar los platos, la invitaron a bailar junto a Kenza. El ritmo de los tambores, acompañados de gaitas, lograba que sus pies dieran saltos siguiendo el compás marcado por los músicos. Formaron dos filas, donde se entrelazaban los brazos los unos con los otros, mientras se avanzaba por la interminable hilera de bailarines. Aila olvidó sus preocupaciones y reía encantada dejándose llevar por la música. El contagio fue general, pues comprobó que poco después Daimh, Alistair y Cormag participaban de la cadena de vueltas y cruce de brazos.

El alcohol, como siempre había adivinado Aila, era un potente anestésico para aliviar el miedo a morir. Entendió que todos aquellos hombres brindaban por el culto a la vida, pues al día siguiente debían esquivar la muerte. En la serpenteante danza Aila cruzó su brazo con Alistair, y hacia la mitad con Daimh, quien, animado por el alcohol, decidió dar

la vuelta tomándola de la cintura y alzándola sobre su cabeza antes de depositarla en el suelo y seguir con los pasos. Después de cruzar su brazo y dar vueltas con varios soldados más, los danzantes pasos de Aila se aproximaron a la gran chimenea. Allí le llegó el turno a Cormag. El contacto le produjo a Aila una violenta visión que le provocó unas náuseas que debilitaron sus piernas y la hicieron trastabillar mientras clavaba sus ojos en las llamas. Cormag la tomó de la cintura y bromeó sobre una supuesta embriaguez. El sobrino del laird frunció el ceño cuando la joven pidió perdón precipitadamente y se alejó de todos para aproximarse al fuego que ardía en el hogar. El soldado la acompañó solícito tomándola del codo para evitar que se desmayara. Otro latigazo volvió a sacudirla. Haciendo acopio de todo el autocontrol que poseía, extrajo la mayor información de aquel ser ruin que tenía al lado e intentó mostrar una sonrisa serena que no indicara que la verdad le estaba siendo revelada.

Daimh fue consciente del cambio en Aila, y no le gustaron las atenciones que su primo le prodigaba. En pocos segundos se acercó a la pareja, situada junto al fuego. Cormag se burló de Daimh con la mirada; alzó las manos a modo de disculpa y volvió a participar de la danza. Aila agradeció que Meribeth hubiera colocado las sillas con respaldo de cuero y asiento con cojín cerca del hogar. Cuando alzó el rostro para reconocer a Daimh a su lado mostrando una sincera preocupación, ella le tomó del brazo con fuerza, clavándole las uñas mientras intentaba que se acercara más a ella. El guerrero nunca había visto tanta desesperación en ella. Aila volvió su rostro hacia el fuego, esperando no despertar la curiosidad en los demás, e intentó fingir que le dolía la cabeza.

—Aila, si Cormag te ha ofendido en algún momento, házmelo saber para partirla la cara —le dijo Daimh.

—Sácame de aquí, inventa cualquier cosa para sacarme de aquí con urgencia —le pidió mientras se tocaba la frente como si sufriera un fuerte dolor.

—Aila, estás muy pálida. —La voz de Kenza la alertó de que todos comenzaban a darse cuenta de su cambio—. ¿Te encuentras bien?

—Las vueltas y el vino no son buena combinación —intentó bromear Aila; Kenza sería la persona perfecta para encubrirlo.

—Te acompañaré a tus aposentos, no quiero que te desmayes por el camino —se ofreció Daimh.

Kenza sonrió con picardía al creer entender las intenciones de la pareja.

—Id tranquilos, yo os cubro. —Guiñó un ojo a su amiga y se volvió para continuar disfrutando de la fiesta.

Daimh la ayudó a levantarse, la tomó por los hombros y subió las escaleras con cuidado. Una vez en el piso superior, Aila se separó de él despojándose de su papel de desvalida y corrió por los pasillos. Daimh la siguió sin entender nada, solo sabía que la joven lo necesitaba. Una vez en su zona de trabajo en el torreón, Aila comenzó a hablar atropellando las palabras y dejando correr lágrimas de desesperación por sus mejillas.

—¡Es horrible, Daimh, ese hombre es horrible! —exclamó Aila mientras rebuscaba por la estantería, alforjas y cofres—. Cierra la puerta. Hay que hacer algo urgente, no podéis partir mañana, pero tampoco podemos levantar sospechas.

—Aila, aún no me has dicho qué pasa —le recordó Daimh, desconcertado por sus lágrimas.

Observó cómo iba de un lado a otro de la estancia, tomaba su cinturón y comenzaba a arrancar las piedras que llevaban años cosidas al cuero.

—¡Cormag matará a Alistair! —La joven frenó su ir y venir de ideas y movimientos para enfrentarse a Daimh—. Cuando nos cruzamos en el baile, cuando me tocó, me llegó una visión —pudo explicarse, al tener toda la atención de Daimh centrada en ella.

El guerrero se acercó para tomarla del brazo y sentarla en una de las sillas de madera frente a una mesa. Aila consintió que la condujera para, un instante después, levantarse como un resorte al ser atravesada por una idea. Se acercó a la pequeña chimenea, echó varios leños para avivar el fuego, tomó su caldero y vertió agua de una jarra en su interior. Sus temores giraban en torno a que las visiones parecían ser menos claras de lo habitual al estar relacionadas con su propia vida. No quiso confesárselo a Daimh, pues tendría que confesar también sus sentimientos hacia él y su subjetividad a la hora de percibir mensajes. Debía ayudarse del caldero como foco para la transformación de energías. Debía calmarse para que las imágenes se anclaran en su mente y le permitieran captar detalles. Se arrodilló junto al caldero, que colocó en el suelo frente al hogar; Daimh también lo hizo. El guerrero intentaba ser paciente con ella, pues la acusación sobre su primo lo había dejado de piedra.

En ningún momento se planteó dudar de Aila, ya no.

—¿Si te describo a Brian Mackenzie sabrías si es él?

—Sí, en la última incursión a la frontera pude verlo —contestó Daimh—. ¿Qué tiene que ver mi primo con Brian?

—Espero que el Vientre del Otro Mundo me dé respuestas.

Preparó un espacio de trabajo con todo lo necesario. El fuego proyectaba las luces y las sombras sobre la superficie oscura del agua en el interior del caldero. Al llamar a los espíritus, pidió que la ayudaran a ordenar las imágenes que había captado tras el contacto con Cormag. Se asomó a la oquedad aferrándose a sus bordes en busca de nitidez en el terrorífico futuro que necesitaba cambiar. Las imágenes volvieron a bailar ante ella.

—Cerca de la frontera dejaréis atrás un grupo de casas, unas doce, pertenecen a los Mcleod. Continuaréis hacia el norte y cruzaréis el cauce de un riachuelo rodeado de una arboleda. Llegarán de todos lados, son Mackenzie, muchos. Estarán esperándoos. Cormag los ha avisado. Un joven, no mayor de quince años, pelo rubio pajizo y mirada enloquecida, cabalgará con un garrote en la mano. Grita para indicar a quién matar. Alistair. El muchacho se desvía para observar desde lo alto la batalla. Un soldado con una cicatriz que le cruza el rostro desde la oreja hasta la boca le ordena que se aleje, y es quien... ¡Oh! Atraviesa a Alistair por la espalda. —Aila intentó tragar, pues su boca se había secado; sus ojos seguían clavados en el agua del caldero y le costaba respirar—. Te buscan. Preguntan por ti. No te encuentro, hay muchos Mcleod heridos. ¡Daimh, no consigo encontrarte! —Aila se exasperó ante la falta de información.

—¿Por qué dices que lo ordena Cormag? —le preguntó Daimh, guiando sin quererlo a Aila.

—No sé —Aila intentaba atisbar más imágenes en el interior del caldero, sobre la superficie del agua—, no entiendo por qué no llega con más claridad, debería llegarme con más claridad. ¡Espera! Hay una mujer. Habla de ayudar a Cormag para convertirlo en laird. Él quiere ser el laird Mcleod, odia a Alistair y le enfurece la idea de que pueda haber descendencia. Quiere el poder.

—¿Quién es el intermediario? Cormag apenas sale de la fortaleza —continuó Daimh, consciente de la envidia y el ansia de poder que caracterizaban a su primo—. ¿Cómo se ha aliado con los Mackenzie?

Daimh había reconocido la descripción del paisaje y el cruce del riachuelo. Los Mackenzie no solían acercarse a esa zona. Habían tenido cuidado a la hora de planear el acercamiento: solo los que se encontraban en la reunión de aquella tarde sabían qué camino iban a tomar. La emboscada tendría que haberse organizado a lo largo de aquel día. El plan tenía la firma del estratega de su primo. Tanto su tío como él eran un obstáculo para tomar el liderazgo del clan: para Cormag los Mcleod y para Brian los Mackenzie. Que el chico se manchara las manos con sangre defendiendo su puesto no alarmaría a nadie, en cambio, que su primo llevara la muerte de Alistair a sus espaldas lograría que el clan se rebelara en su contra y pidiera a Daimh que ocupara su puesto. Sí, entendía que Cormag deseara la muerte de ambos, y su única oportunidad se le presentaba al día siguiente.

—No puedo decirte más. —Aila se separó del caldero hundiendo los hombros, echándose hacia atrás, derrotada, al no poder ayudar con algo más.

Se levantó, dejando a Daimh cavilar sobre todo lo que le había dicho. Tomó otro caldero y vertió agua preparada para purificar el interior, introduciendo las piedras que había liberado del cinturón y otras que buscó en su cofre de piedras mágicas.

—Tengo que hablar con mi tío —comenzó a reflexionar Daimh en voz alta—. Archie y Clarion deberán quedarse y averiguar quiénes son sus cómplices. Nosotros tenemos que continuar como si nada, debemos partir de igual forma. Nos prepararemos para la batalla.

—No sabemos quiénes son los cómplices, piensa a quién confiar la información —le aconsejó Aila tras meter un trapo y sacar de nuevo las piedras purificadas, que debían ser tocadas solo por la persona a la que ayudaría.

—Los soldados no preguntarán por los cambios de planes —contestó Daimh, convencido de que solo necesitaría informar a sus compañeros y a su tío.

—Toma, guárdatelas en tu morral, mantenlas ahí. —Aila le extendió el trapo húmedo con las piedras sobre él.

—Aila, son tus piedras, te protegen y ayudan —le recordó Daimh.

—Las necesitas más que yo —le respondió Aila sin poder evitar mostrar miedo por su vida—. Esas otras serán para Alistair. Aquí no me pasará nada, vosotros corréis un gran peligro.

Daimh sintió cómo su corazón se encogía al observar la sincera preocupación de Aila. «Tiene un alma noble», pensó. Sin poder evitarlo, sintió enormes deseos de tranquilizarla y prometerle que todo iría bien. Guardó las piedras como le había dicho.

—Ojala pudiera hacer más —le confesó Aila con pesar.

—Aila, ven —le pidió Daimh; cuando ella se acercó a él, la abrazó y posó sus labios sobre su cabeza.

La joven se agarró a él con ímpetu, sintiendo su calor, su fuerza y protección.

—Has salvado a Alistair, has hecho más de lo que podría hacer nadie por nosotros. Gracias a ti no nos tomarán por sorpresa y podremos hacerles frente.

Aila suspiró y se soltó, pues sabía que la noche sería larga para Daimh al tener que enfrenarse al destino; debía ponerse en marcha. El guerrero se volvió para salir, y a pocos pasos de la puerta se detuvo. Miró por encima de su hombro a la mujer más dulce, atractiva y mágica que había conocido. Ella lo miraba con angustia. Su rostro celtíbero mostraba la ansiedad que le producía el riesgo de su partida. Desde hacía días se sabía enamorado de ella, pero Aila se le antojaba un ser demasiado sobrenatural y libre como para llevar una vida a su lado.

Recordó la visión, esa en la que ahora creía y Aila no. Como siempre, todo se le antojaba complicado: desde que Aila entró en su vida, ya nada parecía seguir el orden lógico. No sabía qué le depararía el día siguiente, por lo que se volvió sin pensarlo, acortó las distancias en dos zancadas y la tomó del rostro para besarla.

Le ofreció un intenso, profundo y emotivo beso. Sus labios encontraron a una joven más que dispuesta a recibirlos. Las sensaciones que se despertaron en ambos los aislaron por unos minutos de la realidad. Solo estaban ellos, abrazados, besándose con pasión e intentando dejar en el otro su sabor; como recuerdo, como huella, como símbolo de pertenencia.

## 21

Daimh avisó a su tío Alistair en cuanto tuvo ocasión. Tras varios minutos de incredulidad, buscando fallos a la visión de Aila, comprendió la verdad. Iba a ser traicionado por su propia sangre. Juntos planearon los pasos que seguirían el día siguiente. Dividirían las tropas poco después de pasar las cabañas que había visualizado Aila. Mandarían a varios rastreadores a asaltar a los Mackenzie por la retaguardia mientras que los otros continuarían el camino establecido, esta vez en alerta.

Aila no concilió el sueño. Antes del amanecer Kenza llamó a su puerta. Maisie se había puesto de parto y su marido Kendrick pedía su ayuda. La joven se vistió con celeridad y tomó todo lo necesario. Cruzó el patio de armas, donde varios soldados tenían preparados los caballos que en pocos minutos partirían rumbo al norte. Aila no se detuvo a buscar a Daimh. Sus vidas estaban en manos de los dioses y Espíritus de la Naturaleza.

Tal y como había esperado, el parto de Maisie no fue fácil. Las horas de la mañana dieron paso a la tarde y la pequeña criatura no lograba salir; su madre estaba exhausta. El bebé venía de nalgas; por más que Aila intentara ayudarlo a salir, no lo conseguía. Los gritos de Maisie mantenían en vilo a los vecinos. Muriel y Kenza ayudaban a Aila a probar distintas posturas. Todas se habían recogido el pelo y levantado las mangas, intentando estar lo más cómodas posible para la ardua tarea. Después de más de doce horas, Maisie comenzó a agotarse.

Kendrick había sido expulsado de su casa por las tres mujeres. Se mantenía cerca de la puerta, esperando noticias cada pocas horas y sufriendo por los doloridos gritos de su esposa. Su madre, acompañada de Ulla, decidió aparecer. Juntas, lograron enervar al ya preocupado Kendrick. Irrumpieron horas después en la cabaña. Ni Kenza ni Muriel pudieron evitar su entrada, pues estaban pendientes de Maisie. Cuando las dos mujeres se encontraron en el interior, seguidas de Kendrick, pudieron oler la tragedia.

Kenza estaba de rodillas sobre el camastro sosteniendo a Maisie por la espalda. La parturienta, pálida, casi sin fuerzas, se sentaba cerca del borde con las piernas encogidas. Muriel colocaba sus manos sobre su abultado vientre mientras Aila, de rodillas en el suelo, ayudaba a la criatura a salir. La hechicera no escuchó las exclamaciones a su espalda, estaba centrada en la tarea, pues percibía que Maisie se alejaba del mundo de los vivos sin que ella pudiera evitarlo.

—Maisie, cariño, no te vayas, lucha —le suplicaba Aila—. Eres fuerte, escúchame.

Minutos más tarde Maisie se rendía abrazando la paz del Otro Mundo. Kenza, con lágrimas en los ojos, tumbó el cuerpo inerte sobre el camastro. Muriel discutía con Ulla,

que las acusaba de asesinato, cuando Aila conectó con Maisie. Todos se detuvieron a escucharla; fueron testigos de la decisión de la hechicera.

—¡Aila, salva al niño, salva a mi hijo! —le gritaba Maisie como fantasma al lado de la joven, que seguía de rodillas palpando el vientre—. ¡Sálvalo, Aila!

—¡No puedo, Maisie! —respondía con lágrimas en los ojos—. En poco tiempo morirá él también.

—¡Sácalo! ¡Sácalo! —continuaba gritando Maisie.

Aila no lo pensó dos veces y sacó su *bolina*. Solicitando la ayuda a los espíritus, rasgó la camisola ensangrentada de Maisie, tomó el mango del cuchillo y abrió el vientre. Ulla gritó horrorizada. Elsie comenzó a lanzar plegarias mientras Kendrick se mantenía petrificado viendo a su esposa desangrada, sin vida y abierta en dos. Maisie permaneció junto a la hechicera, insuflándole fuerzas. Aila logró sacar al robusto bebé del interior, cortó el cordón umbilical y envolvió al pequeño en el trozo del tartán que Kenza le entregaba.

Aila se volvió con lágrimas en los ojos, acunando al pequeño e inspeccionándolo. La cabeza del bebé estaba cubierta por una mata cobriza, heredada de su padre. Aila palpó la extraña boca del pequeño, metiendo un dedo en su boca en busca de una fisura en el paladar. Cuando levantó la cabeza sonrió aliviada, pues a pesar de la malformación en el labio superior, la vida del pequeño no corría peligro y podría alimentarse sin dificultad. Feliz por haber salvado la vida del pequeño, se lo entregó a su padre. Aila le extendió el bulto, que el hombre tomó con horror al verle el rostro.

—Es un bebé muy robusto —le informó Aila en un susurro, con la muerte de Maisie pesándole sobre el pecho—. Vivirá.

—¡Es el hijo del diablo! —graznó Ulla al observar al pequeño.

—¡Sois una asesina! Vuestra magia ha matado a Maisie. No dejasteis que Ulla la atendiera —comenzó a gritar Elsie, histérica—. Hijo, debiste imponerte a Maisie, ella la tenía hechizada. Y mira lo que has conseguido. Una esposa muerta y un hijo del demonio. ¡Mira su cara! ¡Tiene la boca de una bestia!

—¡Elsie, es la marca del demonio! —corroboró Ulla.

—¡No mintáis, no digáis esas cosas! —se enfadó Aila—. ¡Salid, fuera de aquí, viejas buitres! ¡Destructoras! —Muriel ayudó a Aila a sacarlas de allí, mientras la hechicera se volvió hacia Kendrick, intentando que no se contagiara del rechazo de las mujeres hacia el niño—. No es el demonio, no existe tal cosa. Maisie me pidió que lo salvara. He visto esa deformación en otros niños, les impide comer bien, pero tu pequeño crecerá y se alimentará como los demás. Solo le quedará el labio así. Como la marca en un guerrero.

—¡No, no puedo! Mi Maisie se ha muerto, y todo por culpa de este monstruo. —Kendrick le devolvió el bebé, que comenzó a llorar.

—Maisie quería que viviera, y los espíritus me guiaron para salvarlo —insistió Aila, dejando a Kenza consolar al bebé.

—No, lo llevaré al bosque, con las hadas —contestó Kendrick—. No lo quiero, no será del demonio, pero tampoco es de este mundo, lleváoslo.

Kendrick se acercó al cuerpo de Maisie, se arrodilló y lloró destrozado por la pérdida. Kenza y Muriel partieron con el bebé en busca de una madre de leche. Aila se quedó a solas con el hombre. Lo acompañó en su pena llorando, derrumbándose sobre una silla sin saber cómo aliviar la pena de esa familia. Maisie volvió de la otra dimensión, incapaz de abandonar el mundo de los vivos antes de asegurarse de que todos estaban bien. Aila le agradeció su presencia, la escuchó y le pidió que partiera en paz, asegurándole que cuidaría de su hijo.

No supo cuánto tiempo después, pero cuando Kendrick se giró con ira en los ojos en busca de un culpable, se topó con Aila. La joven tenía los brazos llenos de sangre de Maisie. Ella había dejado de luchar por la vida de su esposa por salvar la de un monstruo. Aila lo detuvo cubriéndose de cautela y suplicando con la mirada que la dejara hablar.

—Maisie quiere que lo llaméis Darach, como su padre, y que cuando sea mayor le entreguéis el broche que ella siempre ha guardado. —Aquel mensaje lo detuvo. Al igual que Maisie, él había tomado cariño a Aila y aceptaba la existencia del mundo de las *faes* y el poder de la Dama Verde. En aquel momento la escuchó sin sentir alivio, sin comprender por qué su esposa ya no estaba—. Ella ha partido en paz, pues los dioses habían decidido que era su momento. Me pidió que os dijera que cuidéis de Darach y no lo culpéis, pues solo con vuestra ayuda logrará convertirse en guerrero. Cumpliendo, así, vuestro sueño.

—¿Mi sueño? —preguntó Kendrick, sorprendido. Aila asintió, expresando que no eran sus palabras, sino las de Maisie.

Kendrick siempre había querido formar parte del ejército del clan, pero las labores en el campo se lo impidieron, ya que debía ayudar a sus padres con esa tarea. Aquel deseo solo se lo había confesado a Maisie, y ella parecía decirle que, con su ayuda, el monstruo al que tenía que llamar hijo lograría ser soldado. Kendrick salió hecho una furia; necesitaba alejarse de aquella cabaña maldita.

Muriel entró con varias mujeres del clan para amortajar el cuerpo en espera de saber qué rito celebrarían para despedirla. Aila se encontraba completamente agotada cuando varios soldados llegaron para llevarlas ante Cormag.

—Muriel también debe acompañarnos —ordenó el soldado.

—¿Qué ocurre? —preguntó Aila, pues Cormag era la última persona a la que quería ver.

—Habéis sido acusadas de asesinato y brujería. —El joven desvió la mirada, ya que acataba las órdenes sin estar de acuerdo con ellas.

Cormag, el padre Henry, Meribeth y Lorna los esperaban en el gran salón. Aila se topó con Ulla y Elsie, quienes venían de hablar con el gestor y provisional laird del clan. Cormag desarrollaba las funciones de su tío cada vez que este se ausentaba. Él era quien se encontraba sentado en la silla de Alistair tras la larga mesa. La sonrisa sardónica del padre Henry no agradó a Aila, y Meribeth parecía profundamente apenada. Lorna, a su lado, se encontraba conmovida. Volvió a percibir el dolor en sus ojos.

Muriel y Aila se detuvieron ante ellos, mostrando los signos de haber pasado una larga y dura jornada. Minutos más tarde Kenza apareció con el bebé entre sus brazos. Aila observó que todas tenían sangre en las ropas, el pelo a duras penas recogido sobre la coronilla, los rostros cansados y el desconcierto pintado en sus miradas. Todas escucharon al padre Henry esgrimir la acusación de haber dejado morir a Maisie haciendo que de su vientre saliera el hijo con la marca del demonio. El padre se acercó para verificarlo y dio un respingo al ver el rostro de Darach. Kenza volvió a arrebujarlo en sus brazos fulminando con la mirada al sacerdote. A partir de ahí comenzó una larga discusión entre Aila, Muriel y el padre Henry.

—¡Sois una bruja, una hereje! Las señoras fueron testigos de cómo sacasteis al bebé del cuerpo sin vida de Maisie. ¡Profanasteis un cadáver y de la muerte sacasteis al hijo del demonio!

Las tres acusadas comenzaron a lanzar todo tipo de improperios contra el sacerdote. Cormag levantó un brazo para acallarlos a todos. Pidió a Kenza que le acercara el pequeño y se horrorizó ante su imagen. Sin apenas mover un músculo, levantó la mirada.

—Seréis juzgadas, las tres —sentenció, clavando su mirada en Aila, mostrando la falta de emoción y empatía que lo caracterizaba—. No voy a permitir que todos crean que tenéis el poder de decidir sobre la vida y la muerte de las personas de mi clan. No quiero que los atemoriceis más.

Las mujeres que se encontraban en el salón prorrumpieron en exclamaciones al unísono. Lorna y Meribeth pidieron comprensión a Cormag, sugiriéndole que esperara la vuelta de Alistair. Aila sonrió despectivamente cuando aquel contestó que tardarían demasiado en volver. Clavó su mirada en él, y Cormag supo que la bruja sabía la verdad, que Alistair no volvería. O no. Cormag se sintió incómodo bajo su élfica mirada. Aila representaba una amenaza y un problema para él. Debía deshacerse de ella y a su vez complacer al sacerdote, que llevaba tiempo queriendo aniquilarla.

—Soy más considerado de lo que creéis —les explicó con condescendencia—. Cualquier otro os habría azotado y colgado.

—Cormag, por favor, piensa en... —comenzó a interceder Lorna, horrorizada ante la crueldad que mostraba su nieto.

—Solo me juzgareis a mí —interrumpió Aila. Clavó su mirada en el sacerdote para continuar—: Si queréis culparme de brujería, pues consideráis que se debe condenar tal cosa, que así sea. Yo soy culpable de eso, Kenza y Muriel estaban bajo mis hechizos. No debéis juzgarlas a ellas. En cambio, negaré haber matado a Maisie, pues hay testigos de mi lucha por su vida hasta el último momento. Dejadlas a ellas, culpádmelas a mí.

—¡Aila, no! —se quejó Kenza.

—Pero, niña, ¿qué estás haciendo?—preguntó Muriel.

—Callaos. —Aila levantó una mano. Sus ojos se clavaron en la cara redonda de varias papadas del sacerdote y sonrió, provocadora—: Desde que llegué, el padre Henry quiere azotarme. Está deseando verme la espalda desnuda y disfrutar de su visión.

—¡Maldita sediciosa, estás dirigiéndote a un hombre de Dios! No debes ser fustigada, sino padecer la muerte más horrible. —El sacerdote se levantó del asiento rojo con furia al lanzar aquella sentencia.

—¡Ya está bien! —Cormag alzó la voz—. Aila, dejadlo ya. ¡Lachlan, Aryn! —llamó a los soldados apostados en la entrada—. Encerrad a Aila en las mazmorras, mañana la juzgaremos. Y recibirá su justo castigo.

—¡Nadie va a tocar a Aila sin la presencia del laird Alistair! —bramó una voz desde la entrada.

Archie y Clarion avanzaron con el rostro endurecido, el ceño fruncido y sus fuertes piernas pisando con decisión, siguiendo el ritmo marcado por las faldas escocesas al moverse. Ambos flanquearon a Aila.

—¡Yo hablo en nombre de mi tío! —Cormag se levantó con enfado—. ¡Haré lo que crea conveniente! ¡Y Aila será juzgada y ajusticiada!

—Será así cuando el laird esté de vuelta —volvió a insistir Archie, plantando cara.

—¡Será así porque yo lo digo! —rugió Cormag—. Soldados, haced lo que os he ordenado. ¡Encerradla!

—¡No! —negó esta vez Clarion, cruzándose de brazos—. No supone riesgo para nadie que Aila ocupe sus aposentos hasta el día del juicio.

—¿Pero qué os creéis? —siseó Cormag, con la vena yugular marcada por la ira—. Medio clan está conmocionado por la muerte de Maisie, el nacimiento de ese monstruo y la intervención de Aila en todo. Las acusaciones son muy graves, debo ser justo y encerrarla hasta el juicio. ¡No quiero más revuelos! Si seguís con esa actitud, tendré que encerraros a vosotros también.

—Llamad al consejo —pidió Archie para ganar tiempo—. Acataremos lo que ellos dictaminen. No lo que vos, un cura y dos viejas decidís.

Aila les agradeció el apoyo, pues comenzaba a estar al límite de sus fuerzas. Muriel y Kenza fueron dispensadas, junto al bebé. Aila accedió a acompañar a los soldados a las mazmorras hasta que el consejo diera su opinión. Realizó el camino con la espalda erguida, la cabeza alta y andar seguro. La siguieron Archie y Clarion para asegurarse de que la trataban bien. Aila recordó atravesar la estrecha puerta que conducía a una escalera de caracol cuando la subió con Dáimh para crear el escudo protector. En aquella ocasión descendía hacia un lugar oscuro y húmedo donde el ambiente estaba cargado de hedor a muerte y miseria.

La joven fue consciente en todo momento de lo que le ocurría, pero su cansancio había aletargado sus emociones, por lo que se mostraba inmutable. La luz de las antorchas le iluminó una celda. Era pequeña; las paredes de piedra estaban perladas por la humedad que se filtraba desde el muro que se alzaba en el acantilado. A un lado, observó unas argollas clavadas en la pared. Hacía frío y no había nada más que el suelo para acomodarse. Se volvió y comenzó a entregar las dagas que estaban enfundadas en su cinturón. Archie pidió a los soldados que los dejaran a solas. Como compañeros, accedieron.

Archie le aseguró que mandaría a alguien a que le acercara comida, agua para lavarse, ropa limpia y todo lo necesario para hacer la celda lo más habitable posible. Daimh no se había equivocado al confiarles la visión sobre los planes de Cormag; habían aceptado la orden de quedarse en el castillo para vigilar los movimientos de la gente del clan en busca del cómplice aún desconocido. Poco antes de ser avisados de la acusación de la hechicera, habían recaído en la llegada del escurridizo hermano Albert. Especularon sobre la posibilidad de la intervención del monje y el padre Henry. Intentaban pasar desapercibidos fingiendo estar molestos por no permitirles participar en la incursión. Al escuchar que la joven corría peligro, no dudaron en salir en su defensa. Cuando se despidieron, prometieron a Aila hacer todo lo posible por ayudarla. Ella sonrió para tranquilizar a sus amigos, pues hervían de furia e impotencia.

Sloene fue la encargada de llevarle las cosas. Le dijo que Kenza tenía prohibida la entrada allí y que sus cosas habían sido confiscadas. Varios soldados llevaron un barreño y cubos de agua caliente. Aila esperó a que se fueran para despojarse de sus ropas y transformar el agua llenándola de energías purificadoras. Se arrodilló y limpió sus brazos, seguidos de su cabellera. Sloene había hurtado un frasco con agua de romero junto con varias cabezas de ajo. Comenzó a quemar las pieles, tal y como le ordenaba Aila mientras se aseaba. La joven había recordado que Aila había hablado del poder que se extiende al fumar las pieles de ajo para eliminar el pensamiento obsesivo. Creyó que la hechicera necesitaría llenar de fuerzas el ambiente, pues se utilizaba para momentos donde se pierde la esperanza o se era víctima del decaimiento. Sloene no quiso imaginarse cómo debía de sentirse Aila.

Cuando salió del barreño, donde se había metido para terminar de lavarse, Sloene ya había extendido las pieles de Aila en el suelo. No hablaron apenas. Aila se mantenía hermética, lejos de allí. Comió, le agradeció su ayuda y se preocupó por los demás. En ningún momento se compadeció de su situación o del lugar donde debía pasar la noche. Al volver a las cocinas, Sloene sufrió por Aila. El consejo había dictaminado que Aila sería juzgada al día siguiente. Los devotos de la religión católica se habían aprovechado del desconcierto de los demás para introducir ideas maliciosas y generar miedo. El clan se estaba dividiendo en dos: los defensores y los detractores de Aila se enfrentaban con virulencia. Cormag esgrimió ese argumento haciendo un símil con los Mackenzie. Señaló la amenaza a la unidad del clan, mostrando el daño que una forastera como Aila había logrado: dividir a sus gentes. Por tanto, todos presenciarían el juicio en el patio de armas.

Aila recibió la noticia a través de Archie. Fue ella la encargada de tranquilizar al soldado, mostrando esperanza en el juicio. «Así —le dijo—, terminaremos de una vez con las mentiras del padre Henry».

—Yo no he hecho nada malo a nadie, no tienen nada en mi contra — insistió Aila.

Al despedirse de Archie, intercambió la antorcha que ardía en lo alto de un enganche de la pared por una vela. Al quedarse a solas, se metió entre las pieles. Clavó su mirada en la pequeña llama, que apenas alumbraba, notando cómo su cuerpo comenzaba a temblar espasmódicamente. Temblaba de frío, de miedo y de cansancio. Convocó a los espíritus que habitaban en el fuego para que le insuflaran fuerzas.

Reflexionó sobre los giros que había dado su vida, recordando lo que le había dicho a Daimh sobre el destino. Pensó que quizá su miedo a ser rechazada por Daimh y vivir

siempre enamorada de un hombre que no la correspondía había cambiado el curso que debía tomar su propia vida. Su negativa a ser su esposa, anteponer su corazón a lo que los dioses habían planeado, había logrado que todo cambiara.

«Dama Verde, espíritus que habitáis en los elementos, por favor, guiadme», solicitó Aila.

Minutos más tarde, el sueño la arrastró.

## 22

Lorna y Meribeth cenaron en las estancias de la castellana al no poder estar presentes en el consejo que se desarrollaba en el gran salón. Meribeth observó cómo Lorna se derrumbaba ante ella. La mujer comenzó a llorar asegurando que había visto la sombra de su hijo Fionnlagh en Cormag. Temía que la crueldad que había reconocido en su nieto lo llevara a cometer el error de castigar a Aila, dejándola a merced del padre Henry. Lorna llevaba tiempo soportando la pena de la pérdida de su hija Glheanna tras haber vivido años de angustia por su bienestar. A ese dolor debía sumarle la culpa al sentir alivio cuando Fionnlagh murió. Se decía una y otra vez que una madre no podía albergar ese sentimiento hacia un hijo, y se castigaba por ello. Meribeth consoló a Lorna e intentó desviar su atención urdiendo un plan para socorrer a Aila.

Horas después Meribeth se deslizaba por los oscuros corredores del castillo hasta el torreón de la hechicera. Sabía que Cormag había apostado a un soldado en la puerta para impedir que alguien le llevara los artilugios mágicos que podían ayudar a la bruja. Con un cuenco de agua en la mano, se acercó al soldado con la seguridad que debía mostrar una castellana. Le explicó con altivez que el padre Henry le había dado agua bendita para rociar las estancias llenas de demonios donde la bruja trabajaba. El soldado no pudo negarse a su castellana y permitió su entrada. Una vez en el interior Meribeth buscó con rapidez la paloma mensajera que le había prestado Gilmer a la hechicera. Sacó la nota enrollada de un pliegue de su manga y la ajustó a la pata del ave. Abrió una ventana y la dejó volar.

Lorna le había asegurado que los Mcleod de Harris vendrían a por Aila si en algún momento necesitaba ayuda. No desveló el secreto de los padres de Aila, pero le aseguró que, si la joven moría, sería el fin para los Mcleod de Lewis. La castellana no quiso indagar más, pero de algún modo supo que si todas las personas que defendían a la hechicera se unían, podría reunir un gran ejército. Y Meribeth entendía una reacción semejante. Ella, al igual que muchos, le agradecía a Aila su gran labor.

Gracias a ella logró ver en su esposo al hombre honorable que era y no a la bestia con la que pensaba que llevaba años viviendo. Había encontrado la paz en el clan. Era feliz al participar en la vida del castillo y se sentía útil al ejercer como castellana. Se enorgullecía del clan al que pertenecía, de sus gentes y del cariño que comenzaban a prodigarle. Llegó incluso a aceptar que, poco a poco, su corazón se ablandaba y albergaba sentimientos más profundos hacia su esposo.

De vuelta por el pasillo escuchó voces en el salón. La noche estaba avanzada, por lo que se acercó a las escaleras para ver quién se encontraba en la parte inferior. La voz de Cormag, que se alzaba con enfado, la detuvo, y se mantuvo entre las sombras.

—¡Ya tendríamos que haber recibido respuestas! —se exasperó Cormag, levantándose con brusquedad de la silla frente a la gran chimenea—. El maldito monje debería haber esperado a confirmar las muertes.

—Calmaos —contestó el padre Henry—. Estoy seguro de que mañana tendremos noticias.

—¡Os aseguro algo! —amenazó Cormag—: si mi tío no muere, no le dejaré poner un dedo encima a la bruja. Ya habéis visto lo que he tenido que soportar en el consejo, todo por vos.

—¡Hicimos un trato! —replicó el sacerdote—. Yo me encargaba de realizar el acuerdo con los Mackenzie a cambio de la vida de la bruja. Será un ejemplo: todos los que presencien su muerte se pensarán dos veces utilizar las malas artes con las que trabajan esas mujeres.

Meribeth se alejó con paso tambaleante. Su mente procesaba la información con lentitud. Su confesor, su consejero, su guía espiritual había planeado la muerte de su esposo. ¿O debía creer que ya lo habían logrado? «Dios mío, no, no me quitéis a Alistair», rogó. Lágrimas cargadas por la traición del padre Henry comenzaron a brotar de sus ojos. Se recordó que no a un solo Dios; pediría a los dioses, a los espíritus y ancestros que velaran por la vida de Alistair. «Por favor, Dama Verde —volvió a rogar Meribeth—, madre de todos los seres vivos, no os llevéis a mi esposo. ¡Ni a Aila!». Se urgió a sí misma a frenar aquella demoníaca traición.

Se alzó las faldas y corrió hacia los aposentos de Lorna. Entró con rapidez e intentó explicarse con celeridad. Ambas concluyeron que debían informar a Archie y a Clarion. Alguien tenía que partir hacia el norte, y esperaban que llegara a tiempo de avisar a los soldados de los oscuros planes de Cormag.

En esta ocasión fue Lorna quien se deslizó entre las sombras; bajó por la escalera que llevaba a las cocinas y salió al patio de armas. Sus pasos conocían el camino hacia los barracones de los soldados. Allí preguntó por Archie y Clarion. En cuanto los informó de los maquiavélicos planes de Cormag y el padre Henry, Clarion preparó su montura y salió a todo galope hacia el norte. Archie se quedaría velando por la seguridad de Aila; sin dejar de pedir al cielo que no llegaran demasiado tarde.

Aila supo que había amanecido al ver aparecer a Sloene y a Archie ante su celda. Allí la informaron de que en pocas horas comenzaría el juicio, además de ponerla al día sobre los planes del padre Henry y Cormag. Aila apenas pudo probar bocado: el miedo y la tensión lograron que su estómago se cerrara. Llevaba más de dos días sin entrar en el bosque, toda una noche en aquel oscuro lugar y demasiado tiempo manteniendo a raya la maldad que gobernaba el castillo. Su rostro palideció, lo que alarmó a Archie, y levantó una mano, pero sin poder forzar la sonrisa que siempre lograba mostrar. A su mente llegó el mensaje de la lechuza la noche antes de llegar al castillo de Creag.

*Necesitarás valor para hacer frente a la oscuridad que hallarás en algunas personas, templanza para medir tus actos antes de llevarlos a cabo, inteligencia para usar la Sabiduría de los Ancestros cuando sea necesario y fuerza de espíritu para superar las pruebas que en el camino encontrarás.*

Se debía enfrentar a la mayor prueba que jamás se le había planteado. «Valor, templanza, inteligencia y fuerza», se repitió.

Cuando la mandaron llamar, estaba lista. Archie se sintió orgulloso de Aila, pues cuando creyó que se resquebrajaría, como cualquier humano hubiera hecho, ella se mantuvo impassible dejando bajo control sus emociones. Aila sabía el resultado de un juicio encabezado por el padre Henry y Cormag. Ellos ya habían decidido su suerte: iba a morir.

La luz de la mañana hizo que Aila entrecerrara los ojos al haber pasado tanto tiempo a oscuras. Salió al exterior con cautela. Tras parpadear, se topó con la multitud de personas que se extendía por el patio de armas. Archie la escoltó hasta la tarima de madera que habían fabricado para que todos pudieran ver y oír lo que se diría en el juicio. El guerrero tuvo que enfrentarse a varios devotos de la fe católica que intentaron zarandear a Aila mientras recibía todo tipo de insultos. La joven resistió con firmeza. Miraba a los ojos a todos los que se dirigían a ella mostrando entereza, aunque por dentro estuviera aterrada. No se podía creer cómo muchos a los que había sanado en aquel momento expresaban odio, otros miedo y muchos lástima.

En la mesa que ocupaba la tarima se sentaban el padre Henry, Cormag, Meribeth y un representante del consejo del clan. Encontró en Meribeth una tímida sonrisa de apoyo y en el anciano del consejo una mirada de sincera preocupación. Entre el público localizó a Lorna junto a Muriel y Kenza. Todas intentaban disimular sus lágrimas escondiéndolas en sonrisas. Archie subió junto a ella. El guerrero de pelo castaño claro y ojos color miel fulminaba con la mirada al público, mostrando su desacuerdo. Cruzó los brazos sobre el pecho, abrió las piernas y esperó a que la farsa comenzara.

Cormag justificó la urgencia de aquel juicio al haberse producido peleas entre los propios Mcleod, recalcando que el motivo no era otro que el de las libertades que se había tomado Aila y la sospecha del uso de su magia para perjudicar a los Mcleod. La hechicera se quedó de pie, ocupando el lado de la tarima que daba la espalda a la fortaleza y dejando que su vista llegara hasta las lindes del bosque que se apreciaba a lo lejos. Intentó conectar con la Gran Madre.

El viento fue el primero en señalarle la compañía de los dioses. El aullido de un lobo llegó a sus oídos. Aila permaneció firme, sin mostrar emoción alguna mientras sus sentidos buscaban las señales que la guiarían. El animal aullando a plena luz del día era la manera que tenían las fuerzas de la naturaleza de responder a la llamada de Aila. La señal del lobo le indicaba que no debía luchar en vano, sino generar fuerza y seguridad en el momento adecuado. También le advertía de la amenaza de una traición. Recordó las enseñanzas de su abuela cuando le decía que la presencia del lobo señalaba que uno era el dueño de su vida: tomar una decisión u otra podía cambiar su destino. «Sí —reconoció Aila—, mi amor por Daimh me cegó y me alejé en vez de reunir el valor para continuar a su lado, como me había aconsejado mi abuela». Debía recordar que ella, al igual que el lobo, pertenecía a un Gran Espíritu, a los elementos, a la naturaleza, al sol, a las estrellas y al cielo en sus distintos aspectos. Cerró los ojos inspirando con fuerza; aceptaría los consejos de los espíritus, los necesitaba cerca, pues se encontraba completamente desorientada.

Cuando volvió a abrir los ojos, Elsie y Ulla habían terminado de dar su testimonio sobre lo ocurrido con Maisie y bajaban las toscas escaleras de la tarima. Por el raballo del ojo Aila observó cómo dos mirlos se posaban en la muralla interna que rodeaba el patio de armas. La hechicera volvió a ausentarse mentalmente del juicio para centrar su mirada en los pájaros. Aquellas aves oscuras de pico naranja que cantaban antes del amanecer y el atardecer venían a decirle algo. Ver una pareja de mirlos era señal de buen augurio, pues Aila sabía de la capacidad de esos animales para facilitar la comunicación con los espíritus y otras dimensiones. Eran animales de otro mundo, venerados por los herreros por su capacidad para golpear conchas y nueces contra las piedras. Un trabajo similar al que realizan los hombres con el yunque. Aila desconectó de los mirlos que portaban fuerza para escuchar al siguiente testigo situado ante ella.

Lo reconoció como uno de los soldados que montaban guardia en la entrada a la fortaleza. El hombre aseguraba que Aila lo había amenazado con dejarlo impotente si no la dejaba salir. Archie carraspeó para disimular la risa y Aila puso los ojos en blanco. Sus labios estuvieron a punto de formar una sonrisa al recordar que Daimh la había sorprendido sobornando al guardia. «Ay, Daimh, cuánto te necesito a mi lado», pensó la joven poco antes de ver a Lynnet subir los escalones y presentarse ante el jurado. La bella Lynnet, ultrajada por Daimh, acusó a Aila de hechizar al guerrero y arrebatárselo. Relató la conversación que mantuvo con Aila cerca del pozo. Según dijo, la bruja le había asegurado que ella iba a convertirse en la esposa de Daimh y que este la llevaría lejos de allí. También relató cómo al tomarla de la mano sus ojos habían cambiado de color y la había amenazado con arrebatarse a Daimh si se negaba a dejarlo en paz. Aila estuvo a punto de protestar por sus mentiras, pero Archie le puso una mano en el hombro para que callara. El murmullo que se extendió entre el público apoyaba la versión de Lynnet, ya que a nadie se le había pasado por alto la atracción del guerrero hacia la hechicera. Esa mañana todos daban por sentado que los sentimientos de Daimh hacia ella eran fruto de la brujería, pues la hechicera así lo había querido.

Aila apenas recordaba haber visto a la mujer que relevó a Lynnet. Se presentó como Enyd, madre de un niño al que, según su versión, Aila había animado a hablar con el diablo. La acusada observó cómo la madre lo mandaba llamar para que diera fe de ello. El niño, tímido, se escondió tras las faldas de su madre y contó cómo solía jugar con seres que solo él podía ver y que habitaban cerca de su casa. Las exclamaciones horrorizadas llegaron cuando el pequeño, dentro de su inocencia, repitió las palabras de Aila.

—Dijo que mi madre se había olvidado de verlos, pero que no debía preocuparme si ella no podía, porque ellos me ayudarían a ser un gran guerrero.

—¿Habéis escuchado?! —repitió Enyd con cierta histeria—. Le dijo que las fuerzas del mal lograrían formarlo como guerrero; sí, estaba intentando captar el alma de mi pequeño para que el demonio que lo rondaba se metiera dentro.

Aila compadeció al pobre niño, que rompió a llorar pidiéndole disculpas con la mirada. Recordó cómo se había acercado al grupo de mujeres que preparaban coronas de hiedra para Walpurgis. La joven hechicera le dedicó una sonrisa y le guiñó un ojo quitándole importancia a lo que había dicho. El niño había sido sincero: era la estupidez del resto la que no era capaz de distinguir la verdad. Sus palabras nunca eran entendidas, por lo que no intentó explicar lo que había querido decirle al niño. Estaba segura de que todo lo

que dijera sería malinterpretado, lo que aumentaría su culpabilidad. Por lo tanto, decidió callar.

Hicieron llamar a uno de los hijos de Mervin, el antiguo miembro del consejo que perdía la memoria irremediablemente. El hombre de larga barba relató lo sucedido tras la visita a Aila.

—Mi padre estaba enfermo, ya apenas nos conocía —comenzó a decir—. Mi hermana me dijo que la bruja le había dicho que moriría pronto, que debía despedirse y partir de este mundo. Le dijo que su espíritu lo estaba abandonando. —El silencio sepulcral se rompió tras las siguientes palabras—: Dos días después mi padre se tiró al mar para acabar con su vida tal y como le había indicado la bruja.

—¡Habéis jugado a ser Dios, hija de Satán! —la acusó el sacerdote—. Hicisteis que ese hombre se suicidara al acabar con sus esperanzas y convertirlo en un títere de vuestra magia.

Aila se obligó a cerrar la boca con fuerza. Apretó sus labios llena de impotencia y sus ojos comenzaron a inundarse con lágrimas de rabia. Clavó su mirada en el desconocido hasta que este se sintió incómodo ante su intensidad. Aila agachó la cabeza derrotada. No le había sido fácil atraer al espíritu de Mervin. Entendió que el hombre había recobrado cierta lucidez en el momento que se lanzó al mar. Sabía que habría querido morir de una forma rápida antes que esperar a que la muerte se lo llevara. Sintió pesar ante el final de aquel honorable soldado Mcleod.

Su autocontrol se vio desestabilizado cuando el monje subió a la tarima. El rostro menudo, rubicundo y lleno de acné del hermano Albert se enfrentó a su mirada. Aila sintió asco ante el aura del joven. Esa sensación aumentó ante su acusación.

—Yo he sido testigo de cómo esta bruja sedujo a Daimh y lo hechizó —comenzó a decir en voz alta—. Yo los seguí cuando Daimh se la llevó a la playa. El soldado quiso hacerla entrar en razón cuando blasfemó en la capilla ante el padre Henry en el templo del Señor. ¡Yo vi cómo flotaba totalmente desnuda sobre las aguas del mar sin hundirse! En la orilla se encontraba Daimh, que había sido derrotado por la bruja. ¿Cómo una mujer como ella puede lograr que un hombre como Daimh, fuerte y alto, termine tendido sobre la arena? —Lanzó esta pregunta retórica al público para contestarla él mismo—: ¡Solo con la ayuda del demonio! Y después de tenerlo inconsciente, se metió en las aguas para entregarse a su amo y celebrar su victoria sobre el sobrino del laird. Lynnet tiene razón. ¡Ella lo embrujó!

—Sucio, embustero, estúpido. —Aila clavó su mirada en el monje mientras decía todo tipo de calificativos con los dientes apretados. Sus ojos llamearon por la rabia—. Cobarde, rastrero...

—¡Escuchadla, me está lanzando un conjuro! —gritó el monje dando varios pasos atrás, horrorizado.

—¡Ojalá pudiera convertirte en un cerdo! —le espetó Aila, harta de acusaciones falsas—. Eso es lo que eres. Un puerco que se revuelca en la mierda y se siente bien en ella.

—¡Callad, bruja! —le ordenó el padre Henry. Si Aila obedeció fue por la mano de Archie, que volvía a posarse sobre su hombro. Aila inspiró hondo, alzó la barbilla y sus ojos rasgados se clavaron en el monje.

—Pero no solo fui testigo de su poder sobre Daimh —continuó el hermano Albert—. En la noche pagana que ella llama Walpurgis, todos fueron hechizados. Más de medio clan la siguió bosque adentro. Yo intenté salvar a alguna de aquellas almas, pero me fue imposible. A mi vuelta me topé con la bruja, que en plena naturaleza, sumida en la oscuridad, fornicaba con el mismísimo Satán. ¡Negad lo que mis ojos vieron, bruja endemoniada! ¡Convocasteis al demonio para fornicar con él! ¡Confesad, bruja!

—¡No fornicué con el demonio, pedazo de patán! —respondió furiosa—. El demonio no existe.

—¿¡Habéis oído!? —preguntó Albert al público—. No niega haber fornicado, niega el nombre de la bestia con la que fornicaba. Yo os vi, no podéis negar lo que mis ojos vieron. Mujer pecadora, depravada, llena de mal...

—No os diré con quién estuve —respondió Aila, logrando de nuevo que varias personas lanzaran exclamaciones—. Solo os aseguro que no fue ningún demonio, porque repito que es invención de la religión de un solo Dios. Utilizáis a ese ser para despertar el temor entre las gentes. No existe tal demonio, Satanás o como quieran llamarlo. —Aila mostró una sonrisa maliciosa y se cruzó de brazos—. Y no pienso hablar de mi intimidad con nadie, y mucho menos con enfermos que se esconden para observar a otros cuando se encuentran desnudos o mientras tienen relaciones íntimas en pareja. Estoy segura de que disfrusteis con la visión. Deberíais haberos acercado a la hoguera: hubierais encontrado a alguna muchacha con quien practicar lo que tanto os gusta observar.

Aquellas palabras hicieron reír a los defensores de Aila, mientras que los otros no salían de su asombro. Se hallaban ante una joven que no parecía temer a nada ni a nadie. En aquel momento parecía divertirse ante el azoramiento del monje y la furia mal contenida del padre Henry.

Una vez Cormag hubo calmado a la multitud, pidió la palabra de algún testigo en contra de Aila. La joven sintió un gran pesar al escuchar la voz que se alzó a lo lejos. Kendrick se acercó con paso firme con su hijo entre las manos. Acusó a Aila de cambiar la vida de un monstruo por la de la noble alma de Maisie. Le colocó el niño en los brazos.

—Este no puede ser el fruto del amor entre Maisie y yo. —El hombre rehuyó la mirada implorante de Aila—. Podéis hacer lo que queráis con él. Yo no lo reconozco como hijo.

Tras decir esto, dio media vuelta y se perdió entre la gente. Aila acunó al pequeño Darach, que había sentido el rechazo de su padre y lloraba desconsolado. La joven entendió que esa era la traición de la que el lobo le había advertido. Sufrió por Maisie y por Darach. Cormag dio paso a todos aquellos que defendían la inocencia de Aila. La primera que se levantó, para sorpresa de todos, fue Meribeth. No solo opinó con libertad sobre la injusticia que se estaba cometiendo con Aila, sino que tomó bajo su tutela al bebé de Maisie despreciando la conducta de Kendrick.

Aila se emocionó y le entregó el bulto del pequeño Darach sonriendo agradecida. Aquel gesto logró que decenas de personas subieran a la tarima para hablar de la ayuda que

Aila les había prestado. Todas y cada una de las palabras fueron tergiversadas por el padre Henry, haciendo que la labor de Aila fuera manchada con el mal. La hechicera supo que nada iba a cambiar su condena.

Su mente volvió a conectar con los elementos, llamando a los Espíritus Guía y dejando que su mirada vagara por todos los rostros que esperaban el veredicto. Una sensación comenzó a recorrerla; la reconoció como la antesala a una premonición. El miedo que le produjo conocer algo que no quería saber detuvo el avance de la revelación. Cuando Cormag, ayudado por el padre Henry y el hermano Albert, llegó a una conclusión, se levantó para anunciar el castigo.

—Todo apunta a que Aila se ha aprovechado de nuestra hospitalidad para atraer al mal, alejarnos de la palabra de Dios y sus enseñanzas. —Cormag tragó saliva al ser víctima de otra de las fulminantes miradas de Aila—. No podemos permitir que continúe entre nosotros. —Cuando las protestas se alzaron, Cormag levantó una mano para mandarlos callar—. El padre Henry y el hermano Albert están dispuestos a dejar que Aila continúe viviendo con nosotros si supera la prueba de la bruja. —Todos se quedaron en silencio, atentos ante la explicación—. Mañana por la mañana iremos al lago situado al oeste, a pocas millas de aquí. El hermano Albert asegura que la bruja es capaz de flotar ayudada por su magia. Lanzaremos a Aila al agua atando sus manos a sus pies. Si logra flotar, será la señal irrefutable del mal que habita en ella; en ese caso, arderá en la hoguera. Esta prueba nos traerá la paz a todos, y si es superada, nada impedirá aceptar a Aila como una buena mujer.

Los murmullos y protestas fueron silenciados por la respuesta de Aila. La joven estaba fuera de sí; había tolerado insultos, mentiras y amenazas demasiado tiempo. Aquella prueba acabaría con su vida irremediadamente. Archie la tomó por los brazos cuando la joven se lanzó a escupir todo tipo de insultos al padre Henry. Presa de una ira jamás experimentada, se zafó de las manos de Archie y se giró de cara a todo el clan.

—¡Asesinos! —terminó por decir Aila—. ¿Y si soy inocente qué pasará conmigo? —preguntó a la audiencia—. Moriré, porque eso es lo que quieren ellos. ¡No voy a flotar, idiotas, no lo haré! ¿Es que no os dais cuenta de lo que pretenden hacer conmigo? —Aila alzó un brazo acusador con el rostro encrespado por la ira, sus ojos rasgados lanzando puñales verdosos y su boca mostrando la repugnancia que todos le inspiraban—. ¡Son unos asesinos, viven sumidos en la más absoluta oscuridad, y vosotros, todos vosotros, miráis sin distinguir la mentira de la verdad, la luz de la oscuridad! ¡Vosotros seréis sus cómplices! —acusó Aila, cuya falta de control logró que la premonición llegara a ella sin poder detenerla. El latigazo que notó en la espalda hizo que alzara la barbilla y cerrara los ojos. Cuando volvió a abrirlos, todos observaron el color dorado en ellos. La voz se le volvió más grave al habérsela dañado con los gritos—: Clan Mcleod de Lewis, estáis condenados a desaparecer, los Lewis seréis anulados y sus restos serán recogidos por un clan mayor. A todos, todos los que habéis rechazado a los dioses adorando la palabra del hombre, condenando a la nieta de Nimue, castigando a la portadora de los conocimientos ancestrales, aniquilando a quien mantiene el vínculo con Elphame ofreciéndole una muerte cruel. ¡A todos os auguro un final muy próximo! Yo moriré, pero vosotros lloraréis cuando vuestro clan se desintegre, y pediréis clemencia cuando no la habéis mostrado conmigo. Rezad, rezad a vuestro único Dios, pues el día que Alistair Mcleod abandone este mundo se llevará con él los últimos resquicios de la semilla de Torquil.

Los rostros mostraron miedo; les recorrió un escalofrío y su piel se erizó al escuchar la maldición de Aila. Cormag sonrió triunfante al creer que la premonición de Aila hablaba de la muerte de su tío. Se sintió vencedor. Cuando la joven se volvió hacia él, su sonrisa se congeló.

—¡Y a vos, Cormag, hombre engendrado por la envidia y el odio! —le dijo Aila—. Vos moriréis por la traición que ambos sabemos que habéis cometido; vuestro tío os sobrevivirá, vuestro final llegará en cuestión de días.

La gente reunida en la plaza comenzó a discutir, culpándose los unos a los otros, mientras Cormag se levantaba con furia, se acercaba a Aila y la abofeteaba hasta lanzarla al suelo. Aila saboreó el sabor a sangre de su labio partido cuando observó cómo Archie impedía que Cormag volviera a golpearla. Este ordenó que la encerraran de nuevo, desquiciado ante la acusación pública de Aila y su vaticinado final. Antes de que la hechicera se alejara llevada en volandas por dos soldados, el padre Henry se interpuso en su camino.

—Morirás, maldita zorra —le escupió el sacerdote—, si no en el agua, será en el fuego. Me encargaré de que ocurra.

—Al menos mi muerte será más rápida que la vuestra —le contestó Aila, sembrando la semilla del miedo en el hombre.

Cormag ordenó encarcelar a Archie, pero los soldados se negaron por lealtad a su compañero. La impotencia hizo que el sobrino traidor tuviera que claudicar y ordenar que no saliera de la fortaleza y quedara recluido en los barracones. Aquella orden fue dada con la rabia cubriéndole el rostro y la furia mostrando las venas. Se prometió que el insolente soldado sería el primero en morir en cuanto fuera laird del clan.

Pasado el mediodía, el clan intentó sumirse en su rutina, con la tensión y la incertidumbre marcadas en la mirada. Al volver a su celda, Aila se derrumbó física y emocionalmente. Lloró largamente. Lloró por ellos, por Daimh y por los errores que habían cometido. Nadie pudo consolarla, nadie pudo rescatarla de sus fustigadores pensamientos. Habían prohibido la visita a cualquier persona hasta la mañana siguiente.

Hasta el día de su muerte.

## 23

Cuando Clarion alcanzó a Daimh, este no dudó en poner su caballo a todo galope rumbo al castillo de Creag. Alistair fue informado de la decisión de Daimh y continuó a la cabeza de la comitiva. Irvyng y Clarion se sumaron a la nueva misión: salvar a Aila. No se topó con él hasta que llegaron al castillo.

El caballo de Daimh se detuvo ante los campos de cultivo del clan Mcleod cubierto de espuma y sudor. Daimh bajó de la montura para darle una tregua al animal. Durante el camino había descubierto que el odio irracional que se había apoderado de él se debía al amor que sentía por Aila. La sola idea de verla encerrada en una mazmorra hacía que su pecho se encogiera de angustia. Saber que estaba a merced de personas como Cormag y el padre Henry conseguía que sus ansias de matar aumentaran con cada milla que quedaba atrás. No podría vivir sin ella, no podría conciliar una vida sin aquella mujer que se escurría al amanecer para dar la bienvenida al nuevo día, no podría terminar una jornada sin cruzarse con su pícara mirada o su sonrisa traviesa, no podría conciliar el sueño sabiendo que los espíritus que habitaban el bosque no habían recibido su presencia al atardecer, no podía volver a oler el romero sin que su corazón latiera a toda prisa al recordar besos y caricias. «No —se dijo—; quiera o no quiera, Aila se vendrá al clan Mackenzie». Tenía toda la vida para convencer a su pequeña hada perdida de que nadie podía amarla tanto como él.

Oscurecía cuando Daimh atravesó los campos de cultivo, con la vista puesta en las luces de las antorchas del castillo. Sus largas zancadas, sus puños apretados y su rostro marcado por la ira mantuvieron alejados a todos los que se cruzaron con él. En cuestión de minutos los habitantes de la aldea supieron de su llegada. Nadie lo siguió, pues no querían ser víctimas de su enfado. Bramó para que abrieran la puerta de la barbacana que llevaba al interior del castillo. Tras varios minutos de duda, los soldados accedieron.

—Avisad de mi llegada a Cormag —ordenó con un tono de voz que no hacía presagiar nada bueno—. Decidle que lo espero en el gran salón.

Archie lo recibió con el rostro serio. El ruido de cascos de caballo anunció la llegada de Irvyng y Clarion. Sin mediar palabra, desmontaron y juntos se dirigieron a la fragua del herrero siguiendo a Archie. Allí pusieron al día a los guerreros de lo ocurrido durante el juicio. La rabia se apoderó de ellos. Ian, el herrero, se alzó sobre los demás para hacerlos entrar en razón y centrarlos en la importancia de realizar las cosas con cabeza. Todos participaron aportando ideas para urdir el plan que salvaría a Aila. No podían esperar la vuelta de Alistair: sería demasiado tarde para la hechicera. Irvyng le entregó una paloma

muerta a Daimh. El guerrero la tomó por la flecha que aún la atravesaba y salió al exterior leyendo la nota que llevaba en la pata.

«Alistair sigue vivo. No encontramos a Daimh. Estamos sitiados en el castillo de Coill. Busca ayuda. M. M.».

Sus pasos cruzaron el arco de entrada al patio de armas. Allí se topó con Cormag, que estaba rodeado de soldados leales a él por alguna extraña razón. «¿Qué les habrá contado?», se preguntó Daimh.

—Daimh Mackenzie, ¿habéis mandado llamarme? —preguntó Cormag con una sonrisa autosuficiente que enervó a Daimh. No se le pasó por alto el uso del apellido de su otro clan.

—¿Eso es lo que has usado para ponerlos de tu parte, bastardo traidor?

—¿Traidor? Qué palabra tan fea, Daimh, cuando has sido tú quien nos ha vendido a los Mackenzie —le respondió Cormag—. Has venido solo. ¿Qué pretendías, tomar el castillo tú y tus tres amigos?

—Nadie ha hablado de tomar, Creag, solo quiero que me dejes pasar y estar con Aila —contestó Daimh—. Deberías pensar con quién te alías, *estimado* primo. Supongo que los necios que me impiden la entrada no lo saben —le espetó mientras su mirada furibunda recorría a los soldados.

—¿Pretendes que te deje entrar y que termines asesinándome en cuanto me despiste para llevarte a la bruja? —Cormag meneó la cabeza de un lado a otro—. Todos sabemos de quién eres hijo y que los Mackenzie no sois de fiar. Aila tuvo la consideración de vaticinarnos que un clan terminará por aniquilarnos. ¿Cuál, sino los Mackenzie? Me temo que no puedo dejarte pasar. Mañana, si Aila pasa la prueba de la bruja, podrás hacer con ella lo que te plazca. Antes no. La seguridad del clan está por encima del capricho de tu verga.

—Déjame pasar, Cormag —insistió Daimh con una voz que no parecía conocer la paciencia. Mientras la ira recorría su cuerpo, comenzó a desenfundar la espada que colgaba de su espalda y la lanzó a los pies de los soldados. La siguieron las dagas, los puñales y el resto de fundas y cinturones que poseía—. Está bien, Cormag —accedió, sin mostrar un ápice de simpatía por su primo—. Me halaga que creas que mis hombres y yo podamos con el pequeño ejército que mantiene esta fortaleza. Ahora que estoy desarmado no debes temerme, solo enciérrame junto a Aila.

—No voy a hacerlo —dijo Cormag, aunque deseara confinarlo y azotarlo en una de las celdas de las mazmorras.

—¿Quieres que te dé motivos para hacerlo?! —Rugió la pregunta mientras se acercaba con la punta del pie su espada. Todos alzaron las suyas como respuesta—. Ya no te lo pido, te lo ordeno. ¡Enciérrame con Aila!

—¡No! —Cormag bramó al comprobar que rebatían sus órdenes. Odiaba tener que recurrir a la mentira para ganarse la lealtad de los soldados—. ¡Saldrás ahora mismo de este castillo, maldito Mackenzie!

Daimh creyó que les había dado suficiente tiempo a sus compañeros para ponerse en marcha, logrando que toda la atención de los habitantes del clan cayera sobre él. Cansado

de aguantar a su primo, cogió la paloma insertada en la flecha que llevaba encajada en la espalda y la lanzó a los pies de Cormag. Todos los soldados la reconocieron como un ave Mcleod. El mensaje que sostenían sus dedos estaba firmado por Moira Mackenzie. Cormag abrió los ojos sorprendido; supo que Daimh no iba a atacarlo, pues ese placer le estaba reservado a su tío Alistair.

¿Qué habría ocurrido? ¿Qué retenía a su tío? ¿Por qué habían vuelto tan pocos? Una idea esperanzadora cruzó por su mente. Quizás Alistair hubiera perecido en la pelea y solo hubieran podido salvar sus vidas Irvyng y Daimh. ¿Sería posible llegar a un acuerdo con su primo, ahora que iba a ser jefe del clan? La mente estratega de Cormag comenzó a evaluar las posibilidades.

—Aquí tengo un mensaje que interceptó Irvyng. Al parecer, va dirigido a ti. — Daimh alzó el pequeño rollo de papiro—. Lo sé todo, y tú no sabes nada. Hazte a un lado, Cormag, voy a acompañar a Aila toda la noche. Por la mañana te diré qué ocurrirá contigo. Solo por esta noche te dejaré disfrutar de tu reino.

Daimh avanzó sin temer la pared que formaban los guerreros. La mente de Cormag continuaba intentando averiguar qué opciones tendría y qué habría ocurrido con los Mackenzie y su tío. Daimh lo rodeó, golpeándole con el hombro al pasar. De nuevo, Cormag no tuvo capacidad para imponerse.

—Soldados, aprovechemos que tenemos al enemigo dispuesto a encerrarse por sí mismo —comentó, disimulando la impotencia—. Es posible que mañana tengamos más ejecuciones de las esperadas.

Los soldados siguieron a Daimh, más como acompañantes que como carceleros. Los veteranos habían escoltado a Alistair al norte. La mente de aquellos jóvenes, a pesar de sus fornidos cuerpos, no sabía distinguir a quién le debían lealtad. Todo les resultaba confuso. En los pasillos y a la sombra de las murallas los soldados se susurraban sus pensamientos, dividiéndose al igual que lo hacía el clan. No entendían lo que ocurría, pues la constante rivalidad entre los primos parecía haber llegado a un punto sin retorno. Y la razón solo la sabían ellos.

Cuando Daimh apareció ante la puerta de la celda de Aila, empujó con un movimiento rápido al soldado que mantenía la antorcha, le arrebató las llaves al otro y él mismo se encerró y les lanzó de nuevo el manojito de llaves. Cuando se recobraron de la sorpresa, se encogieron ante la dura mirada de Daimh.

—Miserables —les dijo—. ¡Largaos!

Aila se encontraba sentada sobre las pieles, con la espalda contra la pared y los brazos rodeando sus piernas. Su cabeza reposaba sobre sus rodillas. Cuando la alzó para averiguar quién venía a por ella, sus ojos hinchados por el llanto se agrandaron ante la sorpresa. Daimh se volvió con la antorcha en la mano dejando que Aila lo reconociera y sintiendo ganas de aplastar el cráneo de aquel que había partido el labio de la joven. Ella se levantó con rapidez y se colgó de su cuello.

—Daimh, eres tú, dime que no es una visión —le rogaba Aila, después de perder la noción del tiempo tras largas horas encerrada—. ¿Qué haces aquí? ¿Te han encerrado a ti también? ¡Oh, por la Madre Tierra, dime que no os han vencido!

Daimh colocó en un enganche la antorcha para dejar libres sus brazos y rodear a la joven, que lloraba abrazada a él.

—Vamos, pequeña —le dijo tomándola del rostro en busca de más signos de violencia—, todo está bien. Ya estoy aquí.

—Nada está bien si estás aquí, Daimh —le hizo ver Aila mientras le palpaba el tórax en busca de heridas.

—Sabía que si pedía que te liberaran me iban a responder que no —le explicó Daimh, formando una mueca como sonrisa—. No he tenido otra opción que obligarlos a encerrarme contigo. Ven, vamos a sentarnos. Tenemos una larga noche por delante.

—¿De verdad que has hecho eso? —Aila se dejó llevar por Daimh, que, una vez ocupó el lugar de ella, la sentó en su regazo y la cubrió con su *plaid*.

—Ajá —contestó al tiempo que volvía a tocar su rostro y centraba su atención en el labio hinchado—. ¿Quién te ha golpeado?

—Cormag —contestó Aila, sintiendo que su pena menguaba al verse rodeada de la fuerte aura que envolvía al guerrero—. Pero ya da igual; si no hubiera sido él, habría sido otro. O me odian o me temen. Por mi culpa Kenza y Muriel son unas apestadas. Tú estás aquí encerrado conmigo, y quién sabe dónde estará el resto. Parece que no he podido ayudar a nadie, no he podido evitar que el mal se adueñe del castillo. Espero que mi muerte permita que todos encontréis algo de paz y podáis vengar la muerte de tantos inocentes...

—¡Eh! ¡Aila! —Daimh escuchó los lamentos de la joven esperando poder explicarle la situación. Al darse cuenta de que Aila no se detendría, tuvo que ser él quien frenara aquel tipo de pensamientos—. Escúchame bien. No vas a morir. Gracias a ti, muchos soldados Mcleod se mantienen con vida, entre ellos Alistair. No quiero oírte decir que tienes la culpa de todo, porque solo hay un culpable, y ese es Cormag.

—¡La prueba que me harán mañana me matará! —Aila alzó su rostro y lo cogió de la camisa para hacerlo entrar en razón—. No me mientas: si estás aquí es porque no has podido salvar al clan de la maldad de Cormag. ¿Dónde está Alistair? ¡Dime qué ha ocurrido!

—Aila, Clarion nos alcanzó momentos antes de llegar al punto de la emboscada —comenzó a explicar Daimh mientras la tomaba de la cabeza para que volviera a apoyarla en su hombro—. En cuanto nos dijo que el cómplice de Cormag era el padre Henry, supimos que tu vida corría peligro. Yo me adelanté; Irvyng y Clarion me siguieron tiempo después. Alistair y los demás lograron frenar a los Mackenzie. Irvyng interceptó una paloma enviada desde el castillo de Coill poco antes de llegar aquí. Moira, la madre de Brian, solicita la ayuda de Cormag. Él no sabe qué ha ocurrido aún. Tengo la prueba de su traición. El honor de terminar con su vida es de mi tío.

—¿Alistair no vendrá? —preguntó Aila, entendiendo que poco podían hacer sus cuatro amigos ante el exacerbado clan que la quería poner a prueba.

Sin el laird no podían parar aquella locura. Daimh había hecho bien en callar la información que tenía; debía dejar que las tropas Mcleod continuaran con la misión de liberar a los Mackenzie de la maldad de Brian y Moira, impidiendo que Cormag buscara

ayuda. Además, contaban con la incertidumbre que debía sufrir el traidor en esos momentos.

—No vendrá —respondió Daimh, captando en la pregunta de la joven la decepción. Su orgullo se sintió herido—. ¿Crees que solo él puede protegerte? Si lo hubiera creído así, lo habría arrastrado hasta aquí. Aila, debes confiar en mí. No vas a morir. Yo estoy aquí, y con eso basta.

Aila escondió de nuevo la cabeza bajo la barbilla de Daimh para que no vislumbrara su mueca desconfiada. Lo menos que necesitaba en aquel momento era discutir sobre su vanidad. Aila se recordó que era un hombre demasiado orgulloso y pagado de sí mismo. Daimh, detectando el humor sombrío de Aila, la abrazó con más fuerza. Necesitaba su confianza plena en él.

Aila esperó un buen rato a que el guerrero le explicara cómo iba a salvarla; al ver que Daimh pretendía que aceptara sin más su promesa de mantenerla viva, comenzó a removerse entre sus brazos.

—Está bien, Daimh. —Se separó para enfrentarlo—. ¿Me vas a decir de una vez cómo vas a impedir que me ahogue encerrado aquí conmigo?

Daimh entrecerró sus ojos mientras sopesaba si prefería verla enfadada con él o llorando desconsolada entre sus brazos. Hizo una mueca al aceptar que le gustaba más observar cómo la sacaba de quicio. Aquellos ojos rasgados expresaban el mal genio que poseía y la escasa paciencia que tenía con él. Hasta sus enfados lograban enternecerle.

—Aunque creas que todos te odian, te equivocas —comenzó a decirle—. Ahora mismo Ian el herrero y su hijo están trabajando en algo que te mantendrá con vida. Los chicos y yo solíamos pasar los veranos en el lago donde pretenden hacer la prueba. Lo conocemos de palmo a palmo. Irvyng siempre ha destacado por su capacidad para aguantar la respiración bajo el agua. Solía ganar las competiciones gracias a su cabezonería: más de una vez estuvo a punto de perder la vida al demostrar que podía aguantar más que ninguno. —Aila bufó, consciente del carácter de Irvyng—. Hemos pensado que, para acabar con las infamias de las que te acusan, debes realizar la prueba. —Al ver que Aila abría los ojos espantada y tomaba aire para protestar, alzó una mano para poder explicarse mejor—. Yo estaré contigo en todo momento, me encargaré...

—Ah, sí, ¿también estarás conmigo debajo del agua? —le preguntó más como acusación que como pregunta en sí.

—Aila, déjame terminar —le ordenó frunciendo el ceño. La joven se cruzó de brazos mientras lo miraba, escéptica—. En el bote solo caben tres personas. Una de ellas, créeme, seré yo.

—¿Acaso crees que te van a dejar? —resopló, meneando la cabeza.

La hechicera pensó, con el ánimo derrotado, que no habría salvación para ella.

—Aila, debes confiar en mí. —Daimh comenzaba a enfadarse—. Si hoy estoy aquí y no fuera, dando muerte a los hombres a los que he considerado mi familia, es porque considero que debemos hacerles ver que no existe maldad en ti. Y si esos necios se convencen con esa diabólica prueba, haré todo lo posible para que la superes. Para mí sería mucho más fácil asaltar el castillo, sacarte de aquí e irnos lejos, pero eso no te ayudará a

demostrar tu inocencia. Vivirás repudiada por todos, y yo no quiero eso para ti. Eres necesaria, todos te necesitamos.

Aila aceptó la ayuda de Daimh tras agachar la cabeza y tomarse las manos con ansia. No debía pagar con él la rabia y el miedo que aquella pesadilla le provocaba. Intentó no volver a echarse a llorar y escuchó los detalles del plan. Se recordó que había un grupo de personas que pasarían la noche en vela trabajando para salvarle la vida.

—El bote se adentrará en el lago hasta el punto en el que un grupo de rocas se introducen en el agua haciendo una pequeña barrera natural —continuó Daimh, que comprendía la reacción de la joven que se sentaba sobre su regazo ofreciéndole su perfil—. Allí se esconderá un pequeño tubo hecho de hierro que en estos momentos están fabricando. Será lo suficientemente largo para llegar al fondo. Clarion ya debería haber vuelto con las medidas. Irvyng estará esperándote en las profundidades y te colocará el tubo en la boca: podrás respirar por él. Debes mantener la calma y tomar el aire por la boca. Solo por la boca. Yo me aseguraré de que el tiempo que permanezcas hundida sea el justo para que todos vean que no flotas, de manera que puedas superar la prueba. Ese tiempo tampoco podrá sobrepasar el aguante normal de una persona como tú bajo el agua.

—¿Y si ven a Irvyng? ¿Y si descubren el tubo? —comenzó a preguntar Aila.

—No lo harán —respondió, contundente—. Cuando salí de la fragua, estaban pensando en utilizar vidrio en un extremo y hierro en el otro. El hijo del herrero es muy hábil trabajando los dos materiales. Por Irvyng no debes preocuparte. —Daimh tomó la barbilla de la joven para que lo mirara a los ojos—. Aila, ninguno de nosotros hará algo que ponga en riesgo tu vida. Créeme.

—Está bien. —Aila aceptó sus palabras aunque no confiara del todo en el plan.

Estaba aterrada; no podía sacudirse la sensación de creer que le quedaban pocas horas de vida. Sabía que sus esfuerzos serían en vano. No temía a los elementos: lo único que le causaba pavor era la maldad que podía albergar el ser humano. Aquella maldad acabaría con su vida, de eso estaba segura. Sentía que se ahogaba sin percibir la brisa del viento, llevaba días sin que su piel fuera tocada por los rayos del sol, el fuego de la antorcha no lograba calentar el frío del miedo que la invadía y el agua le recordaba que se convertiría en la afilada daga que la arrancaría del mundo de los vivos. Todo por no seguir los consejos de su abuela, que la previno de la religión de un solo Dios y que claramente le dijo que debía esperar a su esposo y marcharse con él. Se dijo que debía haberlo acompañado en la incursión al norte como le había pedido. Su inconsciencia la hizo creerse tan fuerte como para luchar en contra de la fe cristiana, y tan capaz de continuar su vida lejos de Daimh. Ahora lo veía claro. Ahora, cuando ya no había vuelta atrás, se daba cuenta de que, con paciencia, su amor hacia Daimh podría acercarla a ella. «Paciencia —recordó que le había dicho su abuela—, trabaja la paciencia, Aila».

—¿En qué piensas, pequeña? —le preguntó Daimh al percibir cómo la joven se ausentaba otra vez del presente.

—En las cosas que me dijo mi abuela —contestó con voz queda.

—Saldremos de esta, Aila —le aseguró—. Tu abuela tenía razón. Te sacaré de aquí y te llevaré lejos. No te quedará otra opción que ser mi esposa; así podré protegerte mientras viva.

Aila se giró hacia él con los ojos anegados en lágrimas y mostrando la primera sonrisa sincera en días. Sabía que no iba a ser así; sentía la muerte cerca, su conexión con Elphame se había debilitado, pues apenas guardaba fuerzas para rescatar la esperanza. Se había rendido. Entendió que su muerte apenas entristecería a unos cuantos. Su misión había terminado. Había salvado a Alistair, había reconstruido a Meribeth, había instruido a KENZA, había sanado a muchos y guiado a otros. Y, sobre todo, había logrado llevarle luz a Daimh haciendo que ocupara su puesto como líder Mackenzie. Le acarició el mentón que la barba de varios días comenzaba a cubrir. «Es un buen hombre que se sacrifica por mí», pensó. No quiso contradecirle, es más, decidió que soñaría esa noche con la vida que pudo tener pero que sus malas decisiones impidieron que ocurriera. Se recostó de nuevo en Daimh. Cerró los ojos cuando este la envolvió en el *plaid*, y le pidió que le contara cómo iban a ser sus vidas como marido y mujer.

Daimh así lo hizo. Le describió el castillo de Coill, el trabajo que desarrollaría como castellana y como Gente de Astucia. Le aseguró que tendría mucho trabajo, pero que estaba convencido de que pronto los integrantes del clan le tomarían cariño. Continuó hablando sobre las divisiones que existían y las distintas aldeas que se extendían por las vastas tierras de los Mackenzie. Le explicó en qué consistiría su papel como laird, le comentó que en alguna ocasión debería acompañarlo para que sus conocimientos llegaran a todos los rincones y compartió con ella los planes que tenía para el clan. Su voz grave, su cadencia, la seguridad y el calor de sus brazos llevaron a Aila con suma lentitud a un sueño profundo donde no cabían el miedo, la impotencia ni el dolor.

## 24

Cuando amaneció, las pisadas de varios soldados resonaron por el pasillo que llevaba a la celda. Era la señal que indicaba que había llegado la hora. Daimh ayudó a Aila a levantarse comprobando cómo un temblor se adueñaba de ella. Sus ojos rasgados estaban abiertos, asustados. Aila no movió un músculo cuando le ordenaron que se descalzara por órdenes del sacerdote. Daimh se hizo cargo de la situación volviéndola hacia él, logrando que sus ojos se posaran en los suyos para transmitirle calma. Buscó en su morral y sacó las piedras que ella había arrancado de su cinturón, recordando que su poder podía ayudar a la hechicera en aquel momento. Se sacó la camisa color azafrán de debajo del kilt, arrancó un trozo de tela y con una cuerda que guardaba en el morral improvisó un colgante. Con rapidez se lo escondió dentro del vestido, situándolo entre sus pechos.

Aila reconoció las piedras. Las palabras de su abuela Nimue llegaron a ella, haciéndola retroceder al momento en el que le regaló el cinturón con las piedras incrustadas: la melanita para la adivinación y la conexión con la sabiduría femenina, una crisocola para la meditación y las relaciones conflictivas con los demás, el jaspe rojo la protegería, le aportaría energía y fortaleza, y la epidota ampliaría su percepción psíquica y reduciría el estrés y el trauma. Aila inspiró hondo; cerró los ojos para lograr controlar el temblor. Segundos después se encontró con una de las esporádicas sonrisas de Daimh. Su gesto le insufló valor.

El soldado se ganó una mirada furibunda por parte de Daimh cuando se atrevió a recordarles que estaban aguardando. El guerrero se volvió lentamente asegurándose de que el soldado no iba a importunarlo más. El joven tragó saliva al tiempo que deseaba que dejara de clavarle la mirada como lo hacía. Aila se sentó de nuevo, se trenzó la melena a la espalda y se quitó las botas de piel. Daimh la ayudó a levantarse y la tomó en volandas: no iba a permitir que realizara todo el camino descalza. Aila se agarró al fuerte cuello y le agradeció el gesto con una tímida sonrisa.

En el exterior los esperaba la multitud de personas que iba a acompañarlos hasta el lago. Daimh se enfureció, fulminando con la mirada a aquellos que se atrevían a alzar la voz descalificando a Aila. En el centro del patio de armas se encontraba una carreta que parecía ser el medio de transporte para la bruja. A los lados esperaba Cormag junto al padre Henry y el monje Albert. Aila llevaba demasiadas horas sin ver la luz del sol, y la claridad del día cegó sus ojos. El silencio que se hizo tras aparecer en brazos de Daimh no impidió que sintiera el odio y la repulsa hacia ella. Daimh ignoró al padre Henry cuando le dijo que debía ir atada todo el camino. Tras depositarla con suavidad sobre la carreta, subió con ella usando el vehículo como tarima.

—No puedo estar más decepcionado —comenzó a decir Daimh—; seguís la palabra de un mal nacido, no protestáis por presenciar un juicio sin la presencia de vuestro laird y, peor aún, os reunís para ser testigo de un asesinato.

—¡Eres un Mackenzie! —gritó alguien.

—¡Traidor! —lo siguió otro.

—¡Hechizado, la bruja lo tiene bajo su conjuro! —gritó una mujer enloquecida.

—Hoy soy un Mackenzie, cuando ayer todos me llamabais familia —replicó Daimh—. Me llamáis traidor cuando declaro mi lealtad a Alistair. ¿Quiénes son los traidores? ¿Quiénes habéis preferido ajusticiar y ser cómplices de la tortura de mano de un sacerdote y no de vuestro laird? —Cuando los gritos se alzaron para protestar llamando a la hechicera asesina, Daimh volvió a hablar—: Es posible que sea mejor llamarme Mackenzie, pues nada admiro de este clan cuando babea de ganas por ver a Aila ser humillada públicamente. Ella os ha sanado, ella os ha ayudado y ha logrado que muchos encontréis la paz. ¿Cuántos erais los que hacíais fila frente a la cabaña de Muriel? ¿Cuántos fuisteis a celebrar Walpurgis? ¡Me avergüenzo de este clan! ¿Qué os ha vuelto tan necios como para acatar las órdenes del hijo de Fionnlagh y creer las mentiras de un hombre de las Lowlands que nos hace renegar de nuestros ancestros? ¿Qué ha ocurrido para que olvidéis que Aila es la invitada de nuestro laird? Ella insiste en que no existe el demonio. Yo creo que sí, pues lo veo en cada uno de vuestros rostros. Ella busca la sanación, vosotros la muerte. ¿Quién es, pues, el súbdito de Satanás?

Mientras Daimh lanzaba las duras acusaciones, Aila posó su mirada en todos los presentes. A lo lejos observó al grupo de amigas formado por Muriel, Kenza, Lorna y Meribeth. Todas lloraban al verse impotentes mientras esperaban que Daimh hiciera entrar en razón a las gentes. El padre Henry parecía estar fuera de sí, ordenando a Cormag que detuviera a Daimh.

—¡Daimh, ya basta! —le ordenó Cormag—. Estoy al mando y respondo por Alistair. Nadie ha torturado a Aila, nadie la ha humillado, solo queremos que se demuestre de una vez por todas que no está poseída por el demonio ni que está familiarizada con las malas artes. ¡Es lo justo!

—¿Tan pronto te alzas como jefe, primo Cormag?! —se mofó Daimh, que de un salto se colocó frente a él.

Cormag seguía sin noticias sobre el paradero de Alistair; no sabía si proclamarse nuevo laird o esperar.

—Te recuerdo que gestionas el clan cuando nuestro tío y yo estamos ausentes. Solo entonces eres su voz. Ahora yo estoy aquí también. Y como sobrino también decido.

—¡No podéis impedir que se realice la prueba! —gritó el padre Henry, viendo su obra peligrar—. ¡Vos también estáis condenado al infierno! Os haré quemar en la hoguera por hereje si impedís que la mano de Dios decida sobre la vida de Aila. Hablaré con el rey.

—¿¡Me amenazáis!?! —rugió, acercándose furioso al sacerdote, que tropezó al dar varios pasos atrás—. Espero que cuando todo esto termine os encontréis muy lejos, porque no tendré piedad. —Tras decir esto, alzó su voz sobre la de los demás—: Acepto que Aila pase la prueba, pero no voy a dejar que se ahogue como quieren estos dos. Estaré presente

en todo momento; no se atará a Aila hasta que sea necesario, y partiré el cráneo a todo aquel que vuelva a insultarla. ¿¡Habéis entendido!? —bramó Daimh. El silencio fue la única respuesta.

Clarion se acercó con la montura para Daimh. Ambos flanquearon la carreta de Aila durante todo el camino.

Cormag abría la comitiva mientras rumiaba su situación. Necesitaba con urgencia saber qué había ocurrido y si tenía el poder para acabar con la vida de su primo de una vez. Estaba harto de esperar, necesitaba descargar la furia que había guardado durante años.

La mayor parte del clan los acompañó. Muchos lo hacían para asegurarse de que se cumplía con la prueba; deseaban ver flotar a la bruja, esperaban verla sufrir por sus pecados y poder recriminar a los otros su mal comportamiento. Ulla y Elsie eran las que destacaban sobre los integrantes del clan, acompañando al sacerdote mientras realizaban comentarios maliciosos por lo bajo. El otro grupo reunía personas que no se atrevían a pronunciarse pero que querían apoyar a Aila durante la dura prueba. Todos habían aprendido que podían conectar con la Dama Verde y los espíritus para solicitar luz en momentos de oscuridad. A pesar de su lealtad hacia la joven, el miedo de ser acusados por el padre Henry los obligaba a mantenerse al margen.

La mirada de Aila recayó en ellos. Hombres y mujeres que se mantenían firmes, posicionándose alrededor de la carreta, alejando a los detractores. Con la vista puesta al frente acompañaban a Aila. Poco a poco, cada esquivo guiño, cada media sonrisa, cada cabeceo de cabeza comenzaron a indicar a Aila que no estaba sola. Entendió que nunca lo había estado. Ellos realizaban un escudo protector, permitiéndole recobrar las fuerzas para afrontar lo que sucediera con dignidad. Sus sentidos recayeron en cada árbol, trozo de cielo, brisa, aleteo de alas, zumbido de insectos y rayo de sol que se cruzaban en el camino. Se llevó una mano al pecho, apretando el saquito de piedras que Daimh le había colocado bajo el vestido. Llevaba demasiado tiempo aislada, le habían arrebatado toda su luz, habían logrado desequilibrar su propia alma. Varias lágrimas pugnaron por salir.

Ante el escozor del llanto sus ojos se alzaron para encontrarse con los de Daimh. Este entrecerraba los ojos, luciendo el hermetismo de siempre, con su rostro pétreo y su mirada directa. Aila supo que el guerrero estaba preocupado por ella: percibió la angustia que su situación le generaba y comprendió que no debía ofrecerle sus últimas imágenes como una mujer derrotada. Lo retó con la mirada; sus hombros se cuadraron y su mentón volvió a contener la tensión que siempre mostraba cuando se enfrentaba al desconocimiento y rechazo de los demás. Aila no supo si Daimh había asentido con la cabeza al observar su cambio de actitud, pues, si lo había hecho, apenas duró lo que un parpadeo.

Una nueva sensación la embargó: tras atravesar una zona con arbustos, una rama de espino blanco se clavó en su hombro y se partió al pasar. Aila agarró aquel regalo de las *faes*; era lo que necesitaba para conectar con Elphame. En el instante siguiente su mente abandonó su cuerpo para recordar sus orígenes, su poder y su naturaleza sobrenatural.

No supo cuánto tardó en volver en sí. Solo supo que a su vuelta se topó con su abuela sentada frente a ella. Sus ojos verdes la miraban con ternura, su boca le sonreía y su espíritu le llevaba calma. No necesitó hablar, tan solo la contempló, disfrutando de su

presencia tranquilizadora. Se volvió a recordar que no estaba sola. Su abuela, conectada a su psique, movió la cabeza afirmando su pensamiento. Nimue había decidido regresar junto a su nieta, pues debía guiarla en aquel terrible trance por el que pasaba. Giró su rostro, haciendo que Aila siguiera la dirección de su mirada. Cuando la joven vislumbró la mancha azul que formaba el lago entre las praderas, sintió cómo su boca salivaba y su estómago la atenazaba. Experimentó un miedo atroz hasta que escuchó la voz de su abuela.

*No temas a los elementos, en ellos siempre has encontrado buenos espíritus. Solo debes temer tu propia oscuridad: ella es la que te arrastrará a donde nadie podrá salvarte.*

Suspendida en aquel limbo la encontró Daimh cuando se acercó a la carreta. Algunos prepararon la barca, el resto se distribuyó por la orilla para presenciar la llamada prueba de la bruja. Cuando Aila se encontró en los brazos de Daimh otra vez, palpó sus fuertes hombros, captó el brillo de su mirada azul y absorbió hasta el último detalle de su rostro.

—Hola, pequeña hada perdida —la saludó—. Me estaba preguntando cuándo ibas a volver. Así me gusta verte, mi guerrera, con esos ojos que parecen saber los secretos más ocultos y se mofan del resto de los mortales.

—He vuelto, Daimh —le contestó Aila, envuelta en un aura llena de serenidad. El guerrero detuvo sus pasos antes de acercarse al bote cuando Aila lo tomó del mentón para que la mirara—. He vuelto para decirte que te quiero, que este sentimiento que has despertado en mí es el más puro que jamás he conocido y que si debo perecer en esas aguas lo haré tranquila, pues su color me recordará a tus ojos y traspasaré la barrera hacia el Otro Mundo acompañada por tu imagen, por la sensación de tus brazos en torno a mi cuerpo y por el dulce sabor que tus besos dejaron en mi boca.

Daimh sintió cómo una grieta resquebrajaba algo que llevaba años endurecido. No podía aceptar la despedida de Aila. No podía aceptar su partida cuando había comenzado a amar a alguien como la amaba a ella. Ahora que había descubierto que la joven le correspondía, no podía aceptar su muerte. La depositó en el suelo; el dolor al ver que de nuevo la vida le arrebatava a un ser querido le crispó el rostro, y no controló su fuerza cuando la agarró del cuello y se acercó a ella.

—No vas a morir. No vas a irte a ningún lado, yo te lo prohíbo —le ordenó con aquella autoridad que lo caracterizaba. Ante la dulce sonrisa de la joven, continuó, enfurecido por el miedo—: Aila, por una vez en tu vida, haz lo que te pido. Si de verdad dices amarme, no hagas lo que otros han hecho. No me dejes, vive por mí.

Aila se puso de puntillas para besar sus labios. Daimh respondió con dureza apretándola contra su cuerpo, expresando la desesperación que la muerte de Aila supondría para él. Ella lo percibió así; aceptó su orden y abrió su boca para afianzar los lazos que desde el principio los habían unido. Ajenos a las exclamaciones, comentarios y carraspeos, se mantuvieron unidos unos segundos más. Aila fue la primera en separarse, sonreírle y volverse mientras se recogía las faldas. Daimh la tomó por detrás, ayudándola a subir al bote. Cormag subió tras ellos, acallando con un bramido las protestas del sacerdote.

Daimh cogió los remos. Aila, situada entre los dos primos, daba la espalda a Cormag. Una vez comenzaron a alejarse de la orilla, este no pudo contenerse.

—Vamos, Daimh, dime qué ocurrió con nuestro tío —le preguntó tensando la mandíbula al observar cómo su primo miraba a los lados y retrasaba su respuesta.

—Te noto preocupado —respondió, chascando la lengua con fastidio—. ¿Estás preocupado por él o por tí?

—Daimh, sea lo que sea que haya pasado, seguimos siendo familia.

Cormag sacó sus habilidades diplomáticas a relucir y comenzó a negociar con su primo. Tras varios días sin la presencia de Alistair ni de ninguno de sus soldados, la idea de que los Mackenzie habían cumplido parte de su acuerdo cobraba más fuerza. Se dijo que debía volver las tornas y ofrecer su ayuda a Daimh para que ocupara su lugar como laird. Siempre y cuando salvaguardara su propia vida.

—Sí, eso no se me olvidaría nunca... —Daimh seguía remando, manteniendo la atención del traidor centrada en salvar su propio pellejo y no en lo que ocurría bajo el agua—, *primo* Cormag.

—Si el mensaje de la paloma cambiara de alguna manera la situación —tanteó Cormag, rascándose el mentón sin apartar la mirada del rostro de Daimh en busca de señales—, ten por seguro que mi apoyo sería tan fuerte como el del propio Alistair. Yo también deseo que seas laird de los Mackenzie.

—Pues me complacen tus palabras. —Daimh lo miró directamente a la cara; con un movimiento de cabeza le señaló. —Estamos lo suficientemente lejos de la orilla para encontrarnos en la parte profunda; desde aquí todos pueden ver lo que pasa. Ata a Aila, no quiero que me acusen de hacer trampas. Alza las cuerdas para que te vean. —Cormag obedeció mientras Aila se volvía hacia él, evitando su oscura mirada.

Aila no había estado pendiente de la conversación. El lago no era muy grande, pero sí profundo. Su forma ovalada ofrecía orillas de pequeñas piedras en las zonas más alejadas. En los extremos más próximos, el follaje y las grandes rocas hacían difícil el acceso, por lo que los curiosos no pudieron desperdigarse. El grupo de personas se había acomodado a lo largo de la orilla desde donde la barca había salido. La joven había captado una sombra sumergida bajo el bote: supo que Irvyng andaba cerca. En la orilla, llena de rocas de gran tamaño y árboles, captó un movimiento. Intuyó que debía de ser Archie quien rondaba por la zona. Aila comprobó que en aquella parte las rocas se adentraban en el agua ocultando la orilla izquierda a los observadores.

Una vez Aila tuvo las muñecas atadas a cada tobillo, Daimh volteó el bote y dejó a Cormag de espaldas a las rocas, lo que permitía a la audiencia observar cómo el guerrero la tomaba en brazos mientras hacía equilibrio sobre el tambaleante bote. Todos podrían ser testigos de lo que le ocurriría a Aila.

—Todos atestiguaréis que lo que el padre Henry ha querido hacer hoy no es una prueba, sino un asesinato. —Daimh habló lo suficientemente alto para que todos lo oyeran—. Desde el momento en el que vea la vida de Aila peligrar, iré en su busca. ¡Callaos! —gritó Daimh ante las protestas del monje Albert—. Le daré el tiempo necesario para que veáis que no flota, tal y como creéis que debería hacer una bruja.

Daimh besó la frente de Aila antes de susurrarle:

—No pienso dejarte. No me dejes a mí.

Tras esas palabras Aila sintió que se caía y se sumergía con fuerza en las profundas aguas. Daimh comenzó a contar en voz alta mientras empezaba a pasarse la camisa sobre la

cabeza y dejaba su torso desnudo. Enrolló el *plaid* sobre un hombro y lo ajustó sin dejar de contar en voz alta. Sus ojos se cruzaron con los de Cormag, mostrando todo el odio que su primo le provocaba. Por encima de todo y más allá de su traición, lo odiaba por hacer que Aila tuviera que pasar por aquella angustiosa prueba.

Cuando Aila se vio envuelta en las frías aguas, solo pudo tomar aire una sola vez antes de que sus ropas de lana se empaparan haciendo de ancla. Su cuerpo, obligado a mantenerse en posición fetal, dio vueltas haciendo que la hechicera se desorientara. Segundos después, antes de que la angustia la invadiera, un fuerte tirón la hizo llegar hasta el fondo. Allí Irvyng apartó sus faldas, le cortó las cuerdas y destapó el tubo que conectaba con la superficie. Antes de que Aila pudiera ubicarse, Irvyng le tapó la nariz para ayudarla a respirar por el tubo y metió el metal en su boca.

Una vez la joven posó sus pies en una roca, encontrando cierta estabilidad, alzó una mano para que supiera que estaba bien. Tragó agua, tardó varios segundos en controlar la respiración y poder aspirar a través del extraño tubo. La angustia se evaporó cuando poco a poco las tranquilas aguas la rodearon no para aprisionarla, sino para calmarla. Interiorizó de una vez por todas las últimas palabras de Daimh al encontrarse con la visión de Irvyng esperándola en las profundidades para ayudarla. Él quería que viviera, ella lo amaba y jamás se perdonaría traicionar a Daimh cuando le había pedido que viviera por él. Aila tuvo ganas de echarse a reír cuando Irvyng le guiñó un ojo y sonrió alejándose hacia el interior del lago. Si la orilla estaba al otro lado, ¿a dónde se dirigía el guerrero?

Daimh estaba atento a la señal que Irvyng haría al tocar el bote. Había ubicado el tubo varios metros más hacia el interior del lago. Tanto Cormag como él no se encontraban sobre Aila, sino varios metros más adelante. Daimh mantuvo la mirada en el lugar donde todos creían que la hechicera estaba luchando por su vida. Si todo había salido bien, Irvyng la habría arrastrado unos metros tras su espalda. Antes de recibir la indicación de su amigo, varias personas desde la orilla le pedían que la rescatara. Muchas mujeres comenzaron a sollozar angustiadas. El padre Henry infló su gran barriga al comprobar lo poco que le quedaba a la joven para morir ahogada. Todos observaron cómo Daimh sacaba una daga antes de tirarse al agua para ir en su busca.

Irvyng llegó por la espalda y tomó por sorpresa a Aila; la arrancó sin avisar del tubo y la arrastró hasta Daimh. Aila pateaba asustada intentando advertirle de que sus pulmones no aguantarían mucho más, pues apenas pudo tomar una bocanada entera de aire. Cuando Daimh se encontró con ella, apenas tardó unos segundos en llegar a la superficie y ofrecerle el oxígeno que necesitaba. Aila no pudo escuchar las exclamaciones de alivio que surgían desde la orilla, al no parar de toser y dar grandes bocanadas de aire. Cormag tuvo que contrarrestar el peso para que Aila pudiera subir al bote ayudada por Daimh. En el momento en el que el guerrero estuvo sobre el bote, el movimiento facilitó a Irvyng enganchar a Cormag de la espalda y llevárselo a las profundidades. Si alguien fue testigo de la maniobra, no alzó la voz para alertar al resto.

Daimh situó a la temblorosa Aila entre sus piernas mientras volvía a remar rumbo a la orilla. Cuando algunos cayeron en la ausencia de Cormag, Daimh respondió:

—Me ha dicho que se le había caído algo, y ha ido tras ello.

Todos volvieron la vista hacia el lago en busca de señales de Cormag. Minutos más tarde, en el lado opuesto a donde estaba el tubo de Aila, la cabeza del traidor surgió a la superficie. Archie y Clarion aparecieron sobre sus monturas para ayudarlo a salir, de forma sospechosamente solícita. Cormag supo que se encontraba a merced de ellos. Cuando ninguno hizo ademán de atacarlo, supo que su primo seguía vivo. El placer de acabar con su vida se lo tenían reservado a Alistair.

## 25

Aila no volvió a tomar conciencia de la realidad hasta que no se encontró lejos de todos, a lomos de un caballo, con Daimh cabalgando hacia algún lugar que comenzó a serle conocido. Se aproximaban al claro donde se había celebrado Walpurgis. Entre los árboles Daimh detuvo al animal y silbó para llamar a alguien. El sonido de voces de mujeres, riendo y dando gracias a los dioses, llegaron hasta ella. Completamente empapada, con sus cabellos chorreando y tiritando de frío, la joven interrogó con la mirada a Daimh.

—Te dejo en buenas manos —le contestó, mostrando una de sus sonrisas de medio lado y un brillo divertido en los ojos—. No te entretengas como sueles hacerlo, no te pierdas entre los árboles y mucho menos hagas esperar a tu futuro esposo.

—¿Esposo? —preguntó Aila mientras la dejaba en el suelo y espoleaba al caballo alejándose de ella.

—¡Aila, gracias a los dioses que todo ha salido bien! —Kenza apareció luciendo una brillante sonrisa y abrazándola con fuerza.

—¡Ay, mi querida niña! —Lorna fue la siguiente en aparecer—. Qué terrible han tenido que ser estos días para ti. Siento muchísimo todo lo que te ha pasado.

—Yo, bueno, es que no entiendo... —Aila no salía de su asombro.

Buscó en su recuerdo para caer en la cuenta de que ninguna de ellas se había acercado al lago.

—¡Ya se ha acabado, Aila! —Kenza lanzó una carcajada al ver el desconcierto en su chorreante amiga—. Por fin te casarás y Daimh te llevará lejos de aquí. ¿Qué te había dicho yo? Sabía que estaba prendado de ti desde el principio.

—¡Ay, no me habéis esperado! —se quejó Meribeth, que las seguía sin resuello—. ¿Pero aún no la habéis desvestido? ¡Esta mujer tomará un esposo y un resfriado al mismo tiempo!

Kenza se puso manos a la obra, parlotando a su alrededor mientras la despojaba de sus empapadas ropas. Aila seguía entumecida tanto por el frío como por el desconcierto. Hacía tan solo unos momentos luchaba por su vida, sintiendo cómo se le escapaba ante la falta de oxígeno, para encontrarse en una situación donde el absurdo rozaba el de un sueño. Lorna, Meribeth y Kenza reían encantadas al ser las cómplices de Daimh. Todos habían trabajado para salvarla y organizar su boda. Kenza utilizó un tartán para secarla, frotándola con brío para que entrara en calor mientras le relataba todo lo que había sucedido.

A altas horas de la noche anterior Clarion e Irvyng comprobaban que el mecanismo fabricado por el herrero funcionaba. Archie, por órdenes de Daimh, debía pedir a las mujeres amigas de Aila que organizaran la ceremonia. Estas, ante la ausencia de la mayor parte del clan al abandonar el castillo para acudir al lago, aprovecharon para preparar las alforjas de la hechicera con todo lo necesario para el viaje. Además, habían agradecido a Archie que las informara de los planes, y se alegraron de poder ayudar de alguna manera a la pareja.

A medida que la circulación se le iba caldeando, la ternura por aquellas personas que habían estado pensando en su bien fue alejando sus miedos, temores y pensamientos negativos. Aila interiorizó las palabras de Kenza: se había acabado. Había superado la prueba, estaba viva y en pocos minutos partiría rumbo al norte con Daimh como esposo. Aila comenzó a llorar de nuevo, haciendo que su cuerpo temblara de gratitud. Comprendió que el motivo de su falta de exactitud en la visión del ataque a los Mcleod se debía a que estaba relacionado con ella. No podía encontrar a Daimh, porque en ese momento cabalgaba para salvarla. Su don, al ser estimulado por el contacto de Cormag, le había permitido salvar la vida de Alistair y sus hombres, aunque fue entorpecido al no poder revelarle lo que iba a acontecer con su vida. De un golpe de realidad comprendió el mensaje que había movido sus pasos. Daimh había llegado para casarse con ella y llevarla lejos. Las palabras de su abuela fueron calando poco a poco en ella, haciendo que las lágrimas de alivio continuaran bañando su rostro. Nimue le había advertido de todo y ella no había sabido esperar a que los acontecimientos se desarrollaran. «Paciencia —le había dicho—; debes entrenar tu paciencia».

Kenza la había hecho sentarse sobre una roca para peinarle la melena y trenzarle sus rebeldes mechones. Lorna se estaba encargando de ajustarle las babuchas terminadas en punta y Meribeth rebuscaba en las bolsas en busca de los últimos accesorios. Cuando todas se dieron cuenta del llanto de Aila, dejaron sus quehaceres para abrazarla y consolarla. Tras varios minutos recibiendo palabras de ánimo y buenos augurios, Aila les agradeció su ayuda y su cariño.

Al ponerse de pie, comprobó que le habían puesto el vestido granate con bordados dorados en el escote cuadrado. Meribeth se disculpó al haberse tomado la licencia de coger un piedra de cuarzo rosa de su cofre y engazarla en un colgante de plata. Habían labrado la plata siguiendo algunos símbolos que estaban grabados en su cinturón de cuero. Aila la abrazó para agradecerle aquel regalo. El cuarzo era la piedra del amor y la amistad. El día de su boda aquel mineral atraería y estimularía el amor y aportaría paz y tranquilidad. Rociaron su pelo con su agua de romero mientras Aila acariciaba la piedra colgada en su cuello. El silencio hizo que la joven se volviera hacia las tres mujeres, que intercambiaban miradas.

—Aila, sabemos que nunca has lucido tartán alguno, pues no quieres formar parte de un solo clan —comenzó a decir Lorna—. Al terminar el día te convertirás en lady Aila, la futura castellana del clan Mackenzie. Daimh, mi nieto, me pidió que te preguntara si desearías lucir los colores de su clan.

Lorna le tendió la tela con cuadros verdes y azules de los Mackenzie. Aila se emocionó, pues no solo se trataba de una tela teñida. Daimh le decía que, si aceptaba lucir sus colores, aceptaba formar parte de una gran familia y que le ofrecería protección y

lealtad a cambio. Aila asintió, tomó aire y percibió cómo el sonido de los árboles, al mover sus ramas, ayudadas por la brisa, aplaudían su elección. La joven mostró una sonrisa radiante cuando el tartán terminó de rodear su figura. Ya estaba lista. Los dioses enviaron todo tipo de señales a Aila para animarla a abrazar su futuro junto a Daimh. Kenza comenzó a cantar al emprender el camino hacia el claro. Las demás no tardaron en sumarse a los cánticos.

Aila nunca olvidaría el día de su boda. Cuando llegaron a la linde del claro, las mujeres se detuvieron y posicionaron a Aila frente a Daimh. Este aguardaba al otro lado, bajo las sombras de los árboles, vestido con el tartán de los Mackenzie recogido sobre un hombro por el broche de su antiguo clan. El claro estaba completamente vacío cuando el guerrero empezó a andar. Aila hizo lo mismo y se encontró con él en el centro de un amplio círculo que alguien había marcado con sal.

El rito elegido no podía ser otro que el de los antiguos celtas. El sentido de la ceremonia era la unión de dos almas que juntas duplicaban fuerzas y cualidades y suplían las carencias del otro con el aprendizaje de una vida en común. El matrimonio tendría la duración de un año y un día, y los votos podrían ser renovados en las noches de Walpurgis, en Lughnasadh, o bien afianzarse al nacer un hijo.

Una vez estuvieron frente a frente, sus ojos no se separaron del otro, conscientes en cada momento de la decisión que estaban tomando. Daimh ensanchó una de sus esporádicas sonrisas, que provocó otra en Aila. El guerrero lucía una camisa blanca bajo el *plaid*, se había trenzado los cabellos despejando su frente y la barba de varios días había desaparecido. Daimh sintió cómo su corazón se encogía al contemplar a Aila vestida con sus colores. Su piel parecía brillar, sus ojos resplandecían lanzando brillos verdosos y su perenne sonrisa traviesa apareció de nuevo en su élfico rostro.

—Brillas, pero no quemas —le dijo Daimh, con la voz rasgada por la emoción.

Aila entendió que hacía alusión al lema que compartían los Mackenzie y los Mcleod, y se sintió alagada por el cumplido.

Muriel apareció desde el norte del claro; vestía un traje blanco que simbolizaba la pureza que intentaría llevar a la ceremonia. Aila le dio la bienvenida con una sonrisa agradeciendo que fuera ella quien los casara. La mujer de redonda figura coronó sus cabezas con hiedra. En aquel momento Daimh y Aila se volvieron hacia el norte cogidos de las manos. La joven sintió la fuerza del guerrero a través de su cálido contacto y juntos observaron cómo sus conocidos se adentraban en el claro, dispuestos a ser testigos de su unión. Archie, Clarion, Irvyng, Kenza, Meribeth, Lorna, la familia del herrero y algunos otros más se acercaron formando un círculo con sus cuerpos, tomándose de las manos alrededor de la pareja. Aila se sorprendió al verlos y rio encantada cuando surgieron de entre la maleza.

Kenza rodeó el círculo ofreciendo una serie de objetos a los testigos que le había indicado Muriel.

—Que cada persona aquí reunida sienta este rito como sagrado —comenzó a decir Muriel—. Este lugar ha sido consagrado por los poderes que nosotros conocemos como

las fuentes del amor y la inspiración. Vamos a aguardar unos momentos para ponernos en armonía con las presencias místicas que nos acompañan.

Aila observó cómo todos utilizaban esos segundos para conectar con la Dama Verde mientras ella posaba su mirada en todos y cada uno de los asistentes en cuerpo y en espíritu. Sintió especial ilusión cuando, rodeando el círculo humano, detectó la figura de su abuela Nimue junto a su horca. Su presencia bendecía aquella ceremonia. Glheanna también estaba presente; lucía una gran sonrisa junto a un muchacho cuyas facciones debían asemejarse a las de Daimh si hubiera llegado a hombre. Era Cayden. Ella inclinó la cabeza a modo de saludo. Mervin, el anciano Mcleod, también había decidido aparecer, junto a Maisie y a un gran número de espíritus conocidos por Aila. También sonrió al detectar a seres del Otro Mundo con los que había hablado pidiendo consejo. Todos formaron un círculo aún mayor apoyando su unión.

—En este círculo sagrado de luz, nos reunimos en perfecto amor y perfecta armonía —continuó Muriel—. ¡Oh, diosa del amor divino, te pido que bendigas a esta pareja, a su amor y a su unión! Durante el tiempo que quieran vivir juntos, ofréceles una vida saludable, plena de gozo, estabilidad y fertilidad. —La mujer se dirigió a ellos—: ¿Acudís a este lugar por voluntad propia y libremente?

—Así es —respondieron al unísono Aila y Daimh.

—Honraremos ahora a los Espíritus de los Cuatro Elementos que equilibran nuestras vidas pidiendo sus bendiciones.

Muriel indicó a Archie que se acercara con el cuenco que Kenza le había dado. Este estaba lleno de tierra. Daimh y Aila colocaron las manos izquierdas sobre el tazón y posaron las manos derechas sobre su propio pecho.

—Espíritus que habitáis la Tierra, ayudad a Daimh y a Aila en tiempos de frías restricciones, cuando los problemas parezcan inamovibles —pidió Muriel—. Bendecidos seáis por el antiguo y místico Elemento Tierra; que juntos echéis raíces por tierra dulce y fértil para que vuestra unión crezca fuerte, que vuestras vidas sean ricas en fertilidad y perfecta fruición.

Sus pasos llevaron a la pareja a posicionarse hacia el este. Ambos se toparon con los ojos empañados de Lorna. Esta hizo sonar una campana tres veces tras la indicación de la sacerdotisa. Aún con el sonido agudo reverberando en el prado, Muriel quemó incienso con hierbas purificadoras siguiendo los conocimientos de Aila y rodeó a la pareja con el humo.

—Espíritus que habitáis el Aire, dejadnos sentir vuestro aliento y ayudad a Aila y a Daimh en tiempos de incertidumbre cuando los vientos cambien —continuó Muriel—. Bendecidos seáis por el antiguo y místico elemento aire; que juntos encontréis la libertad del vuelo sobre las montañas y que vuestro matrimonio renazca cada amanecer.

Continuaron girando hasta posicionarse de cara al sur. En esta ocasión fue Clarion quien les acercó dos velas que Muriel encendió.

—Espíritus que habitáis el Fuego, encended la llama de la pasión y avivadla cuando disminuya. Bendecidos seáis por el antiguo y místico elemento fuego; que juntos dancéis a lo largo del camino del coraje y la vitalidad; que vuestra casa se llene de calor.

Cuando se volvieron hacia el oeste, Irvyng se adelantó con un cuenco lleno de agua. Muriel vertió un poco de aquel líquido sobre sus cabezas.

—Espíritus que habitáis el Agua, dejad que vuestra energía fluya a través de las corrientes del agua blanca y pozos oscuros, llenando de serena emoción la vida de Aila y de Daimh. Bendecidos seáis por el antiguo y místico elemento agua; que juntos mezcléis vuestros deseos, fluyendo con la belleza de las mareas del océano, llenando vuestras vidas de amor.

Una vez se encontraron de nuevo mirando al norte, Muriel untó sus frentes con aceite de rosas y sostuvo la piedra de cristal de cuarzo sobre sus cabezas inclinadas.

—Que la divina diosa del amor en toda su gloria os bendiga permaneciendo juntos con honestidad y crecimiento espiritual, por el tiempo en el que viváis en matrimonio. Que esta unión sea la unión sagrada de la luna y el sol, de lo femenino y lo masculino.

Ian el herrero se acercó con los anillos. Muriel los introdujo en agua salada de un cuenco que Kenza sostenía.

—Dama Verde, permíteme liberar estos anillos de todas las energías negativas, impurezas e impedimentos, alejándolas de ahora en adelante —comenzó a decir Muriel mientras lavaba las alianzas—. Bendigo estos anillos en el divino nombre de la Dama Verde, que así sea.

Muriel ofreció a Daimh el anillo de Aila. Este lo tomó y se volvió hacia la joven, que abrió los ojos ante el trabajo del herrero. Su anillo de plata tenía grabado en el centro el símbolo llamado «la Pisada de la Bruja».

—Aila, nieta de Nimue, poseedora de conocimientos ancestrales —dijo Daimh con voz grave, haciendo que Aila se perdiera en las profundidades de sus ojos—, acepta a este humilde mortal llevando contigo el símbolo que dibujas para protegernos de la oscuridad. Este anillo será la prueba de mi compromiso de protección y fidelidad, al haber sido honrado con el amor de un hada perdida, que desde el primer momento decidió brindarme su luz, regalándome su presencia y luchando por su vida para no dejarme sumido en la oscuridad. Aila, mi castellana, ¿me aceptas como esposo?

—Acepto —respondió Aila, emocionada. Una idea cruzó su mente e hizo que segundos después añadiera—: Si prometes no gritarme y ser paciente cuando tu mente sea incapaz de entender lo que te digo. —La condición de la joven hizo reír a todos.

—Lo prometo —contestó Daimh, dándola por imposible y meneando la cabeza de un lado a otro.

Muriel posó en las manos de Aila el anillo de Daimh. Sonrió al ver el grabado que Daimh había elegido para él. Una A sobresalía de un intrincado dibujo celta. Había elegido la huella de la bruja para protegerla a ella, en cambio para él solo Aila era capaz de protegerlo.

—Daimh Mcleod, futuro laird Mackenzie, hijo de Glheanna y nieto de Lorna —en su nombre Aila quiso destacar el papel de las mujeres en la vida de Daimh: como siempre, contraria a las costumbres—, acepta este anillo, símbolo del amor profundo y sincero que siento por ti, prueba de mi lealtad y fidelidad hacia el hombre que encarna mi ancla a este

mundo, al hombre que me recuerda quién soy y de dónde vengo y que me respeta por encima de todo. Daimh, mi laird, ¿me aceptas como esposa?

—Acepto —contestó, intensificando su mirada al añadir—: si prometes obedecer mis órdenes cuando te advierto de algún peligro que claramente no ves. —Todos volvieron a reír; al percibir cómo Aila se disponía a matizar, añadió amenazante—: Sin réplica alguna.

Aila se mordió el labio inferior sopesando lo que iba a prometer. Sus dudas hicieron que Daimh apretara los dedos de la joven que tenía entre sus manos y entrecerrara sus ojos urgiéndola a contestar.

—Lo prometo —claudicó Aila.

—Testaruda —le susurró Daimh

—Cabezota —le respondió Aila de igual modo, cómplice del brillo divertido que mostraban los ojos de Daimh.

—He elegido esta piedra como cimiento y piedra prima de vuestro matrimonio —continuó diciendo Muriel con el cristal de cuarzo en la mano—. ¿Juráis sobre ella como símbolo de esta tierra sagrada y de nuestra Madre Tierra que os mantendréis fieles a vuestros juramentos?

—Juro —respondieron al unísono.

Muriel tomó un trozo de cuerda y se la tendió a la pareja para que formaran un nudo, tomando cada uno un extremo.

—Por el nudo de este cordón su amor está unido.

Alzó el trozo de cuerda indicando a Daimh y a Aila que unieran sus manos derechas formando un ocho. Con la cuerda rodeó sus muñecas amarrando su unión.

—En los lugares sagrados y en los momentos propicios, nuestros ancestros unieron sus manos como vosotros lo hacéis ahora. Atestiguados por los dioses y por la comunidad, vuestra unión es legal, verdadera y comprometedora —comenzó a decir Muriel—. Esta cuerda ata igual que ata el amor un corazón a otro. Daimh y Aila, ¿estáis preparados para cumplir con vuestros juramentos hechos el uno al otro, juramentos que unirán alma con alma, corazón con corazón, uniendo las líneas sanguíneas de vuestros antepasados y las de vuestra descendencia, atestiguados por los que se han reunido hoy aquí en cuerpo y espíritu en este círculo sagrado?

—Lo estoy —contestaron de nuevo.

—Os invito a todos a solicitar a los dioses que irradian su luz sobre Daimh y Aila.

Kenza comenzó a cantar invocando a la luz. Todos inspiraron hondo al escuchar el ruido con el que se manifestó el viento tras mecer el follaje. Los rayos de sol lo acompañaron al caer sobre el claro del bosque con gran intensidad. Cuando la joven terminó el canto, Muriel sentenció:

—Por el poder de la diosa y su esposo coronado, yo os declaro esposo y esposa por el tiempo que vuestros espíritus deseen vivir juntos, con amor y en armonía. Así sea.

Todos rompieron a aplaudir y lanzar vítores cuando Daimh acercó a Aila hacia sí tomándola de la cintura y sellando la ceremonia con un ardiente beso. Aila le rodeó el cuello dejando que la alzara para estar a su altura. Cuando se separaron, Muriel colocó una barra de pan en las manos a Aila y un gran cuerno con vino en las manos de Daimh.

—Madre Tierra, nosotros te damos las gracias. Tú nutres nuestro cuerpo y nuestra alma con tus dones de belleza y abundancia. Al honrarnos con el precioso don de la vida, así te honramos nosotros a ti —rezó Muriel.

Daimh vertió el líquido sobre la tierra a sus pies y Aila lo acompañó con un trozo de pan. La pareja giró de nuevo para quedarse frente a frente. Daimh se acercó para tomar de la barbilla a su esposa y alzarla ligeramente para ayudarla a beber el líquido. Aila cerró la boca para saborear el vino sin poder evitar que unas gotas corrieran por las comisuras de sus labios. Sin pensarlo dos veces, Daimh se inclinó para recoger el líquido con su propia boca, encendiendo la pasión en ambos ante su gesto. La joven se relamió los labios sonrojada por la intensa mirada que recibía de su esposo. Tomó un trozo de pan y lo introdujo en la boca de Daimh siguiendo la costumbre. El guerrero masticó sin apartar sus ojos de Aila, comiéndosela con la mirada.

Se intercambiaron el vino y el pan, y realizaron el mismo ritual a la inversa. Ella le dio de beber a él y Daimh dio de comer a Aila; cuando su dedo rozó los labios de la joven y el trozo desapareció en el interior de la boca, inspiró hondo ante la excitación que el contacto le produjo. Sus ojos se encontraron de nuevo mostrando con total libertad el deseo que sentían por el otro.

Clarion fue el primero en recordarles que el ritual no se había acabado, pues debían recorrer el círculo ofreciendo el vino y el pan a cada invitado.

—¡Vamos, muchachos, que ya tendréis tiempo de comeros el uno al otro en vuestra noche de bodas! —les gritó Clarion—. ¡Pasad el vino de una vez!

Todos rieron, incluyendo la pareja de recién casados. Continuaron recibiendo comentarios jocosos que hicieron reír a todos. Juntos iniciaron la ronda, aceptando las felicitaciones y abrazos de cada uno de los presentes. Siguiendo la tradición, debían ser ellos los primeros en abandonar el círculo; los seguirían los demás y Muriel se encargaría de cerrar el círculo mágico y su vínculo con Elphame.

Daimh deseaba emprender el viaje con inmediatez, por lo que todos se reunieron alrededor de las tres monturas. Una para cada uno, y la tercera cargaba con todos los bártulos de Aila, entre ellos su horca. Se despidieron con abrazos y sonrisas regadas de lágrimas. Archie, Clarion e Irvyng se encontrarían con ellos en el castillo de Coill una vez fueran relevados por Alistair.

Aila comprendió que su misión con los Mcleod había llegado a su fin. Sin mirar atrás, partieron rumbo a su nueva vida.

## 26

Su viaje al norte resultó ser un camino que facilitó a Aila reconstruirse, experimentar la felicidad y renovarse de energías al estar en continuo contacto con la naturaleza. Horas después de partir, Daimh se detuvo a orillas de un río para descansar y montar el campamento. El día había sido muy duro y Aila necesitaba descansar. ¡Y, qué diablos, también estaba deseando hacerle el amor a su esposa!

Cuando la joven apareció después de haberle pedido estar a solas en el bosque, él ya había hecho fuego y montado un pequeño refugio con pieles y ramas. Aila se acercó con timidez: todo había ocurrido con demasiada rapidez para asimilarlo con normalidad. Allí la esperaba su esposo, Daimh, por quien suspiraba desde que lo conoció. Sus ojos azul oscuro la recorrieron a medida que se fue aproximando. La intensidad de su mirada bastó para encenderla por dentro. Él no había hablado de amor en ningún momento, pero a Aila no le importó. Los dioses le habían dado una segunda oportunidad. Se dijo que tendría paciencia y que algún día lograría que Daimh la amara tanto como ella a él. Por el momento, se conformaría con despertar su pasión y con el cariño que demostraba tenerle.

La inexperiencia de Aila le impidió ver más allá del brillo con el que Daimh la admiraba. Estaba terriblemente enamorado de ella, y esa sensación le agarrotaba la garganta y le impedía expresarse con palabras. Creyó, siguiendo lo que le habían inculcado, que hablar de amor lo debilitaría aún más. Por ese motivo calló lo que Aila necesitaba oír. Pensó que las palabras no importaban si podía demostrarle su amor de distintas formas. Se levantó cuando ella estuvo a pocos pasos de él. Con lentitud acortó distancias, sin quitarle la vista de encima.

Tomó el tartán que rodeaba a su reciente esposa y lo tendió sobre la hierba. Aila se volvió para que desanudara su vestido mientras se apartaba la melena. Suspiró al sentir el calor de Daimh a su espalda y volvió ligeramente su rostro hacia él. El guerrero desató los cordones del vestido, deslizándolo por los hombros de la joven; un leve gruñido surgió al expulsar el aire que llevaba tiempo conteniendo. Cuando la curva del hombro de Aila se ofreció insinuante, se inclinó para besar su pálida piel, lo que despertó suspiros en ella. Sus brazos la rodearon para aproximarla a su cuerpo excitado. Ella apoyó la cabeza en él, ofreciéndole sus labios. Él los tomó, girándola al mismo tiempo.

Aila terminó de deslizar la camisola que quedaba cubriéndola, mostrándose a plena luz del día. Daimh creyó que su entrepierna comenzaba a enfermar al notar el dolor que su imagen le produjo. La tortura continuó cuando Aila insistió en desvestirlo. En el instante en el que el tartán había caído a sus pies, la alzó tomándola de la cintura, e hizo que lo rodeara con sus piernas. Sus bocas se encontraron a medio camino, provocando que la

pasión se intensificara, deslizándose en la cavidad del otro, saboreando la vida que llenaba sus cuerpos.

Daimh se acomodó con ella encima, rugiendo de deseo ante las caricias y los mordiscos que ella le daba cuando él devoraba alguno de sus pechos. La postura facilitó que sus sexos se tropezaran, permitiendo que Aila marcara el ritmo. Cuando el miembro de Daimh se introdujo por completo, ambos jadearon de placer. Ella se dejó llevar por el instinto, que le pedía mecerse sobre el guerrero. Daimh observaba extasiado cómo experimentaba las oleadas de varios orgasmos. Agarrado a sus nalgas, se deleitó al verla contonearse, emitiendo todo tipo de sonidos lujuriosos y haciendo que sus pechos llenos bailaran al son del movimiento impuesto por la joven. Cuando el guerrero estuvo a punto de perder el control, la alejó de su cuerpo con brusquedad, la tumbó sobre el *plaid* y se permitió el lujo de penetrarla hasta hacerla enloquecer. Una vez notó cómo Aila probaba de la misma tortura que le había ofrecido a él, Daimh explotó en su interior.

Sus respiraciones tardaron en normalizarse, sus cuerpos se mantuvieron entrelazados largo rato mientras sus besos ardientes se volvían tiernos a medida que volvían a la realidad. Aquellos besos, que caían en labios, mejillas, cuellos y hombros, formaban parte de un mudo y mutuo agradecimiento ante las sensaciones experimentadas.

Y así trascurrieron los cinco días que duró su viaje hacia el noreste de las Tierras Altas. Hicieron el amor apasionadamente al anochecer junto al fuego, con ternura cuando recibían la mañana, apresurados cuando alguno de los dos provocaba al otro, lentamente cuando se castigaban con la vara del placer. Comían lo que la naturaleza les ofrecía, se calentaban bajo las pieles y charlaban largas horas sobre sus vidas pasadas y futuras. Sus cuerpos se tocaban con naturalidad; en ocasiones se veían agarrados de las manos o sentían la necesidad de abrazar al otro. La confianza entre ellos llegó a ser plena, teniendo como testigo a la Madre Naturaleza y a los espíritus que la habitaban. La convivencia estuvo cargada de armonía, y recompuso las heridas que los últimos acontecimientos les habían causado.

Daimh esperaba con paciencia a Aila cuando esta seguía con la costumbre de olvidarse del paso del tiempo mientras vagaba entre los distintos mundos. La joven había recargado sus alforjas con más plantas y hierbas medicinales sin dejar de parlotear sobre cada descubrimiento que hacía. Cada vez que aparecía con las mejillas arreboladas por las apresuradas caminatas de vuelta, corría hacia Daimh para abrazarlo y borrarle el ceño fruncido con disculpas zalameras.

Llegaron a su destino el quinto día de viaje, pasado el mediodía. Habían ascendido por las montañas pobladas de abundante vegetación que enviaban todo tipo de señales a Aila. Y esta, a su vez, se las traducía a Daimh. Antes de atisbar sobre las copas de los árboles el castillo de piedra anaranjada, estaban preparados para enfrentarse a un ambiente hostil, donde la violencia parecía estar contenida por una fina tela.

Los Mcleod, junto a los Mackenzie leales a Daimh, llevaban días sitiando el castillo de Coill con Moira, Brian y Evander en su interior. Al atardecer se producían ataques que debilitaban las fuerzas de los habitantes de la fortaleza. Los soldados habían tenido tiempo para montar varias casetas donde cobijarse mientras durara el asedio. Cuando Aila y Daimh

se acercaron, fueron recibidos con vítores. Muchos los acompañaron a través de los caminos que formaban las casetas y hogueras que se desperdigaban por la ladera. La más grande, cubierta por pieles, pertenecía a Alistair. Cuando este salió a darles la bienvenida, Aila sonrió con alivio. La imagen de aquel gigante le recordaba que todo había salido bien.

Alistair les cedió su tienda, pues partiría hacia sus tierras en cuanto pusiera al corriente de lo sucedido a Daimh. Mientras los hombres se alejaban para comentar las estrategias que seguirían, Aila se volvió hacia su tienda. La tarde estaba avanzada cuando la hechicera había acomodado todas sus pertenencias en el interior y había preparado el camastro donde dormiría con Daimh. Según le habían informado algunos soldados, pasarían algunos días más antes de que Brian, asesorado por su madre, aceptara rendirse.

Al ver que Daimh seguía reunido con sus hombres, Aila decidió coger su horca, colocarse el cinturón con las piedras en el interior de un saquito y adentrarse en el bosque tan lleno de vida que la rodeaba. Estaba deseosa de presentarse ante los habitantes de aquella montaña, comenzar a descubrir las corrientes telúricas que recorrían el lugar y despedir la luz de su primer día como miembro de los Mackenzie.

A su vuelta se sentía feliz por poder formar parte de aquellas tierras tan llenas de magia. En cambio, Daimh no parecía estarlo en absoluto cuando se encontró con Aila en su tienda.

El nuevo laird tenía la mandíbula apretada mientras abría y cerraba las manos y daba vueltas en el pequeño espacio que componía su refugio. Había recibido las noticias de Alistair sobre sus ansias de asaltar el castillo. El amante de Moira era quien guiaba a las tropas afines a Brian. Al parecer, Evander era quien le había descrito Aila como el asesino de su tío en la emboscada que finalmente no había tenido lugar. Una cicatriz cruzaba su mejilla y su corazón estaba marcado por la avaricia y el poder. Según algunos de sus guerreros, daba alas a las perversidades de Brian planeando casarse con Moira con el fin de gobernar él y no el adolescente. Hasta el momento lo había logrado, si no hubiera sido por la intervención de Aila. Calculaban que debían de quedarle un par de días de víveres antes de comenzar a pasar hambre. Los Mackenzie de las aldeas esperaban saber cómo se resolvía en Coill el conflicto para expresar su lealtad al ganador. Aunque muchos aseguraban ver con buenos ojos la llegada del hijo de Dristan, muchos se organizaban en pequeños grupos para atacar el campamento plagado de hombres McLeod. La presencia del enemigo en sus tierras no terminaba de convencerlos de las honorables intenciones de un futuro laird que no estaba presente.

Al volver a su tienda y no ver a Aila, la preocupación de Daimh por ella desató su ira. No podía creer que su esposa decidiera perderse en el bosque sin consultárselo antes. Si en el castillo de Creag le tenía terminantemente prohibidas las salidas, ¿por qué demonios creía que iba a permitirle andar sola por los bosques infestados de alterados Mackenzie? La idea de que alguno osara tocarle un pelo a Aila le causaba tanto pavor como ira. Cuando la joven apareció luciendo una sonrisa, deseó estrangularla por hacer que llevara horas preocupado por ella. «Dioses que habitáis estas tierras, cuidado de mi cordura, porque Aila la pondrá a prueba todos los días de mi vida», rogó Daimh.

—¿Tenemos nuevos problemas? —preguntó Aila dejando su horca a un lado.

Sus ojos se agrandaron al captar la mirada furibunda de Daimh.

—¡Claro que tenemos problemas, mujer! —bramó el laird fuera de sí—. ¡Y no solo nuevos problemas, sino los problemas de siempre!

—Bueno, ¿y por eso debes pagarlo conmigo? —le preguntó Aila mostrando su enfado ante su furia mientras cruzaba los brazos y posaba su peso en una cadera esperando que se arrepintiera.

—¡Lo pago con quien tengo el mayor problema, Aila!— le respondió con enfado—. Te has largado al puñetero bosque sola. ¡Otra vez! Estamos en una tierra que aún no nos ha aceptado. ¿Cómo diantres se te ocurre salir sin mi permiso?

—¿Cómo quieres que sepa si hay o no peligro? ¿Acaso te acordaste de mí cuando llegó el atardecer? Sabes de sobra mis costumbres, no entiendo a qué vienen estos gritos cuando podrías haberme avisado de que corría peligro.

—¡Siempre hay peligros! ¡Siempre! ¡Métetelo en la cabeza! —Daimh se acercó a ella y la tomó del brazo con fuerza. Aila no se amilanó ante el rostro cargado de ira y la arrolladora fuerza que la rodeaba—. ¡No puedo protegerte si te alejas! ¡Hay hombres que han atacado el campamento! ¡Atacamos y somos atacados! —continuó diciéndole con dureza, descargando a través de los gritos el miedo que lo había engarrotado al saberla sola y lejos de él.

—¡Daimh, deja de gritarme ahora mismo! ¡No pienso aguantar tu mal genio, bestia insufrible! —le ordenó Aila zafándose de su brazo.

—No me des órdenes, Aila; ahora mismo media montaña nos está escuchando —le advirtió con los dientes apretados.

—¡Si tanto te preocupa mi seguridad, no lo has demostrado desde el mediodía cuando me dejaste sola ante esta condenada tienda! —le contestó airada sin importarle lo que los demás pensarán de ellos—. ¿Y ahora tengo que saber que hay asaltantes? ¿Ahora vienes a decirme que te debo pedir permiso para adentrarme en el bosque? ¡Un buen marido se habría ocupado de su esposa, la habría mantenido informada, y es muy probable que esta no hubiera corrido los riesgos que su esposo ahora le advierte a gritos!

El gruñido de Daimh alejándose de ella para evitar zarandearla rozó el rugido. Se desplomó sobre el camastro sin contemplaciones e intentó calmarse. Apoyó los codos sobre las rodillas y la cabeza sobre las manos. No necesitaba levantar la mirada para saber cómo Aila tensaba su mandíbula, apretaba los labios y lo fulminaba con sus ojos rasgados.

—Por todos los dioses, Aila —rogó Daimh—. No sé cuánto tiempo llevo esperándote aquí, muerto de preocupación y culpándome por no haberte protegido.

—Eres un necio, ¿lo sabes? —Aila le insultó con voz queda al comprender a qué venían tantos gritos.

Estaba preocupado por ella, y eso era algo que aún no sabía gestionar bien. Se recordó que debía ser paciente, pues su esposo la sobreprotegía de manera inconsciente. Se arrodilló ante él para levantarle la cabeza.

—No pienso aceptar tal cosa —gruñó Daimh algo más calmado al notar las manos de Aila sobre él—. Es más, te prohíbo que me lo vuelvas a preguntar. No sonrías, Aila —la amonestó, volviendo a sentir los coletazos del enfado—. No puedo seguir adelante con mis

tareas pensando que alguien puede atacarte o hacerte algún mal. Aila, deberás permanecer en el campamento en todo momento.

—Daimh, sabes que no puedo prometer tal cosa —le contestó Aila—. Necesito ir en busca de guía para todos nosotros.

—Aila, hazlo por mí —le pidió Daimh, cansado de discutir—. Cada vez que necesites salir, avísame antes. Intentaré escoltarte, o mandaré a alguien contigo. Debes comprender que no puedes andar tú sola.

—Eso sí puedo prometerlo —le contestó sonriendo abiertamente—. ¿Has visto que has perdido un tiempo precioso gritándome cuando solo tenías que comentarme tus preocupaciones? —preguntó Aila poniéndose de pie y sermoneando al grandullón, que entrecerraba los ojos amenazadoramente.

—Bruja, hechicera...

Daimh la tomó de la cintura y con un rápido movimiento la tumbó sobre el camastro y la cubrió con su cuerpo. Aila gritó por la sorpresa, echándose a reír mientras le rodeaba el cuello con las manos.

—No sé qué voy a hacer contigo; de lo único que estoy seguro es de que acabarás con mi cordura.

Daimh aplastó a Aila con su peso deliberadamente, exigiéndole que pidiera perdón por su falta. La joven se resistió durante largo tiempo mientras era asediada por los abrasadores besos de su esposo, que asaltaban su boca sin compasión. Este apretaba su dureza contra ella provocándole puntos de dolor a los que ella respondía con una sonrisa retadora. Cuando la boca de Daimh atacó por todos los flancos, descendiendo por su escote, lamiendo su piel y produciendo en él olas de calor mientras le subía la falda para acariciar el punto que llevaba tiempo excitado, Aila pidió perdón. Suplicó clemencia para que Daimh la llevara con sus dedos al más exquisito orgasmo. El guerrero se sintió complacido al haber logrado aquella pequeña victoria. Le ordenó con dulzura que se quedara en la tienda mientras él hacía la ronda. Le aseguró que mandaría a alguien para que le llevara algo de comida. Ella aceptó, pues comenzaba a adormilarse tras ser arropada por su esposo.

Cuando Daimh volvió horas más tarde, Aila lo esperaba con la revancha preparada. Le llegó el turno de suplicar, y lo hizo sin avergonzarse por ello. Llevaba tiempo sabiéndose rendido a los pies de su pequeña hada perdida.

## 27

El asedio continuó durante varios días. La desconfianza de los Mackenzie que se encontraban fuera del castillo fue menguando en cuanto Daimh comenzó a dar caza a los asaltantes. Su método, en un principio implacable, llegaba a ser en muchos casos muy violento. Una vez había reducido a los rebeldes, Daimh mostraba piedad ofreciéndoles los cuidados de Aila. Así, su joven esposa se ganaba la lealtad de los Mackenzie mientras él se conformaba con su respeto. Daimh disimulaba una sonrisa cuando observaba cómo sus hombres empezaban a aceptar las costumbres de Aila como naturales, tanto, que llegaba a toparse con soldados frotándose palos contra los dientes.

En ocasiones, en la tienda donde trabajaba su esposa se solían escuchar gruñidos de todo tipo, de entre los que sobresalía la voz aguda de Aila al despotricar por las malas acciones de su esposo y la desobediencia de los Mackenzie. Después de varios días, nadie se libraba de los sermones de la hechicera. Mucho menos su propio marido.

—¡Daimh! —lo llamó Aila con un grito.

El nuevo laird entrecerró los ojos al contemplar a su esposa a lo lejos, y suspiró cansado mientras se dirigía hacia ella.

—¡Lo has hecho otra vez! —lo acusó ella colocando sus brazos en jarras y fulminándolo con la mirada cuando llegó a su lado.

—¿Qué he hecho? —Daimh contestó con voz pausada y cargada de paciencia al conocer la respuesta.

—Ya te lo dije una vez. —Aila alzó un dedo amonestador, lo que hizo que Daimh alzara una ceja advirtiéndole sobre ese gesto. Para no variar, Aila pasó por alto la absurda norma de mostrarse sumisa en público para continuar diciendo—: No voy a seguir recomponiendo lo que tanto te empeñas en destrozár. ¡Por el amor al cielo, Daimh, son personas! Ahí dentro tengo a un muchacho que tendrá el hombro inutilizado durante meses. O comienzas a tener más cuidado con tu gente o me uno a los rebeldes.

—No te atreverías.

Daimh estuvo a punto de soltar una carcajada ante la amenaza de su esposa. En cambio, se cuidó de mantener un rostro inescrutable y un brillo amenazador en su mirada.

—Ponme a prueba —lo retó la joven cruzándose de brazos.

—Si el chico hubiera obedecido cuando le ordenamos que se quedara quieto, su hombro estaría intacto —claudicó, dando una explicación a su protectora castellana. Le gustaba ver cómo se había ganado el cariño de los Mackenzie más allá de sus excéntricas ideas y comportamientos—. Le acabo de enseñar una lección que tú aún no has aprendido.

—¿Qué lección es esa? —Aila se irguió ofendida recorriéndolo con la mirada.

—Obedecer al laird. —Daimh no pudo evitar mostrar una sonrisa ladeada al ver cómo Aila reía por lo bajo mientras sus ojos sonreían traviosos. De pronto sintió deseos de besarla—. Anda, recoge tus cosas, que nos vamos al bosque.

—Apenas ha pasado el mediodía —respondió Aila tras buscar la posición del sol.

—Obedece a tu laird —le recordó Daimh tomándola por los hombros y volviéndola de espaldas. Acercándose a su oído le susurró—: ¿Acaso no puedo pasar un momento a solas con mi esposa? Ve, hoy te llevaré a un lugar que te gustará.

Con un pequeño empujón mandó a Aila hacia su caseta. Ella lo miró por encima del hombro, contenta. Desde hacía varios días tan solo se veían al anochecer, cuando Daimh la acompañaba al bosque. Por las mañanas se conformaba con varios soldados como escoltas y el resto del día se mantenía ocupada preparando ungüentos y brebajes y curando las heridas que su esposo infligía a los rebeldes. Solía escuchar las quejas de los soldados e intentaba convencerlos, a veces con más o menos sutileza, de que vieran las grandes cualidades que Daimh tenía como líder. Aila acababa frustrada al no tener argumentos para defender la barbarie de su esposo, por lo que terminaba por culpar de desobedientes a los soldados que caían en sus manos.

Poco tiempo después observó cómo muchos parecían complacidos, incluso alardeaban ante los demás de haber recibido más golpes o heridas por parte del laird. Comprendió que su orgullo se mantenía intacto al haberse enfrentado a Daimh. Una vez habían sido vencidos, decidían aceptarlo como jefe y mostraban sus heridas a modo de explicación: claudicaban tras haber puesto a prueba la fuerza y autoridad de Daimh. Gruñidos complacidos llegaban hasta Aila cuando se reunían en torno a un fuego para discutir sobre la nueva situación del clan. La joven solía tacharlos de inmaduros, y no dudaba en hacerles ver la opinión que le merecían. Aila terminaba defendiéndolos y atacándolos a partes iguales. Inmune al desconcierto que solía generar, continuaba con sus labores sin captar los asentimientos por parte de los Mackenzie ante la brava castellana.

Tardó más de la cuenta en vendar el hombro del chico que tenía en la tienda. Cuando por fin estuvo lista para partir junto a Daimh, este la miraba como siempre que se retrasaba. Ella le dedicó una sonrisa de disculpa encogiéndose de hombros. Durante el camino conversaron sobre el asedio y su duración. Daimh estaba convencido de que en un par de días podrían asaltar el castillo de Coill sin recibir demasiadas resistencias. Le dijo que esperaba que sus compañeros Mcleod no se demoraran mucho más en llegar.

Cuando se encontraron en el lugar que Daimh quería mostrarle, Aila se ausentó de la realidad para conectar con el embalse que formaba el agua del río en aquella zona. Una perezosa caída de agua resbalaba entre varias rocas. El día era lo suficientemente cálido para animar a Aila a introducirse en sus aguas. Daimh la siguió, hipnotizado por la joven, que lo llamaba desde el embalse cual hada encantada.

Hicieron el amor largamente. Sus besos ardientes les calentaron la piel, por donde resbalaban las frías aguas, sorbiendo el líquido placer. Una vez en la orilla se tumbaron cubriéndose con el *plaid*. Daimh, con suma facilidad, colocó a Aila sobre él, convirtiendo su tórax en un caliente y confortable lecho. La estrechó entre sus brazos mientras dejaba que el sopor lo dominara. Aila, envuelta en el calor de su esposo, suspiraba satisfecha sintiendo

cómo la calidez del abrigo le hacía cerrar los ojos. Ella no durmió, aunque su mente se alejó acunada por el piar de los pájaros y el movimiento de las hojas de los árboles para integrarse como un elemento más de la naturaleza.

El sonido de un cuerno le hizo levantar la cabeza del pecho de Daimh. Este la mantuvo apretada contra él. Abrió sus azules ojos para observar la sorpresa pintada en el rostro de Aila. De nuevo, el cuerno resonó entre las montañas llegando hasta ellos. Ella sonrió ampliamente cuando lo miró.

—¡Gilmer! —exclamó—. ¡Es Gilmer!

—¿Qué diantres iba a hacer ese muchacho aquí? No puede ser él.

—Shhh. —Aila le tapó la boca con sus pequeñas manos para continuar escuchando la llamada del cuerno—. ¡Es Gilmer, estoy segura! —Aila comenzó a levantarse presurosa, riendo de algo que solo ella encontraba gracioso.

—No me gusta que te alegres tanto por la llegada de otro hombre que no sea yo. — El ceño fruncido de Daimh le dijo a Aila que hablaba en serio—. Ya te he dicho que no puede ser ese Gilmer.

La joven, que continuaba desnuda, se lanzó a sus brazos, se sentó a horcajadas sobre él y tomó el duro rostro de su marido entre sus manos. Daimh suavizó el gesto sin poder evitarlo, pues aquel contacto tan íntimo hizo que se excitara al instante. Cuando Aila asaltó su boca para acallar sus celos, la tomó de los glúteos y la penetró. Gruñó satisfecho cuando observó la inmediata respuesta de su esposa. Si era Gilmer o no, iba a tener que esperar.

Tras el encuentro sexual, Aila suspiró satisfecha. La llamada del cuerno les llegaba cada pocos instantes. Cuando sus respiraciones se normalizaron, la hechicera empujó a Daimh para que se apartara, carcajeándose de nuevo.

—¿De qué te ríes, mujer? —preguntó Daimh con voz grave mientras se alejaba.

—Es Gilmer, estoy segura —volvió a decir Aila sonriendo—. En Skye solía utilizar distintos tipos de llamadas para advertirme de algo o buscarme. El muy sinvergüenza lleva todo este tiempo haciendo sonar el cuerno diciendo: «Si no vienes ya, haré que el bosque arda». Solía llamarme así cuando llevaba tiempo esperando. Escucha —se detuvo la joven, alzando la cabeza para captar el número de llamadas y su duración. Estalló en carcajadas—. Este Gilmer no cambia. Dice que tiene varios cerdos para cenar. Creo que no se refiere al animal. A saber cómo lo habrán recibido.

—Le hayan hecho lo que le hayan hecho, se lo tiene merecido. Nadie te manda llamar si no soy yo.

Daimh no se inmutó ante el bufido que lanzó Aila tras la tela del vestido que se deslizaba por su cuerpo. Rascándose la barbilla, se levantó a su vez para acudir a la llamada.

—Si estás en lo cierto de que es Gilmer, tendré que pedirle ese cuerno y sus códigos. Así podré mandarte llamar cada vez que me tengas plantado esperándote.

—¡Sería horrible, no! —exclamó Aila divertida—. Conociéndote, lo utilizarías a todas horas.

—Eso es lo que pretendo. Al código habrá que sumarle la llamada de: «Tu esposo desea hacerte el amor en este momento, ven».

Daimh extendió una sonrisa desde sus ojos burlones hasta su boca, dejando a Aila paralizada ante aquel esporádico gesto. Algún día controlaría el cosquilleo de su estómago; solo había concluido que su esposo hacía bien en no sonreír a menudo, pues lograba que atesorara cada una de sus sonrisas como sumo celo. Había descubierto que sonreía con ella y para ella, convenciéndose de que en algún momento lograría que Daimh la amara.

Continuaron bromeando durante el camino de vuelta. Seguían sin ponerse de acuerdo sobre los beneficios de utilizar un cuerno para llamarse. Sus risas flotaron en el aire hasta que se toparon con la imagen de la base de la ladera donde se encontraba el campamento. Un gran ejército de soldados desconocidos inundaba cada superficie de terreno. Gilmer no había llegado solo. En cuanto se acercaron, reconocieron los tartanes de los tres clanes que habitaban la isla de Skye. Entre los más numerosos se encontraban los Mcleod de Harris.

Daimh decidió dar un rodeo para alcanzar la base de la montaña. En la linde que separaba los ejércitos observaron que los Mackenzie no los habían dejado avanzar, mostrándose firmes hasta que su laird apareciera. Una vez se escabulleron en el interior del campamento base, encontraron a Irvyng, a Clarion y a Archie. Estos, metidos en su papel de guerreros, apenas saludaron con la cabeza a la efusiva Aila. Clarion meneó la cabeza ante la falta de consciencia de la joven. El guerrero llegó a la conclusión de que la hechicera era incapaz de percibir la gravedad de lo que acontecía.

—Qué bien acompañados venís —comentó con ironía Daimh, refiriéndose a los clanes de la isla de Skye—. Decidme que están de nuestro lado.

—No pudimos hacer otr... —respondió Archie, interrumpido por el gruñido disconforme de Irvyng— otra cosa que no fuera dar nuestras vidas a cambio si hubiéramos seguido los deseos de Irvyng de enfrentarnos a ellos —completó, fulminando con la mirada a su violento amigo.

Como respuesta obtuvo otro gruñido de disconformidad.

—Amigo, es lo más insólito que hemos vivido —continuó Clarion—. Yo que tú no me demoraba en aparecer ante esa gente. Llevan tiempo esperando ver a Aila.

Clarion transmitió mucha más información de la que sus palabras dieron. Cuando Daimh se puso al frente de la comitiva, tomó a Aila de la cintura y la sentó sobre su propia montura. Un soldado solícito se alejó con el caballo de la castellana. Atravesaron la arboleda hasta llegar a la base de la montaña, donde infinidad de soldados esperaban alerta. Antes de continuar acercándose, Daimh tomó de la barbilla a Aila para que lo mirara a los ojos. La joven alzaba la mano mientras saludaba a los rostros conocidos que atisbaba a lo lejos, recibiendo con una amplia sonrisa.

Enseguida captó la seriedad en su esposo.

—No te enfades —le susurró, sin entender por qué Daimh parecía protegerla colocándola sobre su montura—. Son todos amigos, ¿no lo ves? Allí está...

—Aila, van armados —la interrumpió—. Están muy lejos de Skye, y no creo que su presencia en las tierras de los Mackenzie haya pasado desapercibida a los clanes vecinos. Si

tuvimos problemas por un puñado de Mcleod que nos ayudaron a llegar hasta aquí, imagínate con más de ochocientos hombres pertenecientes a distintos clanes.

Daimh no quiso advertirle de que aquellos rostros hostiles venían a pelear por ella. La condenada isla de Skye se había enterado de lo sucedido a la hechicera y habían venido a vengarla. Necesitaba más que nunca que Aila demostrara su lealtad hacia él y hacia los Mackenzie. La duda hizo que su corazón se encogiera. Moriría antes de que alguno de ellos se la arrebatara. Cuando tuvo la atención de su esposa puesta en él, continuó diciéndole:

—Aila, esto es un asunto serio. Debo solucionar este problema antes de que llegue a oídos del rey. Debo detener lo que puede llegar a convertirse en una auténtica guerra entre clanes. Mantente callada, déjame hablar a mí y todo saldrá bien. ¿Has entendido?

—Sí, no hablaré —respondió Aila mirando con otros ojos a todos los presentes.

Tragó saliva, pues no quería que tantos rostros amigos se pelearan entre ellos. Sabía que sería incapaz de hacer entrar en razón a todos a la vez. Por algún motivo que no entendía, parecían muy enfadados.

—Pero son amigos, Daimh. Intenta ser buen anfitrión.

—Ahora mismo son *tus* amigos, no los míos. Y no vienen a festejar nada con nosotros. —Daimh apretó la mandíbula, intensificando con su mirada sus palabras—: Déjame hablar y todo saldrá bien.

Aila asintió emocionada al comprender que todos aquellos hombres habían recorrido infinidad de kilómetros para ir en su busca. La idea de que era muy posible que la creyeran muerta caló en Aila. Intuyó que todo fue a raíz de las noticias sobre su juicio y el castigo impuesto. La joven no habló, pero sonrió a todos de nuevo, agradeciéndoles su lealtad. Ante ellos se encontraban los fieros soldados Donald, Mckinnon y Mcleod de Harris.

Antes de avanzar, Archie puso sobre aviso a Daimh. Al parecer, cuando Alistair llegó al castillo de Creag, se topó con el ejército que reclamaba a Aila tras saber que los Mcleod de Lewis habían puesto en peligro su vida. Alistair intentó calmarlos explicándoles lo ocurrido. La boda de Daimh y Aila fue el detonante para que los defensores marcharan rumbo al norte. Todos querían ver y escuchar a Aila. Todos, en su absoluta totalidad, querían asegurarse de que no la habían coaccionado para casarse con Daimh. Cuando Aila tomó aire para responder, notó la presión de la mano de su esposo sobre su cintura. No necesitó volver el rostro para saber que debía ser él quien respondiera.

—Hay algo más —añadió Archie—. Los dirige un solo laird. Lean Mcleod de Harris. Dice que es el...

—Suficiente —le interrumpió Daimh, desconcertando a sus compañeros—. Acerquémonos y terminemos de una vez con todo esto.

Daimh espoléó su caballo seguido por los demás. Entre los soldados intrusos apareció montado a caballo Lean Mcleod. El padre de Aila. En aquel momento deseó haber hablado con su esposa antes, pero ya era tarde. El padre estaba dispuesto a reclamarla como hija después de tantos años, y no sabía cómo iba a responder ella.

Aila sonrió ampliamente cuando reconoció la cabeza llena de cabellos rojizos de Gilmer. Alzó la mano para saludarlo. Daimh, con un rápido movimiento, se la bajó gruñendo ante su gesto. Ella se volvió con el ceño fruncido.

—Dijiste que no hablara, no mencionaste nada de saludar —le recriminó—. Y ves, es Gilmer. Te lo dije.

—Pues ahora soy tu esposo y te prohíbo dirigirte a ellos sin mi consentimiento —le advirtió Daimh— con palabras o gestos. Aila, lo has prometido.

—¿Qué he prometido? —preguntó, airada.

—Prometiste obedecer mis órdenes cuando te esté advirtiendo de un peligro ¿Recuerdas? Fueron tus votos de matrimonio. —Aila observó el pétreo rostro de Daimh y sus ojos azul oscuro—. En este momento estamos en peligro. Obedece.

Aila cuadró los hombros, inspiró hondo y se volvió hacia los visitantes. Mantuvo una serena sonrisa, cumpliendo su promesa. Se dijo que debía confiar en Daimh si tanta gravedad percibía en la visita. Gilmer le guiñó un ojo y ella acentuó su sonrisa antes de que su mirada recayera en el acompañante de su amigo. O, más bien, a quien escoltaba Gilmer. El laird Lean clavaba su mirada en ella. Poseía un pelo aleonado vetado de canas. Su frente amplia permitía apreciar unos ojos ambarinos que exudaban fuerza. Vestía con el *plaid* de camuflaje, pero el gran broche que lucía sobre un hombro mostraba la riqueza de su material, tanto en el escudo de los Mcleod de Harris como en las letras grabadas en él. Pudo leer el lema: «Agárrate fuerte». Aila sintió que debía tomar esas palabras como suyas, pero la señal no le aclaró por qué.

Era la primera vez que Aila se encontraba ante el laird Lean. Había escuchado hablar de él y de su antipatía hacia la Gente de Astucia. Su abuela siempre evitó encontrarse con el jefe del clan, a pesar de la ayuda que solía ofrecerles. El hombre debía de rondar los cuarenta años, sin que el tiempo hubiera debilitado su cuerpo curtido en batallas. Aila percibió preocupación por ella sin saber a qué se debía, pues nunca había solicitado sus servicios. Concluyó que era un buen hombre si había movilizadado todo ese ejército por ella. Incluyó la cabeza a modo de saludo al igual que había visto hacer a Meribeth. Deseó mostrar la misma elegancia que ella.

—¿Qué os trae a tierras Mackenzie, laird Lean? —preguntó Daimh.

—Recibimos una paloma mensajera, nos advertían del peligro que corría Aila —contestó el laird tras situarse sobre su montura frente a ellos—. No nos gustó saber que los Mcleod de Lewis maltrataban a la muchacha. No nos gustó nada. Aila está más segura con nosotros en Skye que aquí entre vosotros los Torquil. Allí ningún sacerdote se hubiera atrevido a tocarla. Quiero hablar con ella para conocer sus deseos.

—Soy su esposo, ahora respondo por ella —respondió Daimh con voz grave—. Aila está bien. Podéis partir.

—Por un año y un día —le contestó Lean con dureza—. En cambio, yo soy su...

—... su *nadie* —lo interrumpió Daimh—. Ella nunca ha pertenecido a un clan, su única familia fue su abuela Nimue y sus padres decidieron repudiarla.

—¡No fue repudiada! —rugió Lean, sorprendiendo a Aila con su rudeza. La joven dio un respingo sobre la montura.

El jefe supo que Daimh sabía de su paternidad en aquel momento. Pensó que el muy maldito se había casado con su hija sin su consentimiento.

—Ahora es mi esposa, una Mackenzie, y pronto la castellana del clan —continuó diciendo Daimh sin importarle la respuesta del laird.

—Por un año y un día —insistió Lean antes de dirigirse a Aila—. Contesta libremente, muchacha. Estamos aquí para defenderte. Si lo deseas, Aila Mcleod de Harris, podrás volver con nosotros. No me resultará difícil anular el matrimonio.

Aila no sabía si enfadarse o estar agradecida. No le gustaba el tono que Lean había usado para dirigirse a Daimh y mucho menos que no tomara en serio la unión bendecida por los elementos. Por otro lado, a pesar de sus formas, debía reconocer que podía entender que la creyera en apuros. Se volvió hacia Daimh para solicitar permiso para hablar. Él le guiñó un ojo. Quiso reír ante la falsa impresión de esposa sumisa que Aila estaba mostrando. Cuando acabaran de expulsar a los intrusos, le recordaría que era capaz de comportarse como le pedía.

—Mi nombre es Aila Mackenzie, esposa de Daimh Mackenzie, nieta de Nimue. —Recalcó su nombre al escuchar cómo se había dirigido Lean a ella—. Nunca he pertenecido a un clan, pero recibía el cariño y apoyo de todos vosotros. Os agradezco vuestra preocupación, pero soy feliz. Aquí me respetan, aquí estoy tan segura como podría estarlo en Skye.

La voz de una mujer se alzó sobre todos. Lean se volvió para otear entre las cabezas de sus soldados y comprobar que su mujer no lo había obedecido.

—Dejadme pasar, imbéciles, abrid paso —decía una voz aguda y furiosa—. ¡Apartaos, quiero ver a mi hija!

Yvaine se zafó de los brazos que la agarraban y comenzó a dar manotazos a todo aquel que se interponía en su camino sin importarle las formas. Recompuso su falda y su pelo cuando llegó junto a su esposo. Aila creyó escuchar las palabras de la mujer, pero su mente no llegó a procesar la información hasta minutos más tarde. La castellana del clan Mcleod era una mujer delgada, de mediana estatura, con rasgos celtíberos que le resultaron familiares.

—¡Yvaine, vuelve a donde te he ordenado! —rugió Lean.

—¡No! Llevo demasiado tiempo sin negarte nada —le respondió alzando la barbilla sin importarle ser fulminada por su marido—. Si he realizado este viaje ha sido para ver con mis propios ojos que ella está bien. No pienso quedarme al margen, Lean. Si Aila ha estado a punto de perder la vida ha sido por tu culpa. Nunca debimos dejarla con mi madre.

Aquellas palabras golpearon a Aila con la misma fuerza que un mazo. Sus ojos se agrandaron por la sorpresa y volvieron a reparar en los dos rostros que se volvían hacia ella. No podía creer que su padre fuera el jefe del clan Mcleod y su madre, la mujer que decía ser hija de su abuela Nimue. Observó cómo Yvaine Mcleod fulminaba a su marido con su mirada de ojos rasgados, apretaba la mandíbula y hacía que su nariz aleteara. Sí,

había cierto parecido entre ellas. Aila recordó que Lorna le había asegurado que se parecía a su madre. La mujer que posaba sus ojos inundados en lágrimas en su rostro era bella. Lucía ricas telas, su pelo trenzado tendía a rizarse en las sienes, que comenzaban a vetearse de gris, y la comisura de sus ojos se había arrugado ligeramente.

—Tiene a quién salir —escuchó que decía Irvyng.

—Se parecen, ¿no es cierto? —preguntó Clarion.

—Se refiere a su mal genio —le aclaró Archie.

—Hija, mi niña —comenzó a decir Yvaine dando tímidos pasos hacia su montura—. Perdóname.

—Yvaine, déjame hablar —intervino Lean, enfurecido.

Aila nunca creyó que tendría la oportunidad de conocer a sus padres. Su abuela le había dicho que habían tenido que alejarse para que ella pudiera explotar sus dones, pues su madre había decidido renegar de ellos para mantenerse junto a su padre. La respiración comenzó a acelerársele al intentar controlar las lágrimas.

—Hemos venido a buscarte, estábamos muy preocupados por ti —se explicó Lean—. No me perdonaré en la vida haber puesto tu vida en peligro. Eso también lo sabes, Yvaine. Hija, puedes venir con nosotros si así lo deseas.

—¿Tanta preocupación a qué se debe después de tantos años? —preguntó Daimh, percibiendo cómo Aila temblaba entre sus brazos—. Cuando fui a por Aila no estabais para velar por su seguridad. Más bien vuestra esposa se carteó con mi abuela para que nos encargáramos de ella. Primero la dejasteis en manos de Nimue. Tras su muerte no teníais con quién dejarla, por eso no os importó que se viniera con los Mcleod de Lewis. ¿Y ahora ofrecéis vuestra protección?

Aila sintió cómo los oídos le pitaban al escuchar las palabras de Daimh. Se volvió lentamente para observar el rostro de su esposo, quien parecía conocer sus orígenes mejor que ella. Daimh no bajó la mirada hacia Aila, a pesar de querer consolarla. En cambio, la joven sí se topó con la mirada de Archie, quien se compadecía de ella. Aila se dijo que todos parecían haber decidido por ella sin preguntar antes. Sus seres más queridos la habían traicionado. Desde su querida abuela Nimue hasta Daimh. Todos habían decidido mantenerla en el más absoluto engaño.

—¡Maldito seáis! —rugió Lean—. ¡Sabíais que Aila era mi hija, y por ello la desposasteis! ¡Jamás permitiré que mi sangre se mezcle con la vuestra!

Aila, que estaba pendiente de descifrar el rostro de su esposo, se volvió, roja por la ira.

—¡Jamás volváis a llamarme hija, no soy de vuestra sangre, dejé de serlo en el mismo momento en el que decidisteis alejarme de vos!

—Aila, tenemos mucho de lo que hablar —intervino Yvaine, que no había dejado de observar a su hija, captando cada detalle en su rostro, sufriendo por el daño que le estaba causando la verdad.

Aila apenas le prestó atención; mostró su desprecio con la mirada antes de volverse hacia su esposo.

—Daimh, ¿es cierto lo que ese hombre dice? —preguntó Aila tomándole de la barbilla para que conociera la verdad por sus ojos—. ¿Desde cuándo sabes quiénes son mis padres?

—Desde la noche que Irvyng te separó de Cormag —contestó, sintiendo cómo Aila parecía quemarse ante su contacto. Se apartó de él asqueada; su rechazo le dolió a Daimh más que cualquier daga—. Tu padre miente en cuanto a mis intenciones: no me casé contigo por saber que eras hija de un laird.

Aila pestañeó; una infinidad de recuerdos se agolparon en su mente. La actitud de Daimh hacia ella había cambiado desde aquella noche. Pensó, con decepción, que no había sido gracias a las argucias de Kenza. En aquel momento nadie podía adivinar que el futuro devolvería al guerrero a los Mackenzie. Aila concluyó que Daimh entendió que la premonición hacía referencia a ocupar su lugar como laird de los Mcleod de Harris, como yerno de su padre. Su boca comenzó a saborear la bilis, la verdad le producía asco. La traición por parte de todos terminó por romperla por dentro. Intentó deslizarse hacia el suelo, quiso alejarse de todos. Daimh se lo impidió agarrándola con fuerza.

—No es lo que estás pensando, Aila, créeme.

—Te creo, nunca has hablado de amor; solo me ocultabas la verdad, *mi* verdad. —Aquellas palabras se clavaron como puñales en el pecho del guerrero: había perdido la confianza que Aila tenía en él—. Ahora suéltame. Te lo ordeno.

Aila apretó la mandíbula mientras lanzaba todo el rencor que sus ojos pudieron expresar. Daimh supo que lo estaba provocando a propósito; por esa vez la dejó marchar. Fue el primero en apartar la mirada: tenía que aprender a pedir disculpas. Se obligó a esperar, pues no podía declarar sus sentimientos ante el resto. La joven necesitaba digerir la verdad. Sufriendo por su esposa, observó cómo se alejaba de él en el plano físico y espiritual. Quiso aniquilar a los padres de Aila, y su mirada así se lo dio a entender a Lean.

Una vez en el suelo, Aila se colocó entre los lairds. Se irguió todo cuanto pudo y los desafió con la mirada.

—¡No soy una Mcleod! ¡Nunca lo he sido! —le dijo a su padre—. ¿Ahora me queréis cerca? ¿Ya no os doy miedo? ¿Ya no os repulsa mi don? —le espetó con los ojos ardiendo de rencor—. Pues ahora soy yo la que no quiero saber nada de mi familia. ¡Marchaos, no pienso ser moneda de cambio para vuestro clan! Si no os ha gustado la alianza que se ha podido crear a través de mi matrimonio con los Mackenzie, podéis ignorarla. Es algo que se os da bastante bien.

—Aila, por favor... —comenzó a suplicar Yvaine, con el rostro marcado por el dolor.

—¡Callaos! —ordenó Aila posando su mirada sobre ella—. Ahora podéis sentir lo que mi abuela Nimue sintió cuando renegasteis de vuestro don y de vuestro origen. —La joven se dirigió a Lean sin tener nada más que decirle a su madre—. Reunid a vuestras tropas y marchaos. ¡Haced como hasta ahora, olvidad que existo! —Aila alzó la voz recorriendo con la mirada a todos los presentes, incluido al centenar de soldados que

presenciaban la escena—. ¡Oíd todos! ¡A partir de este momento no seré más que Aila! Olvidad mi parentesco con estas personas, nunca lo he tenido, no lo quiero ahora. ¡No tengo familia, no pertenezco a ningún clan! ¡A ninguno! —Sus ojos rasgados se posaron en Daimh, que clavaba la mirada en ella.

Acababa de renunciar a todo, incluida su unión con él. Aila escuchó las exclamaciones de muchos y los gruñidos de otros. Pestañeó para que las lágrimas cargadas de dolor no brotaran todavía. No quería llorar ante ellos. Podía conformarse con vivir junto a Daimh sin su amor, pero jamás podría convivir con la mentira y la traición. El guerrero se mantenía en su montura, firme, inescrutable. Nadie podía adivinar la agria sensación que lo recorría al recibir el rencor y la decepción que Aila exudaba. La joven continuó en un tono más bajo.

—Partid vos también, tenéis un castillo que asaltar —le ordenó antes de volverse en busca de su fiel, sincero y leal refugio: el bosque.

—¡Aila, espera! —Esta vez fue Gilmer quien intentó detener su marcha.

Ella se volvió ligeramente, con la mirada serena, con el aplomo que da ser golpeada por la verdad. Alzó una ceja interrogante.

—¿Tú también eras cómplice de la mentira?

—Yo lo supe cuando el laird nos convocó, no antes. —La mirada de Gilmer era sincera.

Aila sonrió aceptando su verdad. El joven se separó de las filas para acercarse a ella. Los ojos azules de Gilmer mostraron preocupación.

—Me tienes para lo que necesites, sabes que siempre seré tu guardián.

Ante aquel insulto Daimh no pudo controlarse. Con un rápido movimiento colocó su caballo entre ambos. El animal bufó acompañando el gruñido de Daimh. El guerrero podía aceptar el desplante de su esposa, en aquel momento se lo permitía todo, pero jamás se quedaría de brazos cruzados si alguien pretendía acercarse a ella para ofrecer consuelo. Nadie la cuidaría mejor que él, nadie la amaría como él llevaba tiempo haciendo y mucho menos nadie podría hacerla feliz como él sabía que podía hacerlo.

—¡No tiene más guardián que yo! —rugió—. No necesita más hombre en su vida que su esposo, lo quiera ella o no. —Su voz sonó tan amenazadora como la hoja de un puñal en la yugular.

—Poco la conocéis si creéis que podéis dominar a un ser como ella —la defendió Gilmer—. Ella lo ha dejado claro, no os quiere a su lado. Y todos nosotros hemos venido a hacer que se respete su voluntad. —Los soldados gruñeron, corroborando las palabras del joven guerrero.

Cuando se volvieron en busca de la respuesta de Aila, no la encontraron. La joven había continuado su camino hacia el bosque. Los más rápidos pudieron verla introducirse en la espesura. Sin mirar atrás, con paso firme y con la convicción de que no podía formar parte de la misma especie que ellos.

—¿Y ahora a dónde demonios va? —preguntó exasperado Lean.

—¿Y vos os erigís como su padre? —se mofó Daimh—. Cualquiera que haya pasado dos días con ella sabe a dónde va.

Lean Mcleod, ajeno a las costumbres de la Gente de Astucia, habiendo prohibido hablar de cualquier cosa relacionada con las artes que manejaba su hija, frunció el ceño mostrando confusión. Irvyng, Clarion, Archie, Gilmer e Yvaine respondieron al unísono.

—¡¡Al bosque!!

Ante la contundencia de la supuesta obviedad, no quiso mostrar su incompreensión. Su esposa fue tras los pasos de Aila, y él no se lo impidió; llevaba mucho tiempo observando la tristeza en el rostro de su mujer. Sabía que no podía negarle un encuentro a solas con su hija, a pesar del odio que esta había mostrado hacia ellos. Volviendo a su lado práctico, se encogió de hombros y se dirigió a Daimh.

—Aunque Aila no lo crea, siempre he velado por ella.

Sus palabras carecían de la vergüenza que las acompaña cuando no se tienen sentimientos más profundos hacia una hija que la responsabilidad por cuidar de su seguridad. La misma responsabilidad que le despertaba cualquier miembro de su clan.

—Es posible que sea la última vez que la vea. Si conseguís convencerla de que permanezca a vuestro lado, me gustaría que podáis ofrecerle algo más que vuestra espada. —Sonrió provocadoramente cuando observó cómo su yerno apretaba la mandíbula conteniendo la ira mal disimulada que le despertaban sus palabras. A Lean le gustaron las cualidades de Daimh, por lo que añadió—: ¿Cuándo asaltamos el castillo?

## 28

Aila lloró, gruñó y maldijo a todos y cada uno de ellos. Recorrió el bosque sin rumbo fijo. Los árboles fueron testigo de su desdicha, el viento intentó secar sus lágrimas, la tierra absorbió la ira de sus pisadas y la oscuridad la abrazó para ofrecerle consuelo. Nunca había sentido tanto dolor, nunca creyó sentirse tan abandonada. Hasta ese momento.

Ninguno de los seres a los que había amado se había acercado a ella por amor: esa idea se repetía una y otra vez en su cabeza. A veces la expresaba a través de gruñidos, otras veces en silencio. Todos buscaban algo a cambio, todos la habían utilizado para sus propios fines. Su abuela la necesitó como arma contra el despecho que le había provocado su hija; su madre se desentendió de ella, pues su presencia le impedía codearse con la comunidad como una más; su padre apenas conocía el significado de la palabra «paternidad», y Daimh... ¡Daimh! Rugió furiosa para sí. Le había entregado su corazón sin pedir nada a cambio, pero se lo había devuelto hecho trizas. En su unión tan solo vio una alianza con un clan fuerte como el que dirigía su padre. Conocía de sobra a Daimh para saber que era tan leal a sus gentes que haría cualquier cosa para hacer fuerte a su clan, para mantenerlo unido y seguro. Le había escuchado hablar de estabilidad para las Highlands a través de alianzas como las que crearía de una vez por todas con los Mcleod de Lewis, en cuya cabeza se encontraba su tío Alistair. Lo que Aila nunca creyó es que esa alianza incluiría, en un futuro, a los Mcleod de Harris.

Cuando sintió que sus fuerzas comenzaban a flaquear, se derrumbó sobre un saliente que coronaba la montaña. Allí se abrazó las rodillas y dejó que sus ojos vacíos vagaran por el cielo que comenzaba a oscurecer y a inundar de estrellas la noche despejada. No supo cuánto tiempo llevaba allí cuando escuchó una respiración a su espalda. Se volvió con rapidez para toparse con Yvaine Mcleod. Su madre.

—¿Cómo habéis llegado hasta aquí? —le espetó, pues nadie podía encontrarla en el bosque si ella así lo deseaba.

—Olvidas de quién heredaste el don —le respondió sin resuello.

Al captar el agotamiento en su hija, creyó que podía sentarse a su lado sin ser rechazada. Aila se volvió hacia la oscuridad.

—Después de muchos años aprendí que, por mucho que haya abrazado la fe cristiana, una no puede dejar de ser lo que es.

—¿Egoísta?

—Aila, es posible que lo veas así —le respondió Yvaine abrazándose a su vez las rodillas e intentando que el dardo que le había lanzado Aila no minara su decisión de

hacerse entender—, pero me gustaría que creyeras que todo lo que he hecho ha sido por amor. He preferido sufrir yo antes de que lo hicieran mis seres queridos.

—Estoy segura de que la abuela Nimue se sintió muy amada cuando decidisteis endosarle a vuestra hija y la mandasteis a vivir a las montañas. —La voz de Aila sonó débil pero clara como el mediodía.

—Amo a tu padre, Aila, es posible que ya hayas conocido la intensidad de ese sentimiento. Es un hombre con cierta tendencia a perderse. Yo soy su guía, no pude hacer otra cosa que quedarme a su lado, pues el amor que por él sentí fue el lazo que los elementos crearon para que no me desviara de mi objetivo. Los dioses así lo han querido —confesó—. Mi madre aceptó mi decisión a regañadientes. Me sorprendió que una mujer con su carácter permaneciera en Duvengan durante el tiempo que lo hizo. Cuando naciste, entendí el porqué. Te esperaba a ti. Yo me negaba a aceptar lo que parecía ser evidente. Intenté alargar la separación lo más que pude; hasta que el don que habías heredado, este don tan sumamente sobrenatural y fuerte que dominas, se hizo evidente. Tu padre, a pesar de su insensibilidad, es inteligente.

Aila bufó ante sus palabras, pero eso no amedrentó a Yvaine, que había deseado confesarse desde hacía más de una década.

—Entendió que poco podía hacer en contra de la Iglesia, y por eso me obligó a renunciar a mis creencias. No porque nos tema, sino porque teme lo que nos puedan llegar a hacer. El sacerdote del clan le aconsejó enviarte a las monjas. Los dos estuvimos de acuerdo en que no era lo mejor para ti. Fingimos enviarte a la isla de Iona, renunciando a ti para que pudieras crecer libre con tu don y que cumplieras los designios que los dioses te tenían guardados. Siempre te he querido, hija. No te dejé marchar por egoísmo, como puedes llegar a pensar, te dejé marchar por amor. Al igual que el amor, el miedo a perjudicarte hizo que permaneciera en Duvengan y no saliera a verte cada cierto tiempo. Renuncié a ti y me quedé junto a tu padre por el mismo motivo. Cuando nos llegó el mensaje que decía que un sacerdote iba a ajusticiarte por brujería, creí que moriría contigo. Ni tu padre ni yo dudamos en venir en tu busca. Si habíamos hecho tantos sacrificios, era justamente para evitar tu muerte. Nunca nos alejamos del todo. Los Mackenzie siempre han contado con ayuda de los Mcleod, éramos vuestros mayores suministradores y en un principio tu padre tuvo que amenazar a los Donald para que los dejara vivir en paz. Después os ganasteis el cariño de la mayor parte de los habitantes de la isla. Tanto, que Lean tuvo que discutir con los otros lairds que querían sumarse a la marcha. Los soldados que nos acompañan son muestra de la lealtad de los clanes de Skye hacia ti.

Aila comenzó a notar el calor de nuevas lágrimas que sus ojos volvían a generar. Quería desconfiar de las palabras de aquella mujer, quería mantenerse imperturbable a la dulzura que transmitía, deseaba que el cariño que la voz de Yvaine traslucía no lograra ablandarla. Pero lo hizo. Aunque no podía verla como una madre, pues nunca había mantenido ese lazo con nadie, entendió sus razones.

—Yo jamás me hubiera convertido en una cristiana si esa religión marginara a mi madre y a mi hija —la acusó Aila, esgrimiendo sus últimas recriminaciones—. Jamás amaría a alguien que me obligara a renunciar a mis dones.

—Es posible —suspiró Yvaine escuchando en las palabras de su hija la voz de su madre.

Aquello la hizo reír por lo bajo, reacción que sorprendió a Aila. Ella no pretendía hacerla reír, sino todo lo contrario.

—Tu abuela te crio muy bien, mucho mejor que a mí. Estoy convencida de que es lo que añadiría ella. Ella pensaba igual que tú, pero ya son muchos los años que llevo viviendo con la incomprensión. ¡Nadie me entiende! —En lo que en un principio podía tomarse como un lamento, Aila captó diversión al confesar aquello—. No te preocupes, cielo, soy hija de Nimue. Por mis venas corre sangre de mujeres fuertes y cabezotas. Mi madre no pudo doblegar mi voluntad, como dudo mucho que yo pueda convencerte de hacer lo contrario a lo que desees.

—En eso sí estamos de acuerdo —aceptó Aila, que comenzaba a suavizar su ánimo.

El recuerdo de su abuela y el hecho de que la mujer sentada a su lado compartiera el mismo cariño por ella lograron que se relajara. Entendió que podía encontrar una aliada para recordar a su abuela y rescatar anécdotas.

—Tenéis razón. A veces era una mujer insufrible. ¿A vos también os castigaba recitando, una y otra vez, las variedades de plantas por aspecto, función medicinal y...?

—¿... preparación en ungüentos, cataplasmas o infusiones? —recitó Yvaine, riendo ante el recuerdo de tremenda tortura.

Aila la acompañó en la risa.

—¡Sí! Era terrible —se quejó la mujer, que, tras dejar de reír, concluyó—: ¡Ay, ni te imaginas cómo la echo de menos!

—Yo también —confesó Aila.

Tras mantenerse varios minutos en un relajado silencio, donde sus mentes volaron a días pasados, Aila quiso saber más.

—Lady Yvaine, ¿no habéis tenido más hijos con nuestro don?

—Cuando puedas, intenta no tratarme con tanta formalidad —le pidió Yvaine—. En cuanto a tu pregunta, tienes dos hermanos varones. El mayor es Evan y pronto cumplirá catorce años. Es la viva imagen de Lean. Duncan es el pequeño: con sus ocho años se ha convertido en la pesadilla de los habitantes del castillo. Tiene tus mismos ojos. Pero ninguno de ellos posee el don, parece que los dioses lo reservaron solo para ti.

Antes de continuar preguntando, un terrorífico bramido se expandió por el bosque. Por encima de las copas de los árboles se elevó una gran nube de humo iluminada por la luz anaranjada de un inmenso fuego. Aila se asustó sin comprender qué sucedía, pues el fuego y los gritos provenían del castillo de Coill. Yvaine suspiró con cansancio a su lado sin apenas inmutarse por el estruendo.

—Eso me temía —se quejó Yvaine alisándose las cejas con cansancio antes de ponerse en pie—. Otra de las muchas aficiones de tu padre es la guerra. Adora un combate y nunca deja escapar la oportunidad de sumarse a una incursión o ataque. Por lo que se escucha, tu esposo le ha permitido acompañarlo en el asalto.

—¡Por el amor a la Madre Tierra, si parece que es el bosque quien se lamenta! — exclamó Aila—. ¡Hay que detenerlos, será una masacre!

—Es la justicia del hombre —contestó, resignada—. Será mejor que nos pongamos en marcha. Necesitarán nuestra ayuda. Si queremos paliar los daños que nuestros esposos infligirán a los Mackenzie, debemos ir a cuidar de los heridos y salvar las vidas que podamos.

—No puedo creer que te tomes con tanta calma un hecho tan violento como es la guerra. Esos, los de un solo Dios, te han comido la cabeza —la acusó alzando un dedo amonestador—. ¡Aceptas la violencia con naturalidad!

La risa cansada que surgió de la garganta de Yvaine mientras comenzaba el camino de descenso desconcertó a Aila. Las palabras que le siguieron aún más.

—No fue la palabra de Cristo lo que me enseñó a buscar el equilibrio entre la luz y la oscuridad —le explicó Yvaine—. Ellos matan, nosotras sanamos. ¡Vamos! Portemos luz a esta noche tan oscura.

—¿Pero no habías renunciado a nuestras artes? —Aila la siguió cuesta abajo más por curiosidad que por querer llegar al castillo.

—Renuncié a conectar con Elphame y a dar consejos a través de los espíritus —le contestó Yvaine—. Ya te dije que tu padre es inteligente: mis conocimientos en sanación son una de sus armas. Jamás me impidió trabajar como partera o sanadora, siempre que me congraciara con la Iglesia.

Aila arrugó la nariz al comprender que la astucia de su madre podía llegar a ser superior a la suya. Estuvo a punto de echarse a reír al convencerse de que su madre había logrado mantener la esencia de su don, camuflándola entre las palabras de Cristo. Se deslizaron a través del bosque compartiendo confidencias y recuerdos.

Hasta que llegaron al lugar de la batalla.

Yvaine se puso a organizar a los heridos, dando órdenes concretas y directas a los soldados aturdidos que llegaban con sus compañeros a cuestras. Aila se parapetó en su caseta, atendiendo a los heridos más graves mientras suministraba a su madre lo necesario para auxiliar al resto. Las llamas prendidas en aceite derramado desde las torretas del castillo ofrecían la luz suficiente para poder trabajar. Cuando los soldados consiguieron superar la barrera y adentrarse en la fortaleza, Aila e Yvaine cargaron con alforjas llenas de lo necesario para acercarse a la batalla que pronto llegaría a su fin.

Cuando atravesaron las murallas se dedicaron a atender a todo tipo de heridos. Sin importar si eran de un bando o de otro. Sus escurridizas y pequeñas figuras sobrevolaban los cuerpos, valorando su estado y protegiéndolos de los ataques de los demás. Aila se acercaba a las caballerizas cuando se topó con un anciano que atendía a un joven malherido. La hechicera no dudó en agacharse junto a él y ayudarlo. El anciano y ella se compenetraron con rapidez y lograron entre los dos arrastrar los cuerpos de los soldados inconscientes al interior de las caballerizas.

El amanecer los recibió ofreciéndoles la imagen de la devastación. Rostros sangrientos cansados por las horas de batallas, cuerpos inertes, columnas de humo negras y quejidos de todo tipo los rodeaban. Aila observó cómo su padre, Lean Mcleod, arrastraba a lady Moira fuera del castillo. El anciano, que siguió la dirección de la mirada de Aila, le respondió.

—La llevarán ante el rey. Su Majestad decidirá su castigo.

Cuando Aila posó los ojos en él, reaccionó de forma involuntaria alejándose del hombre. La luz del nuevo día le revelaba que llevaba trabajando codo con codo con un sacerdote. El anciano de mirada bondadosa vestía una túnica raída y lucía una cruz de madera sobre el pecho.

—¡Sois un cura! —Aila lo acusó con la voz áspera por la inhalación de humo.

—Sí, querida —aceptó, sonriendo, el sacerdote—. Mi nombre es Murdock. Suelen llamarme padre Murdock. Y, si no me equivoco, vos debéis de ser lady Aila.

—Solo Aila. —La amabilidad que mostraba el sacerdote desconcertó a la joven, que seguía siendo renuente a fiarse de un hombre de la Iglesia.

—He escuchado hablar de vos. Siento mucho por lo que habéis tenido que pasar —le dijo el sacerdote—. Comprended que no todos llevamos la palabra de Cristo al extremo que la lleva el padre Henry.

Aila, confundida, no pudo responder a aquel extraño hombre. Archie la llamaba a voz en grito. La urgencia en su voz le hizo recogerse las faldas y correr hacia el patio de armas. Allí se topó con la imagen de Daimh tumbado en el suelo e inconsciente. De un solo golpe sintió el corazón en la garganta. Sus pies volaron a su lado. Lo que encontró la hizo gemir.

—Maldito seas, maldito seas —siseaba Aila mientras analizaba el estado de Daimh sin saber a quién maldecía realmente.

Buscó respuestas a su alrededor, que recayeron en el cuerpo de Evander, sin vida, a pocos metros. Archie le explicó con rapidez que la lucha entre el amante de Moira y Daimh había sido larga. Antes de darle la estocada que arrancaría la vida al traidor, este viajó al Otro Mundo intentando que el nuevo laird lo acompañara. Consiguió que la hoja de su espada abriera una herida profunda y sangrante en el pecho y el brazo de Daimh. Este, una vez comprobó que había ganado y sin apenas sangre en el cuerpo, se derrumbó hacia atrás, y su cabeza golpeó con el filo de los escalones de entrada.

—Puedes salvarlo. —Aquellas palabras provenían de Irvyng.

El guerrero la miraba con sus ojos fríos como el hielo, apretando la mandíbula mientras la adrenalina comenzaba a abandonar su cuerpo. No le preguntaba, no trataba de saber si existía la posibilidad de que ocurriera lo que todos pensaban: sus palabras le recordaban que ella era la única que podía arrebatárselo a la muerte. Nada tan simple como complicado. Debía alejar los sentimientos que albergaba hacia Daimh para que no la entorpecieran en su trabajo.

Aila se recompuso de la impresión, cogió su daga y rasgó la poca tela que le quedaba a su falda. Daimh tenía una herida abierta en el antebrazo y el pectoral izquierdo. Tras

taponar la herida con una cataplasma de hierbas, realizó un rápido vendaje. Sus manos temblaron cuando rozaron la herida de la cabeza que deformaba el cráneo del guerrero. Era la más peligrosa de todas. No era la primera vez que se enfrentaba a ese tipo de lesiones, y pocos eran los que lograban sobreponerse sin grandes secuelas.

Minutos más tarde recorrían los pasillos del castillo para acomodar a Daimh sobre una cama. Sin separarse de su cuerpo, Aila comenzó a dar órdenes para que le acercaran todo lo necesario. Envío a varios soldados a transportar los enseres que guardaba en su caseta a los aposentos donde se habían instalado. Varias sirvientas cargaron cubos de agua que calentaban en la chimenea de la habitación. Yvaine apareció a su lado para ayudarla en el manejo del cuerpo. Lavaron y limpiaron las heridas e intercambiaron conocimientos en cuanto a bajar la inflamación de la cabeza y detener la hemorragia.

Horas más tarde el castillo volvía a la calma. Entre los cuerpos hallaron sin vida el de Brian: el clan había quedado sin jefe hasta que los dioses dictaran sentencia sobre Daimh. Los Mcleod se unieron a Lean para organizar el castillo; mientras, Yvaine tomó las funciones de castellana para dejar que Aila se ocupara del herido. La joven pasó las horas de los días que sucedieron en la misma alcoba que su inconsciente, pálido y febril esposo.

Después de obedecer a su madre, que la obligó a tomar un baño, ponerse ropa limpia y trenzarse la melena, Aila encontró todos sus enseres bien ordenados en la habitación que compartía con Daimh. Este seguía tumbado, sin abrir los ojos y sin responder a ningún estímulo. Se acercó a él para sentir cómo su piel ardía por la fiebre. Salió al pasillo con urgencia.

—¡Ajo, necesito mucho ajo, ya! —gritó antes de desaparecer en el interior cuando una sirvienta corrió a por lo que le pedía.

Machacó una cantidad ingente de este bulbo para colocar su masa en la planta de los pies y en las axilas de Daimh. Había aprendido que esas zonas tenían la capacidad para absorber las propiedades de la raíz. El ajo desinfectaría y reduciría la fiebre. Con cuidado vertió un líquido entre los labios del nuevo laird que contenía extractos de abedul, fresno, sauce, jengibre y ortiga, todos ellos con una gran capacidad antiinflamatoria. Después de asear el vigoroso cuerpo de su esposo y arreglar las mantas, comenzó a solicitar la ayuda de los espíritus que habitaban en los distintos elementos. Cuando terminó de aplicar todos y cada uno de los conocimientos que sabía para rescatar a Daimh de las garras de la muerte, solo le quedó una cosa por hacer: enfadarse con él.

—¡Daimh Mackenzie, hijo de Glheanna y Dristan Mackenzie, nieto de Lorna Mcleod! —se dirigió, con los brazos en jarras, al cuerpo tendido sobre la cama—. ¡Te prohíbo que te mueras! ¿Me has oído?

Una de las jóvenes del servicio, que respondía al nombre de Lesley, entraba en ese momento en la estancia. Al toparse con su nueva señora enfadada con su moribundo marido, decidió volver a salir sin hacer ruido.

—¡No pienso decirle todo lo que tengo guardado a tu espíritu! ¡Voy a decírtelo a ti, maldito bruto, traidor e insensible! Quiero que despiertes para poder pegarte, lanzarte piedras y, si puedo, quemarte con un hierro candente. ¡Daimh! ¡Abre los ojos! No es justo esto que haces, no es justo que después de ocultarme la verdad sobre mis padres decidas morirme antes de que te haya odiado lo suficiente. ¡No es justo, Daimh!

La tensión acumulada de varios días velando a su esposo logró que comenzara a realizar aspavientos con las manos mientras continuaba con su amenazante súplica.

—¡Tendrías que estar bien! Tendrías que haber ocupado tu puesto. Todos, allí fuera, están esperando que te proclames el nuevo laird de los Mackenzie. ¡Vive, por favor! Manda de vuelta a mi padre a la isla de Skye, me ha dicho que no se irá hasta que no despiertes. ¡Haznos ese favor a todos, nadie lo aguanta! Irvyng acabará con su vida si no despiertas antes. —Aila continuó con su ruego y comenzó a llorar de impotencia—: ¡Y yo, yo tengo que irme! Tengo que alejarme de ti y esperar a que vengas con las rodillas desolladas por arrastrarte al suplicar mi perdón. ¿Es que no te das cuenta?! Estoy muy enfadada contigo, y no es justo que sea yo la que esté aquí llorando como una idiota por ti. ¡No te lo mereces, maldito hombre testarudo!

Aila se encabritó como una niña pequeña y caprichosa. Lanzó todo tipo de improperios antes de tumbarse junto a él y empapar la manta con sus lágrimas.

Horas más tarde, Yvaine asomó la cabeza para comprobar que Aila se había sumido en un profundo sueño, con su mano agarrada a la del guerrero. Después de refrescar la frente de Daimh con un paño de agua fría, dejó a la pareja descansar.

## 29

La noche dio paso a un nuevo día, que poco después comenzó a dar paso a la tarde. Antes del atardecer, el piar de un mirlo despertó a Aila. Cuando su mente se ubicó, se encontró con el perfil de Daimh. Al ver que seguía sin abrir los ojos, se sentó con brusquedad y lo fulminó con la mirada.

—¿Todavía así? —gruñó Aila.

Se acercó a la chimenea, que alguien había mantenido encendida, tomó agua de un caldero y se lavó la cara. Con un suspiro mojó un paño en un cubo con agua fría y se aproximó a Daimh. Cuando el paño entró en contacto con la zona inflamada, Daimh gruñó, lo que dejó a Aila paralizada. Esperó unos segundos y repitió la misma acción; recibió la misma respuesta.

—Te duele, ¿eh? —Aila rio encantada de verlo reaccionar después de una semana.

Atenta a cada cambio en la expresión de Daimh, continuó con la tarea hasta que volvió a ver el azul oscuro de los ojos de su esposo. El hombre pestañeó varias veces y frunció el ceño; aquel gesto logró que un dolor ramificado invadiera su cabeza. Intentó tragar saliva; tenía la boca seca y el dolor le provocaba náuseas. ¿O era otra cosa?

—¿Qué huele tan mal? —logró preguntar.

—Tú, bestia inmunda —le respondió Aila, ofendida por que sus primeras palabras hicieran referencia al olor del ajo mezclado con varias hierbas.

Aila soltó el paño con desprecio para darse la vuelta.

—No te vayas —le ordenó Daimh con gran esfuerzo. El dolor de cabeza lograría arrastrarlo a la inconsciencia.

—No me voy —rezongó Aila, entrando de nuevo en su campo de visión con un cuenco en las manos—. Voy a colocarte cerca de la cabeza estas castañas. Porque supongo que ese golpe tan feo tiene que dolerte bastante. Las castañas tienen un poder especial, vienen muy bien para aliviar el dolor.

Daimh gruñó satisfecho al escuchar el tono aparentemente falto de emoción con el que Aila se dirigía a él. Recordó lo acontecido antes de la batalla y supo que era un milagro que se encontrara a su lado. Aila volvió a adelantarse a sus deseos y lo ayudó a beber agua. Después de varios sorbos comprobó que no era solo agua, sino una infusión de lo más amarga que había probado. «Hubiera preferido un buen trago de whisky», pensó para sí. Antes de protestar por lo que bebía, la dulzura con la que la joven lo sostenía hizo que su hermético corazón agradeciera el amor de Aila.

Ella estaba allí. A pesar del daño que le había causado, ella estaba allí.

Cuando dirigió el asalto al castillo solo pensaba en ella. La rabia y desazón que lo gobernaban fueron las fuerzas que hacían que invadiera el castillo esperando terminar rápido con la batalla para ir en busca de Aila. Mientras esgrimía su espada pensaba en todo lo que necesitaba decirle. Después de la lucha con Evander, cuando lo vio desplomarse y bajó la mirada hacia su herida, reconoció el borbotón de sangre como el que había visto en su hermano Cayden. Antes de sentir la debilidad que lo haría desplomarse, pensó en los últimos momentos con Aila. No podía creer que las últimas palabras que escuchara de él giraran en torno a sus derechos como esposo y no sobre sus verdaderos sentimientos. La oscuridad que lo envolvió no le permitió lamentarse más.

Hasta ese día.

—Aila, nunca te he dicho que te quiero —logró pronunciar después de dominar el dolor que le producía la herida de la cabeza.

—No lo has hecho, no. —Aila tomó la mano que se alzaba hacia ella pidiendo que la cogiera.

—Nunca lo he hecho porque no sabía hacerlo.

Daimh recorrió con su mirada el rostro de Aila, cuyos ojos verdes transmitían una vulnerabilidad extrema. Pensó que no debía de tener buen aspecto, pues, si se encontraba a su lado, solo podía deberse a que no le quedaba mucho tiempo de vida.

—No quiero morir sin decírtelo.

—Como te mueras con una mentira en los labios te ayudo estrangulándote —le advirtió Aila con enfado—. Muchos moribundos dicen lo que los vivos quieren oír.

—Entonces debo pedirte perdón —le contestó Daimh aspirando hondo para controlar el mareo que el dolor le producía—. Es lo que quieres oír. Perdóname por creer que no necesitabas saber quiénes eran tus padres. Lo oculté para evitarte el dolor que yo padecí al ser rechazado por el mío.

—Quédate conmigo.

Aila se asustó al ver cómo el hombre ponía los ojos en blanco y su piel se volvía más amarillenta. La joven solo podía repetir aquella súplica.

—Quédate conmigo, quédate conmigo.

Daimh apenas logró entender las palabras de la hechicera, pues el dolor se intensificaba hasta hacerle perder el conocimiento. El frío del paño sobre su mente alivió la sensación. Aila volvió a aparecer ante él. ¿Eran lágrimas lo que veía en sus ojos? Gracias a él Aila conocía el dolor. Y aquella idea lo llenó de culpa.

No supo cuánto tiempo pasó hasta que pudo volver a hablar.

—Mi pequeña hada perdida —le dijo con voz susurrante—. Siento mucho ser el culpable de tu tristeza. La noche que nos besamos fue tu condena, para mí la salvación. Desde entonces te metiste muy dentro de mí. Creo que a lo que siento por ti lo llamas amor.

—Daimh, que estés hablando es buena señal —comenzó a decirle, emocionada al escuchar sus palabras. Lo amaba tanto que no podía creer que su amor fuera correspondido—, pero el golpe que has recibido te hace decir cosas muy extrañas. No me asustes. No te mueras.

Daimh ladeó la boca formando una mueca a modo de media sonrisa.

—Aila, te digo la verdad. Créeme —le contestó, recordando que era algo que le había pedido en varias ocasiones—. Veo que me iré sin conseguir que confíes en mi palabra.

—Es verdad, Daimh. —Aila negó con la cabeza mientras se tragaba sus lágrimas para mostrar fortaleza—. Tienes que vivir para convencerme. Tienes que luchar.

—Ojalá tuviera la fortuna de poder decidir sobre la vida y la muerte.

Daimh comenzó a alarmarse al notar cómo la debilidad de su cuerpo lo separaba de Aila.

—No pienso dejarte, Daimh. No me dejes a mí. —Aila repitió las palabras que él le había dicho antes de lanzarla a las profundidades del lago—. Yo me quedé contigo. ¡Te ordeno que tú lo hagas también!

Daimh se desmayó de nuevo. No despertó hasta horas después. La imagen de Aila ayudándolo a beber aquel espantoso brebaje, refrescando su frente y cambiándole las vendas lo acompañó durante su lucha contra la muerte.

La lucidez terminó volviendo a él en un momento en el que Archie parecía conversar con Aila. A sus oídos llegó la inquietud que dominaba a los Mackenzie ante la presencia del laird Lean y sus soldados. Muchos comenzaban a creer que Daimh había muerto, y esperaban que pronto los Mcleod se adueñaran de las tierras de los Mackenzie. Tanto Aila como Archie coincidían en la necesidad de que Lean se marchara de una vez. Solo Aila se atrevió a pronunciar en voz alta lo que todos callaban. Daimh escuchó cómo su esposa decía que su padre quería estar cerca cuando muriera. De esa manera podría alzarse como el nuevo laird aprovechando su parentesco con la castellana. La ira lo inundó, lo que hizo que su cuerpo respondiera. No iba a permitir que el bastardo de Lean usurpara su legítimo puesto ante el clan, y menos aún a costa de Aila.

Horas más tarde ordenaba que le sirvieran algo sólido. Contemplar el rostro de Aila marcado por la fatiga, a sus compañeros compadeciéndolo por su suerte y la presencia de su abuela en el castillo de Coill fue lo que necesitó para reponerse. El clan lo necesitaba. Debía presentarse ante los demás para alejar cualquier rumor que hablara de su muerte. Discutió con Aila cuando le ordenó convocar al consejo y organizar la ceremonia donde le prometerían fidelidad. Ella no estaba convencida de su fortaleza y así se lo hizo saber.

Se sentó con una lenta determinación. Sus ojos azules brillaron amenazadores cuando Aila se acercó para ayudarlo a levantarse. No rio al verla cómo se cruzaba de brazos y cómo su nariz aleteaba con exasperación, la risa era algo que no se podía permitir. Necesitaba ahorrar energía. Su esposa no percibió cómo el suelo bailó bajo sus pies cuando se irguió en toda su estatura.

—Parece ser que no solo tengo que demostrarte cuánto te quiero, sino que también tengo que perder el tiempo convenciéndote de que me dejes salir para ocupar mi puesto como jefe del clan. —Pronunció aquellas palabras con claridad, con tanta claridad que Aila creyó estar escuchando al Daimh de siempre.

Su boca se abrió por la sorpresa. Daimh recordaba la conversación que habían mantenido y no solo eso, sino que seguía diciendo que la quería. La joven creyó que sus palabras eran fruto de la fiebre y la proximidad a la muerte. Observó cómo la férrea determinación de Daimh lograba que se levantara, cuadrara los hombros y apretara la mandíbula como siempre lo hacía. De pronto ella reconoció a su esposo, al Daimh de siempre. Agradeció a los dioses la respuesta a sus ruegos. Solo su palidez y cierto rictus en el rostro mostraban el dolor que padecía al mantenerse erguido. Su corazón revoloteó feliz al ver que la sombra de la muerte se alejaba de allí.

Aila se acercó luciendo una amplia sonrisa. Daimh entrecerró los ojos, que mostraban un brillo burlón, y ensanchó su sonrisa al ver cómo la hechicera lo tomaba del rostro y le ofrecía el beso más dulce y más lleno de amor y desbordante energía que jamás había recibido. La excitación terminó por corroborar que se había recuperado por completo, y así se lo hizo notar a Aila. La risa fresca de la joven inundó la estancia y la aligeró de tensión.

Una vez se hubieron vestido para la ocasión, Aila acompañó a su esposo al gran salón, se sentó a su lado y juntos recibieron a los miembros del clan Mackenzie, que le juraron lealtad. Daimh agarraba su mano con firmeza mientras Aila, feliz, recorría con su mirada el gran salón. Observó cómo el aura anteriormente viciada se aligeraba y derramaba armonía por todos los rincones. Habían sido honrados con la presencia de la mayor parte de los Mackenzie, los representantes de los clanes vecinos y los nuevos aliados de la isla de Skye.

Como era costumbre, Aila no veía en aquellos rostros la lealtad, la alianza entre clanes ni las estrategias geopolíticas. Ella disfrutaba del momento que reunía a familia y amigos. A su modo de ver, todos celebraban la vuelta a la vida de Daimh, demostraban la confianza que tenían en él y, de forma oficial, festejaban la unión de ambos.

Aila, vestida con su vestido granate y dorado, saludaba a cada miembro del clan que se arrodillaba ante ellos. En un momento dado levantó su mirada para que sus ojos grabaran en su memoria los rostros que eran testigos de un nuevo comienzo.

Sonrió al ver a Meribeth, quien había acompañado a Alistair a la ceremonia portando la tan ansiada noticia: todo parecía indicar que estaba encinta. Meribeth correspondió a su sonrisa apoyándose en el hombro de su esposo, y este inclinó la cabeza para posar un ligero beso sobre la coronilla de su mujer. Aila reflexionó sobre la pareja que había aprendido a superar su propia oscuridad logrando un amor puro capaz de dar vida.

Sus ojos continuaron su camino por el público, posándose en el arrebolado rostro de Lorna y percibiendo por fin paz en su interior. Kenza y Muriel la habían acompañado, pues no querían perderse un momento tan especial para Aila. Sus ojos recayeron en sus padres, palabra que aún le costaba pronunciar al referirse a ellos. A pesar de estar agradecida por su respuesta al haber visto peligrar su vida, estaba deseando que partieran. La presencia de Lean la incomodaba, si bien la relación con su madre la mantendría a pesar de la distancia.

No como madre, pero sí como amiga. El tiempo le diría si alguna vez aceptaría realizar una visita a Duvengan.

Poco después sus ojos se toparon con los amigos de Daimh. Clarion cruzó su mirada con ella, y su perenne brillo burlón hizo que ampliara la sonrisa. Sintió curiosidad por saber en qué estaría pensando y qué ocurrencia tendría en la punta de la lengua. Archie la saludó con un ademán de cabeza manteniendo el rostro serio, tal y como pedía la ocasión. Ninguno de ellos juraría lealtad, pues era algo con lo que contaban desde hacía tiempo. Irvyng, con su fiero rostro y su mirada helada, mostraba una actitud belicosa con la que intentaba advertir a cada Mackenzie con que se cruzaba de que se las tendría que ver con él si se les ocurría romper su juramento. Horas antes había pedido poder quedarse en el clan Mackenzie para ayudar a Daimh. Aila sospechó que su petición nada tenía que ver con la ayuda, sino con la relación que lo unía a ellos. Irvyng sería su guardián, su insufrible y testarudo guardián. Sumida en esos pensamientos la encontró el rubio guerrero, que clavó su mirada en ella. Ella sonrió y él le guiñó un ojo como respuesta.

Cuando volvió la cabeza hacia su esposo, este se giró como si lo hubiera llamado en voz alta. Su hermético rostro se transformaba cuando la miraba, haciendo que Aila suspirara al poder interpretar las sutiles señales en él. A pesar del dolor que estaba padeciendo, Daimh conservaba el aura de poder y el atractivo de siempre.

—Milady, ¿en qué piensas? —preguntó, recalcando su nuevo título.

—En que no sé cuántas veces tendré que decirte «ya te lo advertí».

—Muchas, me temo —contestó Daimh, recordando el esfuerzo que realizó al negarse a aceptar lo que Aila le decía sobre su visión—. ¿Serás feliz a mi lado o cumples con lo que los dioses te piden?

Aila observó cómo los ojos azul oscuro de Daimh se cubrían con un brillo especial que prometía mucho más que amor. Su boca se curvó en la esporádica sonrisa que hacía suspirar a la joven.

—Los dioses me sonríen.

Aila repitió las palabras, que surgieron tras el primer beso a modo de afirmación. Supo que sería feliz desde el instante en que sus labios se encontraron.

—Yo solo necesito que me sonría mi pequeña hada perdida —declaró Daimh.

En una noche de juramentos, se prometieron amor eterno con silenciosas miradas. Daimh alzó la mano que mantenía agarrada a la de Aila para sellar con un beso sobre su dorso la más importante de las promesas: su amor por ella.

Aquella misma noche, todos pidieron larga vida al laird y a su castellana.

Aquella misma noche, todos bebieron a la salud del clan Mackenzie.

# Epílogo

## DIEZ AÑOS MÁS TARDE

Aila había dado a luz a una niña durante el día que se celebraba Lughnasadh. La pequeña Seelie había llegado al mundo en brazos del dios de la luz. Los dioses informaron a Aila de que su hija había heredado su don. Se convertiría en Gente de Astucia al igual que ella. Sus hermanos mayores, dos chicos y dos chicas, habían sido educados bajo los conocimientos heredados de los ancestros. Aunque mostraban especial sensibilidad para sentir la presencia de los seres que habitaban los bosques, ninguno era el portador del don familiar. Todos se alegraron por el nacimiento de Seelie, y su protección solía despertar grandes discusiones. Todos los habitantes del castillo cayeron rendidos ante la luz que desprendía la pequeña.

Cuando Aila logró que Seelie conciliara el sueño, subió al torreón donde se atisbaba la parte frontal del castillo y la extensa ladera que ascendía hasta él. La sensación de haber vivido aquel momento la reconoció de inmediato. Posó las manos sobre la piedra rojiza de la almena adivinando lo que vería al asomarse.

En el patio de armas Daimh entrenaba a un joven soldado. Seguía manteniendo la misma apostura de siempre, sus movimientos continuaban siendo certeros y la familia lo había envuelto en un aura de poder y estabilidad jamás soñada. Aila escuchó cómo uno de los guardias gritaba:

—¡Laird Daimh, allí está la castellana!

El laird detuvo la pelea. Alzó la vista y se topó con la mirada de Aila. Él curvó los labios, formando esa extraña sonrisa que aparecía en raras ocasiones y que conseguía cortar la respiración a Aila. En aquel momento Aila alzó su mano a modo de saludo para llevársela un segundo después a la boca e impedir que un gemido cubierto por la sorpresa brotara de sus labios. Pestañeó para alejar las lágrimas que surgían al estar viviendo el momento de la premonición.

Aquella premonición que largo tiempo atrás se le desveló a través de un beso, junto un espino blanco.

Era feliz, se encontraba en su hogar. Había alcanzado la paz y el equilibrio para continuar dejando su legado a las generaciones futuras. Y, por encima de todo, Daimh Mackenzie había cumplido la promesa que le había hecho. Todos los días se encargaba de demostrar cuánto quería a su pequeña hada perdida, pues las palabras nunca fueron su fuerte.

# Glosario

-**Agua de Marte:** Agua de guerra. Su composición, hecha con alto contenido en hierro, sirve para la protección de energías negativas. Su realización se hace los martes de cada semana.

-**Agua de Vida:** Traducción del gaélico «*Uisge-beatha*», lo que se conoce hoy en día por «whisky».

-**Athame:** Daga de mango negro con una hoja de doble filo que suele usarse para cortar.

-**Belted plaid:** O «*breacán filleadh*». Es el *kilt* original escocés. Suele aparecer como «*plaid*», a secas.

-**Bolline:** Cuchillo o daga de mango blanco.

-**Brujería de cerco:** Una forma de brujería que se origina en Nairn, Escocia, e incorpora ritos agrícolas y climáticos y metamorfosis; de carácter iniciático, reconoce al Herrero como el iniciador del linaje de la Sangre e involucra una fuerte interacción con los habitantes de Elphame.

-**Calendario celta:** Ciclos lunares de veintiocho días; siete días separan las distintas lunas (luna nueva, luna menguante, luna llena y luna creciente). Se indican años de 365 días divididos en trece meses.

-**Candlemas:** *Sabbat* celebrado el 2 de febrero por los brujos del cerco. Es la fiesta de la luz, la esperanza de la primavera por venir, tiempo de despertares e iluminaciones.

-**Coill:** «Bosque» en gaélico (castillo de Coill).

-**Creag:** «Acantilado» en gaélico (castillo de Creag).

-**Elphame:** También llamado Otro Mundo, Mitgard, Tierra Media, Tierra de las Hadas..., son varios los nombres que se utilizan para hablar del lugar donde habitan los espíritus.

-**Faes:** Seres vinculados al mundo natural.

-**Gente de Astucia:** Personas que practican magia popular.

-**Gran Espíritu:** Ser que teje en su tela infinita lo que existe, existió y existirá.

-**Gran Madre:** Tejedora del mundo, del destino y de la vida. Guarda relación con el Gran Espíritu.

-**Hada del Invierno:** Llamada «vieja Cailleach», es la protectora de la naturaleza y los animales en otoño e invierno.

-**Laird:** «Lord» en inglés. Título que se otorga a los jefes de un clan escocés.

-**Lughnasadh:** *Sabbat* celebrado el 1 de agosto. Es la fiesta de la cosecha y la celebración de la muerte del Rey Rojo (el sol), y también la fiesta de la primera cosecha del año en honor al astro rey. Se celebra el final del verano y el comienzo de la época oscura del año, donde los días se vuelven más cortos.

-**Luna del Fresno:** Corresponde al período entre el 18 de febrero y el 17 de marzo en el calendario celta.

-**Luna del Sauce:** Mes celta. Del 15 de abril al 12 de mayo.

-**Otara:** Equinoccio de primavera (21 de marzo).

-**Sabbat:** En las leyendas y creencias sobre la brujería, «aquelarre». También se refiere a días clave en el calendario que suelen corresponder a alguna festividad o celebración.

-**Sanheim:** *Sabbat* que se celebra el 31 de octubre con motivo del comienzo de la Estación Oscura, del invierno. Es un momento fronterizo en donde las barreras entre unas dimensiones y otras desaparecen y los mundos se hacen visibles unos a otros.

-**Seelie:** «Hada buena» (nombre de la hija de Aila y Daimh).

-**Walpurgis:** También conocido como «Beltane». Fiesta de la primavera; el 2 de mayo es la transición de la primavera al verano. Es la fiesta del fuego y de la fertilidad. Período de apareamientos, de limpieza y de renovación.

# Agradecimientos

Como autora siempre he tenido editoriales estrella. Phoebe encabezaba la lista. Recibir la llamada de Carlos en medio de una granja, con gallos cacareando a lo lejos, y saltar como loca tras escuchar que estaban interesados en la novela no lo olvidaré en la vida. Estoy segura de que Aila le daría algún significado místico sobre la Madre Tierra y sus señales. En cambio, yo creo que este es el mejor lugar para agradecerles la confianza que han depositado en mi trabajo. Ha sido un lujo tener a Conchi Gábana como editora.

La lista de personas que me han apoyado en mi aventura literaria es enorme. Para mí es indispensable mencionar a Patricia Maestre, del blog Etéreo Romántica. Gracias por aguantar mis neuras, ser lectora cero y conectar con la historia de Aila como lo hiciste. Tus apuntes los tomo muy en serio. A Elena BARGUES; disfruto con tus análisis sobre mis novelas: es un honor que me lea una autora como tú. Quiero dar las gracias a Patricia A. Miller, porque tu cariño y apoyo llegaron a Ucrania, sobrepasando las barreras literarias. Englobo a mis *mojo picón* al mencionar a las RomantiCanarias. Gracias por apuntaros a cualquier locura que propongo y, sobre todo, por contar conmigo aunque vaya y venga como la marea.

A mis amigos, a los que escondí mi faceta de autora y volaron a leerme cuando confesé mi vicio. Mil gracias por querer a Jane Hormuth tanto como a mí. Aunque me saquen los colores, no olvido que siempre andan recomendándome. En especial, doy las gracias a Laura Aguilera, Patri Luri y Yeray Rodríguez.

Si ya he mencionado a mis amigos, no puedo dejar atrás a mi familia. Mi hermana Arumi se sumó este año a mis lectoras. Ni te imaginas cuánto agradezco tu punto de vista dieciocho años menor. Mamá, Tania, gracias.

Mi mención a David es especial, pues es quien me deja espacio, organiza el tiempo y me anima a seguir escribiendo. Gran parte de la esencia de mis protagonistas la impregnas tú. También me gustaría nombrar en mis agradecimientos a Linnea. Ella no había nacido cuando terminé de escribir esta novela, pero debo resaltar que la historia tiene un vínculo especial con ella. Gracias a mi pequeña hada perdida, comprendí algunos de los misterios que esconde la Madre Naturaleza.

Y, por supuesto, a los lectores. Juro que no me olvido de ellos. Me encantaría nombrarlos a todos, incluidos los blogs, pero me daría mucha pena que mi perenne despiste haga que se quede alguno atrás. Gracias por hacer que la lista de blogueras sea extensa.

Con estas palabras pretendo que les llegue mi más profundo agradecimiento a las personas que me han leído alguna vez y se han divertido con esta novela.

Mi último agradecimiento va dirigido a todos los que me animan con sus comentarios en redes: con un apoyo así, amenaza con seguir creando historias.